

UNA AVENTURA DE ISAAC BELL

# CLIVE CUSSLER

Y JUSTIN SCOTT

## EL APRENDIZ



Lectulandia

1902. Isaac Bell lleva un par de años en la agencia de detectives Van Dorn cuando le encargan su primer trabajo en solitario. Debe investigar diversos actos de sabotaje cometidos por supuestos activistas radicales en las minas de carbón de Virginia Occidental. Pero, al presenciar un terrible accidente, Bell empieza a pensar que los responsables de la tragedia son provocadores profesionales a sueldo. Simples ejecutores de un plan deliberado en el que se juegan cosas mucho más importantes.

Bell, agudo, impulsivo y poco experimentado, consigue que su jefe le conceda unos días para demostrar su teoría. Convencido de que no todo es lo que parece, está dispuesto a llegar hasta el fondo para averiguar la verdad. Pronto comprobará que se enfrenta a dos rivales despiadados que no permitirán que un investigador principiante se interponga en su camino.

**Lectulandia**

Clive Cussler & Justin Scott

# **El aprendiz**

**Isaac Bell - 06**

ePub r1.0

Titivillus 21.07.16

Título original: *The Striker*  
Clive Cussler & Justin Scott, 2013  
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

Una habitación llena de humo

1912

El Marmon 32 Speedster aparcó en Wall Street, en una zona oscura ubicada entre dos farolas.

El agente O’Riordan hacía su ronda cuando se percató de su presencia. Era plena noche. Tenía órdenes de no permitir que nadie molestara a los peces gordos de la política y del gobierno que hacían negocios en el edificio Congdon. Además, desde el coche se podía efectuar un tiro limpio hacia las limusinas que los esperaban junto a la acera.

La humedad del puerto había empañado las ventanillas laterales del vehículo. O’Riordan tuvo que acercarse para mirar en el interior. El conductor le deparó una agradable sorpresa: era una hermosa mujer pelirroja, así que el policía se relajó un poco. Lo único que podía ver del caballero sentado a su lado era una silueta rígida. A pesar de las consignas, no le pareció oportuno golpear con la porra en un Marmon 32 y pedirles a unas personas encopetadas que circularan, como si fueran unos vagabundos en la acera. De modo que, manteniendo la mano derecha junto a la pistola, llamó suavemente a la ventanilla, como quien deja su copa en la mesa de caoba para indicarle al camarero de un local elegante que le apetece otra, pero sin darle prisa.

Una mano grande, con dedos largos y ágiles, bajó la ventanilla. O’Riordan vislumbró el puño blanco inmaculado de una camisa, unos gemelos de diamantes y la manga negra de un frac. La mano estrechó la suya con fuerza.

—Paddy O’Riordan. Qué alegría encontrarlo aquí.

Escrutado por unos penetrantes ojos azules, el agente reconoció la melena dorada, el poblado bigote rubísimo y la expresión de seriedad que solo podía pertenecer a Isaac Bell, el investigador jefe de la agencia de detectives Van Dorn.

Se llevó la porra al casco.

—Buenas noches, señor Bell. No lo había reconocido en la oscuridad.

—¿Qué haces en la calle a estas horas?

O’Riordan se disponía a contestar cuando la sonrisa de Bell le indicó que se trataba de una broma. Se suponía que los policías debían estar en la calle a esas horas.

El detective señaló las limusinas con la cabeza.

—Asuntos importantes.

—El juez Congdon tiene un tren especial esperándole en Grand Central. La vía está despejada hasta Chicago, y lamento decirle que he recibido órdenes directas del capitán de que la calle esté libre.

Bell no pareció oírle.

—Paddy, quiero que conozcas a mi esposa. Marion, te presento al agente O’Riordan, verdadero azote de los piratas de Staten Island cuando estaba en la brigada portuaria. No había un solo granuja en los muelles de Nueva York que no invitara a copas la noche que Paddy desembarcaba.

Ella estiró por encima de su marido una mano sin guante que parecía brillar como el marfil. O’Riordan la tomó con cuidado con su enorme puño e hizo una reverencia.

—Es un honor conocerla, señora. Conozco a su marido desde hace muchos años, y si me permite decirlo, la señora O’Riordan y yo hemos disfrutado mucho de sus películas.

Ella le dio las gracias con una voz musical que resonaría en su mente durante días.

—Bueno, no queremos entretenerte —comentó el inspector jefe Bell.

O’Riordan se llevó la porra al casco otra vez. Si un detective de primera decidía besuquearse con su esposa en un automóvil a oscuras en Wall Street en mitad de la noche, al diablo con las órdenes.

—Les diré a los muchachos que no les molesten.

Pero Bell le hizo señas para que se acercara y susurró:

—No me importaría que estuvieran alerta si tengo que dejarla sola un momento.

—Echarán a suertes quién es el privilegiado.

Varios políticos salieron del edificio dándose palmadas en la espalda y se dirigieron a la limusina más pequeña, una Rambler Knickerbocker de siete plazas.

Bell abrió la ventanilla para poder oírles.

—¡Chófer! Directo a Grand Central.

—No me hace gracia cederle la vicepresidencia a un inútil como Congdon, pero la política es así.

—El dinero manda.

La Rambler Knickerbocker se alejó. Pocos minutos después aparecieron varios hombres de más edad. Con movimientos lentos, subieron a la segunda limusina, una enorme y carísima Cunningham modelo J, construida artesanalmente siguiendo el diseño del juez James Congdon. A Bell le parecieron más resignados que reconciliados.

—Congdon tiene casi todos los delegados que necesita, y comprará los que le falten.

—Si nuestro candidato no hubiera muerto...

—Siempre nos equivocamos de hombre.

El detective esperó a que la limusina doblase la esquina. Una escolta formada por motocicletas de la policía aparcadas en Broadway siguió ruidosamente al vehículo.

—Si James Congdon se hace con la vicepresidencia, la vida del presidente valdrá menos que un centavo falso.

Besó a Marion en los labios.

—Gracias por hacerme parecer inofensivo delante de la policía. ¿Seguro que no quieres irte a casa?

—Esta vez, no.

La firmeza de su voz lo convenció de que no había forma de disuadirla. Esta vez era distinto.

A pesar de ir vestido para acudir al teatro, dejó su chistera de seda sobre el asiento trasero y se puso un sombrero de ala ancha con la copa baja.

Marion le colocó derecha la corbata.

—Siempre he querido saber por qué nunca me dices que tenga cuidado — preguntó Bell.

—No me gustaría retrasarte.

Él le guiñó el ojo.

—Lo dudo.

Sonreía cuando se despidió de su esposa, pero su expresión se endureció a medida que cruzaba Wall Street, y la calidez de su mirada abandonó sus ojos.

Joseph van Dorn, el hombre barbudo y corpulento que había fundado la agencia, esperaba sumido en las sombras, quieto como una estatua. Hizo guardia mientras Bell forzaba la cerradura de la puerta exterior y entró tras él; a continuación, el detective hizo saltar la cerradura de otra puerta de acero con el cartel «Cuarto de máquinas». Dentro hacía un calor húmedo. Un ordenado laberinto de gruesas tuberías atravesaba hileras de válvulas acondicionadoras de vapor. Van Dorn comparó las ruedecillas de control con el dibujo que les había facilitado un ingeniero y que sacó de su bolsillo interior.

Isaac Bell salió otra vez a la calle y dio la vuelta hasta la fachada del edificio. Su ropa de etiqueta provocó una respetuosa inclinación de cabeza por parte del portero. Como bien habían dicho los políticos, el dinero mandaba.

—Al último piso —le dijo al ascensorista, que lo recibió entre bostezos.

—Creía que ya habían terminado arriba.

—No del todo.



# Libro uno

Carbón

MINA DE GLEASON N° 1,

GLEASONBURG,

VIRGINIA OCCIDENTAL

1902

# 1

Era un joven rubio de aspecto saludable, pero había algo en él que resultaba sospechoso. Un policía del carbón que observaba cómo los mineros avanzaban en tropel por la vía hasta la boca de la mina de Gleason número 1 se lo señaló a su jefe, un detective de la agencia Pinkerton.

El joven minero destacaba sobre los extranjeros que la compañía traía desde Italia y Eslovenia, y era incluso más alto que los muchachos originarios de Virginia Occidental. Pero no era su altura lo que resultaba fuera de lugar, ni su enjuto cuerpo lo que resultaba extraño. Era un trabajo duro, y costaba mucho transportar alimentos a los remotos yacimientos de carbón. En las tabernas que bordeaban la embarrada calle principal no regalaban la comida.

Un minero que andaba torpemente a lo largo de un poste de madera tumbado en el suelo tropezó con una traviesa y chocó contra otro minero con muletas. El joven de cabello rubio se acercó para sujetarlos, moviéndose con tal agilidad que parecía flotar. Muchos se mutilaban extrayendo carbón. Él se sostenía sobre las dos piernas y todavía conservaba todos los dedos.

—No me parece un obrero pobre —comentó el policía con una sonrisa despectiva.

—Está atento a todo lo que se mueve, como un gato —respondió el detective de la agencia Pinkerton, que llevaba un bombín, un revólver en la chaqueta y una porra sujeta a la cintura.

—¿Crees que es un huelguista?

—Va a desear no serlo.

—¡Abrid paso!

Un cabrestante eléctrico tensó de un tirón un cable entre los raíles. Mineros, trabajadores y porteros se apartaron de un salto. El cable arrastró un tren de vagones de carbón fuera de la mina y lo subió por una empinada pendiente hasta un descargador, donde el mineral era clasificado y descargado en barcazas fluviales que los remolcadores arrastraban por el Monongahela hasta Pittsburgh.

El minero alto y joven intercambió saludos con el operador del descarrilador. Si el cable, que estaba sujeto a una cadena enganchada al primer vagón, se rompía, Jim Higgins tenía que activar el descarrilador para que el tren saliera de la vía antes de que las cien toneladas se precipitaran sobre la excavación.

—La policía te está vigilando —le advirtió Higgins.

—No soy un huelguista.

—Lo único que pedimos —contestó el minero con suavidad— es vivir como seres humanos, dar de comer a nuestras familias y mandar a nuestros hijos al colegio.

—Te despedirán.

—No pueden despedirnos a todos. El sector del carbón está en auge y la mano de obra escasea.

Higgins era un hombre valiente. Tenía que serlo para no tener en cuenta que los dueños de la mina no se detendrían ante nada con tal de evitar que el sindicato llegase a Virginia Occidental. Los hombres despedidos por hablar bien del sindicato —no digamos por convocar una huelga— veían cómo sus esposas y sus hijos eran desahuciados de las chabolas que alquilaban a la Gleason Consolidated Cool & Coke Company. Y cuando Gleason descubría a los sindicalistas, los detectives de Pinkerton los llevaban por la fuerza a Pennsylvania después de darles una brutal paliza.

—¡Higgins! —gritó un capataz—. Te dije que engrasaras ese cabrestante.

—Se supone que tengo que vigilar el descarrilador cuando los vagones suben.

—Haz lo que te digo. Lubrica el cabrestante cada hora.

—¿Quién va a parar el tren si se parte el cable y se desboca?

—¡Levántate y engrasa el cabrestante, maldita sea!

Jim Higgins abandonó su puesto y recorrió doscientos metros por la empinada pendiente hasta el motor del cabrestante, por delante de los vagones de carbón que subían pesadamente hasta el descargador.

El minero alto y joven agachó la cabeza para entrar en la boca de la mina —un portal apuntalado con maderas en la ladera de la montaña— y descendió por un túnel en pendiente. Se había quemado las pestañas estudiando ingeniería de minas para prepararse para el trabajo. Esa galería de transporte con una vía no era un túnel en el sentido estricto de la palabra, sino un socavón, ya que, por definición, un túnel tenía que atravesar de punta a punta una montaña, pero aquí, una vez dentro, no había forma de salir salvo dar la vuelta y regresar.

Cuando entró en una galería que se cruzaba y se separaba de la galería de transporte, saludó al niño que abrió una puerta de madera para dejar pasar el aire de los ventiladores.

—Hola, Sammy. Un tipo de la oficina del telégrafo me ha dicho que ayer los Piratas ganaron a Brooklyn. Ocho a cinco.

—¡Caramba! Gracias por decírmelo, señor.

Sammy nunca había estado cerca de un estadio de béisbol de la liga principal; jamás en su vida se había alejado más de quince kilómetros de ese hueco en el que la compañía Gleason había descubierto un abundante estrato del filón de Pittsburgh, que avanzaba por debajo de Pennsylvania, Virginia Occidental y Ohio. Pero su padre, que había trabajado de guardafrenos en la línea ferroviaria de Baltimore y Ohio hasta que murió en un accidente, solía volver a casa con anécdotas de partidos en la gran ciudad que ilustraba con cromos de famosos jugadores de béisbol.

El joven le pasó a Sammy una colorida cromolitografía de Harry O'Hagan, el primera base del Rochester. En agosto, O'Hagan había conseguido un milagro que todavía andaba en boca de todos los hombres y niños de Estados Unidos: una jugada que había dejado fuera de juego a tres corredores de base.

—Apuesto a que en Nueva York se mueren por contratar a Harry —dijo, y acto seguido preguntó en voz baja—: ¿Has visto a Roscoe?

Roscoe era un espía de Gleason disfrazado de peón.

El muchacho señaló con la cabeza en la misma dirección en la que se dirigía el joven.

El minero alto siguió la galería, que continuaba descendiendo en pendiente por la montaña a lo largo de cientos de metros hasta que se detenía ante el filón. Allí ocupó su puesto como ayudante, sacando con una pala los pedazos de carbón seleccionados, extraídos y dinamitados en el filón por los trabajadores más experimentados. Le pagaban cuarenta centavos por cada vagón de cinco toneladas que llenaba en turnos de doce horas, seis días a la semana.

El aire estaba cargado de polvillo de carbón. Las nubes negras de carbonilla arremolinada atenuaban la luz de las bombillas eléctricas. El techo bajo estaba reforzado con puntales y travesaños cada pocos centímetros para sostener la montaña de roca y tierra que oprimía el carbón. El filón crujía de forma inquietante, sometido arriba y abajo a la presión del techo y del suelo.

En el túnel lateral, lejos de la vía principal, los vagones de carbón eran tirados por mulas que llevaban unos gorros de piel para protegerles la cabeza. Una de las mulas, una yegua con pezuñas pequeñas y orejas largas que los mineros consideraban un indicativo de fortaleza, se detuvo de repente. Eustace McCoy, un hombre corpulento de Virginia Occidental que había estado quejándose de su tremenda resaca, maldijo a la mula y sacudió la brida, pero el animal plantó las patas y se negó a avanzar, moviendo las orejas al escuchar los crujidos del túnel.

Eustace se quitó el cinturón y lo blandió para golpearle con el extremo de la hebilla, pero el joven alto y rubio lo atrapó antes de que se desplazara quince centímetros.

—¡Apártate, hijo! —le avisó Eustace.

—Yo la haré moverse. Solo se ha asustado.

El veterano minero, que era casi tan alto como él y considerablemente más ancho, cerró el puño y lanzó un contundente golpe a la cara del joven.

El puñetazo fue interceptado antes de que pudiera alcanzarle. Eustace soltó un juramento e intentó atizarle otro golpe, pero en su lugar recibió dos puñetazos, lanzados en una elegante combinación, demasiado rápidos para seguirlos con la vista y cargados de fuerza concentrada. El hombre cayó hacia atrás sobre la vía, con la rabia y las ganas de pelea completamente extinguidas.

Los mineros se cruzaron miradas de asombro.

—¿Habéis visto eso?

—No.

—Eustace McCoy tampoco.

El joven habló dulcemente con la mula y el animal tiró del vagón. A continuación, ayudó al peón noqueado a levantarse y le ofreció la mano cuando Eustace le habló con una sonrisa torcida:

—No me pegaban tan fuerte desde que le cogí prestada la botella a mi viejo.

¿Dónde has aprendido a lanzar ese un-dos?

—En Oregón —mintió el joven.

Se llamaba Isaac Bell y era un detective privado de la agencia Van Dorn que había recibido órdenes de identificar a los saboteadores sindicales. Se trataba de su primer caso en solitario y debía actuar de riguroso incógnito.

Con el fin de garantizar la total confidencialidad, el dueño de la mina ni siquiera había informado a los policías de la compañía sobre su investigación, pero, por el asombro reflejado en las caras de los mineros, Bell descubrió que acababa de cometer un grave error.

Corría el año 1902. Los detectives de Van Dorn se estaban ganando una reputación de grandes profesionales, y el lema de la agencia —«No nos rendimos. ¡Nunca!»— empezaba a repetirse con remordimiento dentro de las penitenciarías del país. De modo que el joven Isaac Bell tuvo que reconocer que, muy probablemente, era el único detective de la agencia Van Dorn tan tonto como para echar por tierra su disfraz presumiendo de técnicas de boxeo.

Roscoe, el espía de Gleason, lo observaba con detenimiento. Puede que no importase demasiado. Bell creía que podría arreglarlo de alguna forma, pero cualquier saboteador que se enterase de que había vencido a un pobre y estúpido mulero exhibiendo un dominio del arte viril de la defensa personal digno de un estudiante de Yale no se dejaría engañar mucho tiempo.

—¡Abrid paso!

Los fatigados hombres que salían de la mina al terminar su turno arrastraban los pies por la vía. El cabrestante tensó el cable de un tirón y veinte vagones de carbón aparecieron detrás de ellos, ascendiendo pesadamente por la empinada cuesta hasta el descargador. El tren estaba casi en lo alto cuando la cadena que sujetaba el cable al primer vagón se rompió con un estallido fuerte y seco como un disparo.

El tren se paró de forma brusca.

Cien toneladas de carbón permanecieron inmóviles durante un instante.

Acto seguido, el tren empezó a rodar hacia atrás en dirección a la boca de la mina.

Jim Higgins, que volvía a toda prisa del motor del cabrestante a su puesto junto al descarrilador, soltó la aceitera y echó a correr lo más rápido que pudo, pero el tren estaba ganando velocidad. Pasó por delante de él y, antes de que pudiera alcanzar el descarrilador, veinte vagones pasaron como un rayo y enfilaron la vía principal.

Isaac Bell se lanzó detrás del tren. Vio una palanca de freno en el último vagón y se acercó al costado, buscando asideros para saltar. El tren de carbón aceleró y lo dejó atrás. Cuando el último vagón lo sobrepasó, saltó a su enganche trasero y mantuvo el equilibrio agarrando la palanca de freno con las dos manos. Apoyó su peso contra la barra de acero y presionó las zapatas de freno curvas contra las ruedas.

El metal chirrió y la palanca vibró con fuerza entre sus manos. Las chispas

saltaban hacia el cielo mientras Bell empujaba el freno con cada tendón de su cuerpo. El movimiento rápido y decidido y la denodada intervención de músculos y huesos parecieron reducir la velocidad del tren desbocado. Otros hombres de reflejos rápidos como él se acercaron corriendo con la esperanza de abalanzarse sobre los frenos de los otros vagones, pero el carbón pesaba demasiado y el impulso era enorme.

De repente, con un estruendo casi tan explosivo como el de la cadena al romperse, la clavija de hierro que unía la palanca con las zapatas del freno se partió. La palanca se balanceó sin trabas. Bell, que la empujaba con todas sus fuerzas, perdió el equilibrio. Los raíles y las traviesas se volvieron borrosos bajo sus pies a medida que el tren aceleraba. Solo sus rápidos reflejos y la firmeza con la que se agarraba al borde superior del vagón impidieron que cayese.

El vagón se balanceó violentamente a medida que cobraba velocidad. Al ser el último y no estar sujeto por ningún vagón más detrás, las mismas fuerzas laterales que hacían restallar un látigo lo estrellaron de lado contra la caseta del ventilador situada junto a la vía. El impacto destrozó sus cimientos, y la estructura se desplomó sobre el gigantesco ventilador que introducía aire fresco en la mina. Una viga rota del tejado se atascó entre sus aspas.

—¡Salta! —gritaron los mineros.

Antes de que pudiera elegir hacia dónde lanzarse, el tren atravesó la boca de la mina como un huracán y penetró en los angostos confines de la galería de transporte. Si saltaba entonces se estrellaría contra madera, piedra, acero y carbón. Colocó los pies sobre el enganche e intentó prepararse para la violenta parada que le esperaba cuando llegaran al fondo.

El tren se bamboleaba describiendo arcos cada vez más amplios por la creciente velocidad de descenso. El vagón trasero al que se aferraba se estrelló contra unos puntales, los hizo astillas y derrumbó los pilares de carbón que los mineros habían levantado para sostener el techo. Los diecinueve vagones que tenía delante se echaron encima de una puerta de ventilación que Sammy, el portero, había cerrado momentos antes, cuando el tren ascendía.

El niño estaba aturdido después de doce horas de trabajo prácticamente a oscuras y aterrado por el rugido del monstruo que se precipitaba hacia él, pero permaneció en su puesto, tratando desesperadamente de abrir la puerta para franquearle el paso. Como un millonario apartando con mano altanera a un mendigo, el tren lo lanzó contra la pared, hizo astillas la puerta de ventilación y siguió ganando velocidad.

## 2

El bamboleante vagón de carbón al que Isaac Bell se aferraba rozó los lados del túnel. El estridente y ruidoso impacto cortó los cables que alimentaban las luces eléctricas y el tren cayó en picado, totalmente a oscuras.

Se pegó con fuerza al frío acero para reducir al mínimo la distancia que su cuerpo recorrería en el momento del impacto. El filón del carbón no podía estar muy lejos. De repente, el tren saltó de la vía. El metal chirrió al golpear el lateral del túnel y amenazó con derribarlo como un potro enloquecido. En cambio, salvó la vida del joven detective. Derrapar contra las paredes redujo la velocidad del tren. Cuando este finalmente chocó contra el filón con un estallido sordo como el de un trueno, Bell se golpeó contra la parte trasera del vagón, pero no con tanta fuerza como para romperse ningún hueso.

Tras la colisión se hizo un silencio tan profundo como la oscuridad.

Se apeó del vagón de un salto y echó a correr a oscuras por la misma ruta que había seguido el tren descontrolado, deslizando las botas a lo largo de las traviesas para mantenerse en medio de la vía, donde era menos probable que chocase contra algo. Corrió lo más rápido que pudo, estirando las manos por delante de la cara con la esperanza de tocar cualquier obstáculo a tiempo para detenerse.

Disponía de pocos segundos para salir antes de morir en el caos negro y sofocante de la galería destruida, ya que en la oscuridad acechaban peligros mucho más letales que la propia colisión. Los gases de ácido carbónico y metano explosivo se estaban acumulando rápidamente, a medida que el destrozado ventilador dejaba de introducir aire fresco de la superficie y empezaba a expulsar vapores letales. La asfixiante mofeta, una nube de gas llena de ácido carbónico, lo mataría en diez segundos. El «gas fulminante», aire inflamable de los pantanos desprendido por el carbón, mandaría a todos los que estuvieran en la mina al otro barrio. Gracias a Dios, pensó, la mayoría de los trabajadores del turno de día estaban fuera de la mina y los del turno de noche todavía no habían entrado. Solo los porteros seguían en sus puestos.

La oscuridad se disipó de repente. ¿Había amanecido tan pronto? No era posible. Y tampoco podía estar tan cerca de la boca. Se dio cuenta entonces de que la parpadeante luz anaranjada procedía de detrás de él: era el fuego que se había iniciado cuando una chispa prendió el gas y el carbón de la mina. La súbita luz evitó que tropezase con un portero que se arrastraba por la vía.

Bell lo puso en pie de un tirón.

—¡Levántate! Si te agachas, la mofeta te ahogará. ¡Corre!

Empujó al muchacho delante de él y huyeron juntos de las llamas y el humo que los perseguían por la cuesta. El humo esparciría «gas blanco», monóxido de carbono, que los mataría en minutos, si no morían antes abrasados.

Se detuvieron bruscamente. La galería de transporte estaba bloqueada. El tren había derribado los pilares de carbón que los mineros habían levantado para soportar

el techo. Sin un apoyo, la bóveda se había desplomado sobre la galería. Una sola madera crujiendo sostenía una abertura de unos sesenta centímetros.

—Yo quepo, señor. Conseguiré ayuda.

—Espera —le urgió el detective.

Parecía que se fuera a desplomar en cualquier momento. Se metió a gatas en el angosto espacio, apuntaló la madera con la espalda y trató de sostener la montaña.

—Está bien, hijo —dijo con voz entrecortada—. Pasa.

El chico se abrió paso con dificultad.

Bell dejó de ejercer presión muy despacio y se arrastró boca abajo. La madera se partió justo en el momento que sacó los pies. El techo se desplomó con un rugido, y toneladas de carbón y pizarra llenaron el espacio vacío.

—Vamos.

Pero el muchacho estaba paralizado, mirando fijamente lo que había estado a punto de matarlos.

—Por los pelos —comentó despreocupadamente para tranquilizarlo; al ver que no daba resultado, preguntó—: ¿Has visto si Sammy ha salido?

—Está muerto. El tren lo atropelló.

—Venga, salgamos de aquí.

Echaron a correr y siguieron subiendo hasta que un nuevo desprendimiento los detuvo. No veían luz al otro lado, aunque tenían que estar cerca de la boca. Sin embargo, escucharon unos débiles golpes a través del muro de rocas. Picos excavando entre los escombros. Agarraron unas rocas y golpearon los escombros para avisar a los que estaban al otro lado de que estaban vivos.

Los sonidos de los picos se redoblaron, y poco después volvieron a redoblarse. Isaac no tardó en ver luz y oír vítores. Diez hombres se abrieron paso a golpes entre los escombros. La primera cara que vio fue la de Jim Higgins, quien había dirigido el rescate.

Los alborozados hombres los sacaron a través de la abertura y volvieron a introducir los brazos para rescatar a más personas. Los vítores se apagaron en sus labios.

—¿Nadie más? —preguntó Higgins.

—Sammy ha muerto —respondió Bell—. No he visto a nadie más. Dadme un pico. Os mostraré el camino.

Antes de que pudieran empezar a descender, una explosión sacudió la mina desde las profundidades, los rescatadores supieron que, aunque cavaran toda la noche en busca de más supervivientes y siguieran al día siguiente de sol a sol, no encontrarían a nadie con vida.

Empezaban a descender cuando algo volvió a detenerlos, aunque esta vez no se trataba de una explosión, sino de un grupo de policías de la compañía, porra en ristre y capitaneados por un detective de la agencia Pinkerton.

—¡Jim Higgins! —gritó.



—Aquí, vamos a bajar.

—Jim Higgins, estás detenido.

—¿Por qué?

—Por el asesinato de los pobres porteros que han muerto en la mina.

—Yo no he...

—Has abandonado tu puesto y has provocado el accidente al no activar el descarrilador que habría parado el tren.

—El capataz me mandó que engrasase...

—Díselo al juez —le cortó.

El minero se enderezó.

—Me habéis tendido una trampa —dijo—. Descubristeis que era un sindicalista. Sabíais que pegarme no daría resultado, así que esperasteis hasta que se os presentó la oportunidad de dejarme fuera de combate. Me pusisteis en el descarrilador para mantenerme alejado de los trabajadores, y ahora uno de vuestros jueces comprados me mandará a la cárcel por un crimen que todos sabéis que no he cometido.

—No. —El policía se reía con disimulo—. Ningún juez te va a encerrar. Vas a ir a la horca.

Lo agarraron por los brazos y se lo llevaron a rastras.

Jim Higgins miró fijamente a Isaac Bell.

—Hay más de donde vengo —le oyó decir.

### 3

—La cadena era nueva —aseguró el ingeniero del cabrestante, un hombre enorme que miraba entornando los ojos a través de unas gafas con montura metálica—. Yo mismo la instalé. Es totalmente imposible que se rompiera.

—Como se suele decir, solo hace falta un eslabón débil —respondió Isaac Bell.

Desde el cabrestante situado en lo alto del descargador podía seguir con la vista la empinada vía hasta la boca de la mina, donde unos frenéticos mecánicos improvisaban ventiladores temporales. Cien rescatadores estaban esperando a que extrajesen de la mina de Gleason número 1 todo el ácido carbónico, aire inflamable y óxido de carbono. Solo entonces podrían entrar en las profundas galerías donde los muchachos estaban atrapados.

El ingeniero se puso tenso.

—Yo no instalo eslabones débiles, hijo. Inspecciono personalmente cada eslabón.

—Me pregunto si fue el cable lo que se rompió.

—Se pregunta usted muchas cosas.

Bell respondió con una sonrisa cordial que tiñó sus ojos azules de un suave tono violeta.

—Considerando que ese tren me llevó hasta el fondo de la mina, tengo mucha curiosidad por saber qué hizo que se descontrolase.

—Ah, ¿es usted el tipo que intentó pararlo? Deje que le estreche la mano. Lo que intentó hacer fue muy valiente.

—Ojalá hubiera podido pararlo. Pero me preguntaba...

—No, el cable está perfectamente. Venga, se lo enseñaré.

El ingeniero lo llevó hasta un gigantesco tambor alrededor del cual estaba enrollado el cable de acero de dos centímetros de grosor en hileras prietas y ordenadas, y le mostró el lazo que había en el extremo.

—¿Lo ve? Este guardacabo que hay dentro del lazo impide que el cable se pellizque. ¿Ve cómo mantiene la forma? Y estas abrazaderas tienen las piezas de sujeción en el lado conectado del cable, como debe ser, y están apretadas.

—Supongo que eso significa que un eslabón de la cadena se rompió, aunque se suponía que no debía hacerlo.

El ingeniero negó con la cabeza.

—Si consiguen desenrollar la cadena, le apuesto lo que quiera a que estará igual de resistente que el primer día. Es una aleación de acero y molibdeno. ¿Sabe lo que es, hijo?

Lo sabía, pero probablemente un peón no, de modo que negó con la cabeza.

—Me suena, pero no puedo decir que sepa lo que significa.

—Una aleación desarrollada por metalúrgicos franceses. Es mucho más resistente que el acero común, ideal para cadenas de carga. El acero al molibdeno no se fractura.

—Entonces, ¿qué cree que se rompió?

—Cuesta creer que fuera el grillete.

—¿Qué grillete?

—El grillete giratorio que une el cable a la cadena. Sirve para poder engancharlo fácilmente y gira para distribuir la carga. No, el grillete es el culpable. Le apuesto lo que quiera.

—¿Se rompen a menudo los grilletes?

—¡Nunca! Casi nunca.

—¿Quizá fuera demasiado pequeño?

—¡No, señor! Lo instalé yo mismo. Me aseguré de que su carga máxima sobrepasara la de la cadena y la del cable. No me imagino cómo ha podido fallar.

Bell se preguntaba si existiría una manera educada de conseguir que el ingeniero siguiera hablando, como si creyera que el tren desbocado había sido un sueño. En ese momento, unos policías de prominente barriga salieron del descargador con paso arrogante y los miraron con recelo.

—¿De qué estáis cotorreando?

El ingeniero no se acobardó. Era un mecánico importante que sabía cuál era su sitio, pero se suponía que Isaac Bell, un humilde obrero, debía bajar la cabeza, a menos que fuera lo bastante hombre como para mirar al agente a la cara y mandarlo al infierno, aun a riesgo de perder el trabajo, así que optó por darles la espalda y alejarse por la escarpada cuesta.

—¿Adónde demonios vas? Estoy hablando contigo.

—Han arreglado los ventiladores —gritó por encima del hombro—. Voy a bajar con el equipo de rescate. ¿Viene?

El policía, que no tenía el más mínimo deseo de entrar en una mina de carbón llena de gases venenosos y explosivos, no contestó, y Bell se unió a los hombres del equipo de salvamento, que arrastraban nuevos cables desde el grupo electrógeno y empuñaban picos y taladros eléctricos para despejar la galería de transporte y los demás corredores y buscar a los chicos desaparecidos.

Cuando sacaron el último cadáver de los niños y los agotados buscadores subieron a la superficie arrastrando los pies, Bell apagó su linterna y se escondió en una galería. Observó cómo las luces desaparecían por el corredor de transporte. Volvió después a encender su linterna y se adentró en la mina vacía siguiendo la pista de un enigma.

En ningún momento de su investigación había visto u oído la menor señal de sabotaje sindical, y creía haber descubierto el porqué. Después de haber trabajado semanas bajo tierra y sobrevivir a la catástrofe provocada por el tren desbocado, no le quedaba más remedio que cuestionar la existencia de los saboteadores sindicales cuya detención la compañía había encargado a la agencia Van Dorn.

No dudaba de la existencia de sabotaje en los conflictos laborales. Los incidentes

violentos abundaban en una guerra entre trabajadores y empresarios que se remontaba hasta donde alcanzaba la memoria. Los mineros la habían emprendido a tiros con la Policía del Carbón y el Hierro mucho antes de que el hombre más viejo de la mina hubiera trabajado de portero. Muchas huelgas de trabajadores ferroviarios habían evolucionado de peleas a puñetazos, porrazos y tiroteos a descarrilamientos de locomotoras y voladuras de puentes con dinamita. Muchas huelgas en fundiciones habían acabado con los hornos reventados o los fuegos apagados, lo que había destruido los mecanismos cuando el metal fundido se había solidificado dentro de las ollas y las cucharas. Barcazas y remolcadores eran abandonados a la deriva, fábricas incendiadas, hilos telegráficos cortados y mansiones de patronos reducidas a cenizas. La policía montada había cargado como la caballería en el campo de batalla y las ametralladoras habían acribillado los campamentos de los huelguistas.

Pero bajo tierra, en una mina de carbón, el sabotaje equivalía al suicidio. En las profundidades subterráneas, los sindicalistas también acabarían aplastados cuando los techos se cayeran, ahogados cuando la humedad desplazase el aire o quemados vivos cuando los gases explotaran.

Sin embargo, antes de que pudiera informar a su jefe, el señor Joseph van Dorn, fundador de la agencia de detectives que llevaba su nombre, de que no había saboteadores sindicales, un joven detective que se enfrentaba a su primer caso tenía que asegurarse plenamente de que el tren desbocado no había sido un accidente. Eso exigía pruebas.

«Fíate de lo que veas, no de lo que se supone que tienes que ver». Esa fue la primera lección de su largo aprendizaje que le habían inculcado los detectives veteranos de la agencia, como Wish Clarke, Mack Fulton y Walter Kisley, y que el propio Joseph van Dorn le había repetido a menudo, muy a menudo.

Bell descendió por la pendiente hasta el fondo de la galería de transporte y enfocó con su linterna los restos retorcidos del tren de carbón que se había estrellado contra el filón sin excavar al final de la vía. El vagón de cola, al que había conseguido subir y que tanto se había sacudido y bamboleado, había sido el primero que había subido a la superficie con su carga, y a él había estado sujeta la cadena del cable del cabrestante.

Encontró los eslabones de cada uno de los extremos de la cadena fijados a los enormes aros sujetos a izquierda y derecha del armazón. Pero la brida, un trozo de cadena el doble de larga que la anchura del vagón, se había partido justo por la mitad. No encontró ningún grillete, y solo quedaba la mitad del eslabón que debía de haber estado en el centro, atascado en su vecino. Se cortó el dedo cuando trató de sacarlo.

Mientras se chupaba la sangre, inspeccionó el lado afilado con el que se había cortado. La fractura estaba en el reborde, en uno de los lados largos y rectos del eslabón. Esperaba encontrar un borde dentado, pero lo que vio le deparó una sorpresa y un misterio al mismo tiempo: la parte en la que se había roto el eslabón de acero era lisa, plana y afilada como una navaja.

Parecía como si hubieran cortado un trozo con un escoplo. Empleando otros eslabones para soltarlo dando golpecitos, extrajo el eslabón roto del otro en el que se había atascado y se lo guardó en el bolsillo. Buscó después el grillete que faltaba. Debía de haberse caído en el hoyo cubierto de traviesas entre los raíles de acero de la vía.

Buscó hasta que su linterna empezó a quedarse sin aceite, pero no lo encontró. Otro misterio. Obviamente, el grillete se había soltado del eslabón roto. Pero ¿cómo se había separado el grillete del guardacabo que formaba el lazo que había visto en el cabrestante?

Al salir de la mina siguiendo la vía, se acordó de los policías que habían estado vigiéndolo. No quería que lo sorprendieran con el eslabón roto si le hacían vaciar los bolsillos, así que lo introdujo en una grieta entre un puntal y el filón de carbón y memorizó detenidamente el lugar: cuatro puntales de refuerzo por encima de la galería lateral más baja.

Comenzó a alejarse de allí. ¿O había tres puntales? Volvió y los contó otra vez, tocándolos uno por uno. Cuatro. Se le erizó el vello de la nuca. Tenía una memoria fotográfica. ¿Cómo podía olvidar una imagen tan simple como la de esos cuatro puntales formando una hilera? Advirtió un extraño silencio. Algo había cambiado en los estrechos pasadizos. Los ventiladores habían dejado de expulsar aire fresco.

Los gases estaban acumulándose de nuevo. No le extrañaba que se sintiera mareado. Se volvió y ascendió dando traspiés hacia la lejana boca de la mina. Si se trataba de gases mofeta, no tenía la menor posibilidad de sobrevivir. El ácido carbónico acabaría con él en segundos. ¿Óxido de carbono producido por el fuego apagado? Minutos. Menos de diez.

Corrió arrastrando los pies. Tenía la cabeza a punto de estallar y el corazón le martilleaba contra el pecho. Se imaginó que los gases venenosos le perseguían, rompían como una ola gigantesca, alcanzaban el punto más alto y le salpicaban, le agarraban las botas, las rodillas, y tiraban de sus piernas, succionándolo hacia abajo. Corrió más deprisa, mientras su luz, cada vez más tenue, hacía rebotar las sombras bajas en las traviesas. Dos traviesas por cada paso. Se obligó a dar zancadas más largas, corriendo sobre el suelo de la mina más rápido que la ola que lo perseguía.

Estaba a punto de dejarla atrás cuando vio algo brillar a la luz. Estaba metido en el raíl derecho, medio oculto por una traviesa de madera. Redujo el paso hasta detenerse y lo miró fijamente, tratando desesperadamente de buscar ideas en su pesada cabeza. ¿El grillete? ¿Eran imaginaciones suyas o estaba viendo un trozo del grillete justo debajo de su pie? ¿Debía intentar recogerlo? Tenía la sensación de que si se arrodillaba, puede que no volviera a levantarse. Le daba vueltas la cabeza. Pero era importante. El saboteador... Reunió las fuerzas que le quedaban y se arrodilló, pero la pieza desapareció antes de que pudiera alcanzarla, oculta por la sombra que se cernió sobre ella.

Isaac Bell giró la cabeza para ver qué producía la sombra.

Percibió movimiento y se sorprendió mirando unos ojos dorados tan distantes y a la vez tan atentos como los de un lobo centrado en su presa. Las fauces entre los ojos formaron un puño. El óxido de carbono le había enturbiado la mente. Tenía que levantarse. Debía huir. El puño se desplazó hacia su cara con la velocidad y la potencia de una locomotora y él lanzó automáticamente sus puños para interceptarlo y asestar un contragolpe. Escuchó una explosión en lo más recóndito de su cabeza y luego todo desapareció.

Se despertó con una corriente de aire fresco abanicándole la cara.

Estaba tumbado boca arriba sobre las traviesas, entre dos raíles. Una bombilla eléctrica brillaba en el techo de carbón toscamente tallado. Le dolía la cabeza, tenía la mandíbula lastimada y, al incorporarse y mirar a su alrededor, recordó que los ventiladores se habían parado y que había corrido para huir de los gases. Los ventiladores volvían a funcionar y el aire era lo bastante fresco como para reanimarlo. Se puso en pie y enfiló la inclinada galería de transporte mientras los recuerdos volvían a su mente en forma de pasajes soñados.

Había encontrado el eslabón roto de la cadena y lo había escondido en una grieta entre la pared del túnel y un puntal del techo. El cuarto puntal por encima de la galería más profunda. Había buscado el grillete que faltaba, pero no lo había encontrado. ¿O sí? Los pensamientos se agolpaban en su mente. Lo había visto. No lo había visto. Vio unos ojos de color ámbar. Vio una sombra y un puño fantasmal. Le dolían la cabeza y la mandíbula. Había sufrido una dura caída, pero lo único que sabía con seguridad era que había tenido suerte de que los ventiladores hubieran vuelto a funcionar antes de que los gases lo ahogaran.

Distinguió la luz de la boca de la mina frente a él y apretó el paso.

—¿De dónde demonios sales tú?

Unos mineros que instalaban nuevos cables eléctricos lo miraban fijamente.

Bell sacudió el pulgar en dirección a las profundidades de la montaña y dijo:

—Decidles a los mecánicos que voy a invitar a un trago a quienes hayan arreglado los ventiladores.

Cientos de hombres esperaban para entrar en la mina y volver al trabajo. Bell desapareció entre la multitud, evitando a los policías de la compañía, salió por la verja y se dirigió a toda prisa a la oficina de telégrafos. Sorteó a las cabras que vagaban por la calle principal de Gleasonburg, un camino de tierra bordeado de barracas y surcado por ruedas de carros que apestaba a aguas residuales, mientras pensaba en el telegrama que enviaría a Joseph van Dorn.

¿Quién sabotearía una mina? Ningún sindicalista en su sano juicio atentaría contra su propia gente. Desde luego, no un hombre respetable como Jim Higgins, que apostaba por la moderación. Pero si no habían sido los sabotadores sindicales a los que tenía órdenes de dar caza —a esas alturas ya estaba convencido de que tales

criminales no existían—, entonces ¿quién? ¿Los dueños de la mina? Pero los patrones lo perdían todo si no podían extraer carbón. La catástrofe podría haber sido mucho peor; podrían haber muerto cientos de hombres y la mina haber quedado bloqueada durante meses en lugar de días.

Pero si los responsables no eran sindicalistas ni empresarios, ¿quién había sido?

Incapaz de dar respuesta a esa pregunta, centró sus pensamientos en un misterio aún más extraño. Desde luego, parecía que un saboteador había cortado la cadena, pero cuando esta se había fracturado, el tren ascendía hacia el descargador a la vista de cientos de mineros. Ninguno de ellos, Isaac Bell incluido, había visto a un herrero montado en el primer vagón del carbón golpeando la cadena con un martillo y un escoplo.

Isaac Bell se bañó dos veces cuando regresó a Pittsburgh, Pennsylvania: primero en la pensión de mala muerte en la que había dejado su equipaje y donde se quitó suficiente polvillo de carbón como para que le permitiesen entrar en el exclusivo club Duquesne de la ciudad, un recargado edificio de estilo neorománico desde el que se dominaba el Triángulo Dorado, donde el Monongahela se unía con el Allegheny para formar el río Ohio; y el segundo, en el propio club Duquesne, antes de ponerse un immaculado traje blanco.

Pidió al portero del vestíbulo que acompañara al bar cuando llegase al hombre con el que iba a comer, el señor Van Dorn, y entró en el local favorito de los potentados de la industria y los magnates ferroviarios que controlaban el capital del carbón y el imperio del acero en Estados Unidos.

Su meticulosa investigación sobre el sector le permitió reconocer a muchos de los presentes en la enorme sala, pero su atención se fijó en un hombre que parecía estar dando audiencia debajo de una repisa labrada con hojas de acanto y coronada por sátiros de caoba de tamaño natural: John «Black Jack» Gleason, el despiadado dueño de la Gleason Consolidated Cool & Coke Company.

Si el tren desbocado, la explosión y las muertes de los seis jóvenes porteros ocurridos en la mina número 1 hacía dos días le preocupaban a Gleason, no se notaba. Al contrario, se estaba burlando de sus colegas con una sonrisa de sátiro:

—Cuando expulse al sindicato de Virginia Occidental, mis minas venderán el carbón más barato que todos los hombres de esta sala. Me quedaré con sus clientes.

Un aristócrata se ruborizó.

—Mi abuelo fue miembro fundador de este club, señor, ¡y no tengo reparos en decirle que es usted un buitre!

—Y a mucha honra —replicó Gleason—. Si no me apoyan contra el sindicato, venderé sus huesos en una subasta de morosos.

El nieto del fundador del club salió del local como un huracán; sin embargo, el resto de los hombres se limitaron a murmurar en actitud condescendiente, suspirando aliviados cuando uno de ellos desvió la conversación hacia la racha de victorias de los Piratas.

—Aquí estás, Isaac.

Joseph van Dorn rodeó la gran mano de Bell con una manaza de uñas arregladas del tamaño de un jamón y la estrechó firmemente. Era alto, ancho de torso, más ancho aún de barriga y ligero de pies, un hombre parcialmente calvo de cuarenta y tantos años que podría haber pasado por un próspero capitán de barco gracias al comercio con China o por un herrero inventor de alguna herramienta o artilugio que lo hubiera hecho rico. Se mostraba cordial, con una sonrisa fácil que iluminaba sus ojos de gruesos párpados. Un bigote rojo que descendía hasta una barba todavía más pelirroja le daba la apariencia de hombre campechano, cuando en realidad era el



azote del hampa, y muchos delincuentes encarcelados todavía se preguntaban cómo se habían podido dejar engañar.

Al fundador e investigador jefe de la agencia de detectives Van Dorn le impresionaban pocas cosas y no se dejaba sorprender fácilmente, pero al contemplar el suntuoso club y a sus acaudalados miembros, se dirigió a Isaac Bell en voz baja, para que solo él pudiera oírle.

—¿Cómo te las has arreglado para entrar aquí?

—Gracias al padre de Kenny Bloom, un compañero de la escuela.

—¿Saben que eres detective?

—No, señor. Estoy usando la tapadera de Dagget.

—Bien hecho. En un sitio como este te puedes enterar de muchas cosas. A ver, ¿qué es esa información tan urgente que tenías que darme?

Bell había hablado con el *maître* del comedor y había reservado una mesa en un rincón tranquilo. Se apresuró a llevar a Van Dorn a la mesa, pero antes de que pudiera decir una palabra sobre lo improbable del sabotaje del sindicato, su jefe dijo:

—No te lo vas a creer, Isaac. Acabo de conocer al presidente.

—¿A Black Jack?

—A Gleason no. ¡Al presidente!

—¿Perdón, señor?

—¡El presidente de Estados Unidos! El mismísimo Teddy Roosevelt en persona. Me ha estrechado la mano... Es más pequeño de lo que parece, pero rebosa entusiasmo. Me ha estrechado la mano el presidente en carne y hueso.

—Es maravilloso, señor. Respecto a lo que he descubierto en la mina...

—La agencia de detectives Van Dorn ha conseguido un trabajo fantástico. El príncipe alemán Enrique de Prusia va a venir de visita al país, y nosotros somos una de las agencias que el Servicio Secreto ha contratado para protegerlo. Por eso Teddy me pidió que fuera a la Casa Blanca. Te lo aseguro, Isaac, mientras los detectives de la agencia impidan que un asesino anarquista toque al príncipe Enrique, todo nos irá de perlas.

—Enhorabuena, señor. —Bell lo felicitó—. Es una noticia maravillosa.

Era perfectamente consciente de que Van Dorn soñaba con ampliar la agencia y convertirla en una organización transcontinental de primer orden, con oficinas en cada ciudad y, algún día, en las capitales de Europa. El encargo del príncipe Enrique era el resultado de trabajar «ocho días a la semana, trece meses al año», y era comprensible que su jefe estuviera entusiasmado.

—Infórmame rápido, Isaac. Tengo que ver al jefe de la policía de Pittsburgh dentro de una hora. Van a dedicarle al príncipe Enrique una gran cena de homenaje en este mismo club.

Necesitaba captar la atención de Van Dorn y conseguir que le diera permiso para investigar el accidente en nombre de la justicia, aunque la agencia hubiera sido contratada en un principio por la compañía de carbón.

—El orgulloso lema de la agencia Van Dorn, «¡No nos rendimos! ¡Nunca!», se basa en los principios —empezó.

—Por supuesto. Nunca pasamos por alto el crimen. Nunca abandonamos a los inocentes.

—Es lo primero que usted me enseñó, señor. Estábamos en Chicago, en la taberna de Jimmy Armstrong, y me dijo: «Los inocentes son sagrados y...».

El joven detective hizo una pausa con expectación.

Joseph van Dorn se vio obligado a completar el credo que inculcaba a sus detectives:

—«... y es el deber de los fuertes protegerlos».

—Los chicos que murieron en el accidente de la mina eran inocentes, señor. El sindicalista Jim Higgins no es culpable de la acusación de asesinato, y el tren no se desbocó por accidente.

Los ojos de Van Dorn brillaron, y Bell supo que había captado su atención.

—¿Puedes identificar a los saboteadores que lo provocaron?

—No fue un saboteador.

—¿Qué?

—No en el sentido al que usted se refiere. No fue un sabotaje del sindicato.

—Entonces, ¿quién?

—No fue un saboteador, sino un provocador.

—¿De qué demonios estás hablando? No te andes con rodeos. Un sabotaje es un sabotaje.

—No lo es, señor. No como usted quiere decir.

—Deja de decirme lo que quiero decir y dime lo que tú quieres decir.

—Rompieron a propósito el eslabón de la cadena que causó el accidente, una fractura realizada muy probablemente por un provocador.

—¿Con qué objetivo?

—Perpetrar un crimen mayor.

—¿Qué crimen mayor?

—No lo sé —reconoció—. Aunque en algunas discusiones sindicales ha habido incidentes porque los patronos contrataron a provocadores que les dieran excusas para detener a los sindicalistas, no creo que se trate de eso.

Van Dorn se recostó y cruzó los brazos por delante de su fuerte pecho.

—Me tranquiliza oír que sigues pensando con lógica. Para Black Jack Gleason, destrozarse su propia mina de carbón sería un método muy caro de detener a los sindicalistas.

—Lo sé. Por eso me pregunto...

—¿Dónde estabas cuando se saboteó el tren de la mina? ¿No te mandé allí precisamente para impedir esa clase de ataques?

—Siento haberle fallado, señor —se disculpó.

Van Dorn lo miró fijamente durante veinte largos segundos.

—Hablaremos de eso más tarde. ¿Qué viste?

Isaac le contó sus sospechas: el carácter suicida de un sabotaje subterráneo; la misteriosa marca que había encontrado en el eslabón roto y el hecho de que deteniendo a Higgins, la compañía de carbón había debilitado los esfuerzos del sindicato.

Joseph van Dorn lo miró fijamente, y él le sostuvo la mirada sin perder la calma. Su jefe era un hombre muy ambicioso, pero era honrado y responsable.

—Muy a mi pesar —dijo Van Dorn finalmente—, te doy permiso para investigar esa vaga hipótesis durante una semana. Solo una semana.

—Gracias, señor. ¿Puedo contar con la ayuda de algunos hombres de la agencia?

—No puedo prestarte a nadie para que te ayude. La gira del príncipe Enrique exige la presencia de todos los detectives disponibles. Estás solo.

Se produjo un repentino alboroto al fondo del comedor lujosamente decorado. El grupo de Black Jack Gleason entró con aire fanfarrón y se sentó para comer. Gleason golpeó la mesa con el puño y juró en voz alta:

—Voy a destruir a los sindicatos de las minas de una vez por todas.

Los dueños de las minas más importantes recomendaron prudencia, haciéndole ver que en Pennsylvania el sindicato tenía mucha fuerza: se avecinaba el invierno, y no podían permitirse una huelga.

—Este país no tolerará que millones de personas se congelen en sus casas.

—A los dueños de las minas de antracita ya les ha costado dos millones pagar, alimentar, alojar y armar con revólveres y rifles a los cinco mil policías del carbón y el hierro. Demonios, si subiéramos la paga a los mineros diez céntimos al día, nos costaría menos que cinco mil policías armados.

Gleason volvió a golpear la mesa. La vajilla de plata saltó por los aires y los camareros corrieron a rescatar la vajilla de cristal.

—Lo diré una vez más, caballeros. Voy a destruir a los sindicatos de las minas de una vez por todas.

—¿No sería mejor darles a los mineros un pequeño aumento y cortar este asunto de raíz? —preguntó uno de los dueños.

—Antes de que el dictador del presidente Roosevelt se entrometa —advirtió otro—. Exigiré que reconozcamos el sindicato.

Black Jack Gleason se rio de la solución de compromiso.

—Si hacen huelga, le pondré fin como he hecho con todas las huelgas —alardeó.

Van Dorn se dirigió a Bell:

—Los tipos del entorno de Roosevelt me han dicho que nada le gustaría más que resolver una huelga.

—Le he oído en el bar —respondió el joven detective—. Le interesa que haya una huelga si así perjudica a sus competidores.

—Es un hombre duro —reconoció Van Dorn—, pero muy competente.

Su actitud hacia Bell se suavizó un poco. Él también era un hombre duro, pero no

era la clase de persona que ocultaba sus simpatías por un joven empleado al que admiraba. Isaac había sido su aprendiz personal después de licenciarse en Yale y era el protegido del inmigrante irlandés.

—Ten cuidado. Ya has oído a Gleason. Sindicalistas y dueños de minas están intrigando para conseguir la más mínima ventaja en esta guerra; hay muchos intereses en juego y están atrincherándose para luchar a muerte. Presta atención, que no te pillen en medio.

—No me pillarán, señor.

—Y hagas lo que hagas, no acabes tomando partido por nadie.

—Tendré cuidado, señor. Se lo prometo.

—No te creo.

El joven se puso tenso.

—Le he dado mi palabra.

—Romperás tu promesa y cometerás una imprudencia en cuanto dejes que tu instinto lleve la batuta.

—No le entiendo.

—He visto cómo actúas. Sientes debilidad por los oprimidos. A diferencia de la mayoría de los miembros de la clase privilegiada a la que perteneces, eres consciente de su existencia. Eso te sitúa a kilómetros de distancia de ellos, cosa que probablemente sea loable, pero no permitas que te maten tratando de alterar el orden natural de las cosas.

Isaac Bell se puso el atuendo de minero en su pensión de mala muerte, pagó a la patrona para que le guardara el equipaje y volvió a toda prisa a los yacimientos de carbón. Viajó a Morgantown, en Virginia Occidental, en un vagón de la línea de Baltimore y Ohio y recorrió los últimos doce kilómetros por un valle que se estrechaba en la recién inaugurada línea interurbana de Gleasonburg.

La última parada del tranvía estaba cerca del Palacio de Justicia, un almacén de madera apretujado entre una empinada ladera y el río Monongahela. Se encontraba al lado de un almacén de sólido ladrillo amarillo de la compañía Gleason y daba alojamiento a un juez de paz, que era la mayor autoridad legal de la ciudad minera, la sala de juicios y, en un sótano situado debajo del edificio, la cárcel de Gleasonburg.

Bell se dirigió a la prisión.

Como disponía solo de una semana para demostrar su teoría, o como mínimo para desarrollar suficientes argumentos para mantener el interés de su jefe, durante su viaje en tren había tomado la decisión de que la medida más productiva para empezar sería convencer a los carceleros de que le dejaran visitar a Jim Higgins.

El sindicalista había demostrado que sabía lo que se hacía. Había sentado las bases de una huelga averiguando de qué mineros podía fiarse, con qué policías debía tener ojo y con qué jefes le convenía relacionarse. Bell tenía muchas ganas de poner a prueba su teoría con el organizador sindical y aprovechar sus conocimientos sobre quién podía ser el provocador y qué quería.

Un grupo de mineros y sus esposas e hijos se habían reunido alrededor de la entrada de la cárcel, una puerta separada debajo de los escalones del Palacio de Justicia. Se deslizó entre ellos, saludando educadamente con la mano en la gorra a las señoras y esquivando a los niños. Eran un grupo taciturno. Algunas mujeres tenían los ojos enrojecidos por el llanto. Eran las madres de los porteros. ¿Cuántas, se preguntó Bell, serían además viudas, como la madre de Sammy? ¿Cuántos de los chicos habían sido el único sostén de su familia?

Hablaban en voz baja, como unos feligreses esperando a que empezase la misa, y cuando Isaac pasó entre ellos escuchó unos susurros que parecían culpar a Jim Higgins más que a la compañía Gleason de la muerte de los porteros.

La cárcel estaba vigilada por policías de la compañía. Eran hombres gordos y mayores, y Bell temía que si los ánimos se encendían y el grupo se convertía en una turba furiosa, como acostumbra a ocurrir con las personas afligidas, no fueran capaces de proteger al prisionero. En circunstancias normales, un detective de la agencia Pinkerton estaba al mando de las brigadas de la compañía, pero no vio a ningún detective. Sin embargo, de momento el grupo estaba tranquilo, y la policía tenía las riendas de la situación. Bloquearon la puerta cuando lo vieron acercarse.

—Me gustaría visitar a Jim Higgins —pidió.

—Nada de visitas.

—Su sacerdote en Chicago me ha enviado un telegrama pidiéndome que me pase a verlo.

—Como si el telegrama se lo envía el puñetero Papa. Nada de visitas.

—El sacerdote de Jim quiere hacerle llegar algo de dinero, pensando que podría ayudarle a estar cómodo hasta que lleguen sus abogados.

El policía de la compañía se humedeció los labios. Quería su tajada. Bell se metió la mano en el bolsillo, pero el hombre negó con la cabeza.

—Tengo órdenes. Ni abogado, ni sacerdote, ni visitas.

—Yo ya lo he intentado. —Una mujer se le acercó por detrás—. Si no dejan que su hermana lo vea, no se lo van a permitir a su sacerdote.

Se volvió hacia la musical voz. Cuando la vio, una certeza cruzó su mente a toda velocidad, como una locomotora desbocada: Si los policías han negado la entrada a esta preciosidad de ojos grises y pelo negro, el mismísimo Dios Todopoderoso puede esperar sentado. Se quitó la gorra y le tendió la mano.

—Isaac Bell —se presentó—. No sabía que Jim tuviera una hermana.

—Mary Higgins —contestó ella, observando su mano con una mirada escéptica—. No sabía que Jim tuviera un sacerdote.

—De su parroquia en Chicago.

Bell habló en voz alta para que le escuchara también el policía, que los miraba con expresión suspicaz.

—Jim es ateo —aseguró la joven, y se alejó.

Él la siguió entre el gentío y la alcanzó en la parada del tranvía.

—¿Usted también es atea?

—Todavía no. ¿Quién demonios es usted?

—Conocí a Jim en la mina. Intentaba convencerme para que me afiliase al sindicato.

—¿Y por qué no se ha afiliado?

Bell se encogió de hombros.

—Sinceramente, tenía miedo de que me despidieran.

—Entonces, ¿por qué viene a visitarlo a la cárcel?

—Pienso que no lo han tratado bien.

—Visitándolo en la cárcel lo despedirán igual de rápido que si se hubiera afiliado al sindicato. ¿Qué le pasa, señor Bell?

Tenía buen oído para los acentos y reconoció el de la mujer: inglés o australiano. Tal vez había vivido en el extranjero. Tal vez leía novelas.

—Mientras le explico lo que me pasa —respondió sonriendo—, ¿me concedería el honor de tomar un té conmigo? Creo que en el economato tienen.

—No gastaría ni un penique en un economato de Gleason. Ni en ningún otro economato.

—No conozco otro establecimiento donde pueda ofrecerle un té.

—De eso se trata, ¿no? El economato tiene el monopolio. Los trabajadores no

tienen más remedio que pagar a los dueños unos precios exorbitantes o no consumir. No les pagan con dinero de verdad, sino con pagarés que solo pueden gastar en el economato de la compañía. No hay como tener siervos.

—O aparceros —añadió Bell.

—Esclavos.

—Me parece que su hermano no es el único sindicalista de la familia.

—No se equivoca, solo que las opiniones de Jim son demasiado moderadas para mi gusto.

Un levísimo asomo de sonrisa animó sus ojos mientras recorrían las facciones del atractivo joven que tenía delante.

—¿Seguro que no está dispuesta a hacer una excepción y tomar una taza de té en el economato?

—Totalmente —replicó Mary Higgins. Repasó con la vista la hilera de desvencijadas barracas, pensiones y chabolas que bordeaban la calle de tierra y se fijó en una taberna con un farol en su pequeña ventana—. Hay otras formas. Venga conmigo.

Bell evaluó al grupo de personas, que seguía aumentando, y la siguió al otro lado de la calle. Caminaba con rapidez. Era alta, y su falda se balanceaba como si tuviera las piernas largas. Cuando subió a la acera de madera, la falda se le abrió y mostró unas botas bajas atadas alrededor de unos torneados tobillos. La figura de una corista, pensó Bell, con la mirada severa de una maestra.

Cuando cruzaron la puerta, el dueño corrió hacia ellos, gritando:

—No se permite la entrada a señoras.

Mary Higgins esbozó otra débil sonrisa, miró fijamente al tabernero a los ojos y respondió:

—Detrás de la barra está su oficina y en ella hay una cafetera con café caliente. Me pregunto si este caballero y yo podríamos pedir una taza y beberla en su escritorio.

El tabernero se quedó boquiabierto.

—¿Cómo lo sabe?

—Mi padre tuvo un establecimiento parecido. Siempre decía que si bebes lo que vendes acabarás en el asilo para indigentes.

—Su padre conocía el oficio. Vengan por aquí.

Mary se adelantó, haciendo que el serrín esparcido por el suelo se arremolinase alrededor de su falda. Una vez en la oficina, el tabernero se disculpó:

—No tengo leche.

—No es necesaria.

Miró a Isaac Bell, quien con una silenciosa inclinación de cabeza se mostró de acuerdo en que un café solo le parecía perfecto.

—Los dejaré a los dos... solos. Dando por supuesto —añadió bruscamente— que todos entendemos que mi oficina no es un lugar de encuentro.

Vio un repentino brillo peligroso en el ojo del joven minero y se disculpó rápidamente:

—No quería insinuar...

—Gracias —lo despidió la chica.

Se sentó detrás de una mesa fabricada con ásperos tablonos e indicó a Isaac que acercara el barril que hacía las veces de silla.

—Es usted un misterio, señor Bell.

—¿Y eso, señorita Higgins?

—Viste como un minero, habla como un petimetre de la Quinta Avenida intentando parecer un minero, y a pesar de sus deplorables intentos, no logra ocultar los gestos de la clase privilegiada. ¿Quién es usted y qué quiere?

Bell agachó la cabeza; era la viva imagen de la vergüenza, por no decir de la culpabilidad. No le sorprendió que precisamente ella, una mujer con vista de lince y oído fino, hubiera detectado algún fallo en su disfraz. Habría sido una perspicaz detective. Ya tenía preparada una defensa cuando reparó en su mirada penetrante; estaba decidido a mantener su tapadera tanto tiempo como fuera posible. Cíñete a tu historia, le había enseñado Wish Clarke, ilustrando la lección con un sorbo de su petaca. Muéstrale a la gente que eres un borracho inofensivo. Pule los detalles, pero mantén el marco general. Cuanto más cerca estés de la verdad, menos tendrás que justificar.

—Empezaré por quién soy —dijo—. Sí, nací en un entorno privilegiado. Tiene toda la razón en eso, pero mi padre lo perdió todo en la depresión del noventa y tres. Mi madre murió y mi padre se pegó un tiro: por vergüenza o por pena, no lo sé. Lo único que he vivido desde entonces han sido momentos duros, pero me enorgullece decir que me he abierto camino sin ayuda, con mis propias manos.

Mary Higgins lanzó una mirada inquisitiva a sus manos, y el joven detective se alegró de que las ampollas que le habían salido manejando la pala se hubieran convertido en callos.

—«¿Los príncipes y los señores pueden florecer o marchitarse?».

Ella citó a Goldsmith y arqueó inquisitivamente una ceja.

—«Un soplo puede hacerlos, un soplo deshacerlos».

Bell contestó con otra cita.

—¿Quiere hacerme creer que iba a visitar a mi hermano por pura amabilidad?

—Es lo único que tengo que ofrecerle.

—Algo no encaja en su historia. No intente engañar a la hija de un obrero.

—Creía que había sido dueño de una taberna.

—Eso fue para conseguir una taza de café. —Con sus palabras, la joven reveló una capacidad para alterar la verdad por una buena causa similar a la suya—. Puede que haya perdido sus mansiones, pero su entorno y su vida entera le impiden ver, y mucho menos comprender, el conflicto entre la clase capitalista y la obrera.

—Mi vida entera, no.



—La guerra por la justicia se expresa simplemente: no puede haber paz sin justicia, ni justicia sin igualdad.

—Lo ha expresado muy elocuentemente. Nunca había pensado en ello de esa forma.

—No pretendo ser elocuente. La elocuencia no son más que bobadas. Como las baratijas que decoraban su mansión.

—Las aspiraciones de su hermano son más modestas. Él me dijo: «Lo único que pedimos es vivir como seres humanos, dar de comer a nuestras familias y mandar a nuestros hijos a la escuela».

—Mi hermano sueña a pequeña escala. Tiene que entender que no ganaremos la guerra por la justicia hasta que la clase obrera y la clase capitalista se conviertan en una sola, y el obrero sea el dueño del capital que produce.

—Primero necesita un abogado. Uno listo que pueda convencer al juez de que Jim no tuvo la culpa de no activar el descarrilador. La compañía le asignó otra tarea, lubricar el motor del cabrestante, y eso le obligó a alejarse tanto de su puesto que no pudo hacer descarrilar el tren desbocado. Cuando lo detuvieron, dijo que era porque se habían enterado de que era un sindicalista y se habían inventado los cargos para quitarlo de en medio.

—No me sorprende. Ni tampoco me sorprende que mi hermano no viera sus tejemanejes. Como ya le he dicho, es un soñador.

El tabernero irrumpió en la oficina con una mirada de terror.

—Tienen que marcharse. Voy a cerrar pronto. Se ha armado un buen follón.

En el exterior, el sol se había deslizado detrás de la montaña y la noche se cernía sobre la cuenca. Un viento frío soplaba desde las elevaciones más altas. Aire húmedo y volutas de niebla brotaban del río. El Palacio de Justicia estaba sumido en las sombras.

El gentío que rodeaba el edificio se había triplicado. Donde antes la gente susurraba, ahora hablaba en voz alta, algunos incluso gritaban. Bell vio madres que se llevaban a rastras a sus hijos, como si hubieran calibrado el ambiente y les pareciera peligroso. Unos hombres llegaban corriendo por la calle principal, empuñando bates de béisbol y palos.

—¿Qué gritan?

Mary formuló la pregunta, seguramente porque no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Asesino! —repitió Bell—. Quédese aquí. Voy a ver lo que puedo hacer.

Henry Clay vagaba entre la multitud aparentemente sin rumbo. Era un hombre ancho de espaldas, de treinta y cinco años, que se movía con una elegancia natural. Pese a no ser demasiado alto, era de complexión fuerte, un rasgo que ocultaba con caros trajes a medida cuando estaba en su despacho de Wall Street, y con una chaqueta

holgada y un mono cuando fingía ser un minero. El pañuelo rojo que llevaba atado al cuello no proclamaba a los cuatro vientos que era un sindicalista, pero se podía interpretar como una señal de su posición en el conflicto entre la clase obrera y la capitalista. El sombrero flexible que cubría su rostro impedía que la luz del sol, cada vez más tenue, reflejara el tono amarillo dorado de sus ojos color ambarino.

Al toparse cara a cara por un instante con un minero de semblante adusto, Henry Clay murmuró:

—Para el caso, ese hijo de puta podía haber cogido una pistola y haber disparado a esos chicos.

Mientras avanzaba, el minero gritó «¡Asesino!» en dirección a la cárcel, donde los policías de Gleason empezaban a ponerse nerviosos.

Cuando se cruzó con otro hombre, Clay susurró:

—Pobres chicos, no soporto pensar en ellos.

—¡Asesino! —estalló detrás de él. Era como pulsar un timbre eléctrico—. Pobres chicos... ¡Asesino!

Se detuvo delante de dos hombres con aspecto indeciso. Inteligentes, parecían la clase de tipos que estarían tentados de apostar por el sindicato.

—Un montón de gente me ha dicho que Higgins es un espía de la compañía.

—¿Qué demonios dices? ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

—Claggart —contestó Clay, extendiendo la mano y dedicándoles una sonrisa irresistible—. John Claggart.

—¿Qué es eso de que Higgins es un espía? He oído que es un sindicalista.

—Yo también —ratificó el otro.

—Eso es lo que la compañía quiere que creáis. Unos tipos me han contado que en cuanto su amigo descubrió al traidor, los detectives de la Pinkerton se le echaron encima. Le dieron una paliza terrible con porras, le dejaron la cara ensangrentada y le destrozaron la mano.

—¡Espía!

—¡Asesino!

—¡Espía!

Clay siguió hacia la parte de atrás de la muchedumbre, lanzando calumnias para encender los ánimos, y se subió a un abrevadero para ver mejor. Y mira por dónde, allí estaba el detective favorito de Joseph van Dorn, el joven Isaac Bell, subiendo a saltos los escalones del Palacio de Justicia para tratar de razonar con la multitud.

—¡Colgadlo!

Isaac Bell subía dando saltos los escalones justo cuando el atribulado grupo de amigos y familiares de las víctimas se convirtió en una salvaje muchedumbre que clamaba por la sangre de Jim Higgins.

—¡Colgadlo bien alto!

—¡Asesino!

—¡Espía!

—¡Esperad!

Bell tenía una voz fuerte, y cuando llenó los pulmones y tronó con ella, llegó hasta el hombre más alejado del grupo y rebotó en la montaña. Levantó las dos manos por encima de la cabeza y pareció que doblara su altura. Habló despacio, alto y claro.

—Jim Higgins no es un espía. Jim Higgins es un obrero honrado como todos nosotros.

—¡Espía!

Bell señaló con su gran mano al minero que había gritado.

—¿Quién te ha dicho que Jim es un espía? Venga, hombre, dínoslo. ¿Ha sido algún conocido tuyo? ¿Un hombre de confianza? ¿Quién?

Los mineros se miraron entre ellos y volvieron a mirar a Bell.

—Jim Higgins se desvive tanto por la empresa como vosotros o como yo.

Los hombres situados delante de él tenían la confusión dibujada en la cara, pero Bell oyó gritar al fondo:

—¡Asesino! ¡Asesino!

La escasa luz le impedía ver de dónde procedían las imprecaciones. Una figura oscura con un sombrero flexible se movió precipitadamente detrás de la multitud y una docena de gargantas reanudaron el grito «¡Asesino! ¡Asesino!», y desde los escalones donde estaba percibió el movimiento ondulante de cientos de personas que se acercaban en tropel.

La policía de la compañía que vigilaba la puerta de la cárcel se apartó poco a poco.

—¡Manténganse firmes, caballeros! —les gritó Bell desde los escalones.

—¡Asesinos!

Los policías se dispersaron y echaron a correr. Algunos huyeron directos hacia la muchedumbre y otros rodearon el gentío, pero cuando desaparecieron, entre la turba y el sindicalista no se interponía nada más que un joven detective de la agencia Van Dorn en su primer caso.

Isaac Bell sacó un revólver Colt Army de acción simple de su chaqueta y apuntó a la multitud. A continuación pronunció una fría amenaza.

—Dispararé al primer hombre que se acerque.

Los de la primera fila, lo bastante próximos como para ver sus ojos, le creyeron. Titubearon y empezaron a retroceder.

—¡Joe, eres un hijo de puta santurrón!

Henry Clay gritó para sus adentros, mofándose de Joseph van Dorn como si el gran detective lo estuviera mirando desde el otro lado de su mesa. O a través de la mira de una pistola. La bondad atrae a la bondad. Los idiotas atraen a los idiotas.

Metió la mano dentro de su voluminosa chaqueta.

Idiota o no, el joven Bell les había impresionado. La muchedumbre, que momentos antes había estado al borde de un estallido de violencia, se había dejado disuadir por su voz autoritaria. Clay intentó enardecer a la gente desde las últimas filas, pero el joven detective tenía una pistola en la mano; había llegado el momento de detenerlo antes de que lo estropease todo.

El arma que Clay llevaba en la pistolera de su hombro era un revólver Colt Bisley de calibre 45 y acción simple, una pistola de primerísima categoría forjada a la perfección. En las manos adecuadas, a esa distancia, podía ser tan letal como un rifle. Y a Henry Clay, que había sido adiestrado por un experto pistolero y se había ejercitado en el manejo del Bisley con el mismo afán con que había aprendido a manejar escopetas, rifles, cuchillos y puños, no le cabía duda de que el suyo estaba en las manos adecuadas.

Isaac Bell vio que alguien se acercaba abriéndose paso a empujones entre el gentío mientras las primeras filas vacilaban.

Era Mary Higgins, que consiguió pasar entre ellos y subió corriendo los escalones para situarse a su lado.

—Si ha traído una pistola, démela y váyase mientras pueda —le pidió Bell.

—No necesito una pistola.

—Si cree eso, tiene usted más pájaros en la cabeza que su hermano... ¡Al suelo!

Vio la imagen borrosa del cañón de una pistola balanceándose en dirección a ellos. Apartó la falda de Mary de debajo de ella de una patada y la derribó. Un disparo sonó en la parte de atrás de la muchedumbre. La bala pasó volando tan cerca de la cabeza de Bell que le arrancó la gorra. No podía ver quién había disparado, ni si estaba apuntando otra vez, pero lo descubrió muy pronto. El segundo disparo se produjo sin previo aviso y derribó a Bell de lado, le perforó la chaqueta y dejó un rastro de sangre a través de las costillas.

Recobró el equilibrio y apuntó con su revólver. Rastreó a la multitud, tratando de localizar al hombre que le había disparado, pero seguía sin poder verlo. Estaba en alguna parte detrás del gentío. El último tiro había envalentonado a los mineros furiosos. Empujados por los de detrás, los hombres de la parte delantera avanzaron en

tropel, directos hacia él.

El joven detective apretó el gatillo de su arma, la sostuvo con firmeza a la altura de la cintura y movió en abanico la espuela del martillo percutor con la mano izquierda. Cuatro disparos salieron retumbando del cañón con tal rapidez que los estallidos individuales se fundieron en una sola explosión larga y estruendosa.

El fuego racheado lanzó una descarga de balas a escasos centímetros por encima de la muchedumbre. Los hombres agacharon la cabeza y se dispersaron para ponerse a cubierto. Incluso los veteranos de la guerra hispano-estadounidense se lanzaron de bruces al barro. La desbandada duró lo suficiente como para que Bell y Mary se precipitaran escalones abajo y entraran en la cárcel: un pequeño sótano de techo bajo que olía a humedad de río y a las lámparas de queroseno que lo iluminaban. Constaba de una tosca mesa de madera, un armero, dos celdas y un oscuro pasillo que Bell esperaba que condujese a una salida trasera. Echó el cerrojo a la puerta.

Jim Higgins los observaba desde su celda, agarrado a los barrotes. El detective vio unas llaves en el armero y una escopeta de cañón doble. Abrió la celda y le entregó la escopeta a Higgins, que miró el arma como si le hubieran puesto una serpiente entre las manos.

—No te preocupes por darle a algo. El ruido los dispersará.

—¿Estás bien, Isaac? Tienes sangre por toda la chaqueta.

—Estupendamente.

A pesar de sus alentadoras palabras, tenía las costillas como si acabara de pelear diez asaltos contra un luchador fuerte especializado en golpes al cuerpo. Al menos podía respirar, señal de que ninguna costilla se había fracturado.

—¡Ahí vienen! —gritó Mary.

Cogió una lámpara de la mesa e iluminó el pasillo.

La muchedumbre estaba golpeando la puerta. Bell recuperó la escopeta y Mary se volvió.

—Hay una puerta y una escalera de mano para bajar a la orilla del río.

—¿Cuántos hay afuera?

—Nadie. Es demasiado empinado. Está justo en la orilla.

—Coja a su hermano.

Mary agarró a Jim del brazo e iluminó el camino, con Bell en la retaguardia. La turba aporreaba la puerta. La escopeta rugió cuando disparó con el cañón derecho. Los golpes se interrumpieron, pero solo por un instante. Jim Higgins colocó la escalera de mano.

—Vamos —les urgió Bell—. Yo os cubriré.

Le quedaba un cartucho en la escopeta y una bala en el revólver. Jim Higgins empezó a descender por la escalera. La puerta principal se hizo astillas cuando el poste de valla que estaban usando como ariete atravesó un entrepaño.

Disparó con el segundo cañón de la escopeta y el poste cayó en la habitación como si los hombres que lo empuñaban lo hubieran soltado y corrieran como alma

que lleva el diablo.

—Venga —le dijo a Mary—. Eso les ha convencido.

Pero en lugar de comenzar a descender, Mary regresó corriendo a la sala principal y lanzó la lámpara contra la mesa del carcelero. El cristal se hizo añicos, el queroseno se encendió, propagó llamas a través de la mesa y prendió fuego a la segunda lámpara. La joven se detuvo en el pasillo y Bell vio su perfil recortado contra la saltarina luz anaranjada del fuego. Estaba increíblemente hermosa, con una sonrisa de satisfacción brillando en su rostro.

La cárcel en llamas, que debería haber distraído a la multitud, resultó ser sin embargo su perdición. Tan pronto como hubieron descendido por la escalera y empezado a avanzar por la empinada orilla del río, el fuego subió al Palacio de Justicia situado encima. La madera ardió con fuerza. Las llamas saltaron al cielo y disolvieron la oscuridad de la noche.

—¡Allí están!

—¡A por ellos!

La muchedumbre corrió entre las chabolas repartidas a lo largo de la parte superior de la ribera. Bell, Mary y Jim Higgins se deslizaron hasta la parte de abajo y avanzaron por la orilla, chapoteando. Delante de ellos estaba el muelle de gabarras donde se amarraban las embarcaciones vacías por la noche, a la espera de que los remolcadores de vapor las arrastrasen hasta el descargador. La calle de encima conectaba con Dock Street, que descendía en pendiente hasta ella. En ese punto, el gentío enfilaría Dock Street y los interceptaría en el muelle de las barcazas.

—Estamos perdidos —se lamentó Jim—. Es a mí a quien quieren. Me quedaré aquí. Vosotros dos meteos en el agua y tratad de huir nadando.

La corriente era rápida, el río medía más de ciento cincuenta metros de ancho y estaba muy oscuro más allá de la luz del fuego. Bell era un buen nadador; con un poco de suerte, podría atravesarlo. La expresión del rostro de Mary era valiente, pero reflejaba sus dudas de que pudiera nadar tan lejos.

—Quedaos aquí los dos. Enseguida vuelvo.

La voz del detective no admitía discusión. Los escondió detrás de un rompeolas de piedra y echó a correr, saltando obstáculos iluminados por el fuego, hasta subir al muelle. Al final de la fila de gabarras había un pequeño remolcador de los que se encargan del transporte. Saltó a la primera gabarra y corrió a lo largo de la borda, esforzándose por mantener el equilibrio en la estrecha pasarela de madera. Si resbalaba hacia la derecha, caería al agua; si resbalaba hacia la izquierda, se partiría el cuello en la bodega vacía.

—¡Allí está!

Cruzó de un salto el espacio entre la primera y la segunda gabarra y corrió más rápido. Apenas oía los gritos detrás de él, con la mirada fija en la siguiente embarcación, y en la siguiente, y en la única luz encendida en el remolcador. Saltó de la última gabarra al remolcador y soltó las amarras. La corriente lo empujó enseguida

y lo arrastró velozmente río abajo hasta la oscuridad, más allá de la multitud, pero lejos del rompeolas donde Jim y Mary estaban escondidos.

—¿Qué demonios hace?

El pequeño remolcador era una sencilla chalana con la caldera y la chimenea en la cubierta, entre el timón y una carbonera. Isaac Bell acababa de coger una pala de fogonero y se disponía a abrir la puerta del horno cuando un vigilante nocturno de edad avanzada, con una larga barba blanca de la guerra de Secesión, se levantó bostezando de su lecho de cuerda enrollada y lona.

Distinguió la alta silueta oscura del detective alzándose contra el edificio en llamas y sacó un revólver de la cintura de su pantalón.

Bell se lo arrebató.

—Voy a pedirle prestado el barco para hacer una breve travesía. ¿Me permite?

—No, señor. No es su barco. Pertenece a la Compañía de Carbón Gleason. No puedo dejar que lo robe.

—No me obligue a tirarlo por la borda.

Rezaba para que el viejo creyera que hablaba en serio, porque si no le creía, no tenía ni idea de lo que haría.

El anciano parpadeó, miró el agua negra y dijo:

—No tengo ganas de ir nadando.

—¿Tiene presión?

—Una pizca. Hace un rato eché carbón.

—Eche más.

—De acuerdo. Tampoco es que esté ayudándole a robarlo, ¿no? No puedo dejar que se vaya a la deriva y se estrelle contra las rocas. Y eso es lo que está a punto de pasar.

Bell abrió el cuadrante e introdujo vapor en el pistón, notó que la hélice se activaba y giró la rueda de radios. El pequeño remolcador dejó de ir a la deriva y se dirigió río arriba, contra la corriente. El detective se encaminó al ahora lejano rompeolas y trató de conseguir más potencia. El manómetro indicaba que con las reservas nocturnas del horno, la embarcación apenas tenía suficiente presión para avanzar.

El anciano echó más carbón al fogón y cerró la portezuela de golpe.

—¿Es usted piloto de río, hijo?

—No, señor.

—Parece que haya gobernado barcos de vapor.

—Solo yates.

—¿Yates? El señor Gleason tiene un yate. Se llama *Monongahela*, como el río... ¿Ve cómo arde el Palacio de Justicia? Va a prender fuego al economato que hay al lado.

Mary Higgins debía de estar alegrándose desde la orilla, pensó.

Dejó atrás las barcasas y el muelle y se dirigió al rompeolas donde los había



dejado, pero ya no estaban. Los descubrió cuando los buscaba en la orilla: volvían corriendo al palacio, con tres hombres pisándoles los talones. Viró hacia ellos.

Uno de los perseguidores se adelantó a los demás blandiendo un bate de béisbol. Dos metros por detrás de Mary, levantó el bate en el aire. Soltó el timón, sacó el Colt, apuntó con cuidado y disparó su última bala. El hombre soltó el bate y cayó, haciendo que sus amigos tropezaran con él.

—Buen disparo —lo felicitó el anciano—. Así aprenderá.

Bell metió la proa del remolcador en el blando banco de lodo.

—¡Saltad!

Mary subió atropelladamente y tendió la mano a su hermano, que subió a bordo de un brinco. Isaac invirtió el cuadrante, dio marcha atrás contra la corriente, giró el timón a toda velocidad y se dirigió a la otra orilla.

Isaac Bell cruzó el Monongahela con el remolcador y se dirigió río abajo despacio, buscando un lugar para desembarcar. El anciano reconoció a Jim Higgins.

—Usted es el del sindicato, ¿no?

—Así es. ¿Está usted a favor del sindicato?

—No puedo decir que sí. Tampoco puedo decir que esté a favor de la compañía. Tratan muy mal a la gente.

—¿Apoyaría usted una huelga?

—Puede que sí. O puede que no.

—Yo opino lo mismo. —Higgins inició una conversación que Bell no habría esperado oír en plena noche a bordo de un remolcador robado—. No tenemos por qué declararnos en huelga necesariamente. Un acuerdo justo entre las exigencias de los mineros y las de los dueños podría garantizar una generación de trabajo estable sin huelgas. Las personas sensatas de los dos bandos saben que el país necesita carbón. Todo el mundo saldría beneficiado si nos ganáramos la vida decentemente extrayéndolo. A menos que los exaltados enciendan la imaginación de los mineros, podemos resolver el conflicto por el bien de todos, mineros y patronos.

Mary se rio con incredulidad.

—Esas personas tan sensatas te han metido en la cárcel y han mandado a una masa enardecida para que te ahorcase.

—Habrà paz durante veinte años si las personas sensatas negocian —respondió Jim con suavidad—. Y matanzas si no negocian.

—De no ser por el señor Bell, estarías colgado, hermano.

Isaac escuchó admirado cómo Jim Higgins se mantenía firme en sus convicciones, dirigiéndose a su hermana y al anciano como si estuviera intentando persuadirlos en la sala de reuniones de un sindicato.

—Si los exaltados no ceden ni un milímetro, sindicato y patronal se declararán la guerra. En las guerras obreras mueren inocentes. En Haymarket, Homestead y

Pullman hubo una masacre, y muchos inocentes volverán a ser masacrados.

Avanzando a oscuras, con la vista puesta en algún lugar donde desembarcar, Bell decidió que Jim no era un soñador —y desde luego, tampoco tonto—, sino un pensador con una estrategia global para poner fin a las guerras obreras y el razonable miedo a la violencia que las guerras engendrarían.

Distinguió delante un resplandor amarillo.

El viejo vigilante le dio un codazo.

—Si tiene intención de seguir huyendo, y por los incidentes que he observado esta noche creo que debería hacerlo, le interesará saber que a la vuelta del siguiente recodo está el parque ferroviario de la línea de Baltimore y Ohio, donde podrían subir a un mercancías y largarse de Virginia Occidental.

—Isaac, ya sé que si no fuera por ti estaría colgado, tal como Mary ha dicho. Pero ¿puedo pedirte otro favor?

—Dime.

—¿Puedes acompañar a mi hermana a un lugar seguro?

—Por supuesto.

—Ni necesito ni quiero un escolta —protestó Mary.

—Escúchame por una vez en tu vida. Yo soy el único que huye de la ley. Me acusarán de fugarme de la cárcel. Isaac y tú simplemente habéis escapado de un grupo de gente dispuesta a lincharos, y ni siquiera los dueños de las minas pueden considerarlo un delito. Si conseguís escapar de la policía de Gleason, los dos estaréis a salvo.

—¿Y tú? —preguntó Bell.

—¿Adónde vas? —insistió Mary.

—Espero que mis amigos de la Hermandad de Fogoneros de Locomotoras me lleven oculto en un vagón de carbón.

—¿Adónde?

—A Denver, Colorado. Los mineros del oeste están ayudando a los compañeros de las empresas de fundición que están en huelga. Es la oportunidad de unirnos todos. Si amenazamos con una enorme huelga general que abarque todo el país, la patronal se verá obligada a escucharnos.

Al lado del parque ferroviario estaba el garaje de los tranvías y la última parada de un ramal de la línea interurbana de Fairmont y Clarksburg, pero al acercarse descubrieron que unos policías patrullaban el andén. Se retiraron hacia el parque ferroviario. Bell y Mary se escondieron en el bosque y esperaron a Jim, que regresó al cabo de una hora y señaló una hilera de furgones en una vía muerta. Una locomotora de mercancías estaba dando marcha atrás en esa dirección.

—Los chicos me han dicho que el mercancías vacío vuelve a Pittsburg. Han hablado con el guardafrenos. Pero tened cuidado con los policías del parque

ferroviario. Subid al vagón central, el que tiene la puerta abierta, pero no lo hagáis hasta que esté en movimiento. Buena suerte.

—¿Te van a llevar a ti? —preguntó Mary.

—Me sacarán de aquí de alguna forma, no te preocupes. Ten cuidado, Isaac. Gracias por cuidar de ella.

Se estrecharon la mano. Mary abrazó fuerte a su hermano y, al girarse, Bell vio que las lágrimas le brillaban en los ojos.

Salieron del parque ferroviario sin apartarse de las sombras. Avanzaron por la vía principal y esperaron, temblando bajo el viento frío que soplaba desde el río. Una hora más tarde oyeron que el silbato de una locomotora daba la doble señal de avance, y acto seguido el fuerte resoplido del vapor al tirar de los enganches del tren y arrastrarlo a la vía principal.

Se agacharon para ocultarse del fuerte resplandor del faro y, cuando la locomotora pasó, echaron a correr por el lecho de balasto.

—¿Ha subido alguna vez a un mercancías? —preguntó el joven detective.

—Me estoy imaginando que es un tiovivo.

—Tenga cuidado de no tropezar con la falda.

—Nunca tropiezo con la falda. Les hago el dobladillo diez centímetros más corto de lo normal.

—Usted primero. Yo iré justo detrás.

Avanzaron con dificultad por el terraplén de grava, corrieron junto al tren en movimiento y subieron al furgón de un salto.

Vigiló la parte trasera del tren hasta que estuvo seguro de que los policías del parque ferroviario no los habían visto. A continuación cerró el portón para protegerse del frío, aunque eso no afectó mucho a la temperatura del mercancías a medida que ganaba velocidad y un viento gélido silbaba a través de las rendijas de las paredes. Le dolían mucho las costillas y estaba demasiado cansado para levantarse. El tren dio una sacudida, y cuando quiso darse cuenta estaba tumbado boca arriba en el suelo de madera. Mary se dirigía a él como si le hablara desde el otro lado de una habitación.

—He visto su cara cuando nos ha iluminado el faro y me parece que está blanco como un fantasma. ¿Está la bala dentro?

—No, no, no. Solo me ha rozado.

Cerró los ojos y oyó una tela rasgándose. Estaba haciendo tiras con las enaguas.

—Voy a quitarle la chaqueta —avisó, mientras se la sacaba y le separaba la camisa de la herida.

Bell oyó el tintineo de una petaca al abrirse y olió a *whisky*.

—¿Qué hace?

—Vendarle la herida. Esto le escocerá, a menos que prefiera la septicemia.

—Véndela... ¡Ahhh! —Contuvo el aliento—. Tiene razón, escuece un poco. ¿Dónde aprendió a vendar heridas?

—Cuando los rompehuelgas se retiran y los matones han acabado de usar sus

palos, siempre hay gente a la que atender.

Pensó que Mary pronunciaba las frases como si estuvieran escritas en carteles, pero le encantaba el sonido de su voz. Allí, a oscuras, el redoble de las ruedas de hierro traqueteando sobre los raíles de acero tenía un sonido musical. Estaba muerto de cansancio y le dolía todo el cuerpo, pero en ese momento no se le ocurría otro lugar en el mundo donde prefiriese estar que viajando de polizón junto a Mary Higgins.

—Está tiritando. ¿Se siente aturdido?

—Solo un poco. Pero tengo frío. ¿Y usted?

—Estoy helada. Me preocupa que su herida sea peor de lo que cree.

Bell había recibido disparos antes —lo habían herido una vez en el hombro en Wyoming y otra vez, más grave, en Chicago—, y tenía muy clara la diferencia entre una herida penetrante y un roce.

—No, solo es la impresión del impacto —le aseguró—. Había oído que una bala de gran calibre como esa te tumbaba solo con rozarte, y parece cierto. Pero hace frío aquí dentro. Puede que tenga razón y la conmoción me esté bajando la temperatura. Ojalá tuviéramos mantas para entrar en calor.

—Tumbese a mi lado. Nos daremos calor.

—Buena idea —reconoció Isaac.

Cuando abrió los ojos, un amanecer rojo sangre centelleaba a través de las rendijas de las paredes del furgón. Pensó que le había despertado el dolor del costado, pero era Mary, que gemía a su lado. De repente, la chica gritó. Bell la abrazó más fuerte y la despertó sacudiéndola con cuidado.

—Tranquila. Está a salvo. Está aquí conmigo.

Ella echó un vistazo al furgón, se frotó los ojos y volvió a apoyar la cabeza en su pecho.

—He tenido una pesadilla. Perdón. Siento haberle despertado.

—Estaba despierto. —Notó que ella temblaba—. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—¿Qué ha soñado?

—Hace cinco años, cuando tenía dieciocho, participé en una marcha con mil mujeres. Pedíamos pan para sus hijos. Anduvimos toda la noche hacia Pittsburgh. Antes de que pudiéramos entrar en la ciudad, la Policía del Carbón y el Hierro nos detuvo con bayonetas en los rifles. El gobernador les había ordenado que nos disparasen.

Se quedó en silencio.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—No tuvimos más remedio que dar marcha atrás. Podía ver las órdenes en sus ojos. Estaban dispuestos a hacerlo, señor Bell. Estaban dispuestos a apretar el gatillo, a dispararnos, como habían hecho en Haymarket, en la huelga de Pullman, en Homestead, en Lattimer.

Bell no había oído hablar de lo ocurrido en Lattimer.

—¿Sueña con ello a menudo?

—Menos que al principio.

—¿Le costó volver a participar en manifestaciones? Porque supongo que volvió a manifestarse.

—Por supuesto.

—¿Le costó?

Mary no contestó. Bell escuchó las ruedas. Notó el corazón de ella latiendo contra su pecho, acelerándose de miedo por los recuerdos.

—Antes pensaba que la peor situación se vivía en Pensilvania —susurró—. Las líneas ferroviarias, las minas de carbón, las plantas de coque y las fundiciones más prósperas, todas están en Pensilvania. El poder legislativo redactó leyes que permitieron la creación de la Policía del Carbón y el Hierro para protegerse de los trabajadores. Las empresas son dueñas del poder legislativo. Pueden hacer lo que quieran porque la ley está de su parte.

—¿Antes pensaba que la peor situación se vivía en Pensilvania?

—En Virginia Occidental es peor. Gleason y su pandilla ni siquiera fingen que no

cometen asesinatos. No se molestan con los pormenores legales. El sindicato no tiene ningún amigo en el estado... ¿Dónde estaba la mansión de su padre?

—En Boston.

Cíñete a tu historia. Pule los detalles y mantén el marco general.

—¿En qué parte de Boston?

—En Back Bay —mintió.

Si ella conocía Boston, sabría que los Bell de Louisburg Square habían fundado el Banco de Estados Unidos, que había prosperado a través de numerosas depresiones económicas como la de 1893. En cambio, la zona de Back Bay que él había nombrado, un barrio de mansiones levantadas sobre terreno de mala calidad por nuevos ricos propensos a perder su dinero con la rapidez con que lo habían ganado, daría credibilidad a su disfraz de rico empobrecido.

—¿Dónde aprendió ese truco con la pistola?

—¿El tiro en abanico?

Necesitaba tiempo para pensar cómo salir de esa.

—Disparó cuatro balas como si fueran una sola. ¿Estuvo en la guerra hispano-estadounidense?

Cuanto más cerca estés de la verdad, menos tendrás que justificar.

—Cuando era un muchacho me escapé con un circo.

Mary se apoyó en un hombro y lo miró a los ojos; Isaac se convenció de que era la mujer más hermosa que había visto en su vida.

—¿Era usted un niño temerario o un niño valiente?

—Era un niño aventurero, y la gente del circo era amabilísima. Los acróbatas y la mujer pistolera se convirtieron en mis amigos. Me enseñaron toda clase de cosas maravillosas.

La locomotora tocaba el silbato cada vez con más frecuencia a medida que el tren cruzaba pasos a nivel, indicando que estaban acercándose a una ciudad. Bell echó un vistazo a través de la puerta. El humo de Pittsburgh se elevaba denso en el horizonte, y al poco rato avanzaban entre fábricas. Hileras interminables de chimeneas, altas y rectas como bosques ennegrecidos, bordeaban los dos lados del río Monongahela, que era el doble de ancho que en la zona de Gleasonburg por donde lo habían cruzado y estaba atestado de buques a vapor con paletas a popa que remolcaban largas gabarras de carbón. El mineral se apilaba allí donde miraran, montañas negras destinadas a ser quemadas en fábricas de vidrio, altos hornos, fundiciones, coquerías, fábricas de gas y cientos de locomotoras que tirarían de miles de vagones a través de amplias extensiones con ocho, diez o doce vías.

—¿Cuántos hombres son los dueños de todo esto? —Mary se acercó a él junto a la puerta—. ¿Dos? ¿Tres? ¿Cuántos obreros hay? ¿Cien mil? ¿Quinientos mil? ¿Millones?

Pasaron por delante de hileras de gigantescos altos hornos, el corazón de la planta siderúrgica de Homestead, que se extendía a lo largo de cientos de hectáreas en las

dos orillas de un recodo del río.

—El Fuerte Frick. —La joven lo señaló amargamente—. Es como lo llaman los obreros. Frick levantó una valla alrededor para proteger a sus pistoleros de la agencia Pinkerton. La emprendimos a tiros con los detectives. Murieron docenas de personas. El gobernador envió tropas con ametralladoras Gatling. Detuvieron a todo el comité de huelga. Gracias a Dios, el jurado no los condenó, pero destruyeron el sindicato.

Isaac Bell sabía lo que había pasado en la batalla de Homestead. Todo el país lo sabía. Henry Clay Frick, el gerente de la planta siderúrgica de Homestead propiedad de Andrew Carnegie, había combatido a los huelguistas hasta pararles los pies en una guerra que había tenido lugar hacía mucho, cuando él era un colegial. Mary también debía de estar en la escuela en aquel entonces, pero lo relataba como si lo hubiera presenciado el día anterior.

—Desde entonces, han expulsado al sindicato de todas las fundiciones de Pensilvania.

Pasaron por delante de la planta siderúrgica de Homestead. Dentro de poco llegarían al parque ferroviario.

—Tenemos que saltar antes de llegar al parque para evitar a los detectives del ferrocarril —anunció—. Lo haremos en cuanto el maquinista reduzca la velocidad. No se separe de mí. No la tratarán con mano blanda porque sea mujer.

Mary no le hizo caso.

—Mire eso.

Señaló un enorme letrero blanco tan nuevo que todavía no estaba manchado de hollín.

## TERMINAL CONJUNTA DEL CARBÓN

Gracias a su investigación, Bell reconoció el gigantesco descargador que se elevaba sobre un parque ferroviario combinado con un embarcadero en una lengua de tierra que se adentraba en el río. Era la última innovación en el transporte de carbón al mercado. Unas cintas transportadoras metálicas subían el mineral de las gabarras de madera del Monongahela hasta el descargador, que lo dejaba caer en dos direcciones: por un lado llenaba trenes equipados con cien vagones con rumbo a las ciudades del litoral oriental, y por otro, grandes y modernas gabarras reforzadas con acero para protegerlas de los rigores de los ríos Ohio y Mississippi.

A Mary el nombre la sacó de quicio.

—¿Conjunta? ¿Por qué no pueden llamar a una asociación, simplemente asociación?

Bell sonrió.

—¿Aceptaría «unida»?

Ella no le devolvió la sonrisa, pero vio una mirada risueña en sus ojos cuando contestó:

—Si usted acepta «monopolio».

—Venga esa mano.

Se tocaron las puntas de los dedos y se miraron fijamente mientras mantenían el equilibrio en el constante movimiento del tren, hasta que Bell la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca.

Finalmente, Mary preguntó:

—¿No teníamos que saltar?

Todavía se movían demasiado rápido para hacerlo, pero como el mercancías iba vacío, no tenía por qué reducir la velocidad hasta poco antes de detenerse.

Cuando por fin los frenos neumáticos emitieron un susurro, estaban ya entrando en el parque ferroviario, una enorme extensión de vías en todas direcciones. El lugar estaba muy vigilado. Bell vio una brecha en la empalizada junto al río, veinte vías más allá.

—¿Lista?

—Lista.

Él saltó primero. El golpe al caer hizo que le dolieran las costillas. Se mantuvo de pie, alargó las manos hacia Mary y la atrapó cuando cayó.

—Vamos. Salgamos de aquí lo antes posible.

Estuvieron a punto de conseguirlo. Habían cruzado veinte pares de raíles y recorrían ya los últimos metros cuando un detective ferroviario con un traje arrugado, un bombín aplastado y empuñando una porra salió de detrás de un furgón de cola abandonado.

—¡Alto ahí, vosotros dos!

—Déjenos —le pidió Bell—. Ya nos íbamos.

—Desde luego que te vas... pero directo a la cárcel. Y tu putilla también.

El detective ferroviario alargó la mano para agarrar el brazo de Mary.

Bell se interpuso entre los dos, y cuando el policía levantó la porra, le asestó una combinación de izquierdazos y derechazos parecida a la que había derribado a Eustace McCoy en la mina. El agente se desplomó agarrándose la mandíbula. Sin embargo, el ataque no había pasado desapercibido. Tres policías más se acercaban corriendo, mientras sacaban las porras de sus chaquetas. Sabía que si los dejaba pasar, Mary sería la siguiente.

Los policías ferroviarios eran los últimos en el escalafón de agentes del orden, despreciados como escoria, solo un paso por encima de los criminales violentos. Pocos negarían un favor a un detective de la agencia Van Dorn, esperando que algún día se lo devolvieran con una invitación a ingresar en la organización. Se arrodilló al lado del hombre al que había derribado y murmuró en tono urgente.

—Detective de Van Dorn. Oficina de Pittsburgh. Dícales que no ataquen antes de que haga daño a alguien.

—Demonios, señor. ¿Por qué no ha dicho que era un detective de Van Dorn? —le espetó el policía—. Por poco me rompe la mandíbula.



—¡No levante la voz!

—Esperad, chicos —gritó el ferroviario—. No es peligroso. Es un detective privado de la agencia Van Dorn.

Mary Higgins se volvió hacia él.

—¿Qué?

Le brillaban los ojos. Tenía las mejillas de color escarlata.

—¡Un detective de Pinkerton! —gritó ella, con una voz nada musical, y le dio una bofetada tan fuerte que le volvió la cara—. ¿Eres un detective de Pinkerton?

Con su disfraz hecho añicos, Isaac Bell trató de explicarse:

—No, Mary, no soy un detective de Pinkerton. Soy de Van Dorn.

—¿Qué diferencia hay? ¡Para mí todos sois rompehuelgas!

Le dio otra bofetada y se dirigió con paso airado al agujero en la valla.

—¿Quiere que la detengamos?

—Necesitarían más hombres —dijo—. Déjenla marchar.

—¿A qué se dedica, hijo?

—A los seguros. Dagget, Staples y Hitchcock.

Bell se aseó en la pensión y corrió con su equipaje a la estación de ferrocarril. La encontró en obras, rodeada de un circuito de obstáculos de cocheros malhablados y caballos enloquecidos. Compró un billete con suplemento para el especial de Pensilvania justo cuando el expreso llegaba de Chicago. En ese momento, mientras su tren salía de Pittsburgh acelerando suavemente, bebía una deliciosa taza de café en el vagón comedor, compartiendo mesa con tres vendedores a comisión bien vestidos, y preguntándose qué estaría desayunando Mary Higgins.

—¿Adónde va?

—A Nueva York.

El señor Van Dorn se encontraba allí, y Bell estaba decidido a convencer a su jefe de que el pistolero que había vislumbrado inflamando a la multitud, y luego le había quitado la gorra de un disparo y le había hecho un agujero en la chaqueta, demostraba que había un provocador empeñado en iniciar una guerra en las cuencas mineras. Tenía que persuadir a su jefe de algún modo de que le diera más tiempo para investigar el caso. Y lo más importante, sabía que no podía investigarlo solo. Necesitaba ayuda, mucha ayuda. Tenía que convencer a su jefe de que le asignara, por primera vez, una brigada de detectives propia.

—Bienvenido, señor Clay.

El provocador que había disparado a Isaac Bell desde la parte de atrás de la muchedumbre entró resueltamente en su elegante oficina de Wall Street, donde fue recibido con sumo respeto y aún más temor, como propietario y detective jefe de la exclusiva agencia de investigaciones Henry Clay de Nueva York. El gerente de Clay, su secretaria, su investigador y su telégrafo permanecieron respetuosamente de pie detrás de sus mesas, mientras los matones dispuestos a hacer su intimidante trabajo se ponían en fila en el pasillo de la parte de atrás.

Clay era un hombre culto: su ropa era exquisita, y su gusto, sublime. Se sabía que el famoso escritor Henry James había conversado de forma amigable con él, sin darse cuenta —desprovisto, curiosamente, de su acostumbrado buen juicio— de que Clay también era tan ambicioso como una anaconda hambrienta.

Se había criado en un ambiente de pobreza bohemia con su madre, una pintora de retratos que luchaba por abrirse camino y que le había puesto el nombre del hombre que según ella era su padre: el implacable magnate del carbón, el acero y los ferrocarriles Henry Clay Frick, el hombre para todo de Andrew Carnegie.

Henry Clay tenía treinta y cinco años. Debía su cultura a los amigos y clientes de su madre, que le habían pagado excelentes internados cuando era joven. Sin embargo, sus estancias en las escuelas eran tan breves como las amistades de su madre, y nunca dejaba de ser un extraño, el estudiante de paso en Choate, Phillips, Andover, Exeter, la Academia Deerfield y St. Paul's, codeándose fugazmente con los herederos de las grandes fortunas estadounidenses que él anhelaba poseer.

A los quince años, Clay huyó de casa y empezó a trabajar en la agencia Pinkerton como espía sindical. A los dieciocho, en Chicago, mintió sobre sus servicios en Pinkerton y se convirtió en el primer empleado del gran detective del momento, Joseph van Dorn. El gran investigador había reconocido las extraordinarias aptitudes naturales de Clay, como su sorprendente ingenio y su asombrosa fuerza física, y había depositado muchas esperanzas en que su primer aprendiz le ayudara a construir su agencia.

Van Dorn, hijo de las revoluciones irlandesas, a las que había vuelto la espalda cuando se dio cuenta de que degeneraban en delincuencia, pulió personalmente las técnicas pugilísticas que Henry Clay había aprendido en la escuela y lo adiestró en la lucha con pistolas y cuchillos. Y mientras lo convertía en un ser letal, Van Dorn le enseñó el bello arte de la investigación.

Clay todavía lamentaba el día en que se separaron.

Van Dorn se había negado a convertirlo en socio de la agencia alegando que a Clay le interesaba más ganarse el favor de los industriales que encerrar a criminales. El irlandés, tan decepcionado con su protegido como cualquier hombre ante su primer fracaso, también sospechaba, aunque nunca había podido demostrarlo, que el brillante

Henry Clay fue quien lanzó la bomba que desencadenó la revuelta de Haymarket.

Hacía muchos años que no se veían, pero era consciente, al igual que Van Dorn, de la presencia del otro en el sector de la investigación: Van Dorn era el jefe de una organización que estaba ampliando su alcance del ámbito regional al nacional; el joven Clay, por su parte, iba a marcar un hito mayor que dirigir una lucrativa compañía llevada por un solo hombre cortejando a una clientela de ricos y poderosos financieros.

De vuelta de las cuencas mineras, se encerró con llave en su despacho privado. Tenía un telescopio de latón en la ventana, un potente instrumento hecho para un capitán de puerto, con el que recorría las fachadas de los bloques de oficinas donde los magnates de Wall Street tenían sus sedes. Experto en la lectura de labios, completaba sus conversaciones con la información que había adquirido sobornando a los ingenieros y mecánicos que instalaban sus tubos acústicos, sus teléfonos y sus líneas de telégrafo privadas para que las desviasen a través de las suyas.

Esa mañana enfocó con su catalejo *El beso*, de Rodin, una escultura de mármol blanco de tamaño natural valorada en cien mil dólares que decoraba el despacho privado de un magnate del acero al que los profesionales de Wall Street consideraban más cruel que un millonario desaprensivo como Frick. Era el titán financiero que forjó los antiguos imperios de Carnegie y Frick y los transformó en la Corporación del Acero de Estados Unidos: el juez James Congdon.

El magistrado se oponía de forma inflexible al sindicato. Cuando Clay enfocó los labios del viejo, Congdon estaba arengando a un visitante, un rico dueño de minas de carbón, que le escuchaba atentamente.

—La victoria de los obreros no será tal cuando las máquinas modernas trabajen por ellos. Hasta entonces, aceptarán su lugar en el reino de Dios si está en mi mano. Y está en mi mano. Cuando las máquinas los sustituyan, sabe Dios a qué dedicarán el tiempo.

Se giró bruscamente hacia su mesa, moviéndose con sorprendente velocidad para un hombre de su edad, y escribió una nota con letra fluida:

«Habrá grandes beneficios para quien les suministre juegos».

El visitante de Congdon asintió servilmente con la cabeza.

Clay centró su catalejo en la cara del propietario de las minas y disfrutó observando cómo se retorció.

—Black Jack Gleason —susurró—. No es usted tan importante aquí, en Wall Street, ¿verdad?

Gleason estaba de pie en el despacho de Congdon, toqueteando el ala de su sombrero de fieltro con dedos nerviosos, mientras el juez lo intimidaba. Incluso deduciendo solo partes de su conversación, ya que Congdon apartaba de vez en cuando la cara de la ventana, a Clay no le cabía duda de que el financiero llevaba la voz cantante. El magnate del carbón más importante de Virginia Occidental no estaba a la altura de un titán resuelto a consolidar la industria. El dinero de Congdon

controlaba las fundiciones, las coquerías que compraban carbón y los ferrocarriles que no solo lo quemaban en sus locomotoras, sino que también fijaban las tarifas por transportarlo.

—¿Ha leído a Darwin? —preguntó Congdon despectivamente.

—Creo que no.

—Los débiles perecen, y solo los más aptos sobreviven.

—Ah, sí, señor. Ya sé a lo que se refiere.

—El señor Darwin sabe de lo que habla. ¿No está de acuerdo?

—Sí. Los débiles perecen... mueren. Siempre tendremos a los pobres. Así funciona el mundo.

—Así funciona el mundo —corroboró Congdon—. Eso nos lleva al asunto de extraer carbón por menos dinero que el vecino. ¿No está de acuerdo?

Henry Clay, que se consideraba un pintor como su madre, aunque de menos talento, comparó la cara hosca de Congdon con una ladera del norte, fría y sin sol, surcada por una tormenta de agua. Mirando esa cara, no era de extrañar que el juez fuera el hombre más poderoso de Wall Street, y el pecho de Henry Clay se hinchó de esperanza al saber que estaba a punto de asociarse con alguien tan importante.

El juez James Congdon escuchaba con una fría sonrisa mientras el ahora acobardado Black Jack Gleason echaba mano de los halagos para intentar desviar el tema del precio del carbón.

—El otro día, unos miembros del club Duquesne se preguntaban si consideraría presentarse como candidato a un cargo público.

—La gente no elegiría a un banquero como presidente —respondió Congdon.

—Apuesto a que usted podría hacerles cambiar de opinión.

—No, sé que no votarán por un hombre de Wall Street. Me presenté a gobernador, y perdí. Me dieron una buena paliza.

—Siempre hay una próxima vez.

Congdon encogió sus anchos y huesudos hombros.

—¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro? —preguntó modestamente mientras pensaba para sus adentros: Yo sí. Sé cómo ganar la próxima.

—Lo primero que debería hacer es que los puñeteros periódicos dejaran de quejarse de sus senadores —prosiguió Gleason.

—Ojalá fuera tan sencillo. Los periodistas pueden desgañitarse denunciando los sobornos de diputados y la compra de senadores. A la gente le importa un bledo. De hecho, cuentan con ello. Lo que la gente admira es un presidente capaz de controlar el Congreso.

—Entonces, ¿consideraría presentarse como candidato a presidente?

—¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro? —repitió—. Lo único que sé con certeza es que, desde esta misma tarde, mis fundiciones pagarán veinte céntimos

menos la tonelada de lo que usted cobraba antes, y mis carreteras y gabarras aumentarán nuestras tarifas de transporte un cinco por ciento.

Gleason palideció.

—¿Cómo voy a sacar yo beneficios?

—Robe a Peter para pagarle a Paul.

—¿A qué se refiere?

—Piense que yo soy Paul. Los obreros son Peter. Cuando cumpla mis condiciones y saque su carbón al mercado, podrá quedarse con lo que sea capaz de trincar. En otras palabras, pague menos a los obreros.

—Hago todo lo que puedo, pero le advierto que los obreros están defendiéndose.

El juez James Congdon se levantó cuan largo era.

—Le advierto que no subvencionaré la quiebra de ninguna compañía minera por no meter a los obreros en vereda.

Camino de su encuentro con Isaac Bell, Joseph van Dorn salía pavoneándose orgullosamente del selecto hotel Cadillac en Broadway, donde acababa de firmar el contrato de arrendamiento de una serie de habitaciones para su flamante oficina de Nueva York. No le gustaba despilfarrar, pero cualquier cliente que viera la magnífica fachada de piedra caliza del edificio no discutiría por las tarifas. Y cuando cruzara su vestíbulo de mármol bajo la atenta mirada de los selectos detectives del hotel, suministrados por Van Dorn a cambio de una rebaja en el alquiler, y subiera en su ascensor dorado, el cliente se consideraría afortunado de que la agencia de detectives aceptara su caso.

En la calle Cuarenta y cuatro, un caballero pelirrojo se detuvo en seco y lo miró fijamente. Van Dorn le devolvió la mirada. Las tenues cicatrices en la frente del hombre indicaban cierta experiencia con los puños, aunque difícilmente como profesional en el *ring*, ya que el tipo tenía un aspecto próspero, ataviado con un traje de *tweed* de buen gusto, bombín y un reloj con una gruesa cadena. El detective advirtió una expresión de angustia y una lágrima en el borde de su ojo.

—¿Se encuentra bien?

El hombre respondió con un cantarín acento irlandés:

—Sí, disculpe. No he podido evitar fijarme...

Tragó saliva.

—¿Qué pasa, joven?

El acento dublinés de Van Dorn era demasiado débil para ser detectado por encima del deje más marcado producto de sus años en Chicago.

—Santo Dios, es usted la viva imagen de mi padre.

—¿Su padre?

—Parece que hubiera salido de la tumba para pasearse en persona por Broadway.

—Se interrumpió—. No es mi intención ofenderle.

—No, no, no. No se preocupe, joven.

—El magnífico bigote escarlata, como un nuevo amanecer, los ojos penetrantes, la frente alta.

Movió la cabeza con gesto de asombro y de pena.

—¿Cuándo falleció? —preguntó Van Dorn con delicadeza.

—En Semana Santa. Creía que lo había superado, y aquí está usted. Ha sido muy amable deteniéndose. No le molesto más.

El joven se inclinó, todavía con expresión de preocupación, y se marchó.

Joseph van Dorn era un detective sagaz y un hombre de negocios astuto, pero también era un alma bondadosa y exclamó detrás de él:

—A mí me pasó lo mismo cuando estuve en su lugar. No le prometo que vaya a ser más fácil, pero poco a poco se dará cuenta de que ya no piensa en el tema todos los días.

—Ojalá tenga razón... Ha sido usted muy amable... Sería un gran placer invitarlo a un trago, señor.

Van Dorn vaciló. Llegaba tarde a su encuentro con Isaac Bell, pero el joven parecía desesperado y no podía hacer oídos sordos a un compatriota irlandés en tal estado.

—Por supuesto.

—Hay un bar agradable a la vuelta de la esquina. —El pelirrojo le tendió la mano—. Finnerty. Jack Finnerty.

Se estrecharon la mano y encontraron el bar. El camarero saludó a Finnerty con un cordial «Bienvenido» y les sirvió unos *whiskies* Bushmills.

Van Dorn esperó un intervalo decoroso a que Finnerty hablase de su padre antes de preguntar, con la esperanza de cambiar de tema a uno menos morboso:

—¿A qué se dedica, señor Finnerty?

—Al carbón. O, mejor dicho, al supercarbón.

—¿Qué es el supercarbón?

—Una especie de milagro moderno. Los científicos han desarrollado un método para liberar la energía sobrante dentro del carbón: un cubo de supercarbón quemado produce el mismo calor que un carro lleno. Imagínese una locomotora cruzando el continente con un ténder lleno, o un ciudadano calentito en su casa con las reservas para todo el invierno guardadas en un solo armario.

—No había oído hablar del tema.

—Dentro de poco lo oirá...

De pronto, Finnerty tiró bruscamente de la cadena de su reloj y miró la hora.

—¡Cielo santo! Me tengo que ir corriendo. Les prometí a los inversores que asistiría a la reunión de la junta directiva. Tengo diez minutos para llegar a Wall Street. Menos mal que está el ferrocarril elevado... aunque no terminarán de excavar el metro a tiempo para mí. ¡Qué suerte haberlo encontrado, señor Van Dorn! Ha sido usted muy amable cuando más lo necesitaba.

Van Dorn le estrechó la mano y la apretó fuerte un momento para preguntarle:

—¿En qué estado de desarrollo está ese invento?

Finnerty miró a su alrededor y bajó la voz.

—No me sorprendería ver clientes haciendo cola para comprar supercarbón el invierno que viene. Sobre todo si los mineros hacen huelga.

—¿Cómo le va con los inversores?

—La oferta está casi completa... Debo marcharme, pero tenga mi tarjeta. Tal vez volvamos a vernos.

Finnerty le entregó su tarjeta y salió por la puerta.

Isaac Bell se paseaba por el salón principal cuando Van Dorn entró apresuradamente en el club Yale de la calle Cuarenta y cuatro. Incluso dando vueltas con impaciencia,

pensó Van Dorn, el joven detective se deslizaba como una pantera, preparado para saltar.

—Perdona, Isaac. Me he entretenido en una reunión.

Bell lo condujo hasta un par de butacas orejeras en un rincón tranquilo del salón. Le relató con detalle lo que había sucedido en la cárcel de Gleason y expuso sus sospechas. Su jefe escuchó atentamente, intrigado por la conjetura de Bell sobre la figura del provocador, pero todavía con dudas sobre las pruebas.

—Espero que pueda concederme a unos hombres para llegar al fondo de este asunto, señor.

—¿Tu propia brigada?

—Es demasiado grande para un solo detective.

—No es posible. Estamos al límite. El príncipe Enrique nos está arrastrando por todo el país y ahora amenaza con alargar su visita. Lo adoran adondequiera que va y se lo está pasando en grande.

Bell habló en tono urgente:

—Antes de bajar a la mina, hice lo que usted me aconsejó y averigüé todo lo que pude sobre el negocio del carbón. Las minas dan trabajo a medio millón de hombres. Cientos de miles más trabajan en los ferrocarriles y las gabarras que los transportan. En pocas palabras, el carbón es el negocio más importante en Estados Unidos.

—Eso no cambia el hecho de que la agencia de detectives Van Dorn tenga otros asuntos de los que ocuparse —gruñó su jefe.

Isaac no pareció oírle.

—El carbón es indispensable para la calefacción, para el coque con el que se hace el acero, para fundir mineral, para generar la electricidad con la que se alimentan luces, bombas, ascensores y pozos de agricultura, y como combustible donde la madera escasea. El carbón impulsa cruceros, buques de guerra y trenes.

Van Dorn asintió impaciente con la cabeza, pensando: más motivo para invertir parte de mis ahorros en el supercarbón de Jack Finnerty.

—Soy consciente de que la riqueza que el carbón sustenta es inimaginable, y los beneficios para todo el país son incalculables, como lo es garantizar un suministro constante.

—Pero esa riqueza tiene la capacidad de sacar lo peor de hombres de toda condición —insistió Bell—, ya sean obreros, dueños o financieros. —Respiró hondo—. Podría iniciar la investigación con Wally Kisley, Mack Fulton y Wish Clarke.

Van Dorn no ocultó su sorpresa.

—¿Solo ellos?

—Kisley es experto en explosivos, Fulton ha trabajado en casos relacionados con obreros desde la revuelta de Haymarket, y todos dicen que Wish Clarke es el luchador más duro de la agencia, una afirmación cuya veracidad pude observar cuando me permitió trabajar con él en Wyoming y en Nueva Orleans.

—Serías el jefe de brigada más joven de la historia de la agencia.



—No, señor. Usted era más joven cuando dirigió su primera brigada.

—Aquellos eran tiempos menos complicados...

—Casualmente, su primera brigada estaba formada por Kisley, Fulton y un aprendiz llamado Wish, de «Aloysius», Clarke.

Entonces fue Van Dorn el que respiró hondo.

—Está bien, puedes llevarte a Weber y Fields. —Utilizó los apodos por los que eran conocidos Kisley y Fulton en la agencia, cuyas bromas les recordaban a las de los famosos cómicos de vodevil—. Están en Chicago. Sabe Dios dónde está Wish Clarke.

—Puedo encontrarlo.

—Si puedes encontrarlo, es tuyo.

—¿Puedo llevarme también al señor Bronson?

Las cejas pobladas de Joseph van Dorn no se habrían arqueado más si Isaac Bell hubiera solicitado los servicios conjuntos del campeón de los pesos pesados Jim Jeffries, el presidente Roosevelt y la mitad de su primer regimiento de caballería voluntaria, los Rough Riders.

—Horace Bronson está ocupado en San Francisco —respondió fríamente.

A Bell no le sorprendió, pero merecía la pena intentarlo.

—¿Hay alguien más que me pueda conceder actualmente?

—Tendrás que apañártelas con lo que te he dado —atajó Van Dorn—. Andarás escaso de recursos, así que no te envalentones. Weber y Fields son veteranos, pero ya no están muy ágiles, por no decir algo peor. Tienen la edad en la que los hombres envejecen rápido. Y Wish... en fin, sobran las palabras.

—Usted siempre ha dicho que es un sabueso de primera.

—Cuando está sobrio —replicó.

—Tiene razón, andaré escaso de recursos. ¿Consideraría contratar a un amigo mío como aprendiz? Es un tipo muy diestro con los puños: cuando lo conocí, era el capitán del equipo de boxeo de Princeton.

—Eso le será muy útil contra los universitarios que hayan emprendido la vida criminal.

—Es un mago del disfraz. Quería ser actor.

—Si quería serlo, ¿por qué no lo es?

—Su madre se lo prohibió.

—La obediencia a las madres es un rasgo admirable —respondió irónicamente—, pero no del tipo que produce detectives con el coraje necesario.

—Tiene mucho coraje, y Kisley y Fulton le enseñarán qué hacer con él. Me vendría muy bien un hombre más, señor.

Van Dorn parecía tener reservas.

—Tendría que hablar con él y evaluarlo.

—Ya ha hablado con él.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Creo que tiene su tarjeta en el bolsillo de su chaleco.

Van Dorn metió la mano en su bolsillo.

—¿Jack Finnerty?

Isaac Bell mantuvo una expresión seria.

—En base a todo lo que he aprendido para este caso, yo no lo apostaría todo al supercarbón.

Van Dorn se puso rojo como su bigote. Sus ojos se entornaron hasta convertirse en unos puntitos de fuego azul y su fuerte pecho se hinchó como el de un toro. Se preparó para la explosión, pero al final, su jefe se empezó a reír.

—¡Me has engañado como a un tonto!

—Tenía que demostrar que mi amigo tiene coraje.

—Ya lo creo que lo has hecho. Me engatusó totalmente... Bueno, por lo menos me engañó un compatriota irlandés.

Bell no pudo ocultar más la sonrisa.

—¿De qué te ríes ahora?

—Lamento desilusionarle, señor, pero su pretendido compatriota irlandés es en realidad un descendiente directo de los fundadores ingleses y holandeses de Nueva York: Archibald Angel Abbot IV, primero en la lista de los cuatrocientos de la alta sociedad neoyorquina.

El edificio Congdon era más seguro que la mayoría de los de Wall Street, tan hermético como un banco.

Henry Clay se coló por la entrada de servicio del sótano vestido con un mono de instalador de calefacción y cargado con un martillo de bola, unos alicates de boca graduable, una cinta métrica y una válvula para inspección con los calibres de mandíbula metálicos modificados para forzar cerraduras. Conocía la rutina de los vigilantes y los esquivó fácilmente. Abrió una cerradura con la ganzúa, subió dando saltos doce tramos de escalera sin sudar ni jadear, se quitó el mono, forzó otras dos cerraduras en un silencio absoluto y cruzó rápidamente la puerta trasera del despacho privado del juez James Congdon.

Enseguida comprobó lo acertado de su plan. El adusto viejo alzó la vista de su mesa, sorprendido, pero en absoluto asustado. Había elegido bien.

A James Congdon le intrigaba el intruso. Podía pedir ayuda en un instante gritando por el tubo acústico o por uno de los varios teléfonos de pie que había sobre su mesa. Mejor aún, podía dispararle con el revólver que guardaba en la mesa. O, lo mejor de todo, podía activar su «paralizador de locos». Pero de momento, tenía curiosidad. ¿Por qué irrumpiría por su puerta trasera un caballero tan elegante y bien vestido?

Quizá para demostrar que era tan culto como su aspecto hacía pensar, el intruso elogió la escultura de mármol que dominaba el despacho del juez haciendo una valoración de experto.

—Aprecio sus conocimientos de antigüedades.

Congdon destapó el tubo acústico.

—¿Antigüedades? Hace gala de su ignorancia. Auguste Rodin talló esta estatua hace dos años.

—Pero a diferencia del mojigato original, esta copia de *Le baiser* que encargó representa la figura masculina completa, al estilo griego clásico, en lugar de cubierta, como estaba, bajo una pudorosa extremidad.

—Es una forma pomposa de decir que enseña sus partes —bufó Congdon.

El intruso se ruborizó y perdió la calma por un instante.

—Delante de semejante belleza —soltó con frialdad—, yo consideraría una expresión menos grosera.

El juez sacó una pistola de su mesa.

—Mientras yo considero si mando que lo hagan papilla o le disparo yo mismo.

—Es un privilegio de la riqueza —siguió Henry Clay—. Pero dejaría pasar la mejor oportunidad de su vida. Le haré una oferta que le resultará irresistible.

—Es muy difícil tentarme.

—Pero cuando siente la tentación, aprovecha la oportunidad.

Clay lanzó una mirada elocuente a los apasionados amantes de Rodin. A continuación, señaló con la cabeza elogiosamente la estatuilla de bronce que reposaba sobre la mesa de Congdon, que representaba a la más reciente de las jóvenes y curvilíneas esposas del juez *au naturel*.

—Me llamo Henry Clay. Soy hijo de una pintora y detective privado de profesión. No supongo ningún peligro, solo una promesa, y lo hago arriesgándome mucho, porque podría haberme dado una paliza o incluso matarme.

—Entonces, ¿es un jugador?

—Sí, señor. Me juego la vida a que sabrá ver esta oportunidad como lo que es.

—¿Qué oportunidad?

—La oportunidad de destruir los sindicatos de mineros: los Trabajadores de Minas Unidos en el este y la Federación de Mineros del Oeste al otro lado del país. De detenerlos de una vez por todas. Pasarán veinte años hasta que otro minero ose crear un sindicato, y no digamos convocar una huelga, en cualquier rincón de Estados

Unidos. Y he aquí una succulenta gratificación extra para usted. Sabiendo de antemano que los negocios prosperarán cuando destruya los sindicatos, obtendrá muchos beneficios invirtiendo en ellos.

—¿De qué manera?

—De todas las maneras. Sin restricción.

Congdon negó con la cabeza.

—No. Lo arriesgo todo si le atrapan y se va de la lengua.

—¿Cuánto valdría la palabra de un humilde detective contra la del gran juez Congdon?

Clavó en él sus penetrantes ojos.

—El gran juez Congdon tiene intención de ser presidente de Estados Unidos. Lamentablemente, eso significa convencer a la gente ignorante de que está por encima de toda sospecha.

—¿Qué podría revelar yo? Puede cerrar nuestro trato asintiendo con la cabeza. Sin firma, sin contrato. Un gesto de cabeza no deja ninguna constancia.

—Sin un contrato, abriga la esperanza infundada de que le recompense. ¿Y si me niego?

—No necesito su recompensa.

—Entonces, ¿por qué...?

—Esto es lo único que necesito de usted. —Clay empezó a contar con unos dedos cuidados con esmero y comenzó a enumerar—: Fondos ilimitados hasta que haga el trabajo. Cierta información que solo usted posee. Abonos de ferrocarril para todas las líneas y trenes especiales para ayudarme a viajar rápido por todo el continente. Permiso para mandar y recibir mensajes por las líneas telegráficas privadas alquiladas por sus corredores de bolsa.

Congdon lo interrumpió, comentando sarcásticamente que la comisión de comercio interestatal prohibía a los extraños enviar mensajes por líneas alquiladas.

Clay se rio. Corredores de acciones, bonos y materias primas infringían esa ley día y noche.

—La velocidad y la privacidad son asuntos de negocios.

Sabía que no tenía que recordar a Congdon que los dueños y arrendatarios de líneas privadas tenían ventaja sobre los competidores que dependían de las líneas públicas de Western Union, mucho más lentas.

—En todas las ciudades que actúe, nos comunicaremos rápidamente y en secreto a través de sus sucursales.

—Sucursales que no se pueden relacionar conmigo —dijo el juez bruscamente.

—¿No tiene un financiero de su altura participaciones mayoritarias secretas en compañías que alquilan líneas telegráficas privadas?

Congdon hizo caso omiso del halago y preguntó:

—Pero ¿qué saca usted de este plan?

—Reputación. Lo adecuado sería que me pagara generosamente cuando termine

mi trabajo con éxito, pero si no me paga, si me engaña, dará igual. Seré un hombre consagrado.

—¿En qué sentido?

—Investigaciones Henry Clay se convertirá en la agencia de detectives de presidentes y reyes cuando los hombres que gobiernan este país se enteren de quién acabó con los sindicatos. Cuando usted sea presidente, yo también seré muy importante en Washington.

Congdon reflexionó sobre la propuesta de ese hombre. Era famoso por su buen ojo para juzgar a la gente. El detective, un robusto espécimen físico, poseía la mirada fija de alguien con un valor capaz de terminar lo que empezaba.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que me va a interesar su oferta?

—Lo he estudiado, juez Congdon. Lo entiendo. Soy muy buen detective. Soy el mejor.

—Cree que me conoce, ¿verdad? Eche otro vistazo a mi estatua. Mire atentamente *El beso*. ¿Ve algo extraño?

Henry Clay hizo lo que le ordenó. Se acercó al mármol y paseó la mirada por el hombre y la mujer abrazados apasionadamente.

—Veo una espléndida estatua.

—Le atrae, ¿verdad?

—Sí. En realidad estoy más cerca de ella que hace un momento. Pero ¿qué es lo que quería que viese?

—Levante la vista.

El tragaluz que iluminaba el mármol estaba rodeado de un friso de yeso salpicado de agujeros diminutos cuyo diámetro equivalía a una décima parte de una moneda de diez centavos.

—Veo agujeros en el friso. Apenas se distinguen.

—Ahora mire abajo.

—No entiendo.

—Mire abajo.

En el dibujo del círculo de mármol sobre el que él se encontraba había docenas de agujeros parecidos.

—Sigo sin entender.

—Le voy a enseñar dos cosas sobre la riqueza, señor detective. La riqueza atrae a los locos. Hace diez años, mi viejo enemigo recibió un disparo y estuvo a punto de morir en su propio despacho a manos de un loco, cosa que me hizo pensar en mi propia seguridad. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Ha dicho que iba a enseñarme dos cosas sobre la riqueza.

—Según el saber popular, el carbón es la fuente de toda riqueza. Como la mayoría del saber popular, es totalmente falso. El carbón no es más que combustible. Da la casualidad de que en la actualidad es el mejor combustible, pero será sustituido por uno mejor. El petróleo será el próximo combustible, hasta que los científicos den con

algo mejor, cosa que harán. La auténtica fuente de riqueza durante los últimos cien años, y cientos de años más en el futuro, es el vapor; vapor caliente producido hirviendo agua con el combustible más barato y más eficaz disponible: madera, carbón, petróleo y lo siguiente que se le ocurra a la ciencia. El vapor impulsa los pistones que mueven las locomotoras. El vapor hace girar las turbinas para que generen electricidad. El vapor circula por tuberías debajo de las calles de las ciudades para calentar edificios modernos como el mío.

Congdon alargó la mano hacia la estatuilla de bronce de su esposa y la acarició con sus dedos nudosos.

—El vapor escalda la piel. El vapor de una simple tetera le abrasará la mano y le producirá la quemadura más dolorosa imaginable. Poco después del atentado contra Frick, una tubería de distribución de vapor de quince centímetros de un edificio como este se rompió. El vapor se escapó y atravesó las paredes como si estuvieran hechas de papel. Todos los hombres y mujeres de la oficina murieron al instante. Los encontraron sentados todavía detrás de sus mesas, escaldados de la cabeza a los pies, terriblemente desfigurados, abrasados por dentro y por fuera. Eso me hizo pensar en el atentado que cometió aquel loco contra el señor Frick. Lo que él debería haber instalado en su despacho es un paralizador de locos a vapor. Yo he instalado uno en el mío.

Congdon apretó más fuerte la estatuilla de bronce.

—¿Ve algo raro en esta figura de mi esposa?

Clay la estudió atentamente y vio algo que se le había pasado por alto antes. El bronce estaba sujeto con una bisagra a la superficie de la mesa.

—Veo una bisagra.

—La bisagra la convierte en una palanca. Cuando muevo esta palanca, abre una válvula que lanza un chorro de vapor abrasador a ciento ochenta grados directamente de la central de calderas de Cortland Street a su piel, detective Clay.

Henry Clay observó los agujeros del suelo y el techo.

—Los chorros de vapor a alta presión lo achicharrarán en segundos. Los segundos más largos y dolorosos de su vida.

—A usted también le matarán.

—No me pasará nada. Los agujeros están calculados para lanzar la cantidad justa para usted.

—Está bien, me ha pillado por sorpresa. Si tira de esa palanca, será mi muerte.

—Una muerte dolorosa.

—Una muerte dolorosa.

Sujetando firmemente la palanca con la mano, reconoció cierta cualidad en Henry Clay: si ese tipo sentía miedo, Congdon no lo veía. De hecho, parecía que si tenía un punto fuerte que destacaba sobre los demás era la capacidad de reconocer lo inevitable y aceptarlo sin rechistar. Controlar al menos una parte de un hombre así podía ser una sólida inversión.

—Si le diera fondos ilimitados, información privada, abonos de ferrocarril y especiales, ¿cómo los usaría?

—Los detalles solo los conozco yo.

Congdon frunció el ceño.

—Es usted un hombre valiente para mantenerse firme en su precaria situación. O un idiota.

—Un hombre determinado —replicó Clay—. Lo único con lo que uno puede contar en este mundo es la determinación. Le estoy ofreciendo determinación. Repito: los detalles solo los conozco yo.

—Supongamos, de momento, que la táctica es cosa suya —concedió el juez—. ¿Cuál es su estrategia?

—Necesita una historia para destruir a los sindicatos. Los periódicos ya están de su parte. Ellos contarán su historia. Y yo le daré esa historia.

—¿Qué historia?

—Los patronos a los que Dios ha estimado conveniente conceder determinados bienes, protegerán la propiedad y la libertad de agitadores sanguinarios.

—¿Cómo lo hará realidad?

—Iniciando una guerra en las cuencas mineras.

—¿Cómo?

—¿Está al tanto del incidente de la mina número uno de Gleason?

—Un tren de carbón desbocado, varios mineros muertos y la producción interrumpida durante cuatro días. ¿Me está diciendo que usted lo inició?

—Y lo terminé. Antes de que los mineros volvieran al trabajo, incendiaron la cárcel y el Palacio de Justicia de Gleason. Yo llamaría a eso una guerra.

—Yo lo llamaría un buen comienzo —concedió Congdon—. Una jugada triple digna de Harry O'Hagan.

—Cuádruple, contando el incendio.

—Sí, desde luego ha superado a O'Hagan. Pero estoy profundamente decepcionado.

—¿Por qué?

James Congdon contestó dejando escapar un suspiro triste.

—Mi paralizador de locos tendrá que esperar a otro loco.

Soltó la palanca del vapor e indicó a Henry Clay con la mano que se sentara a su lado.

—El bueno del señor Van Dorn te ha dado a dos vejestorios que están para el arrastre y a un simpático borracho.

Isaac Bell defendió a su amigo.

—Wish rinde mucho cuando no bebe.

Wally Kisley, que no parecía tanto un detective privado como un avejentado vendedor de arreos con su traje estampado como un tablero de damas, sonrió a su veterano compañero, el detective de mirada gélida Mack Fulton. Serio, vestido de gris y negro, Fulton parecía la clase de hombre peligroso al que nadie sensato preguntaría por su trabajo.

—A ver, Mack, ¿qué diferencia hay entre un bebedor y un ahogado?

—Ni idea, Wally. No sabía que hubiera una diferencia entre ambos.

—El ahogado se hunde en el agua. Y el bebedor se hunde en *whisky*.

—A ver, un hombre pasea junto a la orilla del mar. ¿Qué le grita el ahogado?

—Lánzame una cuerda.

—¿Qué le grita el bebedor?

—Lánzame una botella.

Miraron a Bell, riéndose.

Impávido, Isaac dijo:

—Trabajé con Wish Clarke en Wyoming y Nueva Orleans. Es más listo que nadie.

—Y también más aficionado a la botella.

—Recuerdo que cuando el señor Van Dorn me destinó con vosotros en mi periodo de aprendizaje, me enseñasteis muchas cosas. Y no estabais tan para el arrastre; podíais liquidar a todos los hombres de Harry Frost que había en una taberna.

—Tu reciente aprendizaje.

Kisley y Fulton hablaron al mismo tiempo y Bell se dio cuenta de que los viejos detectives no bromeaban, sino que lo dijeron muy en serio y con toda la intención. Kisley lo miró fijamente y Mack Fulton fue al grano.

—¿Quién dirige el grupo?

—Es mi caso —dijo Isaac—. Yo lo dirijo.

—No hace mucho te estábamos cambiando los pañales en Chicago.

—Le he cogido el tranquilo desde entonces.

Sus compañeros lo miraron frunciendo el ceño.

—El hombre que dé órdenes al grupo tiene que cambiarle los pañales a todo el mundo y al mismo tiempo estar al mando del caso —dijo Mack.

—Lo tienes delante.

—Tengo delante a un crío que empezó a afeitarse ayer —replicó Fulton.

—¿Y a qué viene esa palabra pretenciosa? —añadió Kisley—. ¿«Provocador»?



¿Qué tiene de malo «agitador»?

—¿O «alborotador»?

—¿O «instigador»?

Isaac Bell era totalmente incapaz de pegarle un puñetazo a un hombre el doble de mayor que él, pero estaba sintiendo una gran tentación de hacerlo.

De repente, Aloysius Clark apareció en la puerta. Era un hombre corpulento y rubicundo que se movía sin hacer ruido.

—Hola, Wish —saludó Bell.

Clarke lo saludó con la cabeza.

—Muchacho.

—Estábamos hablando de quién dirige el grupo —informó Mack Fulton.

Wish Clarke permaneció en silencio. Tenía unos ojillos azules tan hundidos en unas mejillas hinchadas por la bebida y surcadas de venas moradas, que quienes asociaban el *whisky* con el ingenio embotado y la melancolía pasaban por alto su brillo inteligente y risueño. Sonrió de forma inesperada y respondió a la pregunta que estaba en las mentes de todos. ¿Cuánto tiempo llevaba allí Wish Clarke y cuánto había oído?

—Es el caso de Isaac. El chico es el jefe.

Wally Kisley sacudió la cabeza.

—Los mineros del carbón no son los únicos que necesitan un sindicato.

—Y para zanjar el otro asunto —añadió Clark, un hombre autodidacta que profesaba veneración por el lenguaje—, «alborotador» es una palabra demasiado general; «agitador» no es del todo acertada porque viene del latín *agitor*, que quiere decir «conductor»; e «instigador» es demasiado vaga. Pero «provocador», forma abreviada de «agente provocador», describe exactamente a lo que Isaac sospecha que nos enfrentamos: un hombre inteligente que está engañando a hombres no tan inteligentes cometiendo crímenes que los desacrediten.

—¿Por qué motivo?

—Por motivos que todavía no hemos descubierto, detective Kisley —concluyó.

Isaac Bell levantó la voz.

—¡Prepárense, caballeros!

Sacó unos billetes de su chaleco y los repartió.

—El tren a Virginia Occidental va a partir. ¡Todo el mundo a bordo!

Con el faro de su locomotora resplandeciendo a través de la noche, un tren con sesenta vagones de mineral recorría el trayecto desde las minas de oro de Cripple Creek, en Pikes Peak, por la cordillera de Front Range, en Colorado, hasta Denver, la ciudad envuelta en humo. Unos detectives de la agencia Pinkerton subieron a la locomotora en el parque ferroviario de Auraria.

Tres mil trabajadores del sector de la fundición habían dejado sus trabajos: el

pistoletazo de salida de una huelga conjunta dirigida por la Federación de Mineros del Oeste con el fin de conseguir la jornada de ocho horas para todos los afiliados. Los detectives apostaron tiradores en el quitapiedras de la locomotora y asumieron el mando del tren cargado para escoltarlo hasta el horno de fundición de Nyren.

Jim Higgins había formado una muralla humana con otros mil huelguistas que bloqueaban la vía. En su opinión —aunque no es que los exaltados se lo hubieran pedido—, destrozar los hornos de Nyren había sido un error, y la huelga, que podría haberse transformado en una huelga general por todo lo ancho del país, no iba a servir de nada sin salir de Denver, empantanada en su amargura.

El viejo Nyren, un cascarrabias bravucón odiado tanto por los obreros como por los dueños de los hornos de fundición de las Montañas Rocosas, a los que había hecho quebrar con su gigantesca planta de carbón barato, no tenía ganas de negociar, así que los huelguistas habían apagado los fuegos de debajo de sus hornos. El mineral fundido se había convertido en una masa solidificada desde las tolvas de encima hasta los desagües de los crisoles de debajo, y los había inutilizado hasta que la amalgama endurecida de mineral, escoria y oro se pudo cortar. Nyren decidió que el tren de mineral aparcase en el parque ferroviario elevado de la fundición, listo para volcar su carga en los hornos en cuanto los esquiroleros se encargaran de cortar la masa.

Los detectives de Pinkerton ordenaron que el tren apartase a los huelguistas de la vía.

—¡Váyanse al demonio! —respondió el maquinista de la locomotora—. No pienso matar a esos tipos.

—Yo tampoco.

El fogonero se unió a su compañero, cruzando sus enormes brazos.

Los detectives los derribaron a porrazos al suelo de la cabina. Un maquinista duro de pelar que habían traído se puso a los mandos.

—No veo qué hay detrás de esos cabrones —gruñó—. Podrían haber levantado los raíles.

—Quítelos de en medio —ordenó el detective jefe.

Hicieron sonar el silbato. El tren avanzó lanzando un tremendo pitido ininterrumpido, y los tiradores con rifles de la parte delantera abrieron fuego.

Los sindicalistas se dispersaron, arrastrando a los heridos con ellos.

Los pistoleros siguieron disparando hasta que en la vía solo quedaron cuerpos abatidos. El tren aceleró. Incapaces de detenerlo, los huelguistas, indignados y temerosos en la misma medida, se conformaron con gritar airadamente. Las piedras recogidas del balasto golpearon con estruendo los laterales de la locomotora, hicieron añicos el faro y derribaron a uno de los tiradores apostados.

—No reduzca la velocidad hasta que estemos al otro lado de la verja o nos lincharán.

La valla estaba justo detrás de un puente de vigas que conducía la vía por encima del suburbio de los trabajadores, que rodeaba la fundición; los detectives pensaron

que iban a conseguirlo, pero de pronto, entre la muchedumbre de huelguistas que despotricaban sin poder hacer nada y lanzaban piedras, un héroe, una figura menuda, no más grande que un niño, salió disparado, arrastrando un pesado rastrillo.

—¿Qué demonios...? ¡Deténgalo! ¡No deje que mueva esas agujas!

Nadie tuvo que avisar al tirador que quedaba en la parte delantera del peligro que corría la locomotora. Se llevó el Winchester al hombro y disparó a la figura que corría. La bala no le dio, pero arrancó el rastrillo de las manos del chico. El muchacho lo recogió y siguió corriendo hacia las agujas. El tirador apuntó con cuidado. Apretó el gatillo despacio y suavemente. Tres piedras le alcanzaron a la vez en el hombro, la mano y la rodilla. Se le cayó el rifle, perdió pie y rodó gritando bajo las ruedas del tren.

La bala no le dio al chico; sino que rebotó en el paso elevado y perforó una ventana de la torre de la fundición de Nyren.

El muchacho corrió delante del tren y trabó el rastrillo en las agujas.

A cien metros de la seguridad de la verja, las ruedas del quitapiedras de la locomotora descarrilaron por culpa de la pequeña herramienta. Las enormes ruedas situadas justo detrás cortaron el rastrillo de acero como un pedazo de salchicha, pero las fuerzas que aplastaron el trozo de metal introducido entre la aguja móvil y el raíl fijo desalinearon un par de centímetros el raíl. Sin nada a lo que asir sus pestañas, las ruedas se salieron de los raíles.

La locomotora saltó de la vía y se desplomó por el paso elevado a las calles del suburbio, arrastrando su tender cargado de carbón y diez vagones llenos de mineral sobre el tejado del edificio que albergaba el economato de la empresa Nyren.

—¿Qué te preocupa, Jim? Hoy todo ha salido bien.

Jim Higgins alzó la vista con aire sombrío de su mesa en el salón del sindicato. El secretario y el vicepresidente de la federación local volvían de celebrar el resultado con la barriga llena de cerveza.

—Sin contar los ocho que están en el hospital y los dos muertos —respondió, aunque las víctimas no eran su único motivo de preocupación.

—Murieron como héroes.

—Hablando de héroes, ese pequeñajo ha estado increíble.

—¿Alguien ha vuelto a verlo? —preguntó Higgins.

—No le hemos visto el pelo. Una lástima. Se merece una medalla.

—Hace bien escondiéndose, y haría aún mejor largándose de Denver.

—Si tiene algo de cerebro, estará a mitad de camino de San Francisco —convino Higgins, aferrándose a la esperanza.

Desde el instante en que había visto la figura menuda de aquel granuja tuvo la terrible sensación de que aquel pequeñajo no era un hombre ni un niño, sino una joven delgada con pantalón llamada Mary Higgins.

Había enviado telegramas a sus amigos en Chicago y Pittsburgh, adonde ella debería haberse dirigido al marcharse de Virginia Occidental, pero de momento ninguno le había dado una respuesta afirmativa. En momentos como ese deseaba no ser ateo. En momentos como ese no quedaba otra cosa que hacer salvo rezar.

—¡Hermano!

Ella entró en el salón, afortunadamente sin pantalón ni gorra, sino con una falda manchada de barro y un sombrero de mujer con una descuidada pluma de adorno.

—Mary, qué alegría verte. —Se levantó para recibirla—. ¿Cuándo has llegado a la ciudad?

Ella se fijó en las caras rojas del vicepresidente y el secretario y respondió:

—Me bajé del tren. Tenía la sensación de que te encontraría aquí. ¿Cómo va todo?

—Caballeros, esta es mi hermana Mary.

El secretario y el vicepresidente por poco se rompieron los brazos con las prisas por quitarse los sombreros, lo que le recordó a Jim lo atractiva que su hermana resultaba a los hombres. Le dijeron que la huelga iba de maravilla y que sin duda ganarían. Esperó a estar a solas con ella en su habitación de alquiler para contarle la verdad.

—No está funcionando —dijo—. La huelga se limita a Denver y no se extenderá más lejos.

—He visto a Madre Jones en Chicago. —Mary se refería a la valiente dirigente sindicalista que les servía de inspiración a ambos—. Esperaba que convencieras a la Federación del Oeste para que se unieran con los mineros en Pennsylvania y Virginia Occidental.

—Yo también.

—Ha dicho que como todas las minas son propiedad de empresas de Wall Street, los sindicatos deberíamos hacer huelga a la vez. Las empresas son nacionales. Nosotros también deberíamos serlo.

—¿Dices que has llegado a Denver esta tarde?

Mary lo miró directamente a la cara.

—¿Qué quieres que diga?

—Quiero que digas que no fuiste tú la que hiciste descarrilar el tren.

—¿Por qué?

—Podrían haberte matado.

—A ti podrían haberte matado en Gleasonburg.

—Y lo habrían hecho si ese joven minero no hubiera venido a rescatarme, pero eso no viene al caso.

—¡Y un cuerno, minero! —exclamó Mary—. Isaac Bell es un detective de Pinkerton.

Jim Higgins no podía creer lo que oía.

—No puede ser. No es posible.

—Lo vi con mis propios ojos.

—¿Dijo que es un detective de Pinkerton?

—No con esas palabras. Dijo que era detective de Van Dorn.

—Hay una gran diferencia —alegó Jim—. La agencia Pinkerton suministra rompehuelgas para partirles la crisma a los sindicalistas y proteger a los esquirols. Nunca he visto a los detectives de Van Dorn hacer algo así. Ellos están por encima de eso.

—¿Has oído que algún detective de Van Dorn trabaje para el sindicato? —replicó Mary.

—Bell te ayudó a salir de Virginia Occidental, ¿no?

—Estaba espiando, hermano. Nos engañó. No es mejor que el resto de ellos.

—Última parada, caballeros —anunció Isaac Bell cuando el tranvía de Morgantown entró dando botes en Gleasonburg—. Averigüad lo que podáis antes de que anochezca. Volveremos a reunirnos aquí. El señor Van Dorn nos invitará a cenar en esa taberna.

Señaló el local de Reilly, donde Mary había conseguido café.

—Lo que más me gusta del trabajo de investigación es que te da la oportunidad de viajar.

Mack Fulton contemplaba a lo largo de Main Street las casas sin pintar de la empresa, las cabras que se comían la corteza de los árboles marchitos, los montones de rocas partidas, el polvillo de carbón, y las embarradas laderas deforestadas convertidas en bosques de tocones para hacer puntales.

—Ver sitios nuevos —repitió Wally Kisley.

—Y ampliar nuestros horizontes... Coge el equipaje, Archie.

Wish Clarke le pasó el equipaje al aprendiz pelirrojo, pero agarró el bolso más pesado, un bulto reforzado extrañamente alargado que hizo un amortiguado ruido metálico cuando lo dejó en el suelo.

—Parece que incendiaron la cárcel —le guiñó el ojo a Isaac Bell—, y también casi todo el Palacio de Justicia. ¿Así es como te deshiciste de la gente que te quería linchar?

—Me ayudó una mujer... Muy bien, caballeros, pongámonos en marcha.

—¿Quién va con Archie? —preguntó Mack Fulton.

—Vosotros dos —contestó Bell, y le pidió al chico que les ayudara a subir las escaleras y cruzar las calles.

Wish Clarke se dirigió al economato.

Mientras, Bell fue a la entrada de la mina de Gleason número 1. Desprovisto de su disfraz de minero, entregó al detective de Pinkerton al mando de los guardias una carta de presentación que todavía no había usado y que lo identificaba como un detective de la agencia Van Dorn que trabajaba para Gleason.

—¿Qué demonios significa esto? No necesitamos a ningún detective. Nosotros somos detectives.

—Está firmada por el propio Black Jack, y significa que tenéis órdenes de darle una luz de seguridad a cualquier detective de la agencia Van Dorn que os la pida y de no molestar. Yo os pido una.

Cuando le trajeron la luz le pareció que estaban nerviosos, menos arrogantes y poco dispuestos a intimidarle.

—¿Adónde va con eso?

—A dar un paseo —respondió—. Acompañeme si quiere.

Sabía que el detective no entraría jamás en la mina.

—Los mineros hablan de hacer huelga.

—¿Cuándo empezaron?

Bell recordó la promesa de Jim Higgins: «Hay más de donde vengo».

—Los muy idiotas han cogido carrerilla. La ciudad entera va a volar por los aires. No me sorprendería que alguno le intentara atizar.

—Correré el riesgo —respondió.

Llevó la luz a través del portal de madera y recorrió a toda prisa la galería de transporte.

Los ventiladores funcionaban, y oía el sonido de cientos de mineros picando en las galerías, el chirrido amortiguado de los taladros eléctricos y, de vez en cuando, una ruidosa explosión de dinamita que abría el filón. Reconoció al portero al que había ayudado a salir después del desastre y lo saludó con la mano. El niño no lo reconoció con traje y sombrero de fieltro y se mostró temeroso de haber llamado la atención de un detective.

Bell se detuvo y metió una pequeña moneda de oro en la mano sucia del muchacho.

—Tranquilo. Mi abuelo me dejó unos cuantos pavos. Puedes quedártela o dársela a tu madre o a tu padre.

—No tengo padre.

—Dásela a tu madre.

Empezó a descender. El muchacho le gritó por detrás:

—¿Es usted un detective de Pinkerton, señor?

—No, soy de Van Dorn.

—Vaya.

Al parecer, el muchacho estaba dispuesto a aceptar la distinción que Mary Higgins se había negado a hacer.

Siguió descendiendo por la pendiente del pasadizo hasta el final. El tren destruido había sido retirado y el túnel se adentraba más en el filón. Volvió a subir poco a poco a la galería más baja, contó cuatro puntales y palpó detrás del cuarto buscando la rendija donde había escondido el eslabón roto de la cadena.

Wally Kisley estaba enfrascado en una conversación con un minero al que había invitado a un vaso grande de cerveza en la taberna más mugrienta que recordaba, cuando el hombre cerró de repente el pico. El joven Archie, que andaba cerca fingiendo de manera convincente que no estaba atento, dio un golpe en la barra en señal de advertencia, y cuando Kisley alzó la vista vio que un par de policías de la empresa de Gleason entraban pavoneándose como si fueran los dueños del establecimiento.

Fueron directos a él, le dijeron «Fuera de aquí» al minero, que se largó sin terminar su cerveza, y seguidamente uno de ellos se dirigió a Kisley:

—Llevas el atuendo más feo que jamás he visto en un hombre.

Wally examinó la manga de su chaqueta a cuadros como si la estuviera viendo por primera vez.

—Parece un traje de payaso —insistió el segundo policía.

El detective permaneció callado. El primer policía se fijó en Archie y dijo:

—¿Y tú qué narices estás mirando?

El joven alto y pelirrojo contestó despacio y de forma clara:

—No estoy mirando absolutamente nada.

—¿Qué has dicho?

—Permíteme que me corrija. —Archie le devolvió la mirada—. Si fuera posible mirar algo que fuera menos que nada, tú me darías la oportunidad de mirarlo.

Wally Kisley se rio.

—Eres una caja de sorpresas, muchacho.

—¿Qué? —dijo el policía.

El tabernero, que había estado escuchando con preocupación, salió del establecimiento.

Wally contestó en tono familiar:

—A mi joven amigo pelirrojo le hace gracia que un hombre tan feo que tiene una cara capaz de parar un reloj, critique el aspecto de mi indumentaria.

Los policías sacaron sus porras.

—Basta. —Mack Fulton se materializó en una silla, en un rincón oscuro, empuñando firmemente una Smith & Wesson—. ¡Largaos!

Cuatro policías de Gleason y dos detectives de la agencia Pinkerton encontraron a los hombres de Van Dorn en la taberna de Reilly.

Kisley, Fulton, Wish Clarke y Archie Abbott compartían una botella mientras esperaban a Isaac Bell. Archie tocaba el piano, un polvoriento modelo vertical no excesivamente desafinado, y Mack y Wally cantaban al estilo de Weber y Fields el nuevo tema de éxito en Chicago: *If money talks, it ain't on speaking therms with me.*

Los policías y los detectives entraron blandiendo sus pistolas.

Reilly desapareció en la trastienda. Los mineros que había en la barra hecha con tablas y barriles, que habían estado hablando con descaro de los rumores sobre una huelga, se bebieron sus *whiskys* y salieron a toda prisa por la puerta.

Wally y Mack siguieron cantando:

—Si el dinero habla, no me dirige la palabra...

Wish Clarke dijo:

—Si nos estáis apuntando con esas armas, chicos, es que habéis olvidado que la agencia Van Dorn trabaja para la Gleason Consolidated Cool & Coke Company, contratada personalmente por Black Jack Gleason, quien tenía miedo, y no le faltaban motivos, de que vosotros no pudierais identificar a los saboteadores.

—No por mucho tiempo —contestó un fornido policía de Virginia Occidental



alargando las palabras—. Se dice que la empresa tiene pensado despediros a todos en cuanto el señor Gleason vuelva de Nueva York.

Kisley bebió un sorbo de *whisky* y miró a Fulton.

Fulton bebió un sorbo de *whisky* y miró a Wish Clarke.

Wish Clarke vació su vaso, lo rellenó y dijo:

—Cuando, y en caso de que, el señor Gleason decida poner fin a nuestro trabajo, podremos volver a casa. O podremos seguir disfrutando de los placeres de la hermosa Gleasonburg como ciudadanos libres de Estados Unidos que somos. Mientras tanto, nos apretaremos los machos para comer lo que en este establecimiento consideran una cena. Así que si os apetece apretároslos vosotros y coged una silla. Si no, circularad, que nosotros vamos a empezar a cenar.

—Estáis todos detenidos.

—No podéis detenernos —dijo Wish Clarke.

—¿Por qué?

—Vuestra cárcel se ha incendiado.

Archie Abbott escupió un trago de *whisky* en el serrín.

—Tenemos calabozos temporales en una vía muerta por si a los mineros se les mete en la cabeza hacer huelga: unos viejos vagones frigoríficos para refrigerar carne —les informó el detective de Pinkerton—. Hay uno reservado para vosotros, chicos, hasta que el juez haga el papeleo. Si lleváis armas de fuego, soltadlas mientras podéis.

Kisley, Fulton y Clarke se separaron ligeramente, un detalle que ni los detectives ni los policías de la compañía parecieron advertir.

—Tú también, Rojito. Levántate.

—Haz lo que dice, Archie —le pidió Kisley.

Archie se levantó del taburete del piano, confundido ante el giro de los acontecimientos.

—Las pistolas, Rojito. Suéltalas.

—Él no tiene ninguna. Es un aprendiz. A los detectives de Van Dorn no se les permite llevar armas cuando son aprendices.

Los policías de la compañía se rieron disimuladamente.

—Apuesto a que ninguno de vosotros tiene armas, viendo la cara de aprendices que tenéis todos.

—Yo tengo un arma.

Isaac Bell salió sigilosamente de entre las sombras de la noche con una escopeta recortada de doble cañón y calibre doce en cada mano.

—De hecho, tengo dos. Manos arriba, chicos.

—Hijo, si disparas esas escopetas con una mano acabarás en el suelo. Será una escena muy cómica.

—Tú estarás en el infierno esperando a que los siguientes bajen y te digan quién ríe el último. ¡Soltad las armas y levantad las manos!

Los detectives de Pinkerton más prudentes observaron la fría mirada en los ojos del joven detective, así que soltaron sus pistolas y alzaron las manos. Los policías de Gleason fruncieron el ceño y se encogieron de hombros.

—Soltadlas —espetó uno de Pinkerton.

Obedecieron de mala gana, y los seis salieron de la taberna arrastrando los pies.

Mack Fulton indicó a Archie con la mano que recogiera sus armas.

—Esta es tu primera lección, aprendiz Archie. Cuando te dan un puñetazo, sabes que estás cerca de algo.

—¿Cerca de qué? —preguntó Wish Clarke—. Todos los mineros con los que he hablado, veinte, por lo menos, creen que la cadena se rompió por causas naturales. También han dicho que si ese pobre sindicalista apareciera, lo colgarían de las vigas. Por otra parte, he notado cierta tensión en el ambiente.

—¿Están motivados para hacer huelga? —quiso saber Bell.

—Están motivados, pero no estoy seguro de la causa. Creo que el incendio del Palacio de Justicia fortaleció su autoestima.

—Oodian a Gleason, les ofende especialmente su yate de vapor, y odian a los policías, pero no culpan a ninguno de lo que pasó con el tren desbocado —explicó Fulton—. Mi impresión es que se declararán en huelga solo cuando encuentren a alguien que los dirija.

—Yo he oído más o menos lo mismo —añadió Wally Kisley—. Creen que lo del tren fue un accidente. Aunque unos cuantos hombres me han dicho que culparon a la compañía de encargarse de dos tareas a ese tipo, como se llame, Higgins. Pero Wish tiene razón, el hecho de que Isaac incendiara el Palacio de Justicia parece haberles dado coraje.

—En realidad yo no lo quemé.

—Bueno, tú le sujetaste el abrigo a la señorita.

—Un mecánico me ha dicho que las cadenas no se rompen nunca.

—Probablemente el mismo tipo que las instaló.

Todos rieron la ocurrencia de Mack Fulton.

Isaac Bell lanzó el eslabón roto sobre la mesa. La pieza cayó con un pesado golpe y no rebotó muy lejos.

—¿Qué opinas, Wally? ¿Qué crees que lo rompió?

Wally lo inspeccionó con detenimiento. Pasó el dedo por el borde.

—Caramba.

—¿Qué?

—Parece que alguien lo golpeó con un escoplo frío. ¿Ves la parte donde la hoja lo cortó hasta la mitad?

—A mí también me pareció que lo habían golpeado.

—Está bien. Y ahora, ¿qué?

—Se rompió a la vista de cien hombres; alguien se habría fijado en un tipo dándole con un escoplo.

—¿Cómo?

Kisley se recostó y se acarició el mentón, como si se estuviera acicalando una imaginaria barba.

—Se me ocurren varias formas de atravesar acero con un escoplo frío. Golpearlo con un martillo.

—Cosa que no pasó —apuntó Fulton.

—Convencer a un águila para que suelte el escoplo desde treinta metros de altura.

—Cosa que tampoco pasó.

—Atravesarlo con una carga explosiva.

Isaac observó la extraña sonrisa que se dibujó en el rostro serio de Mack Fulton.

—Cosa que podría haber pasado.

—Isaac —dijo Wish Clarke—. ¿Recuerdas haber oído una carga explosiva?

—Oí un estallido muy grande. Pero ¿cómo la harías explotar?

—Con un detonador de fulminato de mercurio.

—¿Cómo sujetarías el detonador?

Wally Kisley examinó el eslabón, lo cogió y lo olió.

—Supongo que podrían haberlo pegado con brea.

—Tal vez solo un trocito de escoplo.

—Moldeado en una bola de brea. Pero sería muy difícil de manejar. Muy difícil de manejar...

Wally Kisley se quedó mirando la calle oscura a través de la puerta de la taberna. Isaac Bell observó que al experto en explosivos le gustaba cada vez menos la teoría del escoplo introducido con dinamita.

Archie Abbott miró a Bell y arqueó una ceja para preguntarle qué pasaba. Le pidió con un gesto que se reuniera con él en la barra y hablaron en voz baja:

—Han visto de todo. Están intentando recordar qué se puede aplicar a este caso.

—¿Cuántos años tienen?

—¿Quién sabe? Wally ya era uno de los mejores detectives cuando investigó la bomba que provocó la revuelta de Haymarket. Deben de pasar de los cincuenta.

—Increíble.

Archie estaba fascinado.

Finalmente, poco a poco, como una lámpara de aceite recién encendida recogiendo queroseno en su mecha, el rostro de Wally empezó a iluminarse. Se volvió hacia Mack Fulton.

—Mack, ¿sabes qué estoy pensando?

—Dinamita.

—Una gran mejora con respecto a la pólvora negra, patentada en 1867 por Alfred Nobel.

—Con la que Alfred Nobel ganó tanta pasta, y se sintió tan culpable por hacer más fácil matar a la gente, que el año pasado entregó unos premios dotados de dinero al mejor físico, el mayor pacifista, el mejor poeta e incluso al tipo que inventó los rayos X.

—¿Sabes quién más debería haber ganado un premio el año pasado?

—Rosania —dijo Fulton.

—Laurence Rosania.

Isaac Bell y Wish Clarke se cruzaron una mirada.

—¿Quién es ese? —preguntó Archie.

—Un ladrón de cajas fuertes de Chicago —respondió Bell—. Aficionado a las joyas.

—El mejor especialista en dinamita del negocio.

Kisley sonreía abiertamente.

—Es un artista en todo el país, porque el tipo se ha dedicado a viajar. Si esos otros se merecían el Premio Nobel y toda esa pasta, él también.

Fulton habló con total convicción.

—¿Qué hay de Rosania? —gritó Bell desde la barra—. ¿Veis su mano en esto?

—No, no, no. Él es un ladrón de joyas. Un tipo demasiado quisquilloso para trastear en minas aunque tuviera mentalidad de saboteador, y no es el caso. Pero estoy pensando en un trabajito que hizo el año pasado. ¿Te acuerdas, Mack?

—La carga moldeada.

—También llamada carga hueca.

Bell y Archie se reunieron con los demás a la mesa.

—Un político se compró una caja fuerte enorme, con paredes de quince centímetros hechas de planchas de hierro y acero —explicó Mack.

—En caso de que un contratista de la ciudad, o un jefe de policía, o el propietario de una casa de apuestas tuviera la repentina necesidad de proteger una cantidad de dinero y los bancos ya estuvieran cerrados —le contó Wally a Archie—, ese político les echaría una mano guardándoselo en su caja fuerte.

Archie asintió con la cabeza.

—Como si fuera un servicio público.

—Un ladrón de cajas fuertes trató de volarla —continuó Mack—. Al ver las paredes de quince centímetros, el caco utilizó suficiente dinamita como para derribar el techo de la casa del político. Y eso es precisamente lo que pasó. En cambio, la caja

fuerte solo se abolló. Apenas un par de rozaduras. Más tarde llegó el turno de Rosania. Se había enterado de que el político le había comprado unos diamantes a su chica. Rosania abrió un agujero en las paredes lo bastante grande como para meter la mano. Las atravesó como si estuvieran hechas de cartón, y nadie oyó la explosión.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Bell.

—Laurence Rosania es uno de esos tipos que siempre está leyendo —comentó Fulton.

—Leyó sobre un científico de la base naval de Torpedo Station, en Rhode Island, al que se le había ocurrido una idea genial que llamó «carga hueca» —continuó Kisley—. Algunos la denominan carga moldeada porque allí donde la ahuecas, la dirección de sus puntos huecos es la dirección que sigue la explosión. En lugar de desplomar el nuevo techo del político, Rosania dirigió toda la dinamita exactamente adonde él quería, a través de la pared de la caja fuerte. Abrió un agujero de diez centímetros sin hacer ruido.

—¿Consiguió los diamantes? —quiso saber Archie Abbott.

Mack Fulton miró al aprendiz con incredulidad.

—¿Qué? No, consiguió polvo y hojuelas de diamante.

—Creía que los diamantes eran indestructibles.

—Rosania también.

Wally Kisley estalló en carcajadas.

—Está claro que las clases de robo de cajas fuertes todavía necesitan algo más de trabajo experimental. El caso, Isaac, es que si tu saboteador hubiera encontrado una forma de pegar una carga hueca al eslabón de la cadena, no habría necesitado tantos cartuchos de dinamita como para detectarlo a un kilómetro de distancia. La verdad es que no creo que usara un escoplo. Creo que la carga hueca hizo todo el trabajo. Lo que tú oíste, Isaac, fue una pequeña carga de dinamita explotando en una dirección contra este eslabón, tan concentrada que partió la cadena como un escoplo.

—Pero ¿cuánto tiempo aguantaría sujeta la carga a la cadena, con lo que se sacude?

Kisley se encogió de hombros.

—No mucho. Tal vez la enganchó con alambre. Dijiste que no encontraste el grillete. Apuesto a que metió toda la carga dentro del grillete.

—Tal vez no encontraste el grillete porque lo único que quedaba eran pedacitos y polvo de grillete.

Bell miró fijamente a Fulton. Por un segundo se sintió como si el suelo se moviera debajo de él. Como un sueño recordado días más tarde, casi podía ver un par de ojos dorados, ojos de lobo, de los que salía disparado un puño. El sueño inducido por el monóxido de carbono en el que le parecía haber visto el grillete que no había encontrado. Movié la cabeza, preguntándose cómo desenredar la maraña de su memoria, y continuó:

—No hace falta que el fulminato de mercurio se sacuda mucho para que explote.

¿Cuánto tiempo tardaría el cabrestante que sacudía el cable en hacer explotar el detonador?

—Minutos, como máximo.

—Eso significa que el saboteador estaba en la mina cuando fijó el explosivo.

—Tenía que estar. Lo pegó con un poco de brea en el último minuto, cuando el tren pasó.

—Ese tipo tiene sangre fría, sabiendo que el tren podía volver contra él antes de que pudiera salir.

—Mucha sangre fría —convino Wish Clark—. El hecho de saber que se acercaba pudo darle un empujoncito para quitarse de en medio. Aun así, hay que reconocer que tiene calma y coraje.

—Y sabe lo que hace —convino Wally Kisley.

—Todo confirma la opinión del joven Isaac. Sabiendo que el momento de la explosión era impredecible, ¿qué sindicalista perpetraría un acto así a riesgo de matar a sus compañeros?

—Uno se pregunta qué se le ocurrirá la próxima vez.

—Esto hay que celebrarlo. —Wish Clarke vació la botella en su vaso—. Wally tiene razón: hemos descubierto algo importante.

—Hasta que Gleason nos despida.

—Cuando Gleason nos despida, trataré de convencer al señor Van Dorn para que nos deje quedarnos.

—Yo no contaría con eso.

Cuando llegó la cena, la brigada de Isaac comenzó un animado debate sobre qué habrían sido esos productos antes de que el cocinero les pusiera la mano encima. Wish cogió su vaso y lo llevó a la barra. Desde allí, le hizo un gesto a Bell para que se reuniera con él.

—Si quieres seguir buscando al provocador, evita la oficina del telégrafo.

—¿Por qué?

—Y si ves a un chico que viene hacia ti con un telegrama, corre como alma que lleva el diablo. El jefe no puede mandarte que pares si no puede encontrarte.

Bell sonrió.

—Gracias. Buen consejo.

—¿Quieres otro?

—Claro.

—La próxima vez que te afeites, evita la zona comprendida entre la nariz y los labios.

—¿Que me deje crecer el bigote?

—Parecerás mayor con bigote, y así tus oponentes te tomarán en serio.

Bell volvió a sonreír orgullosamente.

—Esos detectives de Pinkerton me han tomado en serio. Han soltado sus armas como si estuvieran al rojo vivo.

—Ya lo creo. —Wish apuró su vaso—. Aunque se podría decir que lo que se han tomado en serio ha sido el par de escopetas de cañón recortado.

—Siempre me has dicho que la forma más segura de ganar una pelea con navajas es llevar una pistola. Como ellos tenían tantas pistolas, he pensado que necesitaba unas escopetas.

—Has pensado bien, no cabe duda. Hablando en nombre del grupo, te aseguro que estamos encantados de no haber acabado con el pellejo lleno de perdigones, porque siempre existe esa posibilidad cuando hay tanta potencia de fuego en un sitio... Probablemente el señor Reilly opine lo mismo de su piano. En cualquier caso, merece la pena considerar que un bigote poblado evitaría la necesidad de llevar artillería.

Hizo una señal al tabernero para que les sirviera otra botella.

—¿Tienes sed?

Wish Clarke sonrió cordialmente.

—Qué observador eres, Isaac. Serás un buen detective.

—Oiga, ¿señor? ¿Señor?

Un chico susurraba desde la puerta.

—¡Largo de aquí! —rugió Reilly—. Nada de críos en mi taberna.

Isaac Bell reconoció al portero al que le había dado una moneda.

—Tranquilo. Yo cuidaré de él. Pasa, hijo. ¿Qué ocurre?

El muchacho miró detrás de él con miedo y entró furtivamente. Llevaba un saco de tela sujeto contra el pecho. Se paró en seco al ver a cuatro detectives de la agencia Van Dorn observando ceñudos los platos de su cena. Bell lo acompañó a una mesa de un rincón.

—Reilly, ¿tiene zarzaparrilla ahí detrás?

—Lo único que tengo sin alcohol es café.

—¿Te gusta el café?

El chico asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—De acuerdo, tomaremos café. Con mucho azúcar. Que sean dos. ¿Cómo te llamas?

—Luke.

—Yo soy Isaac. —Le ofreció la mano, y el muchacho la estrechó educadamente—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿De verdad es un detective de Van Dorn?

—Así es. Y también esos caballeros de la mesa.

—¿Todos?

—¿Lo preguntas por algún motivo en concreto?

El chico asintió con la cabeza.

—No le conté la verdad sobre mi padre.

—Dijiste que no tenías padre.

—Sí que tengo.

—Bien. ¿Y dónde está?

Luke miró a su alrededor y susurró:

—Está escondiéndose de la policía.

—¿Por qué?

—El sindicato ha mandado más organizadores de Pensilvania.

Bell asintió con la cabeza, recordando que Jim Higgins había prometido que otros sindicalistas lo sustituirían.

—Los policías cogieron a uno y le sacaron los nombres a golpes.

Al niño comenzaron a temblarle los labios; tenía la mirada fija en la mesa, como si se estuviera imaginando a su padre de rodillas en medio de una lluvia de puños y porras.

—¿Los nombres de quién? ¿De tu padre?

—Alguien le avisó y pudo escapar.

—¿A qué huele? —gritó Wally Kisley.

—Es tu cena —respondió Mack Fulton.

—No son estas boñigas de búfalo. Huelo a algo bueno. Oye, chico, ¿qué llevas en el saco?

Luke aferró más fuerte el saco.

—¿Es para tu padre? —susurró Bell.

—Sí, señor —contestó—. Me lo ha dado mi madre.

—¿Por qué has venido aquí?

—Pensé que si ustedes eran detectives privados, a lo mejor...

Su voz se fue apagando.

—¿A lo mejor qué?

—A lo mejor podía contratarlos para que lo protejan de la policía. O al menos para que lo ayuden a escapar.

—Los detectives cuestan mucho dinero —dijo Bell con delicadeza.

—Yo no tengo dinero... excepto el que usted me dio. Pero a lo mejor podría intercambiar algo.

—¿Como qué?

—Cosas que he oído.

—¿Cosas que has oído dónde?

—En la taberna de Jake, adonde va la policía...

—¿Permite Jake entrar a niños en su taberna?

—Trepamos desde el río, debajo del sótano, y les oímos gritar arriba.

—¿Qué llevas en ese saco, chico? —gritó Wally.

—Panceta, galletas y patatas asadas, señor.

Los detectives miraron sus platos y acto seguido miraron el saco de Luke.

—Tengo una idea.

—No —repuso Bell—. Luke tiene que entregar una cena, y nosotros vamos a



ayudarle.

Supo por las expresiones malhumoradas de las caras de sus hombres que, si no pensaba rápido, se exponía a una sublevación.

—Caballeros: Wally, Mack y Archie, vais a ir al economato a comprar cecina, harina, manteca de cerdo, café, azúcar, leche, mantequilla y patatas. Lo llevaréis a la madre de Luke y le pagaréis cinco dólares para que prepare una comida decente para un par de días.

—¿Qué vais a hacer Wish y tú mientras nosotros hacemos la compra y esperamos a que la mujer cocine? ¿Comeros al crío?

—Vamos a ofrecerle a Luke una escolta.

El secretario de James Congdon llevó una hoja de papel a su despacho y la dejó sobre su mesa.

—Lamento el retraso, señor. El código del detective Clay es complicado.

Congdon lo leyó dos veces.

—¿Estás seguro de que está bien descifrado?

—Totalmente, señor. Es complicado, pero coherente.

Volvió a leerlo.

—¿Anoto su respuesta, señor?

—No hay respuesta.

—Sí, su Señoría. ¿Algo más?

—Sí. —Congdon citó a tres accionistas que invertían en su nombre regularmente, siempre en secreto—. Diles que compren todas las acciones de la Sociedad Consolidada Gleason en cuanto estén disponibles.

El secretario, un astuto cómplice con conocimientos enciclopédicos sobre Wall Street, estaba al tanto de los planes del juez Congdon desde mucho antes de que el financiero fundara la Corporación del Acero de Estados Unidos.

—No sabía que Black Jack estuviera vendiendo.

—Sus herederos están construyéndose mansiones y comprando yates y coches. Están muy endeudados, son codiciosos e impacientes.

—Pero ¿están en situación de vender? Gleason controla sus acciones.

Releyó el telegrama de Henry Clay para estar totalmente seguro de lo que el detective privado prometía en lenguaje velado.

—Sus herederos estarán en situación de vender. ¿Qué sabemos de los abogados de Gleason?

Hablaban de los herederos y el patrimonio cuando el secretario de Congdon dijo:

—Hubo un incidente relacionado con la validación del supuesto testamento de la viuda O'Leary, que todavía está pendiente de resolución y que pesa mucho sobre su empresa.

—¿Quién tiene que resolverlo?

—Sigue en el tribunal testamentario.

—Perfecto. Resuélvelo por ellos.

—Los abogados estarán agradecidos.

El secretario de Congdon comprendió que estaban hablando de la pronta ejecución del testamento de Black Jack Gleason cuando finalmente subiera a la cuenca minera del cielo.

Teniendo en cuenta que ese viaje al otro barrio podía dar comienzo antes de lo que Gleason esperaba, el secretario calculó hasta el último centavo el soborno que el juez de sucesiones aceptaría.

—¿Algo más, juez Congdon?

—Transfiere todas las acciones de Gleason a un *holding* sin ninguna conexión rastreable con mis intereses.

—¿Qué quiere hacer con los administradores de Gleason?

—Pueden mantener sus empleos siempre que hasta el último pedazo de carbón de Gleason sea transportado a mi Terminal Conjunta del Carbón.

—Un momento, Isaac —le pidió Wish—. ¿Estás seguro de que quieres tomar partido en esta disputa?

El padre de Luke se escondía en una cueva situada en un bosque, en lo alto de una montaña cuyas laderas taladas le permitían distinguir con tiempo suficiente si se acercaba alguien. Cuando Bell le preguntó si su padre estaba armado, Luke le dijo que tenía un rifle para matar ardillas, de modo que le había pedido al muchacho que se adelantara para avisarle de que tenía visita.

—No vamos a tomar partido. El señor Van Dorn insistió en ese punto cuando hablamos, pero también me advirtió que no dejara que me pillasen en medio, y la mejor forma de hacerlo es adelantarnos a los dos bandos. ¿No te parece?

—Yo no lo habría expresado mejor.

—Ahí viene el chico.

Luke les guio los últimos cien metros por la ladera talada hasta la cueva. Por sus puntales de madera, Bell dedujo que se trataba en realidad de una vieja cuenca minera excavada en la colina por campesinos que buscaban combustible para calentar sus cabañas mucho antes de que la Gleason Consolidated Cool & Coke Company iniciara su andadura comercial. Zeke, el padre de Luke, no podía arriesgarse a encender fuego. Solo tenía una manta fina para combatir el frío, y atacó ávidamente las galletas, no sin antes preguntar si Bell y Wish habían comido y de que ellos le contestaran afirmativamente. Entre mordisco y mordisco, explicó que estaba previsto que vinieran sindicalistas de Pensilvania y que él y muchos otros iban a unirse a ellos y a convocar una huelga.

Sonidos de todo tipo les llegaban atenuados hasta lo alto de la montaña: el resoplido de una locomotora a través del río, el silbato de un barco de vapor, carcajadas roncadas procedentes de las tabernas y, en una ocasión, el ruido metálico del tranvía. El pueblo mal iluminado de Gleasonburg parecía un lejano resplandor, más débil que la tenue luz de la luna filtrada por la niebla del río.

—Luke, tal vez deberías contarle a tu padre lo que me dijiste que habías oído —le animó Bell.

—¿Qué pasa, chico?

—La policía ha dicho que vienen esquiros.

—¿Qué esquiros? ¿De dónde?

—Italianos y polacos.

—Entonces bloquearemos el tranvía. Tal vez incluso consigamos que las hermandades paren los trenes.

—Me temo que no será tan fácil. Lo que Luke oyó hace pensar que la compañía los traerá en barcasas río arriba desde Pittsburgh.

—No es posible.

—Es lo que dijeron.

—Pues no es posible. Ni siquiera hemos empezado la huelga. ¿Cómo se les ha ocurrido traer esquiros? ¿Cómo se han enterado de nuestros planes? Acabamos de hacerlos. A ver, ¿qué hacen ustedes aquí?

—¿Necesita nuestra ayuda? —preguntó Isaac Bell.

—¿Qué clase de ayuda? ¿Para luchar contra rompehuelgas? Apenas tenemos para comer. ¿Cómo vamos a pagarles?

—Papá, les he pedido que te ayuden a escapar.

—No puedo escapar, hijo. Tengo que quedarme. La lucha está aquí.

—Pero...

—No hay peros que valgan.

—Pero los detectives de Pinkerton dijeron que llamarán al ejército si hacéis huelga.

—Espero que no sea cierto.

Isaac Bell aguzó el oído. Escuchó un sonido extraño y salió de la cueva para oír mejor. Wish lo siguió.

—¿Qué demonios es eso?

—Parece música.

El sonido subió de tono, como si ascendiera con los vapores desde mucho más abajo.

—Caramba —dijo Wish—. ¿Lo reconoces?

Bell captó la melodía y cantó en voz baja.

*Se las oye suspirar y desear la muerte,*

*Se las ve guiñar el otro ojo*

*Al hombre que hizo quebrar a la banca en Montecarlo.*

El origen de la música era un misterio. Ninguna de las tabernas de tablones y barriles disponía de medios para contratar orquestas. Desde luego, no era el piano vertical de Reilly. Distinguía violines y trompas, además de un piano, clarinetes y un contrabajo. Y aunque no se podía negar que había burdeles en Gleasonburg, ninguno tenía dinero para mantener un salón de baile.

—Allí —señaló—. Mira en el agua.

Un yate de vapor giraba en un recodo del río. Estaba iluminado con electricidad de punta a punta, y sus ventanas y portillas daban más luz que el pueblo y la luna juntos. Bell reconoció el contorno definido y elegante de un Herreshoff, un espléndido barco construido en Rhode Island. Estaba demasiado lejos para ver la orquesta, pero oyó que los músicos terminaban de tocar *The man who broke the bank at Monte Carlo* y acto seguido atacaban con soltura *Easy winners*, de Joplin.

—Apuesto a que es el yate de Gleason, el *Monongahela*.

—No me importaría estar en esa fiesta —murmuró Wish.

—¿Qué es eso que va detrás? —preguntó Bell.

Una silueta oscura, mucho más larga que el yate y cuatro veces más ancha, avanzaba lentamente detrás de él. No fue hasta que hubo dado toda la vuelta al recodo que pudieron ver las luces de un remolcador tirando de una serie de gabarras amarradas.

La orquesta pasó a interpretar el nuevo éxito *Bill Bailey, won't you please come home?*

Un fuerte silbido apagó la música. El convoy giró pesadamente a través de la corriente y se dirigió al muelle de las barcas.

Luke y su padre salieron de la cueva.

—Un tren de gabarras a remolque —dijo Zeke—. Vuelven de Pittsburgh vacías.

Bell centró su vista de lince en el convoy a medida que se acercaba al muelle. Era difícil verlo claramente, pero advirtió unas curiosas ondas de movimiento dentro de las gabarras, como en los barcos con ganado para el matadero.

—No están vacías.

—¿Quién demonios transporta carbón río arriba?

—No llevan carbón... Están llenas de hombres.

Bell miró a Wish, y los dos detectives movieron la cabeza con gesto de asombro. Los huelguistas debían de haber estado muy ocupados. Mientras ellos todavía estaban organizándose, el yate de Black Jack Gleason había escoltado a los esquiroleros hasta su puerta de atrás.

—Lo siento mucho, papá.

Zeke permaneció inmóvil, con los hombros caídos, y buscó a tientas la mano de su hijo.

El *Monongahela* se situó en mitad del río. El barco de vapor arrastró las gabarras contra el muelle, y al momento vio linternas balanceándose mientras la policía de Gleason empezaba a desembarcar a los hombres de las gabarras y a llevarlos por Dock Street.

—¿Qué...?

Un destello blanco en medio del río iluminó el agua de orilla a orilla y recortó las colinas de alrededor con el austero tono de la nieve. El destello emitió un brillo diamantino sobre el descargador que se elevaba por encima de las chabolas, sobre una hilera de gabarras cargadas de carbón amarradas al embarcadero y sobre los esquiroleros que desembarcaban arrastrando los pies, unos mil obreros sujetando sus fardos. Todos giraron la cara con sorpresa hacia el repentino estallido de luz.

Isaac Bell se fijó en la fuente luminosa y vio que la superestructura del *Monongahela* saltaba por los aires. Los camarotes, el puente de mando y la chimenea se separaron del elegante casco del yate. Durante medio segundo pareció que flotasen.

Una atronadora salva doble rugió como los cañones de un acorazado.

Incluso Isaac Bell, que se encontraba muy por encima del río, notó el calor de la explosión en la cara.

Acto seguido, el agua, el pueblo y las colinas quedaron sumidos en el silencio y la oscuridad. La música había cesado. Unas llamas dentadas horadaban la noche. El casco del yate estaba ardiendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luke.

—Las calderas han explotado —respondió su padre—. ¡El Señor ha intervenido! Ha fulminado a ese demonio.

Bell cruzó una mirada de indecisión con Wish Clarke.

El detective más joven habló primero.

—El doble impacto ha sonado como si alguien hubiera echado una mano al Señor con cincuenta kilos de dinamita. Primero, la dinamita, y luego, las calderas.

—Creo que le estás cogiendo el tranquilo a este trabajo.

Aloysius Clarke miraba a su no tan inexperto jefe.

—Será mejor que bajemos a echar una mano.

Se abrieron paso a empujones hasta el muelle. Una vez allí, Bell descubrió que los esquiroles polacos e italianos no habían sido traídos de sus países de origen, ni los numerosos hombres negros habían venido directamente del sur, sino que todos habían sido reclutados en los yacimientos de carbón del este de Pensilvania, donde las minas de hulla se habían cerrado debido a la huelga de los mineros de antracita. Los hombres con los que habló estaban aturdidos por la explosión, desconcertados y asustados.

—No nos han dicho nada sobre el sindicato.

—Solo nos han dicho que había trabajo.

En mitad del río, el buque de vapor que había llevado el convoy de esquiroles se movía alrededor de los restos en llamas del *Monongahela*, enfocando el agua con luces en busca de supervivientes. De pronto, el silbato del barco dio la alarma.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Wish.

Bell señaló río arriba, donde el descargador se alzaba amenazante contra el cielo nocturno.

—Gabarras de carbón a la deriva.

Todo el convoy de veinte gabarras atadas entre sí que había estado amarrado al embarcadero del descargador se adentró pesadamente en el río y cobró velocidad a medida que la fuerte corriente lo arrastraba río abajo.

—¿Cómo demonios se han soltado?

—Será lo primero que pregunte por la mañana —aseguró Isaac Bell.

—Es increíble la cantidad de cosas que han salido mal a la vez —comentó Wish.

Isaac paseó rápidamente la vista del convoy a la deriva al yate incendiado, a los desconcertados esquirolas que se apiñaban en el muelle y al barco de vapor, cuyo capitán había parado el motor para que la corriente lo apartase de los restos del accidente.

—Demasiadas cosas. Y tengo el mal presentimiento de que todavía no ha terminado.

Cuando el barco estuvo a una distancia prudencial de cualquier posible superviviente que siguiese en el agua, su gran rueda de paletas empezó a girar, y la embarcación corrió a capturar las gabarras de carbón que navegaban a la deriva. Los marineros de cubierta agarraron las cuerdas y amarraron el barco de vapor. Con la rueda de paletas agitando el agua, la embarcación arrastró las primeras gabarras contra la corriente para dominar el convoy.

—Ya lo tiene. —Wish suspiró aliviado—. Ese capitán sabe navegar por el río.

Justo cuando pronunció esas palabras, el gran barco de vapor explotó con un colosal rugido doble que lanzó sus chimeneas y su timonera al río. El estallido en dos fases le recordó el estruendo duplicado que había destruido el *Monongahela*.

Pero a diferencia del yate, que seguía en llamas a la deriva, el gran barco de vapor se hundió hasta el fondo del río, dejando expuestos los restos de sus cubiertas superiores. La corriente lanzó las gabarras de carbón contra la nave y rompió sus cascos de madera. A los pocos minutos, las veinte gabarras se habían hundido y bloqueaban el canal que conectaba con Pittsburgh.

—El provocador también le está cogiendo el tranquilo —pensó Isaac Bell.

Un órgano de tubos dominaba el salón principal de la casa Bloom, la mansión más hermosa de Pittsburgh. La sala de estar, resplandeciente gracias tanto a las velas como a la luz eléctrica, podía acoger a treinta y seis personas sentadas cómodamente. Criados de librea iban y venían con bandejas de plata desde la lejana cocina. Pero R. Kenneth Bloom, el padre de Kenny, compañero de colegio de Isaac Bell, no tenía cara de estar contento. Ni tampoco, observó el detective, sus invitados a la cena: barones del carbón, magnates ferroviarios y potentados del acero en cuyos trajes de etiqueta brillaban corchetes y gemelos de diamantes.

Bloom padre, que tenía la cara roja y demasiado peso como para estar saludable, plantó las dos manos sobre el mantel blanco como la nieve para levantarse de la silla y alzó su copa.

—No diré que me cayera bien, pero era uno de los nuestros. Caballeros, por Black Jack Gleason, ¡fulminado por el sindicato! Descanse en paz.

—¡Descanse en paz! —rugieron de un lado a otro de la larga mesa.

—¡Y que los sindicalistas ardan en el infierno! —resonó en la sala.

Isaac Bell se mojó los labios con agua.

Estaba previsto que Kenny Bloom heredara de su madre la mitad de la antracita de Pensilvania y de su padre el control de la Compañía Ferroviaria Reading y vastos campos bituminosos. El heredero le guiñó un ojo.

—No debemos hablar mal de los muertos —murmuró—, pero si lo hiciéramos, la de cosas que podríamos decir... —Bebió un largo trago—. Me alegro mucho de que hayas venido, Isaac. Estas cenas se vuelven muy deprimentes.

—Gracias a ti por invitarme.

Kenny sonrió.

—Tampoco me has dejado muchas opciones, ¿no es así, señor agente de seguros de pega?

—Te lo agradezco mucho.

En mitad de la mesa, el fiscal general de Pensilvania alzó la voz.

—El sindicato pagará por este ultraje. Barcos dinamitados. Obreros inocentes, que viajaban a Gleasonburg para conseguir un trabajo honrado, heridos. El río bloqueado. El tráfico de carbón paralizado.

—Y Gleason asesinado.

—Eso, también. Sí, señor, esos perros rabiosos lo pagarán.

—Deben pagar, y pagarán —le dijo Kenny—, pero está hablando por hablar, porque es responsabilidad del fiscal general de Virginia Occidental, ya que Black Jack ha sido asesinado en su estado.

—No estoy convencido de que el sindicato haya tenido algo que ver —confesó Bell.

La precisión militar de las voladuras contiguas sincronizadas y el convoy de



gabarras que se había ido a la deriva le parecía algo fuera del alcance de los organizadores sindicales, que luchaban por adelantarse a los detectives de Pinkerton. La inspección de las salas de calderas del barco había aumentado su escepticismo.

Pero Kenny, que llevaba bebiendo *whisky* desde antes de la cena, no le oyó. Estaba alardeando delante de los comensales sentados en su extremo de la mesa sobre los sucesos acaecidos en los campos de antracita.

—Así que montamos una ametralladora Gatling en la parte trasera de un Mercedes Simplex y soldamos unas planchas de acero para proteger al conductor.

—¿Funcionó?

—¿Que si funcionó? Ya lo creo que funcionó. —Kenny se reía tontamente—. Los huelguistas lo llaman el Especial de la Muerte.

A la cabecera de la mesa, Bloom padre hablaba de las exigencias de los huelguistas.

—La jornada de ocho horas será la ruina de la industria del carbón.

—¡Eso! ¡Eso!

—Y he oído tonterías más que suficientes sobre la seguridad. Si el minero no mantiene las condiciones de seguridad de su puesto de trabajo es responsabilidad suya.

Otro magnate se mostró de acuerdo.

—Yo no tengo la culpa si se niega a sacar el carbón como es debido, a raspar la pizarra peligrosa y a instalar puntales adecuados.

—El riesgo es un elemento natural en este sector. La verdad es que, con los precios cada vez más bajos, tendremos suerte de seguir en el negocio.

Bell se fijó en la expresión perpleja en la cara de un empresario minero de más edad, quien gritó desde el otro lado de la mesa:

—El precio injusto que estamos pagando para transportar el carbón tampoco nos está ayudando.

Bloom le dedicó una sonrisa tensa.

—Los empresarios del ferrocarril tenemos las manos atadas, señor Morrison.

—¿Quién se las ata? Desde luego, el gobierno no.

—El gobierno también, pero nosotros informamos a nuestros inversores.

—Ya está echando otra vez la culpa a Wall Street. En mi época no hacíamos eso. Nosotros llevábamos la voz cantante. Si los bancos querían ganar dinero, podían invertir en nuestras empresas cuando quisieran, pero no se atrevían a decirnos cómo teníamos que extraer el carbón, ni cómo teníamos que transportarlo.

—Bueno, señor, los tiempos han cambiado.

Isaac se fijó en que Kenny observaba a su padre con una expresión pensativa, incluso preocupada.

—Parece que te quedarás sin trabajo cuando te toque dirigir el ferrocarril.

—¿Qué te hace pensar que dirigiré el ferrocarril?

—Eres su hijo, su único hijo, y has estado trabajando con él desde que saliste de

Brown.

—Nada me gustaría más —reconoció el joven—. Me estoy esforzando al máximo por aprender lo más rápido posible, pero puede que yo no sea el elegido.

—Seguro que tu padre te prefiere a ti.

—Por supuesto. Eso quedó decidido el día que me licencié. Pero ¿y si ellos no me prefieren a mí?

—¿Ellos? —preguntó Bell, aunque sospechaba cuál era la respuesta.

—Los bancos.

Miró al señor Bloom. Bajo los alardes y las bravatas, ni siquiera R. Kenneth Bloom, el rico y poderoso presidente de una empresa ferroviaria, era el dueño del carbón.

—¿Qué bancos?

—Los bancos de Nueva York.

—¿Cuáles?

Kenny se encogió de hombros.

—¿No lo sabes?

—No puedo decirlo.

Bell lanzó una mirada severa al heredero del magnate ferroviario.

—¿Que no puedes? Pareces un abogado prudente en lugar del amigo que escapó al circo conmigo.

—Por poco nos matan.

—¿Te lo pasaste bien?

—Sí.

—¿Qué bancos?

Kenny Bloom sonrió. Parecía borracho, avergonzado y un poco asustado.

—Deja que responda a tus preguntas indiscretas con otra pregunta. ¿Crees que la creación de la Corporación del Acero de Estados Unidos es un final o un principio?

—¿Un final o un principio de qué?

—Los que estamos aquí somos como dodos, Isaac. La figura del empresario de Pittsburgh con autonomía se está extinguiendo. Y también el ferrocarril independiente que transporta carbón. Wall Street está acabando con nosotros. Black Jack Gleason era un dodo. Como todos los hombres sentados a esta mesa. Algunos simplemente no lo saben todavía.

—Tú, no. Tú eres joven. Eres como yo. Estamos en 1902. No hemos hecho más que empezar.

Kenny Bloom alargó la mano.

—Estrecha la mano del hijo de un dodo.

Bell esbozó una sonrisa tan torcida como la de Kenny y le estrechó la mano.

—Si tantas ganas tienes de saber qué bancos son, busca en los periódicos quién convirtió la empresa de Carnegie y Frick en la Corporación de Acero de Estados Unidos.

El padre de Bell era un banquero de Boston, una ciudad muy alejada de Nueva York; aunque en cada una de las ciudades los bancos trabajaban de forma distinta, algunas cosas no cambiaban. Y si había una cosa que Isaac Bell había aprendido de su padre y de su abuelo sobre los bancos, era que los que mandaban se mantenían en la sombra.

—No aparecerá en los periódicos. Los que dirigían el cotarro se quedaron en segundo plano.

Kenny sacó una tarjeta estampada en relieve de su bolsillo y la metió en la mano de Bell.

—Toma un abono de tren. Es válido en cualquier parte del país. Ve a Boston. Pregúntale a tu padre de qué bancos se trata.

—No nos hablamos.

—¿Porque eres detective?

—Quiere que trabaje en el banco.

—¿Qué vas a hacer?

—Ser detective.

—Es una lástima. Él es un buen hombre.

—Lo sé —dijo Bell—. Es el mejor. —Levantó el abono—. ¿Te molesta si me lo quedo?

—Tu abuelo te dejó mucho dinero. Puedes permitirte comprar un billete.

—Me gustaría quedármelo —insistió—. El dinero abre puertas. Pero el abono de tren del hijo de un dodo mueve montañas.

Los criados retiraron las conchas de las ostras y los platos de sopa y trajeron caviar, arenques y paté. Bell cambió el champán por un vino de Burdeos. Kenny siguió con su *whisky*.

—¿Vais a comprar las minas de Gleason? —le preguntó Bell.

—Alguien se nos ha adelantado. Se ha hecho con la Gleason Consolidated Cool & Coke Company entera, incluidas todas sus posesiones.

—¿Quién?

—No tengo la más remota idea.

—Al parecer, no un dodo de Pittsburgh.

# Libro dos

Fuego

—Hermano, voy a volver a Pittsburgh.

El momento que Jim Higgins llevaba tiempo temiendo por fin había llegado. En Virginia Occidental, mil mineros habían sido desalojados de sus chabolas. Algunos estaban hacinados en un campamento, su destino habitual cuando una huelga se alargaba y los esquirolas extraían el carbón. Sin embargo, algunos habían iniciado una marcha a Pittsburgh con la esperanza de que los reportajes en los periódicos sobre hombres, mujeres y niños desfilando bajo la lluvia fría despertaran la simpatía nacional. Podía resultar. Incluso podían animar al presidente Roosevelt a intervenir.

Los mil manifestantes que marchaban por el valle rico en carbón del Monongahela tenían muchas posibilidades de doblar su número y volver a doblarlo una y otra vez a medida que los trabajadores de las minas repartidas a lo largo del camino se declarasen en huelga para unirse a la marcha. Si diez mil, veinte mil, cincuenta mil obreros llegaban a Pittsburgh, podían desencadenar perfectamente la huelga general con la que Higgins soñaba. Pero dudaba si unirse a ella.

El asesinato de Black Jack Gleason había caldeado los ánimos. Los gobernadores amenazaban con hacer intervenir a las tropas. Los fiscales preparaban juicios y los dueños de minas de carbón ya ni siquiera se molestaban en fingir cierto comedimiento.

—Aquí hay muchos asuntos de los que ocuparse. Muchos. La huelga de los trabajadores de fundiciones es un desastre.

—¡Lee esto!

Ella puso el *Denver Post* delante de sus narices y sacó un bolso de debajo de su catre. Jim leyó rápido.

—¿Qué es esto? Ya sabemos que Gleason voló por los aires.

—Sigue leyendo. ¿Ves lo que pasó después?

Leyó hasta el final, donde se informaba de que las gabarras que se habían hundido en Gleasonburg habían bloqueado el río durante cuatro días.

—Los ríos no son profundos en Pittsburgh, ¿no? —preguntó Mary.

—No mucho. El Monongahela tiene unos dos metros y medio o tres de profundidad. En muchas zonas cubre menos, dependiendo de la lluvia. Y el Allegheny es más o menos igual.

—¿Y el Ohio?

—Más o menos lo mismo... ¿Por qué?

Mary echaba chispas por los ojos.

—¿Por qué? —repitió Jim bruscamente.

—Hasta el carbón de los esquirolas tiene que llegar a Pittsburgh para ser transportado por tren a las ciudades del este y por gabarra al oeste.

—No lo entiendo.

Jim lo entendía perfectamente, pero no quería oírlo.

—Las gabarras que se hundieron en Gleasonburg bloquearon el río durante cuatro días —continuó Mary—. Un convoy de gabarras, hermano, una sola flota. ¿Qué pasaría en Pittsburgh si muchas, muchas, muchas gabarras se hundieran y bloquearan el río?

—El carbón no se movería.

—No se enviaría carbón a las fábricas de Pittsburgh —aseveró Mary—. No se transportaría carbón por tren a las ciudades. No se llevaría carbón por gabarra al oeste siguiendo el Ohio.

—Pero los mineros ya han empezado la marcha. ¿Y la marcha? Es una marcha pacífica.

—Los manifestantes necesitarán toda la ayuda que puedan conseguir. Eso les ayudará.

—El sabotaje equivale a la guerra.

—El carbón es la sangre de la clase capitalista.

—La guerra significa muerte.

—Exacto, hermano. Sin carbón, la clase capitalista morirá.

Isaac Bell se dirigió a Nueva York para conocer a los nuevos dueños de la Gleason Consolidated Cool & Coke Company. Consiguió el último asiento del especial de Pensilvania blandiendo el abono de tren de Kenny Bloom. Diez mil compradores de empresas de fuera de la ciudad viajaban al centro para adquirir mercancías para el otoño y el invierno, y los trenes con destino al este estaban abarrotados.

—No dejes que el jefe te vea antes de que puedas demostrar la motivación de tu provocador —le advirtió Wish Clarke cuando partieron en Pittsburgh.

Wish se dirigía a Chicago para interrogar a Laurence Rosania, quien, según un ladrón de cajas fuertes, podía ejercer el arte esotérico y extremadamente inusual de moldear explosivos.

—Te bombardeará a preguntas: ¿quién? ¿Quién está detrás? ¿Qué quieren? Más vale que tengas una idea clara o te destinará a otro caso.

Pero Bell no se había hecho ninguna idea clara, ni siquiera antes de las explosiones en el Monongahela. ¿Estaba provocando atentados un saboteador con fines de lucro o para ganar la guerra entre obreros y empresarios? Quienquiera que hubiera comprado la Gleason Consolidated Cool & Coke Company podía buscar las dos cosas.

—No puedo evitar al señor Van Dorn. Tengo que ir a la oficina a consultar al nuevo encargado del departamento de investigación.

—Consúltalo en un bar a la vuelta de la esquina. Estuve en Nueva York en septiembre del año pasado, cuando llegaron los compradores. Los hoteles de Broadway estaban poniendo catres y rechazando a huéspedes. Solo con que un pequeño número de ellos tropiecen con estafadores en Nueva York, nuestra nueva

sede hará su agosto, y tú te verás obligado a interrogar a camareros, taberneros, taxistas, porteros, *maîtres* y camareras de hotel en nombre de un mujeriego comprador de prendas íntimas de Peoria que, después de una mañana de celebración regateando por las bebidas en un club, una comida en un café, un paseo en automóvil por Central Park, una cena en un motel, un espectáculo de vodevil, una cena tardía y una botella fría en una azotea con flores y plantas, se despierta sin la cartera... que finalmente recordará haber visto por última vez en compañía de una joven respetable y refinada que conoció en uno de esos establecimientos.

La última parada del especial de Pensilvania era a orillas del río Hudson en Jersey City. Bell tomó un transbordador a Manhattan y el ferrocarril elevado a las afueras, y fue andando desde allí al hotel Cadillac, en Broadway. Evitando la puerta principal y a los perspicaces detectives de la casa reclutados personalmente por el señor Van Dorn, encontró a un botones que fumaba un cigarrillo delante de la entrada de servicio y le ofreció una propina para que le llevara un mensaje privado a Grady Forrer, en la *suite* de Van Dorn.

Retrocedió después cinco manzanas Broadway abajo, hasta el bar del hotel Normandie, en el que los corredores de bolsa y los mayoristas que entretenían a los compradores estaban armando un gran alboroto. Se dedicó a observar a la gente desde una mesa en un rincón, haciendo conjeturas sobre cuál de los clientes que cruzaban la puerta en tropel sería el gran cerebro que su jefe había contratado para que fundara la división de investigación de la agencia de detectives Van Dorn.

¿Era el tipo con un sombrero ladeado como un periodista? Los reporteros estaban adiestrados en el campo de la investigación. Pero no, no parecía que ese hombre se hubiera citado con nadie porque fue directo al mostrador de la comida. ¿Sería el severo académico con bigote encerado? No, le dio una palmada en la espalda a un viajante, quien a su vez lo saludó como a un viejo amigo. Ni tampoco el tipo con pelo largo que parecía un científico.

El silencio se apoderó de repente del local, y las conversaciones quedaron en suspenso cuando una inmensa sombra ocupó la puerta. No podía ser ese tipo, ancho de hombros y con una barriga considerable. Era tan joven como Bell y llevaba el pelo alisado con la raya en medio, como un gerente de postín capaz de mantener una taberna en orden con solo una mirada. Cruzó la sala, separando a la multitud a su paso como un barco de vapor, y fue derecho hacia Bell. Acto seguido se colocó unas gafas con montura metálica sobre la nariz e inspeccionó atentamente al joven detective.

Su voz retumbó desde lo más profundo de su pecho.

—Soy Grady Forrer, señor Bell. Su nota describía a un caballero rubio con bigote. Voy a aventurar que hace poco que se ha dejado bigote.

—Confío en que la espera valga la pena. —Bell le tendió la mano—. Gracias por venir.

—Mucho gusto. Esto es una casa de locos. Aquí se hacen más negocios de los

que uno puede contar con las manos.

—¿Compradores engañados?

—Compradores engañados por docenas, metros, rollos, resmas, quilates, balas, dracmas, granos, cada uno según su unidad de medida. Hay tantas personas que llaman a la puerta que el señor Van Dorn me ha dejado la oficina sin ayudantes para que interroguen a las víctimas. Vamos a tomar una copa.

Bell encargó la comanda a un camarero y esperó a que se marchara antes de seguir hablando:

—¿Tiene expertos en Wall Street?

—Tengo acceso a expertos. Y ciertas nociones que adquirí allí antes de interesarme por este trabajo de bibliotecario. Además, conservo amistades. ¿Qué necesita saber?

Bell le habló de la repentina compra de una participación mayoritaria en la Compañía Consolidada Gleason.

—He estudiado a fondo los periódicos y me arrimé a un banquero en una cena en Pittsburgh, pero solo he conseguido el nombre de una compañía fiduciaria de la que nadie ha oído hablar.

—¿Cuánto tardaron en comprar todas las acciones?

—Días.

—Asombroso. Comprar una participación mayoritaria requiere tiempo, sobre todo cuando intentas ocultar tus intenciones. Y comprar a herederos todavía en duelo que están peleándose entre ellos por el botín exige todavía más, aunque el testamento del difunto hubiera sido impuesto por un tribunal de testamentarías, cosa que no es imposible. No conozco una raza de jueces más corrupta que la de los tribunales de testamentarías. Es un detalle interesante, a menos que ya estuviera en marcha. ¿Se le ha pasado por la cabeza que quien ha comprado la empresa de Gleason podía haber sido avisado previamente de que las acciones saldrían al mercado?

—Pensé que podría preguntarme eso —reconoció Bell—. Desde luego, quien voló el yate de Gleason sabría exactamente cuándo.

Una hora más tarde, durante la que Bell llegó a la conclusión de que su jefe había tomado una decisión brillante invirtiendo en un departamento de investigación, y aún más brillante contratando a Grady Forrer, un joven enclenque entró furtivamente en el bar del hotel Normandie y se dirigió a Forrer en tono urgente.

—El mismísimo se ha ido a cenar y no volverá hasta mañana por la mañana. Nuestros chicos han vuelto al trabajo.

—¡Vamos, Isaac! Esta es nuestra oportunidad.

La oficina de Forrer estaba compuesta por una serie de habitaciones desvencijadas, conectadas por un estrecho pasillo con la suntuosa *suite* de Van Dorn. Era una conejera sin ventanas, a diferencia de la oficina principal de la agencia, que era



grande y abierta.

Había montones de periódicos de pueblos y ciudades de todo el país en armarios, sillas y mesas; cuando Bell y Grady entraron, un cartero apareció tambaleándose bajo un saco de lona que contenía, según anunció, los trescientos periódicos a los que estaban suscritos, ninguno con más de una semana de antigüedad.

En un rincón, el pulsador telegráfico del departamento de investigación producía un ruido incesante gracias a la mano, rápida como un rayo, del telegrafista que enviaba y recibía mensajes en alfabeto Morse. En otro rincón, un telefonista tomaba notas con un auricular pegado al oído, y un mecanógrafo tecleaba sin descanso, imprimiendo fichas catalográficas. A todo esto se añadían los gritos de «¡Chico!» que resonaban en las habitaciones cuando los archiveros eran enviados corriendo a los montones cada vez más grandes.

Forrer le explicó que durante la fase inicial estaba dedicando toda su energía a reunir una biblioteca de información. Había contratado a jornada completa a estudiantes de la Universidad de Columbia y de seminarios para que recortasen artículos de los miles de periódicos publicados por todo el país.

—¿Cómo mantendréis el registro? —preguntó Bell.

—Estoy adaptando el sistema de clasificación decimal Dewey a las necesidades de Van Dorn. Toda la información del mundo no vale nada si no podemos encontrarla.

Isaac Bell trabajaba detrás de una mesa cubierta de recortes de periódico, titulares, artículos de fondo, caricaturas y dibujos a pluma sobre los intereses de Wall Street en el carbón. Las compañías ferroviarias tenían mucha influencia en el sector del mineral, como había comprobado en Pittsburgh. El padre de Kenny era solo uno de los varios presidentes de líneas de ferrocarril interesados en poseer participaciones mayoritarias en el transporte y la venta de carbón.

El constructor ferroviario Osgood Hennessy había atraído mucho más la ira de los dibujantes que el señor Bloom. Bell encontró al magnate dibujado con aspecto de anaconda, pulpo y araña, en todos los casos con muchos más dientes de los que esos animales poseían en su estado natural. Los financieros de Wall Street, sobre todo el juez James Congdon, fundador de la Corporación del Acero de Estados Unidos; John Pierpont Morgan, artífice de la concentración de General Electric y prestamista de oro a la Secretaría de Hacienda de Estados Unidos; y el magnate del aceite para lámparas John D. Rockefeller, recibían un trato parecido, retratados como tiburones, lagartos y feroces osos pardos.

Por el contrario, en los ecos de sociedad, Congdon, Hennessy y Rockefeller adoptaban forma humana en dibujos de artistas de plantilla: Congdon del brazo de jóvenes esposas, Rockefeller asistiendo a su iglesia en la Quinta Avenida, y el viudo Hennessy acompañando a su bonita hija de trece años. Se prestaba mucha atención a

la colección de arte de Congdon, y mucha más al tren privado de Hennessy.

Los obituarios de Black Jack Gleason proclamaban las bondades de la compañía del carbón que había fundado, las mansiones que había construido en Virginia Occidental y el pabellón de caza que compró en Irlanda. Bell leyó un editorial escrito antes de su muerte que elogiaba la opinión frecuentemente manifestada por Gleason sobre los organizadores sindicales, a quienes definía como «vampiros que se ceban en el trabajo honrado de los mineros del carbón de este país».

El *New York World* acusaba a Gleason de recaudar impuestos entre la población agrupando el consorcio del carbón con «los consorcios más poderosos, ambiciosos y opresivos existentes, con los que ni siquiera los grandes tentáculos petrolíferos de J. P. Morgan que limitaban el suministro y fijaban los precios podían rivalizar». Un periódico de Nebraska vilipendiaba a Gleason describiéndolo como «un magnate del carbón que ha engordado con el trabajo honrado de los mineros del carbón y que se ha enriquecido sobrecargando el consumo de carbón del país».

Grady Forrer llegó con una cafetera.

—Has estado aquí toda la noche.

—Sabes muchas cosas, Grady.

—Sé cómo encontrar muchas cosas.

—¿Has visto alguna vez unos ojos color ámbar?

—Son poco corrientes —reconoció Grady—. Muy raros. Y «ámbar» no es una palabra del todo adecuada. Yo los describiría como de color amarillo puro o dorados. Solo que a la luz del sol parecen cobrizos, incluso anaranjados. ¿Por qué lo preguntas?

—Mi provocador podría tener unos ojos así. O podría no tenerlos.

Grady puso cara de preocupación.

—Basándose en la enemistad existente entre obreros y empresarios, no haría falta necesariamente un provocador para hostigar una guerra en los yacimientos de carbón.

—Yo solo estaría de acuerdo en que no haría falta un provocador para incitar a la violencia en los yacimientos de carbón. Hay rencor de sobra para eso, pero haría falta un provocador para desencadenar una guerra de verdad.

—¿Con qué fin? —le rugió una voz al oído.

—¡Señor Van Dorn! —Grady Forrer se sobresaltó.

El telegrafista, el telefonista y el mecanógrafo se levantaron de golpe, y los archiveros se detuvieron en seco.

Isaac Bell se puso en pie y le ofreció la mano.

—Buenos días, señor —saludó a Van Dorn, y contestó a su jefe con la idea principal que rondaba en su cabeza—. Con el fin de llamar la atención.

—¡Ven conmigo! —le pidió Joseph van Dorn.

Bell guiñó el ojo de forma tranquilizadora a Grady Forrer y acompañó a Van Dorn, convencido de que había dado con la respuesta.

El despacho privado de Van Dorn estaba equipado con modernos teléfonos, tubos

acústicos y su propio pulsador telegráfico. El jefe de la agencia se sentó tras una mesa de caoba y señaló una butaca de cuero capitoné a su pupilo.

—¿La atención de quién?

—Del presidente, del Congreso y, lo más importante, del país.

Van Dorn asintió con la cabeza.

—He estado observando cómo actúa el príncipe Enrique y he pensado algo por el estilo. Cuando el príncipe termine su visita, medio continente estará enamorado de él y de todo lo alemán... a pesar del funesto historial de su hermano el káiser, un déspota sanguinario. Se trata de un mundo nuevo, Isaac. Si apareces en los periódicos, la gente te querrá mientras los periodistas escriban bien tu nombre.

—O te odiará —repuso Bell.

—Dime quién desea que lo quieran.

—Todo el mundo. Pero no veo que el sindicato tenga el talento necesario para eso.

—¿Cómo puedes decir eso? Los periódicos están de su parte. Las portadas están llenas de caricaturas de magnates con sombreros de copa maltratando a obreros.

—No todos —le corrigió—. En la mitad de los que vi en las estaciones de ferrocarril aparecían soldados saludables atacados por multitudes sin afeitar. Y lo mismo se puede decir de los que he leído esta noche.

—Entonces, podría ser cualquiera de los dos bandos, ¿no?

Bell vaciló.

—Déjame recordarte que tomar partido no es una buena forma de mantener una perspectiva imparcial.

—Pero los sindicalistas no son capaces de llevar a cabo un ataque preciso como el que vi en el Monongahela. La sincronización fue perfecta: dos barcos dinamitados con diez minutos de diferencia y la flota de gabarras puestas a la deriva en el momento exacto para causar más daño. Los sindicalistas con los que me he encontrado son hombres valientes, pero en absoluto tan prácticos ni tan disciplinados. Ni, sinceramente, tampoco están adiestrados en las artes oscuras. Lo que yo vi exige la precisión militar de alguien que ha dedicado su vida a la destrucción.

—¿Cuántos hombres crees que hicieron falta para volar los dos barcos y poner las gabarras a la deriva?

—No más de tres.

—¿Solo tres?

—Podría haber sido uno solo.

—Imposible. Uno no podría estar en los tres sitios al mismo tiempo.

—No tendría por qué estarlo. El yate y el barco de vapor quemaban carbón en hornos bastante grandes. Un experto saboteador podría haber escondido la dinamita y los detonadores camuflados para que parecieran pedazos grandes de carbón en sus paños.

—Pero ¿cómo convencería al fogonero, que iba a morir en la explosión, para que

lo echara en el horno en el momento preciso?

—Subí a bordo de dos de los barcos de vapor que estaban limpiando el canal — explicó Bell—. Examiné bien los hornos y hablé con sus fogoneros.

Joseph van Dorn se recostó en su silla y sonrió.

—¿De verdad? ¿Qué descubriste?

—El carbón se transporta en carretillas de un pañol a otro, cada vez más cerca del horno, como es lógico, y los barcos lo quemán a un ritmo constante, dependiendo de la velocidad a la que van y de la corriente.

—Para calcular el momento idóneo, el provocador debe saberlo todo sobre barcos de vapor. Tal vez haya trabajado en ellos.

—No, señor. Yo lo he averiguado, y solo soy un detective.

Van Dorn miró por su ventana, meditó en silencio y acto seguido dijo:

—Parece un tipo muy astuto... Un tipo muy astuto... Suponiendo que exista... Pero «dar forma» a la dinamita y los detonadores para que parezcan carbón podría ser bastante más difícil de lo que tú insinúas.

—Wally Kisley cree que el tren desbocado de la mina fue saboteado con lo que se conoce como carga moldeada. ¿Puedo preguntarle si sabe...?

—Sé lo que es una carga moldeada, gracias. Aunque es verdad que un campesino normal, que vuela con dinamita los tocones de los árboles, no lo sabe.

—Ni un minero de carbón corriente, que vuela con dinamita el filón —añadió Bell.

—Estás planteando la figura de un tipo con una habilidad extraordinaria con los explosivos. Sé lo que es una carga moldeada, pero es probable que me volara los sesos tratando de preparar una, sobre todo camuflada de carbón para que pudiera engañar a un experto fogonero. Se necesitan unos conocimientos extraordinarios.

—He encargado a Wish Clarke que localice a Laurence Rosania.

—¿Rosania? —Van Dorn se acarició su bigote pelirrojo—. Desde el punto de vista moral, lo creo capaz hasta de eso. Pero ¿por qué se rebajaría a volar minas de carbón y barcos de vapor un exitoso ladrón de cajas fuertes con gustos refinados? No le merecería la pena el riesgo. Se ha labrado una espléndida carrera evitando que lo atrapen. De momento.

—Apuesto a que Rosania puede señalarnos a otros expertos. El campo de investigación debe de ser pequeño. También he pedido a Grady Forrer que investigue qué militares están experimentando con cargas moldeadas, aparte de los tipos de la US Naval Torpedo Station, en Virginia, que lo saben todo sobre explosivos, por supuesto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Van Dorn.

Isaac se dio cuenta con un acceso de orgullo de que su jefe lo acababa de tratar más como a un compañero de profesión que como a un novato en el oficio.

—Intentaré averiguar quién compró una participación mayoritaria en las minas de Black Jack Gleason y las fábricas de coque una semana antes de su muerte.

—Pero si todos esos sabotajes responden a un crimen por dinero, tu teoría del provocador cae por su propio peso.

—Exceptuando un detalle.

—¿Cuál?

—Usted me ha pedido que no tome partido.

—Me refería a que no tomases partido entre los empresarios y el sindicato.

—Ese mismo consejo se podría aplicar a las pruebas en una fase tan temprana del caso.

—Isaac, ha venido a verte una dama.

—¿Dama? ¿Qué clase de dama?

Bell bostezó y alzó la vista con cara soñolienta de un nuevo montón de recortes de periódico.

Grady Forrer se quitó las gafas, las limpió en la pechera de su camisa y se lo pensó.

—Yo la describiría como la clase de dama hermosa con la tez blanca como la nieve y brillantes cabellos negros.

Se puso en pie de un salto.

—¿Ojos grises?

—Como perlas a la luz de la luna.

—Que pase... ¡No, espera! Mejor la veo en la oficina principal. ¿Dónde está?

—En la sala de visitas.

Bell se abotonó la chaqueta por encima de la pistolera que llevaba al hombro, se alisó el bigote y entró corriendo en la oficina principal. Unos detectives de servicio se daban empujones para mirar por turnos a través de la mirilla que permitía observar sin ser vistos a los clientes que esperaban en la sala de visitas. Bell atravesó la puerta como un huracán.

Mary Higgins se apartó de la ventana. Un rayo de sol se deslizó sobre sus ojos.

Polvo y hojuelas de diamante, pensó Isaac. Estoy muerto.

Su voz era todavía más bonita de lo que recordaba.

—No voy a disculparme por abofetearte.

—¿La primera o la segunda vez?

—Las dos —puntualizó ella—. No me arrepiento de ninguna de las dos.

—Mi mandíbula está todavía dolorida. Pero yo no.

—¿Por qué no?

—Me lo merecía. Te engañé.

—Ya lo creo que sí.

—Te pido disculpas.

Mary lo miró a los ojos.

—No. No es necesario. Estabas haciendo el trabajo que tus jefes te exigen y te metiste en el papel.

—Insisto. Lo siento.

—No quiero tus disculpas. No voy a aceptarlas.

—¿Qué aceptarías?

—Podríamos intentar conseguir otro té.

Ella sonreía.

—¿Qué tal un desayuno? El que no pudimos tomar la última vez.

—Un desayuno sería ideal.

—Tengo entendido que el restaurante de abajo es bueno. ¿Te importa comer con capitalistas?

—Lo enfocaré como una oportunidad.

—¿Para qué?

—Para observar al enemigo de cerca.

—Estás sonriendo. —Bell la miraba con interés—. Pero no sé si estás bromeando.

—No mientras los mineros recorran el valle del Monongahela.

—¿Has estado allí?

Mary asintió con la cabeza.

—Por el momento tienen la moral alta, pero han pronosticado lluvia.

El salón del desayuno del hotel Cadillac estaba lleno a rebosar de compradores de fuera de la ciudad. Tuvieron que sobornar al jefe de comedor para conseguir la última mesa. Mary vio cómo el dinero cambiaba de manos y, una vez que estuvieron sentados y ella hubo extendido su servilleta sobre el regazo, dijo:

—¿Me equivoco o en realidad tu padre no perdió su mansión en la depresión de 1893?

—No la perdió. Ni está en Back Bay. Nací en Louisburg Square.

Mary sacó de su bolso una página de periódico doblada y la dejó a su lado.

—Entonces eres de los Bell del Banco de los Estados Americanos.

—Es el banco de mi padre. ¿Cómo es que conoces Boston?

—¿Por qué trabajas de detective?

—Porque quiero.

Mary respondió a los ojos serenos de él con una mirada penetrante. Antes de que pudiera hacer una nueva pregunta, los interrumpió un hombre bullicioso de la mesa de al lado, un comerciante al por mayor que divertía con sus palabras a unos compradores.

—El año que viene la blusa y la falda serán sustituidas por un vestido largo: una sola prenda... ¿Que cómo lo sé? En París consideran esas combinaciones ordinarias, sobre todo con distintas texturas o colores. Nueva York estará a la cabeza del cambio, y las damas de Chicago adoptarán la misma imagen.

Mary miró su blusa gris y su falda azul y sonrió.

—¿Así que voy a ser una ordinaria?

—Estás preciosa —aseguró Bell—. Quiero decir, elegante y atractiva.

—¿De veras crees que los detectives de Van Dorn son tan distintos de los de Pinkerton?

—Sé que lo son. ¿Cómo es que conoces Boston?

—¿En qué se diferencian los detectives de Van Dorn?

—Nosotros creemos que los inocentes son sagrados.

—Son unas bonitas palabras.

—Unas palabras por las que vivir. Pero antes de que sigamos hablando, el camarero viene hacia aquí, el restaurante está lleno y deberíamos pedir antes de que

se queden sin comida. ¿Qué te apetece desayunar?

—¿Qué vas a tomar tú?

—Todo lo que no pueda escaparse. He estado levantado toda la noche y me muero de hambre.

—Yo he venido andando desde el transbordador. También me muero de hambre. Tomaré lo mismo que tú.

Bell cogió el menú.

—Buenos días —saludó al camarero—. Los dos queremos café, tortitas de trigo negro con arándanos, plátanos fritos, tortillas de champiñones e hígado de ternera — Mary asentía con la cabeza. Bell le preguntó—: ¿Con cebolla?

—Y beicon.

—Ya ha oído a la dama. ¿Pueden servirnos el café lo antes posible? —Y volvió a preguntarle a Mary—: ¿Cómo es que conoces Boston?

—Soy maestra de profesión. Me gradué en la Escuela Latina para Chicas.

—Así que naciste en Boston.

—No. Mis padres nos llevaron allí para que mi hermano y yo pudiéramos asistir a las Escuelas Latinas. Mi padre encontró trabajo como capitán de remolcador y vivíamos en el barco. —Sonrió—. Sí, ya sé lo que estás pensando. Lo de la taberna fue en otra época y en otra ciudad. Mi padre siempre estaba cambiando de trabajo.

—¿Un hombre orquesta?

—Podía dominar cualquier cosa. Menos a la gente. Era como Jim. Se le partió el corazón cuando se dio cuenta de que no podía negar que existía gente mala. Entonces es cuando dejó el remolcador.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Demasiados marineros secuestrados con somníferos.

—Pero los capitanes de remolcador deben de estar acostumbrados a que los buques de carga secuestren a marineros capaces. Y a ningún marinero con experiencia le sorprendería despertar a kilómetros de tierra con un terrible dolor de cabeza. El alcohol mezclado con droga forma la tripulación de los barcos.

—A mi padre le sorprendió.

Cuando llegó el café, Bell buscó los ojos de ella por encima de las tazas y preguntó:

—¿Qué hay en ese periódico?

—El motivo por el que estoy aquí.

—Creía que habías venido a no disculparte.

Mary Higgins no le devolvió la sonrisa, pero empujó el recorte a través de la mesa.

—Lee esto.

Bell echó un vistazo al titular y se lo devolvió.

—Lo leí anoche —recitó el último párrafo de memoria:



Jim Higgins, presidente del Comité de Huelga, podría haber encontrado gran cantidad de evidencias sobre la existencia del consorcio del carbón, además de pruebas de que las compañías ferroviarias son dueñas de una gran parte de las minas de carbón y de que ambos sectores podrían haberse unido para regular el precio del carbón que llega a la costa y a todas las ciudades importantes, no solo estableciendo la tarifa de transporte, sino también fijando el precio al que los comerciantes al por menor pondrán el carbón en el mercado. Es probable que Higgins sea citado por el fiscal general en el curso de las investigaciones que están a punto de iniciarse.

Mary lo miraba fijamente.

—Tengo memoria fotográfica —confesó Bell.

—Me lo figuraba. Yo también. Siempre me he preguntado si se me mueven los ojos mientras recuerdo. Ahora lo sé.

—¿Cómo se convirtió tu hermano en presidente del comité de huelga?

—Teniendo las agallas para defenderlo.

—¿Cómo consiguió las pruebas?

—Las sacó por la puerta trasera del salón de un sindicato de Denver mientras los detectives de Pinkerton forzaban la puerta principal.

—¿Cómo llegaron esas pruebas a Denver?

—Las llevaron de Pittsburgh a Chicago para tenerlas a buen recaudo.

—Supongo que no dio resultado... ¿Es consciente tu hermano del peligro que corre teniendo esas cosas?

—No piensa en ello.

—Pero tú sí.

Bell adivinó lo que venía a continuación.

—Lo asesinarán por tenerlas. Lo matarán y quemarán las pruebas antes de que el fiscal general lo llame. A menos que...

—¿A menos qué?

—A menos que lo proteja un detective que asegura que cree que los inocentes son sagrados.

Bell asintió con la cabeza, entusiasmado. Era lo que suponía y esperaba. Proteger a Jim Higgins le daría la oportunidad de conocer por dentro los sindicatos y a sus principales organizadores. Puede que eso arrojar luz sobre la identidad del provocador si resultaba ser un antiguo organizador sindical. Pero eso significaba que Bell necesitaría a más hombres en su brigada.

—Será mejor que vayamos a ver a mi jefe.

Joseph van Dorn escuchó en su despacho la petición de Mary Higgins. La interrogó detenidamente sobre los documentos y descubrió que Jim también había nacido con una memoria prodigiosa y que, pese a tener las pruebas guardadas en una caja fuerte, el hecho de retenerlas también en su memoria suponía un grave riesgo de ser asesinado para impedir que testificara. Van Dorn le preguntó a Mary si había leído los documentos.

—Jim no me dejó.

—Por supuesto que no. —El veterano detective asintió con la cabeza—. ¿Ese ha sido su único motivo para venir a Nueva York?

Ella titubeó un instante.

—Sí.

Joseph Van Dorn asintió con la cabeza.

—Por supuesto...

Lanzó una mirada perspicaz a su joven detective, advirtió la avidez con que Isaac Bell la observaba y tomó una decisión.

—Su solicitud de protección para su hermano llega en un momento propicio, señorita Higgins. Acabo de crear un nuevo departamento en la agencia de detectives Van Dorn que recibirá el nombre de servicios de seguridad Van Dorn.

—¿Ah, sí? —preguntó Bell—. No me había enterado.

—Porque estabas concentrado en tu caso. Los servicios de seguridad Van Dorn facilitarán escoltas acreditados, detectives residentes para hoteles, vigilantes nocturnos y, por supuesto, guardaespaldas. Proteger a Jim Higgins será competencia suya.

—¿Será el señor Bell uno de los guardaespaldas? —preguntó.

—El señor Bell es un detective, no un guardaespaldas. A su hermano le facilitaremos hombres especialmente cualificados para garantizar la seguridad personal de nuestros clientes.

—Pero hizo un trabajo admirable protegiendo a mi hermano de una multitud dispuesta a lincharlo.

Van Dorn sonrió a la hermosa joven que embellecía su despacho. Era fácil advertir que Isaac se había enamorado de ella, y no costaba entender que ella pudiera enturbiar el juicio de un joven.

—Los detectives de Van Dorn deben estar dispuestos a todo. Sin embargo, en esta ocasión, el señor Bell está ocupado en un caso importante en las cuencas mineras que requiere toda su atención.

Van Dorn se volvió hacia él.

—Gracias por llamar mi atención sobre esta situación. No hay motivo para que malgastes más minutos de tu valioso tiempo en mi despacho. La señorita Higgins y yo zanjaremos el asunto. Huelga decir que garantizo que su hermano estará en unas excelentes manos.

Bell se levantó.

—Sí, señor. —Acto seguido se dirigió a Mary—: El señor Van Dorn es un hombre de palabra. Jim estará a salvo.

—Gracias por presentármelo.

—Ha sido maravilloso volver a verte.

—Espero que volvamos a vernos.

Se estiraron, incómodos, para estrecharse las manos.

Joseph van Dorn carraspeó, produciendo un ruido que le recordó la ametralladora Maxim con cinta de cartuchos refrigerada por agua con la que les habían disparado a él y a Wish Clarke en Wyoming; era la señal de que debía retirarse, y así lo hizo. Le daba vueltas la cabeza. ¡Qué chica! ¡Qué chica más maravillosa!

—Queda, por supuesto, el asunto de nuestra tarifa.

—El comité de huelga está dispuesto a pagar el precio vigente —respondió Mary Higgins—. Solo le pedimos que tenga en cuenta las pequeñas fortunas de los obreros.

—Somos una empresa pequeña que lucha por abrirse camino. Sin embargo, tenemos corazón y podemos ofrecerle un precio algo más bajo que el que pedimos a banqueros y joyeros. ¿Dónde está su hermano en este momento?

—En Chicago.

—Tengo buenos profesionales en Chicago. Nos pondremos manos a la obra antes de que salga hacia Pittsburgh.

—¿Qué le hace pensar que va a ir a esa ciudad?

—Los organizadores sindicales están cayendo sobre Pittsburgh como...

—¿Moscas, señor Van Dorn?

Las mejillas del detective se pusieron más rojas que su bigote.

—No me refería a eso. Lo que quiero decir es que tengo información fiable según la cual allí se está tramando una huelga general, inspirada por la marcha del Monongahela, y que todo organizador sindical que se precie se estará dirigiendo a Pittsburgh en estos momentos. No me cabe duda de que Jim Higgins irá en cabeza.

—Así es.

—Vamos a dejar una cosa clara. La agencia Van Dorn no tomará partido. Removeremos cielo y tierra para mantener a su hermano fuera de peligro, pero no le ayudaremos a derribar las instituciones de la ley, el orden, la propiedad y la justicia.

—No puede haber orden sin justicia. Ni justicia sin igualdad.

—Todos tenemos derecho a tener nuestras opiniones. No me sorprendería que usted y yo estuviéramos de acuerdo en muchas cosas, en el mejor de los casos, pero cuando la agencia Van Dorn acepta el encargo de proteger a su hermano, tiene la obligación moral de mantenerlo a salvo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Mary Higgins le tendió la mano, y se dieron un apretón.

En lugar de bajar por la imponente escalera que descendía en curva hasta el vestíbulo del hotel Cadillac, Mary esperó junto al ascensor sin pulsar el botón de llamada. Necesitaba tiempo para reponerse del profundo efecto que había causado en ella el encuentro con el investigador jefe de la agencia. La mirada intensa de Joseph van Dorn parecía haber penetrado en su cráneo y haber sondeado sus pensamientos más

profundos. Era como si él supiera mejor que ella lo confundida que estaba. Por supuesto, Van Dorn no podía ver el motivo. O tal vez sí pudiera. Quizá solo en parte. No podía estar al tanto de su ambicioso plan para bloquear el río en Pittsburgh. Ella solo se lo había contado a su hermano, y Jim no se lo contaría a nadie porque detestaba la idea. Pero Van Dorn, el renombrado azote de los delincuentes, había sospechado que pasaba algo.

Ella no era una delincuente, aunque tenía en común con los delincuentes la tendencia a maquinar, y el investigador jefe parecía intuir que estaba maquinando algo. Para que tuviera éxito, su plan de bloquear el río dependía del secretismo y la sorpresa. Era bastante preocupante, pero no era lo único que le inquietaba.

Esperar el ascensor no le ayudó lo más mínimo. Pulsó el botón y cuando el ascensorista le dedicó una reverencia y la hizo pasar a la cabina dorada, enseguida pensó en la ridícula balada que cantaban en todas partes:

*Pero se casó por dinero, no por amor, gritó él.  
Aunque vive en una grandiosa mansión.  
No es más que un pájaro en una jaula dorada.*

Van Dorn la había calado. Había adivinado su confusión con respecto a Isaac Bell. ¿Y si una mujer hubiera comprometido su corazón, su alma y su vida entera a destruir grandiosas mansiones y justo cuando por fin iba a lanzar un ladrillo a una ventana, encontrase el amor sonriéndole a través del cristal?

—¡Síguela!

—¿Qué?

Isaac Bell acababa de inclinarse sobre un nuevo montón de recortes cuando Van Dorn entró corriendo en la oficina del departamento de investigación.

—Averigua qué demonios está tramando.

—¿Mary? ¿A qué se refiere?

—Si lo supiera, no me vería obligado a enviarte detrás de ella. Tengo el presentimiento de que está tramando algo gordo, y no me gusta.

—¿Y su hermano?

—Sospecho que no tiene nada que ver con él.

—Pero ¿cuidará de él?

—Por supuesto. Le hemos dado nuestra palabra. ¡Vamos! No la dejes escapar. Y no dejes que te vea.

Mary Higgins salió bruscamente del ascensor dorado. Un detective del hotel la miró con atención, receloso ante la incongruente imagen de una mujer tan alta y atractiva vestida con un traje anodino y un sencillo sombrero de tela sin un fruncido ni una pluma. ¿Qué hacía una criatura tan pobremente vestida en un establecimiento tan selecto? ¿Una actriz? ¿O algo peor?

Mary paralizó al vigilante con una mirada severa, lo rozó al pasar, salió por delante del portero y echó a andar con paso rápido por Broadway, que giraba hacia el sur y hacia el este a través del distrito de Tenderloin. Caminaba a buena velocidad, manzana tras manzana, sin fijarse en los magníficos hoteles y teatros de la ancha calle, ni en las tabernas y salones de juego de las oscuras y estrechas calles transversales, con rumbo a una casa de beneficencia en los suburbios del East End donde se cobijaría con las chicas y mujeres que habían fundado el Sindicato de Costureras de Blusas.

Trató de dejar atrás la tormenta que se agitaba en su mente, pero andar le ayudaba tan poco como esperar el ascensor. Estaba demasiado confundida; en su cerebro daban vueltas las preguntas sobre su hermano y su causa por la igualdad y la justicia, sus vagos sueños de una huelga general y su ingenioso plan para bloquear el río.

Qué distinto era Isaac Bell de todos los hombres que había conocido en su vida: fuerte y tierno al mismo tiempo; aguerrido en una pelea, pero capaz de ser dulce; privilegiado, pero no inconsciente; siempre dispuesto a reír, pero también a consolar. ¿Había creído sin darse cuenta que podía utilizarlo en favor de su ambicioso plan? ¿O en realidad solo había deseado que pudieran pasar otra fría noche en un tren de mercancías?

Acosada por las dudas, repasó su plan: en Pittsburgh, el río Monongahela estaba

bordeado de gabarras de carbón atadas en un convoy de diez embarcaciones de ancho en cada orilla. Las gabarras hacían el canal más estrecho. Cuando el río estaba lleno de hileras de cinco o seis embarcaciones de ancho, apenas había sitio para que pasaran dos embarcaciones. Además, seis puentes cruzaban el río. Los muelles que los soportaban hacían más angosta la vía fluvial y la dividían en estrechos canales. Visualizó unas gabarras a la deriva amontonadas unas contra otras como témpanos de hielo. Si la mitad del río estuviera cubierto de flotas de gabarras, ¿cuántas tendrían que hundirse para bloquear el tráfico? ¿Provocarían una riada? Entonces oyó a su hermano preguntar: ¿Cuántos resultarán heridos? ¿Cuántos morirán? ¿Ninguno? ¿Lo garantizas? No podía garantizarlo. El Monongahela bañaba la Punta, la extensión de tierra rodeada de río que formaba el próspero Triángulo Dorado de Pittsburgh. Miles de personas vivían y trabajaban allí.

El cielo se tiñó de gris y empezó a lloviznar. Continuó andando. La llovizna se convirtió en lluvia. Siguió adelante sin hacer caso a los tranvías que podían llevarla al centro, sin mirar siquiera a los ferrocarriles elevados que la trasladarían allí en un abrir y cerrar de ojos, sin fijarse en nada delante ni detrás de ella, sin ver al joven detective que la seguía, ni al instalador de calefacción con sombrero flexible que les seguía el rastro a los dos.

Isaac Bell seguía a Mary Higgins a una distancia que variaba de media manzana a una manzana entera, dependiendo de lo llenas que estuviesen las aceras. Procuraba intercalar numerosos peatones entre ellos, y se ponía y se quitaba repetidamente su chaqueta oscura y su sombrero de ala ancha para alterar su aspecto.

Las órdenes de Joseph van Dorn resonaban en sus oídos: «Averigua qué demonios está tramando». Si no la hubiera visto lanzar la lámpara que había incendiado el Palacio de Justicia de Gleasonburg, puede que hubiera defendido enérgicamente su inocencia, o al menos se hubiera tomado la acusación con reservas. Pero la vio arrojarla, y también la mirada triunfal en su hermoso rostro. De modo que la siguió, lleno de curiosidad y encantado de estar cerca de ella, aunque eso lo apartase de su caso.

Era fácil de seguir: más alta que la mayoría de las personas que poblaba las concurridas aceras, avanzaba distraídamente, sin mirar atrás en ningún momento. Cuando empezó a llover, le compró un chal rojo a un vendedor ambulante de la calle Veintitrés.

Se detuvo en la Catorce, en el punto en el que Broadway y la Cuarta Avenida se unían en Union Square, para escuchar a un orador que arengaba a la muchedumbre sobre las huelgas del carbón y la guerra de Estados Unidos contra los insurgentes filipinos.

—¡Tres hurras por la anarquía! —rugió, y el gentío coreó la proclama.

Mary lanzó unas monedas en el sombrero al pasar y siguió a toda prisa. Al sur de Houston Street, atajó hacia el este por el concurrido barrio judío; Bell tuvo que acercarse para no perderla de vista.

—¡No compréis carne de vaca!

Grupos de mujeres se apiñaban delante de las carnicerías kosher y gritaban a las amas de casa que salían con bultos:

—¡Boicot al monopolio de la carne de vaca!

Los policías, hombres corpulentos con chaquetas azules y cascos altos, se apiñaban en las esquinas.

Estuvo a punto de perderla de vista entre una multitud de mujeres que se gritaban entre ellas.

—Mis bebés están enfermos. Tienen que comer.

Isaac cruzó entre la gente y corrió detrás de Mary. Ya no tenía miedo de que lo viera. El ambiente estaba cargado de una siniestra electricidad: la misma amenaza de violencia inminente y sin sentido que había percibido en el grupo de mineros en Gleasonburg. Las mujeres, los carniceros y los policías ceñudos estaban a punto de perder los últimos vestigios de razón, y Mary Higgins estaba atrapada en medio.

Treinta metros por delante de Isaac Bell, a media manzana de distancia, Mary Higgins prestaba atención al excitante clamor de una masiva concentración que estaba saliendo como una avalancha del nuevo salón Irving y llenando a rebosar Broom Street de lado a lado. Le emocionaba que las intrépidas inmigrantes judías que encabezaban la batalla sindical de la industria de la confección de Nueva York estuvieran ejerciendo su recién obtenido poder contra los abusivos precios del consorcio de la carne de vaca.

—¡Las judías se están amotinando! —gritó un irlandés rubicundo.

Sonaron silbidos y la policía avanzó.

—¡Disolveos!

La respuesta de las mujeres fue un grito unánime hacia la policía.

—¿Para quién trabajáis? ¿Para los consorcios? ¿O para el pueblo?

—Circula, hermana.

—¡Cosacos! —gritó una mujer, y sus hermanas unieron sus voces para cantar.

—¡Cosacos! ¡Cosacos! ¡Cosacos!

—¡Disolveos! ¡Disolveos!

En ese momento una chica gritó a pleno pulmón:

—¿De qué está hecha la cabeza de un policía?

—¡De corcho!

Un policía corpulento empujó a una mujer, que cayó sobre los adoquines resbaladizos por la lluvia.

Mary Higgins corrió a ayudarla y consiguió levantarla antes de que la pisotearan.

Otra mujer se desplomó, y sus bultos salieron volando por los aires. Algo blando cayó sobre las botas de Mary: el papel de carnicería empapado en sangre se había abierto y había dejado escapar un trozo de hígado. Un policía gordo con un bigote rizado en las puntas y cejas pobladas golpeó a Mary y la hizo caer de rodillas. Trató de levantarse, aterrorizada ante la posibilidad de que la pisotearan.

El policía la sujetó y le gritó a la cara:

—¿Qué hace una bonita chica irlandesa con un hatajo de sucias judías?

En un arranque de odio, Mary Higgins sintió que sus dudas se disipaban. Había una enorme diferencia entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y lo que tenía que hacer en Pittsburgh estaba bien. Recogió el hígado, tomó impulso y golpeó al policía en la cara. La carne roja y blanda le salpicó las pestañas y el bigote y se le pegó a la piel. Cegado, el hombre retrocedió tambaleándose, gritando airado y confundido.

Los otros policías vieron a su compañero haciendo aspavientos con la cara manchada de sangre.

Treinta agentes cargaron por Broome Street blandiendo sus porras.

Los gritos de ira de las mujeres se convirtieron en chillidos de terror. Retrocedieron dando traspiés y trataron de huir, pero chocaron contra las de detrás y



resbalaron sobre los adoquines mojados. Mary intentó levantar de un tirón a una chica con los ojos desorbitados, pero solo consiguió caerse ella también, aplastada en el suelo. Un zapato le machacó la mano contra un adoquín, otro le pisó la espalda. Los cuerpos que se desplomaron sobre ella ennegrecieron el cielo. Luchó con todas sus fuerzas, pero no podía levantarse. Apenas respiraba bajo el peso de los cuerpos. De repente, una fuerte mano se cerró en torno a su brazo y una potente voz atravesó los gritos y los chillidos.

—Ya te tengo. No te separes de mí.

La mano la levantó sin esfuerzo, la sacó del montón, la puso de pie y tiró de ella entre el gentío, como si su dueño fuera una poderosa espada abriéndose camino a través del tumulto y alrededor de la esquina.

Más policías venían corriendo.

—No los mires. Camina rápido. No corras.

Finalmente pudo vislumbrar a su rescatador en Canal Street, cuando le soltó el brazo y se volvió hacia ella. Un obrero de espaldas anchas, con una chaqueta holgada y mono de trabajo. Llevaba un pañuelo rojo atado al cuello y un maltrecho sombrero de fieltro con el ala caída por encima de los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Me has salvado la vida.

—Alguien tenía que hacerlo. Ha dado la casualidad de que estaba cerca.

Ella le ofreció la mano.

—Gracias. Soy Mary Higgins.

—Encantado de conocerte, Mary Higgins. Yo soy John Claggart.

—Esas pobres mujeres tenían razón. La policía ha atacado como cosacos.

John Claggart la había llevado a un restaurante que proveía de comida a los trabajadores que excavaban el foso para el metro; en ese momento apretaba una taza de café caliente contra sus manos, todavía temblorosas.

—Si encargas a la policía el trabajo del diablo —contestó él—, utilizarán los métodos del diablo.

—Esto debería hacer que todos los estadounidenses se avergonzasen.

—Tenemos un gobierno inútil —dijo Claggart—. Está totalmente corrompido.

—Tres hurras por la anarquía —coreó Mary amargamente.

Claggart negó con la cabeza.

—La anarquía es ridícula. No lleva a ninguna parte. Hay que hacer algo, algo que suponga un golpe duro para las sanguijuelas capitalistas. Algo que los derribe.

Mary pensó que su rescatador tenía un aspecto muy inteligente. Aunque de constitución parecida a la de los cavadores de fosos que devoraban salchichas y sopa de guisantes, tenía un aire refinado que le recordaba a Isaac. Además, al igual que Bell, poseía la mirada imperturbable de un hombre acostumbrado al éxito, algo poco frecuente en los obreros derrotados por la lucha para dar de comer a sus familias. Por supuesto, no era tan guapo como Isaac. Ni tampoco, advirtió, tan encantador.

Había lejanía en sus ojos, casi un vacío. A primera vista pensó que eran de color avellana, pero en realidad tenían un color rarísimo, ámbar. Parecían dorados bajo la luz tamizada por el humo del restaurante, pero no brillaban como el oro. Eran opacos como el cobre. Si, como ella sospechaba, John Claggart era un hombre que albergaba secretos, sus ojos no los delataban. Pero fueran cuales fuesen los enigmas que guardaba, a ella le daban igual. No necesitaba simpatía.

—Conozco una forma de derribarlos —dijo.

Isaac Bell buscó a Mary Higgins en las Tumbas, nombre que recibía la húmeda y lúgubre cárcel de la ciudad, todavía en construcción, donde la policía había llevado a casi cien mujeres. La había visto por última vez a media manzana de distancia, en medio de un tumulto de policías y manifestantes, pero desapareció antes de que pudiera abrirse paso hasta allí.

Gracias a una llamada telefónica al hotel Cadillac, un mensajero le había llevado una carta de presentación firmada por Joseph van Dorn. Intentó utilizar los amigos que su jefe había hecho en Nueva York y el apellido irlandés de Mary para recibir un trato especial, pero no sirvió de nada. En el Palacio de Justicia no constaba que hubiera sido detenida ninguna Mary Higgins.

—Mire en la Casa de Socorro para Mujeres de la Treinta y seis Este —dijo un sargento compasivo—. Dios quiera que la señorita Higgins no haya caído en medio

del barullo. Esas mujeres judías son muy violentas.

—¿No hay ningún hospital más cerca?

—¿Brooklyn?

Cuando salió llovía mucho, y se refugió bajo el pórtico mientras buscaba un carruaje o un tranvía. Vio un coche y corrió hacia él, pero un obrero con una chaqueta holgada y un sombrero flexible se le adelantó. Una venda sucia le tapaba la nariz y las mejillas, y los pliegues de un pañuelo rojo le envolvían la barbilla.

—Quédeselo usted —le ofreció Bell.

Llevaba la venda empapada en sangre, y supuso que el pobre diablo se habría visto atrapado en medio de la revuelta.

—No, quédeselo usted —respondió el hombre, y se alejó.

Bell había atisbado sus ojos bajo el ala del sombrero, y el sueño que había tenido en la mina de carbón se volvió de repente tan real como la lluvia que caía a cántaros. El hombre miró atrás y dobló la esquina. Bell lo siguió a toda prisa.

—¡Espere!

El hombre anduvo más rápido.

—Espere. ¡Eh, usted!

Bell echó a correr, pero el hombre al que seguía se dirigió como una flecha a la zona de demolición, donde los gruesos muros de granito de las viejas Tumbas estaban siendo arrasados, y se deslizó entre dos columnas que quedaban en pie. Pensó en la posibilidad de que se hubiera herido trabajando en la demolición.

—¡Oiga, aguarde!

El hombre miró atrás otra vez. Cuando vio que el detective aún lo seguía, bajó corriendo por una escalera descubierta. Lo siguió hasta un enorme sótano que apestaba a putrefacción. La escasa luz del lugar entraba por unos agujeros del techo.

El hombre se detuvo súbitamente.

—¿Me está siguiendo?

—Sí —confirmó—. ¿No me ha oído gritar? —Escudriñó sus facciones, ocultas por la venda y el pañuelo, y oscurecidas además por el sombrero—. ¿Nos conocemos?

—No que yo recuerde —contestó el hombre entre los pliegues de su pañuelo—. ¿De dónde es usted?

—De Virginia Occidental.

—No. Nunca he estado allí.

—¿Y usted de dónde es?

—Tiene la palabra «policía» escrita en la cara, señor, y yo no he hecho nada para que un policía me haga preguntas.

—Es perspicaz. —Bell pensó que el miedo a los agentes explicaría su huida—. Pero no del todo exacto. No soy policía. Soy detective privado.

—Detectives, policías, vigilantes, rompehuelgas, son todos iguales. Atrás, señor.

—Se lo estoy preguntando educadamente —insistió—. ¿De dónde es?

—No intente detenerme.

—He coincidido con usted en alguna parte. Quiero saber dónde.

El hombre se movió con celeridad, fintando como un peso pesado; lanzó un golpe rápido con la izquierda y se preparó para asestar un derechazo demoledor, pero Isaac Bell reaccionó con igual rapidez. Movi6 la mano izquierda para interceptar el derechazo y prepar6 la derecha para efectuar un contragolpe, pero en lugar de agitar el puño, el hombre de los ojos color ámbar metió la mano derecha en su chaqueta y sacó un revólver. El frío chasquido del percutor al ser amartillado reveló al joven detective que lo había engañado un maestro.

—Parece sorprendido.

Bell miró más allá de la pistola, a los ojos del hombre. Grady Forrer estaba en lo cierto. Eran dorados bajo la luz tenue. Igual de extraño resultaba el tono orgulloso de su voz, como si esperase que el detective expresara admiración por haberse adelantado. Pero ¿qué demonios pasaba? No habían acabado en ese sótano por casualidad. El hombre le había tendido una trampa, y Bell había caído de lleno en ella. Se sentía como un idiota, pero al menos eso demostraba que el sueño que creyó tener en la mina no había sido en realidad un sueño.

—Saque su arma de la pistolera, con el pulgar y el índice en la culata. Si no veo sus otros tres dedos, es hombre muerto.

Bell alargó despacio la mano, abrió su chaqueta, agarró la culata del Colt Army con los dedos pulgar e índice y extrajo lentamente el revólver de su pistolera. El hombre estiró el brazo para cogerlo. Lo dejó sobre la palma de su mano y el individuo lo guardó en la pistolera que llevaba al hombro.

—Ahora la pistola que esconde en la manga.

Agitó el brazo para sacar la Derringer de dos disparos y se la entregó.

—Y la otra.

—No tengo una pistola en la otra manga.

—Está en el bolsillo de su chaqueta.

El hombre chasqueó los dedos.

Bell sacó una Derringer de un solo disparo del lugar que el hombre le había indicado. Pequeña y extraordinariamente ligera, fue un regalo de «graduación» de Joe van Dorn, y después de repetidas inspecciones, había creído que no abultaba en el bolsillo ni tiraba de la tela.

—Muy agudo —reconoció.

—Ya lo he visto antes, amigo.

Bell detectó en su voz el orgullo que había esperado provocar. No un hastiado «Ya lo he visto antes», sino un alarde. De nuevo, el hombre parecía estar esperando un aplauso. Isaac estaba impresionado. Su contrincante sabía lo que hacía, pero no pensaba aplaudir. Todavía no. Por el contrario, dijo:

—¿Lo ha visto antes? ¿O me ha seguido la pista? ¿Quién es usted?

—La navaja de la bota.

Le apuntó a la cara con su propia Derringer y movió el revólver hacia los pies de Bell. Parecía un Colt, pensó, pero el percutor era extraordinariamente ancho, la placa superior del bastidor era plana y la mira delantera había sido extraída, sin duda para poder desenfundar más rápidamente.

—¿Qué bota?

—Puedo hacerle un agujero en una de las dos. O puede usted mostrarla... ¡despacio!

Sacó una navaja arrojadiza de su bota derecha.

—Tiene las manos llenas. ¿Dónde quiere que la deje?

—Clávela en la jamba de esa puerta, si cree que puede darle.

La jamba de la puerta, lo único que quedaba sin demoler del maderamen del sótano, estaba a seis metros de distancia. Bell levantó el brazo. La pistola seguía apuntándole a la cabeza. La navaja salió volando a través del sótano y se clavó en la estrecha tira de madera, a medio centímetro del centro.

El hombre de los ojos color ámbar se encogió de hombros despectivamente.

—Lanzándola por lo alto pierde tiempo.

Se guardó la Derringer en el bolsillo, introdujo la mano debajo de la pernera de su pantalón y sacó una hoja lisa de acero idéntica a la de Bell.

—Le enseñaré una forma mejor.

Movió la mano hacia fuera con un giro bajo de muñeca. La navaja silbó a través del aire y se clavó con un ruido sordo al lado de la de Bell, justo en el centro de la jamba.

Apostaba a que el hombre perdería otra vez la concentración vanagloriándose, y así fue. Lo miró con orgullo, como si invitara a Bell a que expresara su asombro. Duró solo una fracción de segundo, lo suficiente para lanzar una patada con la puntera de la bota que le alcanzó en la muñeca.

Agitó la mano violentamente y abrió los dedos.

Bell ya estaba preparado para coger la pistola cuando el arma cayó.

Demasiado tarde. Moviéndose a una velocidad a la que Bell no habría dado crédito si no lo hubiera visto, el hombre atrapó la pistola con la mano izquierda mientras caía, esquivó el ataque de Bell y le golpeó con el cañón en la sien. El joven detective vio las estrellas, dio vueltas a través del sótano y chocó contra una pared.

Se levantó de un brinco; trataba de volver en sí para contraatacar cuando tres estruendosos obreros bajaron por la escalera para continuar con la demolición del sótano.

—¿Qué demonios...?

El hombre de la chaqueta larga los rozó al pasar y subió por la escalera dando saltos, con su pistola y las tres de Bell.

Bell dispersó al trío gritando: «¡Abran paso!», sacó las dos navajas arrojadizas de la jamba de la puerta y lo siguió a toda velocidad.

La lluvia había arreciado hasta convertirse en un diluvio, impidiéndole ver una manzana entera. A cambio, el aguacero había despejado las calles y aceras que rodeaban las Tumbas de policías y transeúntes, y a través de la extensión vacía le pareció distinguir una figura en el límite que alcanzaba su vista. La chaqueta larga y holgada del hombre se agitaba mientras el huido se dirigía al este en dirección a Elm Street.

Bell corrió detrás de él. Ser alto y de piernas largas le permitió reducir la distancia a la mitad, pero de pronto el hombre desapareció en el interior de un agujero abierto en la acera. Saltó al mismo agujero y cayó sobre un andamio de madera muy cerca del suelo. Bajó por una escalera de mano, también de madera, hasta un túnel en apariencia interminable iluminado con luces eléctricas. Se encontraba en el suelo de hormigón del foso cubierto que estaban excavando para el metro.

Parecía una mina de carbón, pero ordenada y mucho más grande de lo normal. Era diez veces más ancha que una mina y cinco veces más alta, y estaba intensamente iluminada. En lugar de tambaleantes puntales de madera, hileras de columnas de acero se perdían a lo lejos, sujetando las enormes vigas que se extendían a lo largo del túnel para sostener la línea de tranvía que pasaba por Elm Street y las filas de pórticos de los edificios repartidos a lo largo de las aceras. Enormes tuberías de agua y colectores, alrededor de los cuales el terreno había sido concienzudamente excavado, colgaban de las vigas con cadenas.

Bell miró al centro, donde las luces brillaban más, y a continuación hacia el exterior, donde se atenuaban. Mucho más adelante, en dirección hacia fuera, vio al hombre de la chaqueta larga zigzagueando a través de la obra y esquivando a obreros, montacargas de vapor y carretillas. De pronto se paró en seco, le dio algo a un hombre que empujaba una carretilla sobre un camino de tablones y reanudó su carrera. Bell corrió detrás de él. Cuando llegó al punto donde lo había visto, el hombre de la carretilla y otro obrero fornido que había soltado la suya le cerraron el paso. Sus puños aferraban los dólares que el hombre les había dado.

—No se admiten policías.

—No crean lo que les ha dicho —gritó—. Apártense.

—¿Por qué deberíamos creerle?

Bell golpeó al primero arriba y abajo, derribó al segundo propinándole una patada en las piernas, y corrió detrás del hombre de la chaqueta larga. Le llevaba una ventaja de dos manzanas. El suelo de hormigón terminó abruptamente. A partir de ese punto seguían excavando la tierra y el agua de lluvia había embarrado el suelo del foso. El espacio se hizo más estrecho y se llenó de obreros con picos y palas. Donde antes las columnas de acero sostenían la ciudad, allí había vigas de madera temporales, un techo de tablas toscas y aberturas a través de las cuales se colaban la lluvia y una luz solar cada vez más tenue.

Bell corrió durante lo que le parecieron kilómetros, manzana tras manzana, hasta que pensó que no podría dar otro paso ni levantar sus botas una vez más del pegajoso lodo. Y aun así, el hombre seguía corriendo, avanzando por el terreno accidentado a un paso enérgico, rozando al pasar a los sorprendidos obreros, apartando a golpes a los que se interponían en su camino y dejando que Bell sorteara a los hombres furiosos que seguían en pie.

Escuchó un estruendo y el suelo tembló. Unos tranvías retumbaron en lo alto, muy por encima de su cabeza, sobre las maderas temporales. Las luces parpadearon y las tuberías de agua se balancearon en las cadenas. Siguió corriendo, haciendo caso omiso de los puños agitados y los gritos de los capataces, mientras el aire intentaba llegar a sus pulmones.

El túnel cambió bruscamente. El suelo embarrado desapareció en un instante; los hombres que trabajaban con picos y palas, también. Los suelos, las paredes y el techo se habían vuelto de piedra. Los constructores se habían topado con el lecho de esquisto de Manhattan en su camino hacia el norte hasta la estación de Grand Central. La veta de roca situada debajo de la ciudad había salido a la superficie y el túnel la estaba perforando. El espacio parecía más una mina, con paredes irregulares, el techo bajo y el estruendo chirriante de los taladros de vapor.

Libre del barro, Isaac aceleró. El hombre al que seguía se estaba cansando, tropezaba de vez en cuando, y Bell estaba cada vez más cerca. Y lo que era mejor aún, el túnel pronto se terminaría. Parecía que la única forma de salir de allí sería a través de uno de los pozos en los que unos cubos metálicos subían la roca excavada con una grúa de vapor. El hecho de que su presa tuviera como mínimo cuatro pistolas y él solo unas navajas no lo retrasó.

De repente, el hombre subió gateando por un lado del túnel que daba a una galería descubierta y se agachó debajo de unas cuerdas tendidas para acordonar la zona. Llegaba luz de arriba, como si hubiera una abertura que diera a la calle. Un capataz se acercó corriendo procedente de la otra dirección.

—Fuera de aquí, idiota —gritó—. Esa parte de la obra se ha desprendido.

Un rayo de luz cayó sobre el hombre al que perseguía y vio que su cara seguía tapada con la venda manchada de sangre y el sombrero. Sin embargo, sus ojos brillaban con júbilo, y supo que le quedaba algún as en la manga. Bell corrió más deprisa. El hombre subió gateando por el lado inclinado de la galería, donde una sección del lecho de roca se había desprendido de la pared y se había deslizado hasta el suelo.

Bell vio que las capas de la veta rocosa se inclinaban en un ángulo pronunciado. Un inmenso pedazo se propulsó como un trineo deslizándose por una pendiente helada. El joven detective alcanzó al capataz, que gritaba:

—¡Te vas a matar! ¡Baja de ahí, idiota! ¡Eh, ¿qué estás haciendo?! No hagas eso. Nos vas a matar a todos.

El hombre había encontrado un pesado pico y lo usaba para clavarlo en la roca

desmenuzada y ascender por la pendiente.

—¡Provocará otro desprendimiento! —se lamentó el capataz—. ¡Corred, chicos! Daos prisa.

Subió gateando la pendiente. El hombre había llegado a la abertura y estaba dando golpes con el pico, tratando de hacerla lo bastante grande para colarse dentro. Las rocas arrancadas rodaban contra Bell. De pronto, el agujero se hizo más ancho y el hombre empezó a atravesarlo a gatas. Cogió una de las navajas y la lanzó por encima de la cabeza.

El cuchillo salió volando derecho a su objetivo y se clavó en el tacón de la bota del hombre mientras desaparecía por el agujero. Bell trepó detrás de él, pero en ese momento la roca que rodeaba el agujero se separó en una gigantesca lámina de piedra que se deslizó por la pendiente, pasó a toda velocidad por delante de él y cayó con estrépito en el suelo del túnel. El impacto hizo que se soltara y se deslizara tras ella. Cuando llegó al fondo, apenas tuvo tiempo de apartarse antes de que una losa de piedra tan larga como la mitad de una manzana de la ciudad se desprendiera y cayera con gran estruendo en el túnel.

La losa dejó tras de sí una pendiente irregular por la que Bell ascendió con la facilidad con que subiría por una escalera. Apareció en la esquina de la Cuarta Avenida con la calle Treinta y siete, justo a tiempo para ver cómo una manzana entera de mansiones de piedra caliza de color rojizo temblaba como si se hubiera producido un terremoto. Una sima se abrió en la acera, las fachadas se separaron de las piedras calizas y se desplomaron al interior del túnel del metro.

Isaac Bell pudo ver el interior de los salones de las mansiones como si estuviera en una representación teatral. Los ocupantes de las viviendas corrían igual que los actores, haciendo mutis lo más rápido que podían. Se apresuró a ayudar. Un movimiento le llamó la atención al otro lado de la calle Treinta y siete. Un tren que avanzaba por la vía elevada sobre la Tercera Avenida aceleraba en dirección al centro. Aferrado a la parte trasera del último vagón viajaba el hombre de la chaqueta larga, que le dijo adiós con la mano mientras el ferrocarril desaparecía detrás de los edificios.

—Ha escapado.

Joseph van Dorn echaba humo cuando Bell le informó de lo sucedido.

—¿Qué ha sido de la joven a la que te pedí que siguieras?

—La perdí de vista en un disturbio. Estaba buscándola en las Tumbas cuando me tropecé con él.

—¿La han detenido?

—La policía ha detenido a cien mujeres, así que pensé que podría encontrarla allí, pero no estaba entre ellas.

—La policía —gruñó Van Dorn—. Hablando de la policía, acabo de mantener



una desagradable conversación telefónica con un subcomisario. Me ha dicho que sus agentes han sido informados por el contratista del metro de que estabas presente cuando se desplomó la calle. Por lo visto, se especula que tú lo has provocado.

—Yo no he sido —se defendió—, pero sí he pedido a los ingenieros que me expliquen lo que ha sucedido. Se refieren a esa sección del túnel entre la calle Treinta y cuatro y la estación de Grand Central como la zona gafe. Su construcción ha sufrido toda clase de accidentes terribles, como una explosión mortal de pólvora, desprendimientos de rocas y la muerte de un obrero. Lo que ha ocurrido hoy ha sido el resultado de una falla geológica oculta. El hombre al que estaba persiguiendo provocó el desprendimiento: bien de manera fortuita al tratar de escapar, o bien a propósito, si tenía conocimientos de ingeniería de minas y detectó la grieta en la roca.

Van Dorn levantó el tono de voz.

—Puedes tener la seguridad de que no creo que ninguno de mis detectives provocase adrede el desplome de una manzana entera de la ciudad, pero espero que en el futuro no te entretengas con esa clase de sucesos y la policía no pueda relacionar el nombre de la agencia Van Dorn con una catástrofe natural.

—He tenido que ayudar a algunas personas a salir de los edificios.

—¿Estás seguro de que habías visto a ese hombre antes?

—No estoy seguro —Bell todavía no podía explicar de forma satisfactoria a su jefe el extraño e irreal recuerdo que conservaba del hombre de los ojos color ámbar y que creía que podía ser el provocador—. Sin embargo, estoy convencido de que me buscaba. Me atrajo a ese sótano.

—¿Te atrajo? —repitió Van Dorn—. «Atraer» es lo que los villanos de las novelas baratas hacen con las doncellas confiadas.

—Lo que quiero decir es que me siento como un idiota.

Van Dorn asintió con la cabeza.

—Creo que te vendría bien descansar.

—Sí, señor —convino Isaac.

En lugar de regresar a su habitación en el club Yale, Bell fue directo a visitar a un armero de la calle Cuarenta y tres del que Wish Clarke era cliente. El horario de servicio al público había terminado, pero el armero vivía encima de la tienda y el nombre de Wish le franqueó el paso.

Compró una Derringer de dos disparos, una diminuta de un solo disparo y un Colt Army para sustituir las armas que el hombre de los ojos color ámbar le había arrebatado. A continuación, le describió el revólver de su oponente.

—Era del calibre cuarenta y cinco. Yo habría dicho que era un Colt, pero no tenía mira delantera y el percutor era mucho más ancho que este —señaló, levantando la pistola—. Me preguntaba si conoce usted a un especialista que pudiera modificar un Colt de esa forma.

—La gente hace toda clase de cosas con los revólveres. ¿Se fijó en la placa superior del bastidor?

—Era plana, no biselada como esta. Y el percutor tenía un pequeño rizo muy elegante.

—¿La mira delantera estaba cortada o limada?

Bell meditó un momento.

—No. Parecía que hubiera una ranura donde se pudiera encajar una.

—¿Cuánto medía el cañón de largo?

—No tanto como para no poder sacarla con rapidez de la pistolera.

—¿Y tenía una ranura para la mira delantera? ¿Pudo ver el gatillo?

—No. Tenía el dedo encima.

—¿Qué tamaño tenía la culata?

—Deje que piense... El hombre tenía las manos grandes, pero pude ver la culata... Era más larga que la mayoría.

—Creo que se trata de una Bisley.

—¿La pistola de tiro?

—Sí; la parte superior plana es para colocar la resistencia aerodinámica trasera. Un arma extraordinaria. Muy precisa.

—Doy fe de ello.

Bell recordó lo cerca que habían estado de matarlo en Gleasonburg los dos disparos efectuados desde una gran distancia.

—Pero es más que una pistola de tiro —continuó el armero—. Es un arma excelente para combates cuerpo a cuerpo, con la culata larga y el percutor ancho.

—¿Tiene una?

—Tendría que encargarla especialmente.

—Envíela a la oficina de la agencia Van Dorn en el hotel Cadillac. Ellos me la remitirán.

Bell pagó las pistolas, se guardó la de un disparo en el bolsillo y enfundó el Colt Army en la pistolera que llevaba al hombro. Mientras metía la Derringer de dos disparos en la manga de la chaqueta, la sopesó inquisitivamente con la mano, dudando. ¿Había supuesto el provocador que tenía una Derringer en la manga? ¿O había sido lo bastante perspicaz para ver que la manga tenía una hechura especialmente ancha? ¿O se había fijado en todas las partes donde un hombre podía esconder una pistola?

—Querría otra de estas, por favor. Pero una más ligera, si la tiene.

—Tengo una auténtica preciosidad que hice yo mismo. Pesa la mitad que esa. Dispara un veintidós largo, pero tiene un impacto demoledor.

—Mejor así. Me la quedo.

El armero sacó una Derringer de dos disparos en miniatura con los cañones superpuestos.

—Siempre es un placer hacer una venta —comentó—. Pero se está quedando sin sitio donde guardarlas.

—¿Me recomienda un buen sombrerero?

El sombrerero trabajaba hasta tarde y se mostró encantado de complacer al armero, quien le proporcionaba clientes dispuestos a pagar a precio de oro artículos hechos a medida. A medianoche, Bell regresó corriendo al hotel Cadillac para leer los telegramas que habían llegado al telégrafo privado de la agencia.

Grady Forrer, quien no parecía dormir nunca, exclamó:

—¡Magnífico sombrero!

Bell lo saludó llevándose la mano al ala ancha del sombrero y buscó telegramas en su buzón.

No había recibido noticias de Weber y Fields, y solo podía suponer que estaban vigilando a los huelguistas que se dirigían a Pittsburgh o escondidos en una taberna; tomó nota mental de que debía ordenar a Archie que le informase por separado. Sin embargo, acababan de llegar dos telegramas desde Chicago, escritos con el austero estilo taquigráfico que el parco Van Dorn exigía.

Wish Clark informaba:

NO HA HABIDO SUERTE  
POSIBLE TRABAJO.

En otras palabras, Wish no encontraba a Laurence Rosania en ninguna de sus guaridas habituales para interrogarlo sobre qué colegas suyos experimentaban con explosivos moldeados, pero el detective había oído rumores en el submundo de Chicago según los cuales la rica viuda de un noble o la novia de un industrial estaba a punto de ser separada de las joyas guardadas en su caja fuerte.

Bell se irguió cuando leyó el segundo telegrama. Era de Claiborne Hancock, a quien Joseph van Dorn había convencido de que se prejubilara para dirigir el servicio de seguridad de la agencia.

HERMANA DE CLIENTE AQUÍ  
UN BOMBÓN.  
ENCANTADO DE PROTEGERLA TAMBIÉN.

«Un bombón» y «encantado de» eran cuatro palabras que sobraban, pero Hancock le había hecho un favor a Van Dorn y podía tomarse ciertas libertades.

Bell contestó:

HASTA QUE YO LLEGUE.

—Parece muy pagado de sí mismo —comentó James Congdon.

Henry Clay apuntó con precisión a *El beso* y lanzó su sombrero a través del despacho del juez.

—Tengo todo el derecho a estarlo —respondió exultante—. Nuestra guerra en las cuencas mineras está alcanzando el punto de ebullición.

—Por lo que he leído en los periódicos, estallaría igualmente sin sus caros esfuerzos por entrometerse.

Nada iba a impedir que Clay disfrutara de su victoria. Su fabuloso duelo con Isaac Bell había sido de lo más satisfactorio. Había engañado, desarmado y humillado al nuevo joven campeón de Joseph van Dorn. Mejor aún, el hecho de que Bell estuviera siguiendo a Mary Higgins demostraba que Clay había elegido su objetivo a la perfección. Bell, o, lo más probable, Van Dorn, sospechaba lo que Clay ya había descubierto por sus espías en el sindicato: que ella había hecho descarrilar un tren en Denver. Mary Higgins era una peligrosa radical porque era imaginativa y sumamente competente. Que Joe van Dorn intuyera sus capacidades hacía que los planes de Clay para la sindicalista fueran todavía más gratificantes.

—No crea nada de lo que aparece en los periódicos.

—Me prometió que ganaríamos la guerra en los periódicos —replicó Congdon.

—Ganaremos, se lo prometo. Los periódicos acabarán con los sindicatos cuando convenzan a sus lectores de que solo los patronos pueden detener a los agitadores sanguinarios.

—¿Cuándo, maldita sea? Se acerca el invierno y los mineros se han declarado en huelga. ¿A qué espera?

—A un suceso que sacuda los cimientos.

—Para sacudir los cimientos hace falta un terremoto.

—He reclutado un terremoto.

—¿Qué demonios está diciendo? Deje de jugar conmigo, Clay. ¿Qué clase de terremoto?

Henry Clay sonrió, confiando plenamente en la aprobación del juez James Congdon.

—Un bonito terremoto. De hecho —alardeó—, un terremoto precioso capaz de sacudir cualquier cimiento.

—¿Una mujer?

—Una bonita mujer con una gran idea, y que resulta ser más lista, más valiente y más dura que cualquier sindicalista del país. Su único punto débil es que está tan entregada a la «lucha justa» que no ve con claridad.

—Quiero conocerla —pidió Congdon.

—Se lo dije al principio —protestó Clay fríamente—, los detalles solo me atañen a mí.

—La táctica le atañe a usted. La estrategia me atañe a mí. Un terremoto entra en la categoría de estrategia. Quiero conocerla.

Isaac Bell pagó un recargo por el compartimento privado más grande del especial de Pensilvania y le dio al mozo una propina para que le sirviera las comidas en una bandeja. La hora de llegada prevista del tren a Chicago, que salió de la parte delantera del transbordador en Jersey City, era dentro de veinte horas, y el detective pretendía dedicar todo el tiempo que estuviera despierto a aprender a sacar la Derringer de su nuevo sombrero.

Observó su reflejo en el espejo de la puerta de su compartimento. Levantó las manos en el aire como si ya no tuviera su Colt, la pistola de su manga ni la del bolsillo. Moviéndose en cámara lenta, fue probando una serie de pasos para sacar la pistola del sombrero y amartillarla para disparar.

El especial atravesó Nueva Jersey como un rayo, hizo una breve parada en Filadelfia y llegó a Pensilvania a toda velocidad. Bell practicó desenfundando con manos y ojos de atleta, y dejó que su mente rumiara los pocos datos que conocía sobre el hombre de ojos color ámbar que lo había pillado por sorpresa y le había desarmado.

Resultaba extraño que tuvieran unas navajas casi idénticas, y que el hombre supiera que la de Bell estaba en su bota. Algunos las escondían detrás del cuello de la chaqueta y otros en la espalda.

También sabía dónde escondía su Derringer, que llevaba en la manga en lugar de en el cinturón o en la bota. Incluso había visto la pequeña Derringer de un solo disparo en el bolsillo de su chaqueta, un detalle en el que nadie reparaba.

¿Qué más sé de él?, pensó Bell.

Ya no dudaba que el recuerdo de haber sido golpeado y estado inconsciente era real, y no una alucinación provocada por el monóxido de carbono. Tampoco tenía dudas de que el provocador del yacimiento de carbón que le había disparado en Gleasonburg era el mismo hombre que le había quitado las armas y le había dado cien mil vueltas en Nueva York. Pero aparte de eso, tenía más preguntas que respuestas. ¿Por qué me siguió hasta Nueva York? ¿Cómo me encontró fuera de las Tumbas? ¿Me había seguido por Broadway mientras yo vigilaba a Mary?

El tren se encontraba a dos horas al oeste de Filadelfia, ascendiendo por las estribaciones de los montes Allegheny, cuando el alto y joven detective decidió que había coreografiado una serie de movimientos que le permitían sacar rápidamente la pistola usando las dos manos, una para el sombrero y la otra para la pistola. Ahora tenía que dominar la secuencia, lo que implicaba practicar, entrenar una, otra y otra vez más hasta que los pasos fueran automáticos. Hora tras hora. Día tras día. A partir de ese momento.

Se detuvieron en Altoona para cambiar de locomotora y enganchar el vagón

comedor. Bell bajó al andén y caminó con paso enérgico de una punta a otra del tren para desentumecer los brazos y las piernas. El aire frío resultaba agradable, pero estaba empezando a llover. Cuando la cuadrilla del parque ferroviario desenganchó la vieja Atlantic y enganchó una nueva 4-4-2, la lluvia chorreaba por los lados del convoy.

Subió a bordo cuando el especial volvía a rodar, pidió al mozo un sándwich y café, y regresó a su compartimento para practicar, sin apenas reparar en la lluvia que azotaba la ventanilla.

Ocho horas después de salir de Jersey City, el especial de Pensilvania redujo la velocidad a unos sosegados sesenta y cinco kilómetros por hora y los revisores empezaron a anunciar la parada de Pittsburgh. Bell se sentó en su compartimento y atacó ávidamente el sándwich que seguía intacto, acompañado de café frío. La noche y las nubes se habían cerrado. A través de la ventanilla reparó en dos puntos de fuego rojo. Apagó las luces para ver mejor en la oscuridad más allá de la vía.

Bajo la lluvia ardían hogueras que iluminaban los rostros macilentos arremolinados a su alrededor. El mozo entró para recoger la bandeja.

—Huelguistas —dijo simplemente.

—Es una noche desapacible para estar al raso —comentó Bell.

El mozo se sintió con libertad para decir:

—Pobres diablos. No tienen nada, ni tampoco adónde ir. El ejército no les deja entrar en Pittsburgh.

—¿Dónde están sus tiendas?

—Dicen que la policía las ha confiscado. Las sacaron de un tren y las metieron en un almacén.

Las hogueras desaparecieron en el perímetro urbano, y el especial llegó a Union Station.

Me conocía, pensó Bell. El provocador me conoce.

Isaac Bell vio a Wish Clarke esperándolo en el andén de Union Station, en Chicago. Tenía la cara roja, y sus ojos eran dos brillantes puntos azules prácticamente enterrados en la carne hinchada.

Bell se apeó de un salto antes de que el tren se detuviera por completo.

—¿Tenemos a Laurence Rosania?

—El principal perito de objetos robados de Chicago dice que el muy hijo de su madre está tan seguro de sí mismo que negocia las condiciones de joyas que ni siquiera ha robado aún.

—¿Cómo te has enterado de eso?

Bell estaba sinceramente impresionado.

Wish apestaba a destilería ya de buena mañana, pero ¿cuántos detectives podían sacarle una información tan valiosa a un perito?

—Me debe un favor —respondió Wish.

—Uno muy grande.

—Efectivamente. No le disparé cuando tenía todo el derecho, y él lo sabe. Además, estaba molesto porque un ladrón de joyas se hubiera atrevido a comparar precios con su principal competidor. Yo le recordé que el señor Rosania es único en su género, pero no estaba de humor.

—¿Te dijo lo que planea robar Rosania?

—Un collar compuesto de un diamante rosa con forma de corazón de quince quilates en una sarta de gemas de dos quilates.

—Eso reduce la búsqueda a gente muy rica.

—Nadie ha dicho nunca que Rosania no apueste fuerte. En cualquier caso, vigilarémos al perito y a su competidor, y cuando nuestro ladrón de cajas fuertes aparezca con el botín, lo atraparemos.

—¿Cuándo?

—Pronto, según el perito.

—No —repuso Bell—. No tenemos tiempo para esperarlo sentados.

—Unos pocos días.

—¿Y si Rosania decide esconderse temporalmente, actuar con inteligencia y esperar a que todo se calme antes de visitarlos? Podría tardar semanas, y nosotros no tenemos tanto tiempo.

—Si tienes una idea mejor, soy todo oídos. —Wish Clarke esperó un momento y añadió—: ¿Se te ocurre alguna?

—Envía un telegrama a Grady Forrer en la oficina de Nueva York.

—¿Quién es ese?

—El tipo nuevo del que te hablé, al que el señor Van Dorn ha nombrado jefe del departamento de investigación.

—¿Departamento de investigación? ¿Cuándo ha sido eso?

—Hará cosa de un mes. —Wish se quedó perplejo, y Bell recordó a Van Dorn diciendo: «Sabe Dios dónde está Wish Clarke»—. El jefe no para. Siempre está introduciendo novedades.

—¿Cuál será la próxima modernidad que se le ocurra? —Wish fingió estar asombrado—. Está bien. ¿Y qué le digo a ese tal Furrier?

—Forrer. Grady Forrer. Es muy perspicaz. Mira a ver qué tiene en sus archivos de recortes sobre ciudadanos destacados de Chicago que hayan ido a comprar joyas a Nueva York.

—En el periódico no van a publicar que la señora Cuello Gordo ha comprado un collar con un diamante rosa.

—Hay que leer entre líneas, sobre todo en las secciones de sociedad. Podemos encontrar compradores de Chicago en Nueva York relacionándolos con los próximos bailes en Chicago y adelantarnos a los planes del señor Rosania.

—¿E interrumpirlo en pleno trabajito?

—Yo preferiría atraparlo cuando salga.

—Buen plan, Isaac: dos pájaros de un tiro.

—Ponlo de humor para que hable.

—Una idea muy moderna, hacer que el señor Forrer se mantenga al tanto de los ecos de sociedad. Mientras tanto yo, que estoy chapado a la antigua, visitaré el club social de Black y el local de Little.

—¿Con qué fin? —preguntó Bell con recelo. Sabía que ambos eran tabernas.

—Allí está el local de Little. —Wish señaló con la cabeza un bar intensamente iluminado en la esquina, mientras salían de la estación—. El de Black está a un tiro de piedra de la parada de LaSalle Street, adonde llega el Twentieth Century.

—¿Y qué?

—Cuando sus trenes llegan de Nueva York y es la hora de marcharse, los mensajeros urgentes del especial de Pensilvania se van pitando al local de Little, y los chicos del semidirecto Twentieth Century se toman un trago en el de Black. ¿No crees que esos agentes armados que protegen objetos de valor podrían recordar qué pasajeros que volvían de Nueva York guardaron joyas en las cajas fuertes de sus vagones?

Isaac Bell reconoció que la táctica de Wish era más inteligente.

—No pierdas el tiempo castigándote, hijo. Tú has pensado en atrapar al ladrón con las manos en la masa. A mí simplemente se me ha ocurrido una forma más curiosa de adelantarnos.

Bell sonrió a su viejo compañero.

—Siempre le digo al señor Van Dorn que eres el detective más listo de la agencia.

—Debe de estar encantado de oírlo.

—¡Un momento, señor!



Dos hombres corpulentos le cerraron el paso en la sede del sindicato de mineros, que se encontraba en una calle llena de tabernas del barrio de First Ward. En las pianolas que había a cada lado sonaba música *Ragtime*. Los mineros habían instalado persianas metálicas en las ventanas y un tirador en el tejado.

—Hola, Mike. Terry. ¿Qué tal estáis?

Los agentes de los servicios de seguridad Van Dorn lo miraron con detenimiento.

—¡Isaac! No te veía desde que eras un aprendiz.

Mike Flannery y Terry Fein, un par de atractivos matones, eran unos magníficos detectives residentes del hotel Palmer House, pero carecían de las dotes intelectuales requeridas para ser un investigador.

—El bigote me ha confundido —reconoció Mike.

—Muy favorecedor —añadió Terry—. A las mujeres les va a encantar.

—Esperemos que tengas razón. ¿Está Mary Higgins dentro con su hermano?

—Apareció ayer. —Terry le guiñó el ojo mientras le acompañaba al salón principal—. Es increíble la cantidad de sindicalistas que de repente tienen asuntos urgentes que tratar con su hermano desde que ella ha llegado.

—¿Está bien?

—¡Pues claro que estoy bien! —respondió Mary, entrando imponente en el salón.

Se estaba abotonando una chaqueta por encima de la blusa y la falda acampanada. Un sencillo sombrero rojo, sin cintas ni plumas, se sujetaba con alfileres a la parte de su cabello recogido en la coronilla. El resto, de un negro brillante, le caía hasta los hombros. Sus ojos eran grises e insondables como un cielo invernal.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Isaac no podía decir: «Porque desapareciste en medio de un disturbio mientras yo te espiaba, siguiendo órdenes del señor Van Dorn, que cree que estás tramando algo». Ni tampoco podía soltarle delante de su hermano y los chicos de seguridad: «Eres todavía más hermosa de lo que recordaba».

—Me alegro de volver a verte —dijo—. A ti también, Jim.

Jim Higgins le estrechó la mano.

—Bienvenido a Chicago —saludó cordialmente.

Mary no le ofreció la mano, y su sonrisa fue distante como un saludo con la cabeza a un simple conocido visto al otro lado de una concurrida estación de ferrocarril.

—Voy a salir, hermano. Me alegro de verte, Isaac.

—Espero volver a verte.

—¿Cuánto vas a estar en Chicago?

—Es difícil de saber.

—A mí me pasa lo mismo.

La joven salió majestuosamente por la puerta y se marchó.

—¿Quién la está vigilando? —preguntó a Mike y Terry.

—Nadie.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No nos deja.

—Pero si Jim está en peligro, sin duda su hermana también lo está.

—Ya hemos tenido esa discusión —dijo Jim Higgins.

—Y la hemos perdido —añadieron a coro los agentes de seguridad.

—No te preocupes, Isaac. Voy a llevarla a Pittsburgh. Los chicos me vigilan, y no nos separaremos.

Henry Clay se aseguró de que ningún detective de Van Dorn lo había seguido hasta Haldsted Street antes de entrar detrás de Mary Higgins en un cine con una larga y estrecha fachada reformada. Una pianola de monedas sonaba en un rincón, y el público aclamaba la comedia que se estaba proyectando, *Appointment by Telephone*, en la que una pareja que bebía champán mientras comía era observada a través de la ventana del restaurante por la esposa del hombre.

Localizó a Mary en la última fila, donde le había pedido que se sentara. Su corazón le sorprendió dando un vuelco cuando la luz proyectada saltó de la pantalla al hermoso rostro de la joven. Ella era la única persona del cine que no se reía.

Antes de que pudiera alcanzarla, un hombre se levantó y se movió varios asientos para sentarse a su lado. Sospechó que podía ser uno de esos aprovechados que acosaban a las mujeres que se sentaban solas en el cine, así que corrió al asiento contiguo al de él. Había acertado. El hombre había puesto la mano en la pierna de Mary. Ella la apartó de un manotazo.

—No te hagas la estrecha —susurró el tipo.

Clay le cogió la mano con su mano derecha, le tapó la boca con la izquierda para amortiguar su grito y le rompió un dedo.

—Lárgate sin hacer ruido —le dijo al oído—. Si te oigo chistar o te vuelvo a ver, te romperé los otros nueve.

El acosador se marchó dando traspies y gimiendo, y Clay se sentó en el asiento que había dejado libre. Las risas ruidosas y la pianola les permitieron hablar en voz baja sin miedo a que los oyesen.

—He conseguido cincuenta gabarras y un par de remolcadores.

Nada en su actitud hacía pensar que hubiera visto lo que le había hecho a aquel tipo, y Clay no sabía si era porque lo había hecho muy bien o porque a ella le daba igual. La joven respondió con seriedad.

—¿De dónde ha salido el dinero, señor Claggart? Cincuenta gabarras y dos remolcadores deben de costar una fortuna.

—Ahora mismo las gabarras vacías se venden baratas. Como las empresas temen que la huelga reduzca la producción, Pittsburgh está inundada de gabarras vacías.

—Aun así, cincuenta gabarras y los servicios de dos barcos de vapor deben de costar dinero.

—¿No lee los periódicos?

—¿A qué se refiere?

—Ha habido un montón de robos de bancos y de nóminas en la zona de Chicago, hacia Evanston y Cicero y hasta Hammond y Gary.

—¿Qué tienen que ver esos atracos con la huelga del carbón?

—No todos los ladrones de bancos se dedican a robar en beneficio propio — contestó Clay—. Algunos apoyan buenas causas.

La idea de que unos sindicalistas radicales recaudasen dinero robando bancos parecía plausible, pensó él, y por muchos escrúpulos que ella tuviera, si es que tenía alguno, no serían nada comparados con los que le provocarían financiar su brillante plan de las gabarras con el dinero del juez James Congdon obtenido en Wall Street.

La miró para ver cómo reaccionaba a la mentira.

Ella seguía con la vista fija al frente, hacia la película proyectada en la pantalla. La esposa entró airada en el restaurante. La vajilla salió volando. Las mesas volcaron. La mujer despreciada sacó una fusta de alguna parte y empezó a agitarla, y el público rugió mientras perseguía a su marido y a su novia por el restaurante. Henry Clay se regaló la vista con el cautivador perfil de Mary, esperando, pensando: Tiene que reírse. No está hecha de piedra.

Mary Higgins había estado preocupada por el dinero desde el principio. Parecía que Claggart tuviera recursos ilimitados para todas sus necesidades, pero a ella le costaba creer que los ladrones de bancos, que habían inspirado toda clase de reportajes morbosos en los periódicos, fueran más nobles que los criminales corrientes, excepción hecha de los ladrones más habilidosos que habían cometido suficientes robos con éxito como para despertar tanta atención. Con la guerra hispano-estadounidense fuera de los titulares desde hacía mucho tiempo, y la reticencia de muchos periódicos a dar crédito a la huelga de los mineros escribiendo sobre ella, probablemente los directores de los tabloides estarían desesperados.

Pero nada de eso garantizaba que los ladrones estuvieran apoyando la huelga.

Se sentía así desde que conoció a Claggart en Nueva York. No se fiaba del todo de ese hombre. A pesar de su palabrería radical, la motivación que subyacía bajo sus actos era un misterio. Sin embargo, ella no había pensado detenidamente cuánto dinero costaría bloquear el río, y no tenía más remedio que seguir el viejo refrán: «A caballo regalado, no le mires el dentado». ¿Y si era una trampa de la patronal? Lo que no se le ocurría era qué clase de trampa podía ser.

Lo único que sabía con certeza era que se había unido con alguien de quien no sabía nada. Había visto a un hombre de acción que la había salvado de la policía, y ahora acababa de observar una vena cruel en la brutalidad con la que había tratado al aprovechado, quien se lo pensaría dos veces antes de molestar a otras mujeres. Tenía que admitir que la reacción de Claggart podía haber estado provocada por el hecho de

que se estuviera enamorando de ella.

Se preguntaba qué pensaría y qué haría si la policía detuviera a los ladrones de bancos. Si resultaran ser delincuentes comunes, el señor Claggart tendría muchas cosas que explicar. Hasta entonces, decidió mantener la calma y vigilarlo de cerca.

Isaac Bell encontró a Wish Clarke borracho en el local de Little. Lo sacó de la taberna, lo metió en un carruaje y le dio al cochero una cuantiosa propina de cinco dólares para que lo llevara al económico hotel situado a la vuelta de la esquina del Palmer House, donde la agencia Van Dorn tenía su sede en Chicago.

Wish lo agarró del brazo cuando Bell trataba de cerrar la portezuela.

—No hay *goyas dignas* de mención a bordo del *especial* de Pensilvania.

—Consultaré a los mensajeros del Twentieth Century en el club de Black.

—*Siendo* haberte fallado, Isaac. De vez en *quando* me pasa *fagdura*.

Arrastraba las letras, como si se le quedaran enganchadas en la boca.

—Prométeme una cosa, Aloysius.

—Lo *gue* sea.

—Vete directo a la cama. Te necesitaré por la mañana.

El cochero agitó las riendas, y el carruaje se alejó traqueteando.

Bell corrió detrás de Clarke, pasó por encima del parque ferroviario de Harrison Street, y esperó a que pasara una goleta de mástil alto para poder cruzar el brazo sur del río Chicago por un antiguo puente levadizo de hierro forjado. El puente tardó mucho tiempo en bajar chirriando, y recordó que cuando estaba de aprendiz en Chicago, los ciudadanos habían protestado para que lo cambiaran por un moderno puente basculante. Al parecer, los corruptos concejales de Chicago no pudieron ponerse de acuerdo sobre quién haría el trabajo y quién lo pagaría.

El club social de Black, al igual que el local de Little, era más distinguido que una taberna de obreros corriente, al encontrarse cerca de la estación terminal de la línea central de Nueva York. Las bebidas no eran baratas, y el aperitivo de cortesía era proporcionalmente abundante, servido por un chef vestido de blanco que presidía la más reciente innovación: una mesa de acero inoxidable que mantenía los alimentos calientes con vapor. Los clientes eran hombres de negocios, oficinistas y viajeros ataviados con trajes y chalecos, cadenas de reloj y diversos adornos para la cabeza y el cuello.

Los mensajeros urgentes eran fáciles de localizar si uno sabía lo que buscaba. Aunque vestidos como el resto de la clientela, poseían la mirada fija de los hombres que se dedicaban a una profesión con una alta tasa de mortalidad. Protegían oro, dinero, títulos al portador y joyas guardadas en sus vagones reforzados, y tropezaban rutinariamente con ladrones enmascarados cuyos métodos de ataque iban del descarrilamiento de trenes a la voladura de vagones con dinamita y la ejecución a tiros de los supervivientes. Ellos eran famosos por devolver los tiros.

Como todos los empleados de Van Dorn, Bell a menudo viajaba gratis en sus vagones expresos, porque a los mensajeros les gustaba ir acompañados de detectives armados que dominaban su oficio. Saludó a algunos que conocía, los invitó a unas copas y averiguó quién trabajaba actualmente en el semidirecto Twentieth Century, el

tren de la línea central de Nueva York que más probabilidades tenía de llevar pasajeros de los que podían permitirse diamantes de quince quilates.

Llevaba varias horas en el establecimiento cuando entró Wish, vestido con un traje limpio, y fue directo a la cafetera que había sobre la mesa de las comidas. Se bebió una taza de café solo, se sirvió otra y se reunió con Bell.

—¿Cómo te va?

—El Twentieth Century tiene cinco convoyes —le informó Bell, en alusión a los cinco trenes separados que llevaba el Twentieth Century para atender la demanda—. He encontrado a los mensajeros de cuatro de ellos, pero no ha habido suerte. El quinto llegará en cualquier momento. ¿Cómo te va a ti?

—Estupendamente. —Wish observó la atestada taberna con los ojos entornados. Se balanceaba ligeramente, pero por lo demás parecía indestructible—. Por ahí entra tu hombre: Ben Lent. He viajado con él. Es legal.

Ben Lent era bajo y de constitución fuerte. Las cicatrices de sus mejillas parecían más de balas que de puños. Saludó efusivamente al detective, le tomó el pelo por la taza de café diciendo: «Ahí debería haber un vaso», y saludó a Bell con un apretón de manos. Con Lent, que acababa de apearse del último tren del día, les tocó el premio gordo. Le describieron el collar que supuestamente pretendía robar Laurence Rosania.

—La señora Stambaugh.

Bell y Clarke se cruzaron una mirada.

—¿La señora Stambaugh?

—La misma. Todavía está de muy buen ver, lo confieso. Se presentó en persona en el vagón para pedirme que lo vigilara especialmente.

Wish sonrió a Isaac.

—Dudo que tu amigo Furrier, el de los ecos de sociedad, hubiera dado con la señora Stambaugh.

No podía estar más de acuerdo. La expedición a Nueva York de dama para comprar joyas no aparecería en los ecos de sociedad de ninguna de las dos ciudades. Ella podía permitirse sin problemas el caro collar que atraía a Rosania, pero no había heredado ni había ganado su vasta fortuna de la forma convencional, ya que durante cuarenta años Rose Stambaugh había sido la admiradísima propietaria del mejor burdel de Chicago.

—Debe de ser todo un collar para que Rosania se arriesgue a que lo linchen si lo atrapan —dijo Wish—. Todo el mundo adora a la señora Stambaugh: policías, jueces, políticos, hasta el cardenal. Acuérdate, Isaac. Una vez te llevé a conocerla.

—Por supuesto.

Bell recordaba a una rubia menuda de edad indeterminada con una figura de reloj de arena, una sonrisa cautivadora y un brillo cordial en sus ardientes ojos azules.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó a Lent.

—La semana pasada.

—Mañana por la noche hay un baile benéfico para los chicos de la prensa en el Palmer House. ¿Crees que los puritanos la dejarán asistir?

—Desde que se ha jubilado, aceptan su dinero en cualquier parte.

—¿Todavía vive en Dearborn?

—Se ha mudado a una mansión en North Shore.

Los dos detectives alquilaron un pequeño coche eléctrico Baker y encontraron la nueva mansión de Stambaugh justo cuando anocheaba. Era enorme, cercada con hierro forjado en tres de sus lados y abierta al lago Michigan en el cuarto. Una luz dorada salía a raudales de numerosas ventanas, y el viento que soplaba del lago arrastraba notas musicales. Aparcaron el Baker en la parte más oscura de la calle, en un espacio entre un vehículo de vapor Aultman Steamer y un largo Apperson Tonneau de cinco plazas, y espionaron desde las sombras de la capota de cuero. Cada media hora, uno de los dos daba un paseo por el vecindario.

Un policía se acercó y se asomó al coche.

—Detectives de Van Dorn —le dijo Wish, y le pasó disimuladamente tres dólares.

Pasaron calesas con ruido de cascos de caballo, y de vez en cuando un imponente carruaje aparecía detrás de un tiro de cuatro animales. Otro policía se detuvo y se asomó al vehículo. Wish le dio otros tres dólares. Se acercaron más carruajes y se detuvieron en otras casas de la calle donde se celebraban fiestas. Wish expresó su temor a que Rose Stambaugh decidiera lucir su nuevo collar para hacer de anfitriona de la fiesta, pero a juzgar por el Aultman y el Apperson, Bell le aseguró que la reunión de esa noche no era lo bastante importante para merecer tal exhibición y que estaría guardado en su caja fuerte, esperando a Rosania.

—Lo reservará para el Palmer House.

Vino un tercer policía y Wish le entregó tres dólares. Empezó a preocuparle que los buscadores de sobornos espantasen a Rosania. Cuando apareció un cuarto poco después, Bell dijo:

—Yo me ocupo de este.

Se metió la mano en el bolsillo y salió del Baker.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el policía.

Era un hombre alto de mejillas caídas y unos bigotes de foca que le colgaban como un adorno de Navidad en una cara malhumorada.

—Una moneda de oro de veinte dólares —respondió el detective, mostrándola—. ¿Cómo se llama?

—Muldoon —mintió el agente.

—Quédese con diez, Muldoon. Comparta el resto con los muchachos y ahórreles el viaje.

Sujetó la moneda hasta que el policía asintió con la cabeza, acordando que después de él no vendría nadie más, y se marchó.

La música terminó a medianoche. Los músicos salieron en fila por la entrada de servicio de Stambaugh. Tres hombres con esmoquin cruzaron el portón principal, riéndose, y se metieron apretujados en el Apperson. Una pareja abandonó la mansión cogida de la mano, provocó una nube de vapor con el Aultman y se marchó. Las luces empezaron a apagarse.

—Esto parece una redada —murmuró Wish.

—Voy a echar otro vistazo.

Bell se aseguró de que no venía nadie y bajó del Baker. Se estaba levantando un viento fresco que arrastraba un sonido que el detective tardó en identificar, al no tratarse de ningún ruido que asociara con una calle de ciudad. Rodeó a toda velocidad la verja y observó el lago, donde todo estaba a oscuras salvo unas luces de navegación y unas balizas. Volvió corriendo al coche.

Wish lo vio venir y se bajó del vehículo.

—Ha venido en barco. He oído las velas agitándose.

Doblaron la esquina de la valla y corrieron a lo largo de la cerca hasta el agua. La mansión tenía un muelle, y Bell vio una pequeña balandra amarrada a él con el mástil al descubierto.

—Ha recogido las velas. Está en la casa.

—Ese hijo de su madre es rápido —dijo Wish—. Mientras la mayoría de los ladrones de cajas fuertes todavía estarían armándose de valor, él ya habrá entrado y salido.

Treparon la valla y encontraron un lugar en los arbustos desde el que podrían vigilar tanto la casa como el barco. Pasaron treinta minutos y Bell empezó a inquietarse.

—Vigila la puerta principal por si sale a pie.

Wish corrió a la calle mientras él seguía observando.

Momentos más tarde, una sombra apareció en una ventana del segundo piso y descendió por el muro trasero de la mansión.

Colocando una mano detrás de otra, Laurence Rosania bajó por una cañería con la agilidad de una araña. Se agachó, cruzó el césped y subió al muelle, donde se arrodilló para desamarrar la bolina del pequeño velero. De repente se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la cubierta delantera, donde había bajado el trinquete. La vela no estaba.

Antes de que el ladrón de cajas fuertes pudiera levantarse, la oscuridad lo envolvió. Una lona húmeda y mohosa le tapó la cabeza, le rodeó brazos y piernas, y lo inmovilizó. Cuando quiso darse cuenta, un hombre muy fuerte lo levantaba y se lo llevaba a alguna parte.

A pesar de los quince años que había vivido en Nueva York, Henry Clay todavía mantenía unas profundas raíces en Chicago. Amigo de policías corruptos y mafiosos



que habían ascendido de categoría, y generoso con el dinero del juez Congdon, había vigilado a Isaac Bell desde que el favorito de Joe van Dorn se había bajado del tren en la estación. Los hombres curtidos que trabajaban para él intuyeron problemas en el formidable Wish Clarke y actuaron con la debida precaución. De momento, al menos, ninguno de los dos detectives de Van Dorn los había visto.

Clay esperaba que Bell visitara la sede del sindicato de Jim Higgins, aunque solo fuera para tener un pretexto para ver a Mary. Por eso, la noticia de que Clarke y Bell invitaban a beber a los mensajeros de los vagones expresos era un enigma. Se sabía que los ladrones de trenes utilizaban esa táctica, pero los motivos de los detectives no estaban tan claros.

Había pagado a un avisado policía de paisano para que fisgoneara por el local de Little, donde Wish Clarke pasaba gran parte del día. El agente engatusó a un mensajero, que le reveló que el detective había estado preguntando por compras de joyas en Nueva York. Clay se devanó los sesos.

¿Qué demonios...? ¿Los detectives de Van Dorn querían robar joyas? Por supuesto que no. Era ridículo. ¿Estaban localizando contrabando? Tampoco. La aduana de Estados Unidos tenía sus propios investigadores, y además Isaac Bell todavía estaba trabajando en el caso de la cuenca minera.

Siguió reflexionando sobre la conexión con las joyas cuando uno de los hombres a los que había hecho seguir a Bell y Clarke le informó de que estos habían ido en automóvil por North Shore y habían aparcado delante de la nueva mansión de Rose Stambaugh. Un momento más tarde cayó en la cuenta: Newport. Los detectives de Van Dorn eran todavía más perspicaces de lo que él creía, y de pronto corría el riesgo de ser desenmascarado.

Llamó al policía de rango más elevado que tenía a su servicio.

Libre de la vela que lo envolvía, Laurence Rosania recuperó con rapidez el equilibrio, se limpió el esmoquin con la mano y se alisó el cuello. Echó un vistazo a la habitación sin ventanas a la que Bell y Wish Clarke lo habían llevado y llegó a la conclusión de que no había forma de escapar hasta que estuvieran dispuestos a liberarlo. Que los detectives de Van Dorn quisieran algo de él era una noticia fantástica, y tenía muchas esperanzas de salir del aprieto sin ir a la cárcel. El hecho de que Wish Clarke fuera uno de ellos significaba que lo tratarían con justicia mientras no cometiera el error de subestimar su inteligencia. El atractivo joven que lo acompañaba le explicó que querían que se comportara como un caballero, y pronto los tres se estaban tuteando.

—Gracias por aclararlo, Isaac. Y gracias a ti, Aloysius. Siempre es un placer tropezar contigo. A ver, este es el trato tal como yo lo veo. Yo os digo lo que queréis saber, y vosotros me soltáis.

—No —repuso Bell—. Tú nos dices lo que queremos saber. Nosotros devolvemos lo que tienes en los bolsillos a la señora a la que le pertenece, y te soltamos.

—O tú no nos dices lo que queremos saber —apostilló Clarke—, nosotros devolvemos lo que tienes en los bolsillos a la señora a la que le pertenece y te entregamos a la policía. Tómate tu tiempo para pensarlo.

—Ya he tomado una decisión. ¿Qué queréis saber?

—Los nombres de todas las personas que sepas que están experimentando con cargas moldeadas.

Los ojos marrón oscuro de Rosania se abrieron mucho.

—¿Me estáis pidiendo que traicione a todos los ladrones que sé que están experimentando con cargas moldeadas?

—No pueden ser tantos —dijo Wish.

—Es un club bastante exclusivo —reconoció Rosania—. Y el número de miembros se ha reducido drásticamente por culpa de los experimentos que han salido mal. De hecho, lo creáis o no, yo soy el último que queda. Las cargas huecas son más complicadas de lo que cualquiera imaginaba.

La cara de Isaac Bell adoptó una expresión glacial.

—Laurence, estás poniendo a prueba nuestra paciencia.

—Y confiando en nuestra infundada bondad —añadió Wish.

—¿Y si os digo lo que queréis saber, me quedo con la mitad del contenido de mis bolsillos, os doy la otra mitad y nos vamos cada uno por nuestro lado?

Bell tiró de la gruesa cadena de oro que colgaba a través de su chaleco y sacó su reloj.

—Diez segundos.

—Si insistes, puedo daros los nombres de dos ladrones de cajas fuertes que no

solo han sobrevivido, sino que trabajan bastante bien.

Dijo sus nombres.

Bell miró a Wish, que negó con la cabeza.

—Esos tipos son como tú, Laurence, profesionales que disfrutan con su trabajo y que no están dispuestos a tomarse la molestia de destruir minas de carbón.

—¿Minas de carbón? —repitió Rosania—. ¿Qué estás insinuando?

—Todos —insistió el detective—. No solo ladrones. Todos los que están experimentando con explosivos moldeados.

Por primera vez desde que habían detenido a Rosania, el ladrón de joyas puso cara de preocupación.

—¿Cómo voy a conocer a los que no son ladrones?

—Por tu bien, más te vale.

—No os va a gustar mi respuesta.

Wish indicó con la cabeza a Bell que le tocaba ponerse desagradable.

—En ese caso, no te va a gustar nuestra reacción.

—No, hablo en serio. Puedo deciros algo sobre él, pero no puedo deciros cómo se llama porque no lo sé.

—Dinos lo que sabes.

—Es un tipo grandullón: como tú de alto, y más ancho que Wish. Muy inteligente, y muy ligero de pies y manos. Habla como si fuera de Chicago, pero nunca lo he visto por aquí, así que creo que debe de ser un poco mayor que yo y que se marchó de la ciudad antes de que me dedicase a esta profesión. Lleva un sombrero flexible que le tapa la cabeza y se lo cala hasta los ojos. No tiene barba, y el poco pelo que se le ve debajo del sombrero es castaño.

De momento, pensó Bell, Rosania podía estar describiendo al hombre con el que se había enfrentado en las Tumbas y al que había perseguido por el metro.

—¿De qué color tiene los ojos?

—Es difícil saberlo, había poca luz.

—Normalmente eres más observador, porque sabes que un ladrón despierto es un ladrón libre —dijo Wish—. La luz escasa te habría movido a redoblar tus esfuerzos para ver sus ojos.

—Olvidas que quería aprender a localizar los mejores puntos para hacer agujeros en cajas fuertes, no a identificar extraños.

—¿Azules?

—No, no son azules. De un tono marrón.

—¿Color ámbar?

—El ámbar es un color poco común —reconoció—, pero podrían ser de color ámbar.

—¿Cómo sabes que no es un ladrón? —preguntó Wish.

—Buena pregunta. Hay algo en él más propio de un policía.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Es difícil de decir. Cierta aire autoritario, como vosotros, caballeros. Quiero decir que podríais hacerlos pasar por policías.

—¿En qué sentido?

—No quiero que me malinterpretéis, pero me vienen a la mente palabras como persuasivo, seguro, soberbio, fanfarrón y arrogante.

—Estoy haciendo esfuerzos por no malinterpretarte —dijo Clarke.

—¿Estás diciendo que ha venido hasta Chicago para estudiar los explosivos moldeados?

—No, no, no. Yo no he dicho eso. Lo conocí en Newport.

—¿En Rhode Island, Virginia o California? —preguntó Wish.

—En Rhode Island —murmuró Bell—. En Torpedo Station.

—¿Dónde si no? El tipo del que hablo estaba invitando a copas en el bar de al lado, igual que yo. Los dos acabamos hablando con el mismo científico especializado en torpedos, uno de esos grandes cerebros que solo saben de una cosa. De los tres, él era el único que no sabía por qué le hacíamos tantas preguntas. Menos mal que no éramos espías extranjeros.

—¿Estás seguro de que el otro tipo no era un espía?

—Era un ladrón de cajas fuertes de los pies a la cabeza. Hacía las preguntas adecuadas. De hecho, se me pasó por la cabeza intercambiar con él nuestras tarjetas de visita y asociarnos para un trabajo gordo.

—Pero antes has dicho que no era un ladrón.

—¿De verdad? Supongo que lo que quiero decir es que hizo todas las preguntas que haría un ladrón de cajas fuertes, pero se comportaba más como un policía.

—Un policía con los ojos color ámbar.

—Es posible que fueran de color ámbar. Es muy posible que fuera policía.

—¿Iba armado? —preguntó Bell.

—¡Ya lo creo, hermano! Llevaba un revólver grande en la chaqueta, y cuando daba con la muñeca contra la mesa, sonaba como si tuviera un cañón en la manga.

—¿Y navajas?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad.

—Tenía una en la bota.

—¿Cómo la viste? —quiso saber Clarke.

—La usó para cortar un puro que le dio a Wheeler.

—¿Quién es Wheeler?

—El gran cerebro. Y por cierto, su arsenal fue otro de los motivos por los que me figuré que no era un ladrón. Ningún ladrón que se precie lleva armas. Él iba armado como dos.

Isaac Bell cruzó una mirada con Wish Clarke, quien parecía estar de acuerdo en que ya tenían toda la información que podían conseguir.

—Gracias, señor Rosania. Ha sido usted muy amable.

—Un placer. Y ahora les deseo buenas noches, caballeros.

Rosania se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo bruscamente al oír que los dos detectives amartillaban unas armas de fuego.

—No te olvides de vaciar los bolsillos.

—¿Parecemos policías? —preguntó Wish mientras salían de la mansión Stambaugh, después de devolver el collar de la señora y ser obsequiados con unas copas de coñac de cuarenta años, memorables abrazos y una invitación a volver cualquier día que estuvieran en el barrio.

Bell permaneció en silencio durante todo el trayecto hasta Chicago, mientras su compañero conducía. Devolvieron el automóvil al garaje donde lo habían alquilado y caminaron hasta el club social de Black para tomar un desayuno nocturno.

—¿Alguna vez te has hecho pasar por policía? —quiso saber Bell, consciente de que las normas de Van Dorn lo prohibían.

Wish se encogió de hombros.

—Solo cuando era necesario.

—¿Cuál es el secreto?

—Como ha dicho el ladrón de cajas fuertes, actuar de manera arrogante, fanfarrona y soberbia.

—¿Te costó?

El veterano detective sonrió.

—¿Sería presuntuoso si dijera que la arrogancia no me sale con naturalidad?

—Aparte de eso, ¿hiciste de ti mismo?

—Me concentré en la soberbia. Cualquier policía, bueno, malo o regular, tiene que ser soberbio para que lo tomen en serio.

—Como nosotros.

—Menos cuando nos disfrazamos de alguien con un perfil más bajo que un policía.

—Un detective.

—¿Cómo?

—Diez a uno a que nuestro provocador es un detective privado.

—¿Por qué no un policía?

—¿Qué policía podría trabajar en Gleasonburg, Nueva York y Chicago con solo unos días de diferencia? Los policías no pueden viajar. Están encerrados en su jurisdicción. Pero nosotros podemos ir a cualquier parte del país. Por eso Joe van Dorn está abriendo sucursales de la agencia. Los policías no pueden moverse de su territorio. Nosotros sí, y ese tipo también. Es un detective privado.

Wish Clarke asintió pensativamente con la cabeza.

—No paro de decirte que le estás cogiendo el tranquilo al trabajo de investigación, y tú no paras de demostrarme que tengo razón, hijo. Sin duda podría ser un detective. De hecho, apuesto a que lo es.

—¿Te has fijado en que tenemos tres tipos pisándonos los talones? —preguntó Bell.

—Si te refieres al caballero bajo, el gordo y el alto con bombines, se pegaron a nosotros donde dejamos el automóvil.

—El feo bajo es el que andaba en el club de Black.

Enfilaron el puente levadizo de Harrison Street. Wish fingió que admiraba la compleja obra de hierro de las torres elevadoras y miró atrás.

—El feo gordo era el que estaba atracándose de comida en el local de Little.

—¿Por casualidad tienes tu rifle en el bolso?

—Arriba del todo.

—¿Qué tal si te paras a atarte los cordones?

Wish se arrodilló y abrió su bolso de viaje.

—Ponte un pelín detrás de mí, Isaac. Los tiros se desvían mucho.

—Policías —advirtió Bell.

Tres agentes con chaquetas azules y altos cascos se acercaban por detrás de los hombres que los seguían. El más alto tenía un bigote rizado en la puntas.

Wish Clarke había trabajado lo suficiente en Chicago para preguntar:

—¿De qué grupo?

—El de en medio es el agente Muldoon. Parece que antes estaban trabajando por su cuenta.

—Y terminan el trabajo aquí.

Wish contó a los presentes.

—Ellos son seis y nosotros dos. Tenemos que hacer un par de jugadas triples. ¿O acaso oigo a Harry O'Hagan galopando en nuestro auxilio?

La respuesta vino en forma de un estampido de cascos con herraduras de hierro, y no era el famoso primera base, sino dos gigantescos caballos que doblaban la esquina en el lado opuesto del puente arrastrando un furgón policial.

Los hombres con bombines siguieron a Isaac Bell y Wish Clarke hasta el puente. Moviéndose al unísono como un equipo de entrenamiento militar, sacaron sus navajas automáticas y abrieron las hojas con un chasquido simultáneo que los detectives oyeron a seis metros de distancia.

Los policías a las órdenes de Muldoon se detuvieron bajo las torres elevadoras y bloquearon ese lado del puente.

El cochero del furgón policial atravesó sus caballos en Harrison Street y cerró el otro lado con una barricada.

Wish dejó su rifle en el bolso.

—Parece que las fuerzas del orden han venido a contemplar una reyerta con navajas.

—Observadores neutrales —dijo Bell.

—A menos que nosotros saquemos armas de fuego.

—En ese caso, los policías nos dispararán.

—¿Qué tal andamos de navajas?

—Yo llevo una pequeña en la bota.

—Yo usaría eso como último recurso —Wish hurgó en su bolso—. Mira aquí. ¿Quieres un cuchillo de monte?

Desenvainó una hoja de treinta centímetros, afilada por los dos lados, de una delicada funda de cuero grabada.

—¿Cuántos tienes?

—Solo este. ¿Lanzamos una moneda?

—Quédatelo. Yo tomaré prestada una de sus navajas.

Fue directo hacia ellos a toda velocidad, con la mirada fija como unos binoculares en el hombre alto del centro. A un metro y medio de distancia, Bell amagó una patada al gordo de la derecha, lanzó el pie izquierdo y se apartó de él describiendo un semicírculo. Su bota derecha rozó la nariz del hombre del centro y golpeó la cara del bajo de la izquierda, que cayó como atontado.

Isaac cogió su navaja del suelo.

—Gracias.

Al instante Wish estaba a su lado, hendiendo el aire con el cuchillo de caza como un sable.

—Corred, muchachos, si queréis conservar la cara.

El gordo y feo arremetió con sorprendente velocidad y destreza. Lanzó su navaja al espacio que Clarke había ocupado un instante antes. El borde afilado del cuchillo de caza le rajó la manga de la chaqueta y le desgarró la carne del antebrazo, del codo hasta la mano. El hombre soltó la navaja, gritó, se agarró el brazo y echó a correr.

Solo quedaba el hombre alto del medio. Sus ojos se desplazaron rápidamente de la fina navaja de Bell a la sangre que goteaba del cuchillo de caza de Wish. Arremetió

con su navaja contra Wish, momento que Isaac aprovechó para lanzar un tajo hacia abajo con todas sus fuerzas. La navaja que había cogido atravesó la mano del agresor y se quedó allí clavada mientras el hombre se apartaba tambaleándose.

Clarke se rio ásperamente.

—Ahora solo tenemos que razonar con la policía... ¡Cuidado, Isaac!



La navaja salió de la nada.

El primer hombre abatido, el tipo de la izquierda al que Isaac había dejado inconsciente de una patada, se despertó en un instante y se levantó tambaleándose. Agarró la navaja que había caído a su lado y la empuñó hacia las costillas del joven detective.

Bell trató de apartarse retorciéndose, pero la navaja le atacaba una y otra vez, y no había nada que pudiera hacer para evitarla. Entonces, tan súbitamente como le había asaltado, desapareció interceptada por Wish Clarke, quien gruñó y retrocedió tambaleándose, mientras se agarraba el costado.

Lanzó un gancho desde las rodillas contra la mandíbula del atacante y lo tiró al río por encima del puente. Cogió al vuelo a su amigo cuando se caía.

—¡Wish!

—Estoy bien. Estoy bien.

Pero no estaba bien. Podía sentir cómo su enorme cuerpo perdía fuerza.

Se aseguró de que no tuviera ninguna arteria seccionada. Gracias a Dios, la sangre no salía a borbotones del costado herido. Acto seguido, se echó a Wish sobre el hombro, recogió su bolso y se dirigió con paso airado hacia el furgón policial que bloqueaba el puente.

El cochero y el agente sentado a su lado lo miraron fijamente.

—Lo más probable es que el capitán de su comisaría sea un viejo amigo de nuestro jefe, Joe van Dorn. No les interesa que se entere de que esta noche han estado trabajando por su cuenta.

El cochero miró al otro lado del puente. Muldoon y compañía arrastraban los pies, pero no se acercaron a ayudarles.

—Tiene razón.

—Llévennos directos al hospital y estaremos en paz.

—Jake —dijo el cochero a su acompañante—, baja y acomoda a estos caballeros en la parte de atrás.

Bell tumbó a Wish en un largo banco y se arrodilló a su lado para impedir que se cayese. El cochero azotó a los caballos y el furgón atravesó la ciudad dando tumbos.

—No intentes hablar.

Wish le hizo señas para que se acercara.

—Decía que ese bigote ha surtido el efecto que te comenté.

Aloysius Clarke se despertó al amanecer y echó un vistazo a la habitación privada que Isaac Bell había pagado.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó a Bell.

—¿Cómo que qué hago aquí? Me has salvado la vida.

—Qué narices, tú hiciste lo mismo por mí en Nueva Orleans.

—Yo no me puse delante de una navaja.

Wish se encogió de hombros, un gesto que le hizo estremecerse de dolor.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. —Le guiñó el ojo—. La verdad es que me gusta hacerme alguna que otra herida. Así nadie se queja cuando bebo un poquito para el dolor.

Bell le pasó su petaca.

—¿Estoy muy grave?

—El médico dice que te repondrás con un par de semanas de reposo.

—Lo siento. Me pondré al día en cuanto pueda. ¿Vas a ir a Pittsburgh?

—Voy a parar en Union Station para ver a Mack, Wally y Archie camino de Nueva York.

—¿Por qué vas a Nueva York?

—Para informar al jefe.

—¿Qué le ha pasado al telégrafo?

—Quiero ver su cara cuando le cuente lo que estoy pensando.

Mary Higgins se sentía como cuando soñaba, en una pesadilla, que estaba cayendo sin control. Sin embargo, sabía con certeza que no estaba soñando. Y desde luego no estaba dormida. Tenía demasiado frío y estaba demasiado mojada para dormirse. Además, ¿quién podía dormir de pie, mientras recorría una carretera cubierta de lodo?

De pronto, unos gritos hendieron la oscuridad, más espantosos que cualquier pesadilla.

—¡Ya vienen!

—¡Ya vienen!

Una deslumbrante luz blanca, casi tan brillante como una locomotora, se movió a toda velocidad hacia ellos. Hombres y mujeres salieron corriendo de la carretera, arrastrando a sus hijos a las cunetas y empujándolos entre los setos. Ocho enormes caballos blancos avanzaron al galope por la carretera tirando de un carro de mercancías en el que la policía de las minas había instalado una dinamo de gasolina y un foco eléctrico. Su única finalidad era aterrorizar a los manifestantes. Las mujeres de los mineros lo habían bautizado como el Cíclope.

La marcha se encontraba a treinta kilómetros de Pittsburgh, y seguían adelante por la noche con la esperanza de llegar a una granja donde unos filántropos y religiosos progresistas estaban levantando un campamento. Allí esperaban encontrar comida caliente y mantas secas.

Cuando el Cíclope hubo pasado y Mary ayudaba a la gente a levantarse, la invadió una profunda desesperanza. La causa parecía perdida. Pero peor que su miedo a que la marcha y las huelgas no consiguieran nada era la desoladora idea de

que en el mundo existiera una clase de seres humanos dispuestos a atacarles con algo tan diabólicamente cruel como el Cíclope. «Una pequeñísima minoría», decía siempre su hermano, pero se equivocaba. Habían hecho falta muchas personas para idear semejante monstruosidad, muchas más para construirla y muchísimas más para permitir su uso.

—¡Cíclope!

El artefacto volvió a retumbar, resplandeciendo a través de la noche, y los manifestantes se sobresaltaron una vez más. Vislumbró fugazmente desde la cuneta a los caballos mientras galopaban delante de la luz, con los orificios nasales dilatados, los ojos saliéndose de sus cuencas, las cabezas revolviéndose contra los arreos, espantados por el látigo, la oscuridad y los gritos.

Todavía llovía cuando la cola de la marcha llegó al campamento. Mary fue la última; llevaba a un niño en un brazo y sostenía a la madre con el otro, una mujer con una angustiada tos. Se sorprendió cuando las mujeres religiosas, que parecía que no se hubieran saltado nunca una comida ni planchasen su propia ropa, corrieron a ayudarlas. Llevaron al niño y a la madre a una enfermería improvisada e indicaron a Mary cómo llegar a un comedor comunitario bajo una lona extendida. Cientos de personas esperaban para comer. Acababa de encontrar el final de la cola cuando John Claggart apareció de la nada y le puso entre las manos frías una taza de chocolate caliente que olía mejor de lo que parecía posible.

Claggart estaba acompañado de unos hombres. Iban vestidos como mineros, pero advirtió que ninguno parecía haber trabajado con las manos y reconoció a la clase de granujas que frecuentaban cuadriláteros, salones de billar e hipódromos. Vio en sus ojos su desprecio por los mineros.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó.

—No son unos niños del coro —contestó Claggart con descaro—. Pero harán el trabajo.

La palabra «cómplices» penetró poco a poco en su mente.

—¿Delincuentes? —insistió.

Él se encogió de hombros.

—Yo no soy nadie para juzgarlos. Apuesto a que tú y tu hermano conocéis a muchos hombres que han ido a la cárcel por luchar por una buena causa.

—Los que yo conozco no parecen delincuentes.

—Dame un hombre valiente y rápido de reflejos. Me da igual cómo lo llames mientras sepa que los patronos son los verdaderos vagos. Y ahora escucha atentamente. Tengo más gabarras atadas en la orilla y más barcos para llevarlas al canal.

—No he acertado en la escupidera. Perdona, jefe.

Henry Clay reconoció el rastro marrón de jugo de tabaco que manchaba su

alfombra Aubusson azul claro como lo que representaba: el desafío de un matón que nunca había perdido una pelea y que era demasiado tonto para imaginar que algún día perdería una. Una docena de ellos —miembros de los Dusters de Hudson, una banda de los muelles del West Side de Nueva York cuyo ingreso requería un pacto de sangre— habían entrado en tropel en su despacho por la parte de atrás. Él nunca dejaría pasar a esa escoria a sus aposentos privados. La mayoría no lo conocían en absoluto. Lo único que sabían era que su jefe les había ordenado que se presentasen para hacer un trabajo especial, pero en lugar de escuchar en silencio las órdenes de Clay, se reían disimuladamente de su alfombra manchada.

El segundo error del escupidor fue subestimar a un petimetre de Wall Street solo porque llevaba un magnífico traje. Clay se levantó. El jefe de los Dusters y su sicario se cruzaron miradas expectantes. Alguien estaba a punto de sufrir dolor.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Clay.

—¿A ti qué te importa?

—Díselo —dijo el jefe, y le indicó a Clay que no tenía el más mínimo deseo de interferir.

—Albert —respondió el matón; observó divertido cómo Clay se acercaba.

—No te preocupes por haber escupido fuera de la escupidera. Solo lámelo.

—¿Qué?

—Que lo lamas.

—Vete...

Clay le golpeó arriba, abajo y en medio, le sujetó el brazo a la espalda, le estampó la cara contra el suelo y tiró del brazo inmovilizado más y más hacia arriba hasta que el gánster gritó. Al final, sus gritos se convirtieron en súplicas. Clay tiró más fuerte. Las súplicas se transformaron en sollozos.

Clay lo soltó.

—No te molestes en lamerlo. Ya sabemos que estarías dispuesto a hacerlo. Eso es lo que importa.

Los once Dusters restantes se rieron.

—Está bien, muchachos, estáis aquí porque tengo el presentimiento de que alguien cabreado va a entrar en mi despacho. Cuando llegue, quiero que lo hagáis papilla despacio. Que lo que le ha pasado a Albert parezca un combate de lucha libre amistoso.

—¿Cuándo va a venir?

—Pronto. Mientras tanto, hay un banquete preparado en el cuarto interior y catres donde podéis echar la siesta. No os emborrachéis, no molestéis a mis empleados y no escupáis en la alfombra. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Cuando salieron, Clay abrió la puerta de su oficina privada y enfocó el telescopio hacia la ventana del juez Congdon. El magistrado estaba trabajando con ahínco, intimidando a alguien por teléfono. Clay se puso el sombrero, se despidió de sus

empleados y bajó a la calle, entró en el edificio Congdon y subió en el ascensor a la planta superior.

Congdon lo hizo esperar media hora. Cuando lo dejó pasar a su despacho, dijo:

—Estoy ocupado. Que sea rápido.

—Puede que este sea mi último informe en persona por un tiempo.

Isaac Bell había sobrevivido de algún modo y Clay se echaba la culpa. Había cometido un error infrecuente enviando a unos asesinos en lugar de hacer el trabajo él mismo y no tenía más remedio que pagar el precio.

—¿Qué pasa? —preguntó Congdon.

—Basta con decir que los acontecimientos transcurren según lo previsto.

Isaac Bell informó a Joseph van Dorn en su despacho veinte minutos después de que el transbordador del ferrocarril de Pensilvania llegase a la calle Veintitrés.

—Wish ha recibido una puñalada. La hoja no le tocó los órganos vitales, pero ha sido un duro golpe para él, y estará fuera de servicio durante semanas.

—Hace un tiempo, apuñalar a Aloysius Clarke era casi imposible. Le he avisado cien veces de que beber le hace más lento.

—No fue la bebida —repuso Bell fríamente—. Lo hirieron con una navaja que iba dirigida a mí.

Van Dorn bajó la mirada.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. ¿Está bien?

—Le he buscado el mejor médico de Chicago.

—La agencia lo pagará.

—Ya lo he pagado yo.

Se quedaron en silencio un momento; Bell esperaba el momento propicio hasta que Van Dorn se vio obligado a hablar.

—¿Qué tal os fue con Rosania?

—Como esperaba. Efectivamente, está estudiando las cargas moldeadas. Y nuestro provocador también.

—¿De verdad?

—De hecho, Rosania se encontró con él en Newport, delante de Torpedo Station.

—¿Estás seguro de que Rosania no te estaba tomando el pelo?

—Seguro. Describió a un hombre que se parecía mucho al que yo he visto. Pensó que tenía acento de Chicago, pero juró que no lo había visto nunca.

—Entonces, si era de Chicago, se marchó antes de que Rosania empezara a dedicarse a los robos.

—A juzgar por lo que Wish y yo nos encontramos, sigue hablándose con la policía de esa ciudad.

Van Dorn se encogió de hombros.

—Los policías de Chicago están en venta.

—Usted tiene amigos entre ellos. ¿Podría preguntar?

—No seguiremos siendo amigos si me pongo a husmear. ¿Tienes algún nombre que pueda proporcionarles?

—De momento, su nombre es un callejón sin salida —reconoció Bell, y volvió a quedarse callado.

Al final, Van Dorn preguntó:

—¿Dónde está el resto de tu equipo?

—Weber y Fields están en Pittsburgh con Archie. Mack ha descubierto que un *sheriff* del condado está haciendo manejos para extraditar a dirigentes sindicales a Virginia Occidental por el asesinato de Black Jack Gleason.

Van Dorn silbó admirado.

—Mack debe de haber hurgado a fondo en la oficina del *sheriff* para enterarse de eso.

—Según Wally, la novia del *sheriff* le ha tomado simpatía a Mack.

—Yo creía que sus días como seductor habían terminado.

—Y Wally ha recabado rumores de un atentado radical en la vía de ferrocarril.

—¿De qué clase?

—Cree que intentarán bombardear los caballetes de un puente.

Van Dorn sacudió la cabeza.

—Locos.

—Hay locos para dar y tomar. Pittsburgh se prepara para la marcha. La mitad del valle del Monongahela se está sumando a lo largo de la ruta, de modo que los detectives de Pinkerton y la Policía del Carbón y el Hierro están ofreciendo a presos la libertad antes del final de su condena para que luchen contra los huelguistas.

—¡Santo Dios! ¿Cómo ha averiguado eso tu equipo?

—Archie se ha infiltrado en la policía de las minas.

—Solo es un aprendiz.

—Los convenció de que se había fugado de Idaho por matar a puñetazos a un minero. Lo recibieron como a un hermano.

—Es una situación muy peligrosa para un aprendiz. Demasiado peligrosa. ¿Y si lo descubren? No tiene la experiencia para verlo venir, y sin nadie que lo apoye, sabe Dios lo que pasaría.

—Cualquiera que ponga a prueba las dotes pugilísticas de Archie Abbot dejará de dudar rápidamente de su historia.

—Estrecharé la mano a Archie, pero quiero que lo saques de allí.

—No se preocupe. Ya lo he apartado de la policía para que siga a alguien ligeramente menos peligroso.

—¿Quién?

—Usted quiere saber lo que trama Mary Higgins. Yo también.

—¿Alguna pista?

—Ha vuelto a Pittsburgh, y sigue rechazando la protección de la agencia. Por eso he encargado a Archie que la vigile.

Van Dorn sonrió débilmente.

—Debes de confiar muchísimo en tu amigo para dejar que siga a la chica por la que estás colado; no te molestes en negarlo.

Bell también sonrió.

—Espero que Archie se acuerde del único combate de boxeo que ha perdido.

—Volviendo a los negocios, ¿cuál va a ser tu siguiente paso?

La alegría abandonó el rostro del joven detective. Miró a su jefe a los ojos.

—Estoy a punto de identificar al provocador.

—¿De verdad?

—Con su ayuda.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Mire esto.

Bell se llevó la mano a su bota. Dejó su navaja arrojadiza sobre la mesa de Van Dorn.

—La estoy mirando. ¿Qué le pasa?

—Usted me la regaló.

—Le regalo una a todos mis aprendices.

—El hombre que me venció en el sótano de las Tumbas llevaba la misma navaja.

—Eso demuestra que sabe lo que hace. Es una buena navaja.

—Era idéntica.

—Se las compro a un cuchillero de Connecticut. Sus artesanos producen miles. ¿Qué te traes entre manos, Isaac?

—Ese hombre sabe muchas cosas de mí. Sabía que llevaba una pistola en la manga.

Joseph van Dorn puso cara de diversión.

—Isaac, si fueras un extraño y me tropezase contigo en un sótano oscuro, me aseguraría de que no llevas una pistola en la manga tan rápido que no te lo creerías.

—También sabía que llevaba una Derringer en el bolsillo.

—Ten por seguro que yo también buscaría una de esas. Aunque primero inspeccionaría tu pistolera para quitarte la artillería pesada.

—Él también lo hizo. Lo primero.

—Como digo, todo lo que has apuntado sobre él hace pensar que ese tipo sabe lo que hace.

Bell cogió su navaja. La mantuvo en equilibrio con un dedo y la hizo girar suavemente con otro para que la luz se reflejase en ella.

—Señor Van Dorn, ¿se acuerda de quién me enseñó a lanzar una navaja?

Van Dorn se rio.

—Yo lo intenté, pero eras tan terco que insistías en lanzarla por encima de la cabeza como te enseñaron en el circo.

—Así coge más fuerza. La navaja recorre más espacio y golpea más fuerte.

—Lanzar una navaja por encima de la cabeza queda vistoso —replicó el veterano detective—. Pero es más lento y no tan preciso.

—¿Comparado con qué?

—¿Comparado con qué? Ya lo sabes. ¿De qué estás hablando?

—Dígalo, por favor.

Van Dorn le lanzó una mirada de perplejidad. Finalmente, unas arrugas burlonas se formaron en su frente al caer en la cuenta de que su joven detective se lo estaba pidiendo por un motivo.

—Un lanzamiento por debajo del hombro. Un lanzamiento por encima de la cabeza es más lento que un lanzamiento por debajo del hombro. Y, según mi



experiencia, menos preciso.

—Hablando de precisión, su principal arma es un Colt Bisley.

Una expresión extraña cruzó la cara de Van Dorn. Se tiró reflexivamente de la barba.

—Sí —dijo despacio—. Como he dicho, un profesional de los pies a la cabeza.

—Señor Van Dorn, usted conoce a ese hombre.

—Si lo conozco, lo atraparé. ¿Quién es?

—No sé cómo se llama.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es un tipo corpulento. Ancho de espaldas. Ligerero de pies.

—¿Qué color de pelo?

—No lo sé.

—¿Ojos?

—Tiene unos ojos amarillos.

Van Dorn lo miró fijamente.

—¿Estás seguro?

—Los he visto.

—¿Rosania también?

—Rosania no estaba tan seguro. Pero yo los he visto dos veces. En la mina de carbón y en las Tumbas. Amarillos y dorados, como los de un lobo.

Van Dorn se levantó de golpe y cogió su sombrero.

—¿Adónde va?

—Yo me ocupo de esto.

—Iré con usted.

—¡Quédate donde estás! —gritó Van Dorn—. Me ocupo yo solo.

Abrió tan fuerte la puerta que dio contra la pared de la oficina de los detectives y torció del golpe unos planos de la ciudad y carteles de «Se busca». Cuando cruzó la puerta del pasillo, el vidrio esmerilado se hizo añicos. Descendió como un huracán por la imponente escalera del hotel, atravesó el vestíbulo a toda velocidad y, una vez en Broadway, gritó:

—¡Coche! Oiga. ¡Pare!

Subió de un salto al lado del cochero.

—¡A Wall Street!

Cuando Bell llegó a la acera, el carruaje daba la vuelta a la esquina inclinado sobre una rueda, y el caballo comenzó a galopar.

—¡A Wall Street!

Los porteros del hotel le repitieron lo que el señor Van Dorn había gritado al cochero del carruaje.

Bell corrió a toda velocidad hacia la Sexta Avenida, subió los empinados

escalones cubiertos de tres en tres hasta el ferrocarril elevado y llegó al andén justo cuando se marchaba un tren con destino al centro. Parecía que el siguiente no fuese a llegar nunca.

Isaac Bell saltó del tren elevado en la parada de Rector Street, bajó la escalera pesadamente y cruzó la calle, atajó por el cementerio de Trinity Church y atravesó Broadway como un rayo, sorteando seis carriles de tranvías, carros, automóviles, furgones de mercancías y carruajes. Se detuvo al principio de Wall Street, rezando para haber llegado antes que Joe van Dorn. Nunca había visto a su jefe tan alterado y sabía que su ira lo volvería temerario, un estado peligroso en el que enfrentarse al provocador.

Pero ahora que estaba allí, ¿cómo lo encontraría?

Wall Street se extendía a lo largo de casi un kilómetro entre las tumbas ennegrecidas del cementerio de Trinity hasta los muelles del East River, y estaba bordeado de innumerables edificios por los dos lados. El carruaje que Van Dorn había llamado era uno de los miles de vehículos de dos ruedas negros idénticos tirados por caballos, y lo único que Bell había visto del cochero era que se trataba de un hombre arrugado con una chaqueta negra y una gorra de lana con visera.

Muchos carruajes de alquiler tenían un alto tubo negro de estufa. Bell podía descartarlos mientras corría Wall Street abajo. Su mejor pista sería un caballo agotado con el pelaje empapado en sudor de galopar a toda velocidad desde la calle Cuarenta y tres. Encontró uno en la segunda manzana, con las patas delanteras muy separadas, la cabeza gacha y los flancos palpitantes.

—En un momento está listo, señor —gritó el cochero—. No está tan mal como parece. Solo está recobrando el aliento.

Sacudió las riendas para levantarle la cabeza.

Bell siguió corriendo. El cochero llevaba sombrero de copa.

Una manzana más abajo, una multitud se había reunido en la calle y bloqueaba el tráfico. Bell se abrió paso a empujones. Vio un cabriolé con los arreos vacíos y un caballo tumbado en los adoquines de la calle. Un hombre arrugado con una gorra de lana con visera se hallaba arrodillado a su lado, acariciándole la cara.

Bell se acercó a él a empujones y le metió diez dólares en la mano.

—Para el veterinario. ¿Adónde ha ido su pasajero?

El cochero señaló mudamente un pequeño edificio de oficinas bien conservado.

Bell corrió hacia él y gritó al portero:

—¿Un tipo grande, con el pelo y la barba pelirrojos?

—Ha pasado a mi lado como un oso enloquecido.

Bell entró corriendo en el vestíbulo y agarró al ascensorista.

—Un tipo grande. Barba pelirroja. ¿Qué piso?

El ascensorista titubeó y apartó la vista.

Bell le agarró la chaqueta con el puño.

—Ese hombre es importante para mí. ¿Qué piso?

—Décimo.

—Lléveme.

—Señor, no creo que deba subir allí.

Bell lo sacó del ascensor de un empujón, cerró la puerta de golpe y accionó el mando para que subiera a toda velocidad. Se pasó del décimo piso, bajó, abrió la puerta y salió de un brinco a una desordenada oficina comercial. Las sillas y mesas estaban volcadas por todas partes, había cristales hechos añicos, y cinco hombres con atuendos de gánster de vivos colores yacían inmóviles en la alfombra.

Cinco más agarraban a Joseph van Dorn por los brazos y las piernas. Otro intentaba darle puñetazos como loco en la cara. Los puños del hombre le habían amoratado un ojo y partido el labio, pero Van Dorn no parecía haberse percatado de sus heridas mientras pugnaba por liberarse de los brazos.

Bell desenfundó su Colt Army y disparó dos tiros al techo.

—Los siguientes irán a vuestras barrigas —rugió—. Soltad a ese hombre.

Los mafiosos no se dejaron intimidar fácilmente. Ninguno se movió, salvo el hombre que había estado golpeando a Van Dorn. Metió la mano en su bolsillo. Bell disparó en el acto. La potente bala del calibre 45 lanzó al gánster contra la pared.

—Soltadlo.

—Si lo soltamos, volverá a empezar.

—Podéis contar con ello —gritó Van Dorn.

Bell disparó y abatió a un hombre que sacó un revólver de su cinturón. Los otros lo soltaron finalmente. Van Dorn golpeó a dos de ellos mientras cruzaba a toda velocidad la oficina destrozada, y propinó una patada a un hombre abatido que intentaba levantarse con una navaja. Hombre con hombre con Isaac Bell, el detective pelirrojo sacó una potente pistola automática de su chaqueta.

—Los muy canallas empezaron a pegarme en cuanto entré por la puerta.

—¿Dónde está nuestro hombre?

—No está con esta escoria callejera. Muy bien, muchachos. Me estabais esperando, ¿verdad?

Ninguno contestó.

—¿Dónde está? —gritó Van Dorn—. ¿Dónde está ese hijo de puta?

Un hombrecillo taimado con un ojo hinchado y sin dientes dijo quejumbroso:

—Solo estábamos haciendo un trabajillo, señor. No teníamos malas intenciones.

—¿Once hombres contra uno? —preguntó Bell con incredulidad—. ¿No teníais malas intenciones?

—Solo teníamos que darle una paliza.

—Cállate, Marvyn.

Un gánster, algo mayor que el resto y claramente al mando, dio un paso al frente y dijo:

—Si saben lo que les conviene, se darán la vuelta y se irán como si no hubiera pasado nada.

—Vigíalos.

Van Dorn le pasó a Bell su automática. Apuntó con las dos pistolas a los matones mientras su jefe cogía un teléfono del suelo.

—¿Centralita? Póngame con la policía.

—Oiga, ¿qué hace?

—Voy a presentar cargos.

—Así no se hacen las cosas.

—Os prometo una cosa —respondió fríamente—. La próxima vez que intentéis dar una paliza a un detective de Van Dorn, no presentaremos cargos. Os tiraremos al río.

—Pero...

—¡Contesta! ¿Adónde ha ido Clay?

—No lo sé. No me dice adónde va.

—¿Dónde está la gente que trabajaba en su oficina?

—Escapó cuando empezó este jaleo.

—¿Cuánto hace que trabajas para Clay?

—Años.

Joseph van Dorn seguía sosteniendo el teléfono y jadeando.

—¿Cuánto hace que me esperabais?

—Dos días... Señor, no iré a llamar a la policía, ¿verdad?

—¿Estarás en deuda conmigo?

—Por supuesto.

—Que no te quepa la menor duda. Si me das motivos, me cobraré la deuda.

—Yo saldo mis deudas.

—Está bien. Te tomo la palabra. Recoge a tus muchachos y marchaos sin hacer ruido. ¿Tienes algún hombre que cure heridas de bala?

—Claro.

—De acuerdo. Me debes una.

—A mí también —gruñó Isaac Bell.

—¿Has oído eso? —Van Dorn señaló a Bell—. A él también. Cuando vengamos a hacerte una pregunta, nos darás una respuesta clara. ¿Estamos en paz?

—En paz —dijo el delincuente—. ¿Quiere que lo cerremos con un apretón de manos?

—¡Largo de aquí!

Los Dusters de Hudson bajaron a sus miembros abatidos por la escalera de la parte de atrás.

Joseph van Dorn le dedicó una sonrisa tensa.

—Menuda pelea. Gracias, Isaac. Me has salvado el pellejo.

—¿Quién es Clay?

—Henry Clay. Un detective privado. —Van Dorn señaló la placa de latón colgada

en la pared, manchada con la sangre de uno de los pistoleros a los que Bell había disparado—. Agencia de investigaciones Henry Clay.

—¿Qué relación tiene con usted?

—Fue mi primer aprendiz.

Bell echó un vistazo a la oficina arrasada.

—¿Le acabó decepcionando?

—Mucho peor.

—¿Cómo ha sabido que venía?

—Seguramente Henry Clay sea el hombre más inteligente que he conocido en mi vida. No me sorprende que supiera que venía. Tiene la asombrosa capacidad de predecir el futuro.

—¿Es advino?

—No en un sentido místico. Pero ve con mucha más claridad que los hombres normales y corrientes, está tan alerta que tiene ventaja sobre el futuro. El condenado es casi clarividente.

Van Dorn miró los restos de lo que había sido una oficina de primera categoría y movió la cabeza con una emoción que a Isaac le pareció tristeza.

—Tenía mucho talento. Era muy inteligente. Henry Clay podría haber sido el mejor detective de Estados Unidos.

—Estoy seguro de que era muy listo. No ocultó nada de su pasado. Prácticamente me lo entregó en una bandeja de plata.

Van Dorn asintió con la cabeza.

—Como si quisiera que lo atrapasen.

—O llamar la atención.

—Sí, ese fue siempre su defecto. Tenía tanta sed de aplausos... Pero ¿sabes una cosa? —Van Dorn agarró el brazo de Bell para recalcar sus palabras—. Nunca jamás lo subestimes.

Bell se abrió paso entre los muebles rotos que formaban un circuito de obstáculos e intentó abrir una puerta que lucía el rótulo «Privado». Estaba cerrada con llave. Se arrodilló delante del pomo y utilizó sus ganzúas. Se apartó un instante después.

—¿Qué pasa?

—Demasiado fácil.

Van Dorn le dio la pata de una mesa rota. Se situaron uno a cada lado de la puerta y Bell la empujó con la madera. La puerta se abrió hacia dentro. Una escopeta del calibre doce retumbó, y la posta del arma pasó chirriando por donde él habría estado al abrir la puerta.

Bell echó un vistazo al interior. Un humo azul se arremolinaba alrededor de una oficina con paneles de madera. La escopeta estaba sujeta a una mesa, apuntando a la puerta. Una cuerda, unas poleas y un peso muerto habían disparado el arma.

—Un disparo fulminante.

—Te dije que no lo subestimaras.

—Lo tenía presente.

Registraron la mesa de Clay e inspeccionaron detenidamente sus archivos.

Ni una palabra o un papel referente a casos actuales.

—Nunca he visto tantas líneas de teléfono y de telégrafo en una sola oficina — dijo Bell—. Prácticamente es una centralita.

Una inspección más detallada reveló que todos los cables habían sido cortados.

—No huyó apresuradamente.

—No. Se tomó su tiempo. Dudo que esté fuera de combate.

—No me imagino a Clay fuera de combate hasta que él quiera estarlo — reflexionó Van Dorn—. Escapar será para él un contratiempo sin importancia.

Bell acercó el ojo a un magnífico telescopio de latón montado sobre un trípode junto a la ventana. Estaba inclinado hacia arriba y enfocaba una oficina situada en un ático en lo alto del edificio más elevado de la manzana. Una figura larguirucha se paseaba de un lado a otro, aparentemente dictando algo a una secretaria sentada detrás de la línea de visión. Cuando el hombre se volvió, su cara llenó el cristal y reconoció al juez James Congdon gracias a los numerosos dibujos con su efigie que habían aparecido en los periódicos.

—Clay espiaba a sus vecinos.

Van Dorn echó un vistazo.

—¿Quién es ese?

—Congdon.

—Ah, sí, claro. —Van Dorn giró el telescopio y lo movió de un lado a otro—. Caramba. Se puede ver el interior de veinte oficinas. Clay lee los labios muy bien, ¿sabes? Probablemente así es cómo ha pagado esta oficina. Un hombre puede hacer fortuna sabiendo lo que Wall Street piensa.

—Usted lo conoce. ¿Qué hará ahora?

—Ya te lo he dicho: no me lo imagino tirando la toalla.

—¿Es la clase de hombre que disfrutaría provocando una matanza?

—Solo por dinero.

—¿Por dinero o por elogios?

—Buena pregunta. Por elogios. —Van Dorn giró el telescopio hacia los edificios de Wall Street—. Quiere ser uno de ellos.

—¿Para cuál de ellos cree que trabaja?

—Para un hombre lo bastante sabio como para tener en cuenta las habilidades de Henry Clay y lo bastante codicioso como para utilizarlas.

# Libro tres

Vapor



Isaac Bell se había reincorporado a su brigada en Pittsburgh. Después de informar a Wally Kisley, Mack Fulton y Archie Abbott de los acontecimientos ocurridos en Nueva York, el joven aprendiz repitió una de las expresiones favoritas de Weber y Fields:

—Cuando te dan un puñetazo, sabes que estás cerca de algo.

—Si estuviéramos cerca, sabríamos lo que Henry Clay va a hacer ahora. Pero no tenemos ni idea. Ni tampoco sabemos quién le da las órdenes. Lo único que sabemos es que tenemos a un provocador terco que trabaja para un jefe despiadado.

Vestido como un rico banquero del sur con un traje blanco, un sombrero de paja y unas gafas con los cristales teñidos de rosa, Henry Clay fingía admirar las gradas de botadura del astillero en quiebra de Held & Court en Cincinnati. Montones de raíles descendían unos al lado de otros por un declive embarrado hasta el río Ohio, y el dueño del astillero —el joven y atildado Court Held, deseoso de pedir prestado dinero o liquidar existencias, o las dos cosas—, se jactaba de que su familia había estado botando buques de vapor con ruedas de paletas laterales por esos raíles durante sesenta años.

—Supongo que a estas alturas ya le han cogido el tranquilo —dijo Clay, hablando con un marcado acento del sureste.

Court Held no solo estaba desesperado, sino que los repetidos matrimonios entre las familias fundadoras habían legado a su generación la capacidad intelectual de un mosquito.

—Sí, señor. De hecho, si se asoma a aquel recodo, verá unos magníficos ejemplos de nuestros productos.

Henry Clay ya había echado una mirada alrededor de aquel recodo.

—Me gustaría mucho ver un buque de vapor grande.

La empresa naval tenía dos de los más grandes vapores de ruedas que quedaban de la época de los buques de vapor, antes de que los modernos y rápidos ferrocarriles dejaran obsoletos los viajes sin prisas. Los astilleros más dinámicos de Cincinnati todavía estaban en auge y botaban por centenares embarcaciones utilitarias de ruedas a popa que remolcaban convoyes de gabarras de carbón. Numerosos barcos de ese tipo revolvían el río y lo teñían de blanco mientras Clay y el dueño del astillero cruzaban el establecimiento para echar una mirada alrededor del recodo. Pero Held & Court se había empeñado en construir gigantescos palacios flotantes hasta que las últimas empresas importantes de barcos fluviales del Mississippi quebraron.

—Mire, señor. El *Vulcan King* y el *White Lady*.

Los barcos destacaban sobre el muelle. Cuatro altas cubiertas de madera pintada, metal pulido y cristal tallado se apilaban sobre anchos cascos planos de casi cien

metros de largo. Sus cubiertas estaban coronadas con timoneras de cristal en la proa, y alrededor de estas se elevaban unas chimeneas negras idénticas, con la parte superior abocinada. Cada barco estaba impulsado por una gigantesca rueda a popa de doce metros de diámetro y quince de ancho.

—Les hemos instalado los últimos motores de triple expansión.

El *White Lady* era blanco, un color de lo más adecuado.

—Es el más bonito, ¿no cree? Un barco para presumir, sin duda.

El *Vulcan King* estaba pintado de un apagado gris azulado. Era ese, el más sombrío de los dos barcos, el que había llevado a Henry Clay a Cincinnati.

—¿Cuál tiene las cubiertas reforzadas?

—¿Dónde ha oído hablar de las cubiertas reforzadas? —preguntó el dueño—. Es un secreto de estado.

Henry Clay le devolvió una sonrisa mucho más fría que su acento.

—Un conocido mío, un senador de los Estados Unidos, me confió los planes del Ministerio de Guerra de enviar un cañonero de aguas poco profundas a Cuba. Aunque podría haber sido mi amigo el almirante, el que me habló del cañón y la ametralladora Maxim.

—Entonces conocerá la triste historia —dijo Court—. Es una lástima que la guerra hispano-estadounidense terminara demasiado pronto. Teníamos pensado montar el cañón cuando el Ministerio de Guerra anuló la orden.

—¿Qué barco?

—El *Vulcan King*. La marina dijo que no podía ser blanco, así que encontramos esta pintura gris.

—¿Cuánto pide por él?

El joven heredero parpadeó. Nadie se había ofrecido a comprarles un buque de vapor desde el malogrado plan del cañonero, y de eso hacía cuatro años.

—¿Está diciendo que quiere comprarlo?

—Lo consideraría si el precio es justo.

—Bueno, costó casi cuatrocientos mil dólares construir el *Vulcan King*.

Miró a Clay y pareció decidir que ese banquero con amigos en altos cargos conocía demasiado bien la historia de la embarcación para dejarse desplumar.

—Aceptaríamos un precio mínimo de setenta y cinco mil.

—¿Puede tenerlo abastecido de carbón y en funcionamiento para mañana por la mañana?

—Sin duda alguna podría intentarlo.

—¿Intentarlo?

Clay frunció el ceño con expresión glacial.

—¡Por supuesto! Seguro que puedo conseguirlo. Abastecido de carbón y en funcionamiento para mañana por la mañana.

—Si incluye el cañón y la ametralladora Maxim, trato hecho.

—¿Para qué quiere las armas?

—Chatarra —respondió con gesto serio—. Para sufragar los gastos de la pintura nueva.

—Muy buena idea. Estará inmejorable de blanco.

Negro, pensó Henry Clay. Su gigantesca rueda a popa agitaría el agua hasta teñirla de blanco. Pero mientras él viajaba por el río Ohio hasta Pittsburgh, su tripulación pintaría el *Vulcan King* de negro como el carbón que alimentaba sus calderas.

Los huelguistas que marchaban siguiendo el río Monongahela habían maldecido a los crueles y despiadados dueños por maltratarlos con el Cíclope de Clay. El terror había engendrado ira. Los exaltados habían hecho callar a gritos a los moderados, y el comité de defensa de los mineros se había armado, gastando sus escasos fondos en rifles de repetición. ¿Cómo de furiosos se pondrían cuando vieran la diabólica imagen del siniestro *Vulcan King* navegando por su río? ¿Cuán airadamente recogerían el guante lanzado a sus caras? ¿Con cuánta violencia defenderían su campamento?

Con tanta violencia —había prometido Henry Clay al juez James Congdon, quien en un principio se había resistido a comprar un buque de vapor—, con tanta furia, que los estadounidenses decentes ofrecerán plegarias de agradecimiento en los bancos de sus iglesias: Dios bendiga a los dueños de las minas por instalar ametralladoras Maxim y cañones para protegerlos de la turba. Y los periódicos clamarían para que los defensores de la propiedad usaran todos los recursos a su alcance para aplastar a los socialistas antes de que los obreros hicieran pedazos el país con una segunda guerra civil.

Court Held se aclaró la garganta.

—Si lo quiere en funcionamiento es porque tiene intención de partir de Cincinnati mañana. ¿Puedo preguntarle cómo piensa pagarlo?

Aparte de con maletas llenas de billetes, siempre era difícil entregar una enorme suma de dinero en una ciudad apartada, y más todavía hacerlo de manera rápida y anónima. Pero había una forma.

—Evidentemente, no espero que acepte un cheque que no se podría tramitar hasta después de que yo me hubiera marchado. Puedo ofrecerle títulos ferroviarios al portador en documentos de veinticinco mil dólares.

El constructor de buques parecía incómodo. Los títulos al portador eran, en teoría, igual de negociables que el dinero en efectivo, pero mucho menos voluminosos, aunque el tenedor tenía que confiar en que no fueran falsos ni los hubiera emitido una entidad que hubiera quebrado.

—¿Tiene por casualidad la agencia emisora una sucursal en Cincinnati?

Clay preferiría no aparecer en esa oficina, pero no tenía otra opción.

—Thibodeau & Marzen tiene sucursal en Cincinnati. ¿Por qué no vamos ahora? Le garantizarán la buena fe del emisor y podrá poner los títulos a buen recaudo en su banco.

—¿Los liquidaría Thibodeau & Marzen en el acto?

—No veo por qué no. Si prefiere cobrarlos, ellos le complacerán.

Mary Higgins salió de su pensión en Ross Street con paso rápido, recorrió la Cuarta Avenida y cruzó Smithfield hacia el puerto. Era fácil de seguir con el chal rojo que Isaac Bell le había visto comprar a un vendedor ambulante en Nueva York. Incluso sin él, ¿cómo podía no ver su porte erguido y su paso resuelto?

En una ciudad industrial como Pittsburgh, la ropa de los obreros era el disfraz más sencillo, y Wish Clarke siempre decía: «Busca la sencillez». Para seguir a Mary, Bell se puso una chaqueta, un mono y unas botas, y tapó su característico cabello rubio con un gorro de punto.

Archie Abbott seguía a Bell de cerca, rezagándose a veces y corriendo otras para alcanzarlo cuando le indicaba. Las calles estaban abarrotadas de hombres y mujeres que salían en tropel de oficinas y bancos y volvían corriendo a sus casas después de trabajar. Bell estaba enseñando a Archie lo que Wish Clarke le había enseñado a él: que alternar su perfil entre una figura y dos les hacía menos sospechosos cuando Mary echaba un vistazo por encima del hombro, cosa que hizo en repetidas ocasiones a medida que se acercaban al río.

La joven cruzó la Primera Avenida y entró en un distrito de pequeñas fábricas y talleres de máquinas.

—De momento ha ido al mismo sitio —apuntó Archie.

Los soportes de puntales ennegrecidos por el hollín del puente de la calle Smithfield describían curvas elegantes contra el cielo sucio. En lugar de subir a un tranvía para cruzar el Monongahela por el puente o caminar por la acera, Mary Higgins tomó una calle que bordeaba los muelles de piedra hasta la orilla del río.

—Igual que ayer —le susurró Archie al oído—. Ahora fíjate.

Hileras de gabarras con diez embarcaciones cada una estaban siendo transportadas al canal y parecían extenderse por la orilla hasta el puente de la Punta, el extremo de Pittsburgh donde el Monongahela se juntaba con el Allegheny. Estaban vacías, flotando elevadas sobre el agua. Al otro lado del río, el humo lo tapaba todo excepto las zonas más bajas del monte Washington y el barrio de Duquesne Heights. El sol había desaparecido y anochecía con rapidez.

Mary Higgins miró otra vez a su alrededor.

—Al suelo —dijo Bell, y se agacharon detrás de una escalera de madera que subía por el lateral de un edificio.

Cuando levantaron las cabezas, Mary había bajado por una escalera de mano hasta una gabarra y caminaba hacia el centro del río sobre las tablas que unían una embarcación con otra.

—Tiene un equilibrio increíble —comentó Archie.

—Su padre fue capitán de un remolcador. Vivían en el barco.

—Creía que era por esas piernas larguísimas.

Bell lanzó a su amigo una mirada fría y siniestra, y Archie guardó silencio.

La mujer cruzó diez hileras de gabarras y bajó a una embarcación de trabajo amarrada en el borde de la flota.

—¿Ese barco estaba allí ayer? —preguntó Bell.

—En el mismo sitio. También vino ahí.

—¿Cuánto tiempo estuvo?

—Una hora y cuatro minutos.

Bell asintió con la cabeza. Mack y Wallie estaban enseñando a Archie a observar e informar con precisión.

—¿Estaban ayer las mismas gabarras?

—Sí.

—¿Cómo puedes estar seguro? Todas se parecen.

—¿Ves la gabarra que está justo en medio, con la cocina blanca encima? —El aprendiz de detective señaló una choza pintada con un tubo de estufa que asomaba a través del tejado—. Está exactamente donde estaba ayer.

A Bell le resultaba extraño que las gabarras vacías no se hubieran movido en un río tan concurrido. Deberían estar plagadas de marineros de cubierta preparándolas para que los remolcadores las arrastraran otra vez río arriba con el fin de transportar el carbón extraído por los esquirols. Mientras observaba, un convoy de gabarras vacías avanzaba afanosamente desde el estanque del puerto situado entre la Punta y el dique de Davis Island, y un remolcador descomunal arrastraba río arriba una flota cargada de las grandes gabarras que la Terminal Conjunta del Carbón usaba en el río Ohio.

—Traté de acercarme —dijo Archie—, pero un vigilante me descubrió a mitad de camino y me pareció más prudente huir.

—Voy a intentarlo yo. Sílbame si ves al vigilante.

Cruzó las gabarras varias hileras por debajo de la ruta que Mary había seguido, andando a grandes zancadas de borda en borda mientras su vista se acostumbraba a la luz cada vez más tenue. Se acercó a la embarcación de trabajo por la fila exterior, permaneciendo alerta por si veía a Mary o a la tripulación. Las cubiertas del barco estaban vacías. Una fina voluta de humo salía del cañón de su chimenea, indicio de que estaban manteniendo la presión, pero la embarcación no iba a zarpar de inmediato. Olía a café.

Bell permaneció en la gabarra y avanzó poco a poco junto al barco. Oyó voces a través de una portilla redonda abierta que derramaba luz sobre la cabina. Se acercó con cuidado sin hacer ruido hasta encaramarse al lado de la cabina. Mary estaba hablando. Parecía enfadada.

—¿Cuánto tiempo más vamos a quedarnos aquí?

—Hasta que él vuelva.

—Por lo menos deberíamos llevar las gabarras río arriba. Estamos demasiado lejos para hundirlas aquí. Solo hay un puente debajo de nosotros.

—Como ya le he dicho, señorita —contestó un hombre—, no vamos a ir a

ninguna parte hasta que el jefe lo diga.

—¿Dónde está el señor Claggart?

—No lo ha dicho.

—¿No ha dicho cuándo volvería?

—No.

—Entonces creo que deberíamos empezar por nuestra cuenta.

—Hermana —la interrumpió otro hombre con voz risueña—, no vamos a empezar nada sin el jefe.

—Se esperan más lluvias. El agua está subiendo y el río pronto será demasiado profundo. No podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada.

—¿Nada? —respondió el risueño—. Yo no estoy sin hacer nada. Podría tomar un trago. De hecho, creo que voy a tomar uno ahora mismo.

Bell distinguió el descorche de una botella.

—No se atrevería delante del señor Claggart —dijo Mary.

—Como usted ha dicho, el señor Claggart no está aquí... ¡Eh!

Escuchó una botella romperse.

—¿Qué demonios...? —gritó airadamente el risueño.

Bell se preparó para acudir en defensa de Mary, pero se agachó cuando la puerta de la cabina se abrió de golpe y ella salió con paso airado y subió a la gabarra más cercana. Dentro, el detective oyó gritar al primer hombre:

—¿Está loca? ¡Déjala! Si la tocas, Claggart te matará... ¡Señorita! ¡Señorita!

Una cabeza se asomó a la puerta. Bell vislumbró el cabello lacio y brillante y el chaleco ceñido que lucían los tahúres o los pregoneros del hipódromo.

—Volverá dentro de dos o tres días. No tenía que decírselo, pero vuelva entonces. No se preocupe, empezaremos a hundirlas en cuanto él esté aquí.

Mary gritó un gélido «Cuando usted las lleve río arriba» por encima del hombro y siguió adelante.

Isaac pegó la cara a la portilla. El segundo hombre, el risueño, miraba malhumoradamente la botella rota a sus pies. Parecía un gorila de taberna que hubiera visto mejores días. El jugador volvió a entrar y cerró la puerta.

—Qué humor de perros tiene esa mujer.

—No me gustaría estar en el lugar de Claggart cuando vuelva.

—Él puede ocuparse de ella.

—No, si cambia de opinión con respecto a hundir las gabarras.

—Puedes apostar lo que quieras a que no cambiará de opinión.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Tiene un gran plan. Las gabarras solo juegan un pequeño papel.

—¿Lo sabe ella?

—No.

Mack y Wally se instalaron en distintas tabernas del puerto, cerca del puente de Smithfield. En absoluto tan borrachos como aparentaban, los detectives se hicieron famosos rápidamente por su extraordinaria generosidad, invitando a pilotos y capitanes de remolcadores del Monongahela a una ronda tras otra. Archie Abbott hacía de mensajero, yendo y viniendo entre uno y otro para intercambiar información y transmitírsela a Isaac Bell, que estaba pegado a la puerta de la pensión de Mary Higgins.

Bell sopesó la conveniencia de enfrentarse a ella para averiguar a qué se refería exactamente al hablar de hundir las gabarras. ¿Qué significaba «demasiado lejos»? ¿Y «solo hay un puente»? ¿O se enteraría de más cosas si esperaba a que el «señor Claggart» volviera? Si esperaba, tendría que actuar muy rápido para detener lo que estaban tramando. Entre tanto, mientras observaba y esperaba, trató de imaginar lo que pensaban conseguir hundiendo las gabarras.

Mack Fulton lo relevó para que pudiera dormir un poco.

Cuando volvió al cabo de cuatro horas, también encontró allí a Wally Kisley, que acababa de llegar procedente de la oficina del *sheriff* del condado de Allegheny. Tenía malas noticias sobre Jim Higgins.

Isaac Bell fue a buscar al sindicalista.

Los agentes de los servicios de seguridad Van Dorn informaban de que Higgins había desaparecido.



—Lo sentimos mucho, señor Bell. Le dimos la espalda un segundo y se largó como un cohete.

Mike y Terry lo habían ascendido a «señor Bell», advirtió irónicamente, después de desbaratar el encargo de proteger a un cliente perseguido por los detectives de la agencia Pinkerton, la Policía del Carbón y el Hierro, y posiblemente un asesino contratado por el consorcio del carbón para impedir que Higgins testificara ante el fiscal general. Después vendrían los halagos.

—¿Dónde lo visteis por última vez?

—En la Terminal Conjunta del Carbón.

—¿Qué demonios estaba haciendo allí?

La operación de traslado de la terminal se estaba llevando a cabo a cinco kilómetros río arriba del Triángulo Dorado, la zona comercial de Pittsburgh, donde se encontraba el viejo almacén debajo del cual Higgins y el comité de huelga habían alquilado el salón de su sindicato. Estaba por lo menos a once kilómetros río abajo del campamento donde la marcha del Monongahela había hecho un alto en un parque de tranvías, cerrado desde el final del verano, a las afueras de McKeesport.

—No lo sabemos, señor Bell. Ayer fuimos dos veces con él. Simplemente se quedaba mirando.

—¿Por qué no lo buscáis allí?

—Nos dará esquinazo si nos ve venir —dijo Mike.

—Cuando la marcha tuvo problemas, nos culpó a nosotros por interponernos en su camino —explicó Terry.

—Y eso que lo único que intentamos es asegurarnos de que nadie dispare a ese pobre diablo o lo apuñale en las costillas.

—Pero como él siempre está hablando de lo bueno que es usted, hemos pensado que a lo mejor no huiría si lo veía venir.

Unos halagos bien ensayados.

—Está bien, Mike, tú vigila esta habitación. Terry, vigila el salón del sindicato. Yo saldré a buscarlo.

—Pruebe en el tranvía abierto.

El tranvía abierto, un ferrocarril eléctrico descubierta por los lados que Bell tomó en el Triángulo Dorado, se desplazaba por una vía paralela a la de los trenes de la Terminal Conjunta del Carbón. Al pasar por el lado interior de la terminal, podían verse desde el tranvía locomotoras tirando de vagones vacíos bajo el descargador y sacándolos llenos, y algún que otro atisbo lejano de los muelles de gabarras que rodeaban la lengua de tierra. La operación parecía desarrollarse con una perfección mecánica, como si cada barcaza y cada ferrocarril fuera un diminuto diente de una rueda inmensa que funcionara suavemente. Se apeó de un salto cuando vio a Jim Higgins en una parada de tranvía con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo te va, compañero?

—No muy bien, Isaac. Nada bien.

—¿Qué pasa?

—Los dueños de las minas han armado a cada vago con una pistola. Luego han soltado a los presos y les han proporcionado palos. Están bloqueando la marcha, y los exaltados gritan: «¡Que la gente trabajadora coja armas y dispare a los perros que les disparan!».

—Si lo hacen, el gobernador hará intervenir al ejército con rifles y ametralladoras Gatling.

—Lo sé. De hecho, ya los ha puesto sobre aviso. Pero los exaltados están perdiendo el juicio y se están asustando.

—Mike y Terry me han dicho que te has zafado de ellos.

—Necesito estar solo para pensar.

—También me han dicho que algo te atrae de la operación de la Terminal Conjunta del Carbón.

—Tienen la última tecnología —contestó Higgins vagamente. Apartó la vista de la mirada penetrante del alto detective y cambió de tema—. Tengo que convencer de algún modo al comité de huelga para hacer frente a los fanáticos.

—Me temo que tengo malas noticias a ese respecto.

—¿Qué pasa ahora?

—Han subido al comité de huelga a un tren especial con destino a Morgantown, Virginia Occidental.

—¿Qué?

—El *sheriff* del condado de Allegheny los ha extraditado para que sean procesados por el asesinato de Black Jack Gleason.

Jim Higgins dejó caer los hombros.

—Ellos no volaron el yate de Gleason.

—Estoy seguro de que no fueron ellos —dijo Bell—, porque en ese momento estaban en Chicago. Pero demostrarlo llevará meses.

Higgins buscó un sitio para sentarse, no encontró ninguno y miró impotente a Isaac.

—Ahora todo depende de mí. Pero me ponen trabas a cada paso.

—Tal vez Mary pueda ayudarte.

Higgins negó con la cabeza.

—No lo creo.

—¿Sabes lo que está haciendo? —preguntó Bell directamente.

—Ha seguido su propio camino.

—¿Está en peligro?

—Si creyera en Dios, diría: «Sabe Dios».

Jim Higgins alzó la vista hacia el gigantesco descargador. De repente, para sorpresa de Bell, irguió la espalda y se mantuvo firme. En sus labios se dibujó una

débil sonrisa, que a sus ojos expresaba una triste despedida a la esperanza o un adiós definitivo a las ilusiones.

—Quien construyó este descargador conoce su oficio. Se ha convertido en el centro de la distribución de carbón: este, oeste, norte y sur.

—Es eficaz —reconoció Isaac—. Tengo entendido que está haciendo quebrar a las carbonerías más pequeñas.

—Esta lengua de tierra habría sido un parque precioso.

—¿Cómo dices, Jim?

—Tiene agua por tres lados; el río lo rodea como una serpiente. Está a un paseo breve en tranvía de la ciudad. Imagínate una gran noria donde está el descargador. Merenderos. Una piscina. Un tiiovivo. Campos de béisbol. Un hipódromo. Se podrían celebrar reuniones evangelistas. Y asambleas metodistas.

Isaac Bell alzó la vista al humo de carbón que teñía el cielo de color mate.

—Haría falta mucha imaginación.

—Pero imagínate nuestro campamento aquí y no en McKeesport. Se avecina el invierno. Si pudiéramos ocupar este sitio, podríamos cerrarlo. Los hornos de la industria se quedarán sin combustible, y los ciudadanos se congelarán en sus casas.

—Hablas como tu hermana.

—Tal vez entonces nos escuchasen... —Se volvió con entusiasmo hacia Bell—. No tendríamos que cerrarlo. Cuando estuviéramos aquí y pudiéramos cerrarlo, verían nuestras intenciones y tendrían que negociar. Si pudiéramos amenazarlos con el cierre, llegaríamos a un acuerdo justo y todos volveríamos a trabajar.

—Podría darse el caso.

Bell intentó sonar neutral.

Un general del ejército vería cierta genialidad en la idea de Higgins: rodeado de agua por tres lados, la lengua de tierra de la Terminal Conjunta del Carbón sería más fácil de defender que la mayoría de los campamentos. Un almirante de la marina vería una trampa, un blanco fácil expuesto al fuego de cañón por tres lados.

—Pero ¿cómo traslado a diez mil mineros de McKeesport hasta aquí con rompehuelgas, policías de la compañía y militares bloqueando el camino?

Bell tenía presentes las órdenes de no tomar partido, pero le preocupaba que Jim Higgins estuviera cerrando los ojos ante el peligro.

—¿Dejarían atrás los hombres a sus familias?

Jim Higgins negó con la cabeza.

—No... Pero hay que hacerlo. Tengo que encontrar una forma de traerlos aquí.

—Los riesgos son enormes. Mujeres. Niños.

—Es más arriesgado dejarlos donde están. El campamento de McKeesport es un caos. No es más que un parque de tranvías. Un puñado de mesas de pícnic, una piscina y unas atracciones cerradas para que la gente trabajadora vaya los domingos y se divierta con el buen tiempo.

Bell asintió con la cabeza. Por todo el país, las empresas de tranvías estaban

construyendo parques al final de sus líneas para atraer pasajeros en sus días libres.

—Pero ¿cómo llegaron los miembros de la marcha?

—La policía de McKeesport hizo la vista gorda. Están encantados de tenernos fuera de la ciudad. Pero ahora la empresa de tranvías amenaza con cortar el agua y la electricidad. Es un desastre: demasiada gente, cada día más y más, sin higiene ni forma de atender a los enfermos. Aquí estaríamos dentro del perímetro urbano de Pittsburgh. Hay hospitales, médicos, comida y agua limpia cerca. Iglesias y organizaciones benéficas que nos ayudarían y periodistas que serían testigos. ¿No suavizarían los rompehuelgas sus acciones?

—Para llegar allí tendrías que enfrentarte al ejército y a esos presos vagabundos. Podrías provocar una matanza.

—Es un riesgo que tendremos que correr.

Al ver su mandíbula apretada y su columna rígida, comprendió que el apacible sindicalista había decidido librar una lucha que no debía suceder: una batalla campal con matones dispuestos a boicotear la huelga y policías de la compañía respaldados por la milicia del estado.

Haciendo caso omiso de su sentido común y desoyendo las órdenes directas de Joseph van Dorn, el joven detective dijo:

—Yo conozco una vía mejor.

—¿Cuál?

—La de Black Jack Gleason.

—Mack y yo somos demasiado viejos para que el jefe nos despida —dijo Wally Kisley—. Incluso por apoyarte en una hazaña como la que propones. Joe van Dorn no despedirá a Archie. Solo es un aprendiz tonto... Sin ánimo de ofender, Archie.

—Faltaba más. Mi profesor de clásicas en Princeton expresó una opinión parecida en hexámetros heroicos.

—Pero tú, Isaac, estás empezando. No puedes permitirte que te despida. Ya sé que eres rico y sabes que no estoy hablando de dinero. Si quieres seguir trabajando como detective privado, no hay una agencia mejor para aprender el oficio que Van Dorn. Pero que no te quepa la menor duda: si te pilla en medio de esto, te despedirá.

Bell se levantó cuan largo era y su sombrero chocó contra el bajo techo de madera de la cabina del barco de trabajo. Los demás permanecían encorvados alrededor de una mesa de cocina cubierta con hule. Había un fogón que olía a grasa y a café. El exterior permanecía a oscuras. La portilla estaba abierta y dejaba entrar los olores penetrantes del río y el humo del carbón.

—Te agradezco la intención, Wally. Y a ti, Mack. Pero esta «hazaña» es lo correcto. Solo puedo esperar que el señor Van Dorn también lo vea así.

—Yo no apostaré por ello.

—No voy a apostar. Voy a arriesgarme.

Archie aventuró un escenario más favorable.

—A lo mejor el señor Van Dorn considera que trasladar a todas esas familias a la seguridad de la ciudad es un acto humanitario.

—A lo mejor el presidente Roosevelt les entrega a los mineros las minas de carbón —dijo Mack Fulton.

—Y de paso —añadió Wally— declara Estados Unidos la República Socialista de la Gran Montaña de Azúcar.

—Estamos de acuerdo —dijo Bell—. Jim, ¿a cuántos pilotos de remolcadores has reunido?

—Se han comprometido cinco.

Bell multiplicó mentalmente los barcos y las gabarras. Esperaba contar con más barcos para que las gabarras no fueran demasiado grandes ni difíciles de manejar. Cinco remolcadores arrastrando veinte gabarras por embarcación, cien personas en cada gabarra, más apretadas que sardinas. Diez mil personas, si todos llegaban a bordo antes de que los detectives de Pinkerton se percatasen. Que Dios les ayudase si alguna se hundía.

—¿Qué me dices de los ingenieros?

—Los ingenieros de remolcador son como cangrejos ermitaños. Nunca abandonan el barco.

—¿Marineros de cubierta?

—Unos pocos, más todos los mineros que saquemos del campamento.

—Fingiéndose ser marineros de cubierta —gruñó Mack Fulton.

—Están habituados al trabajo duro —dijo Higgins—, y se han pasado la vida peleándose con cosas más pesadas que ellos.

—Servirán.

Bell sabía que no les quedaba otra opción.

Wally y Mack dejaron escapar sonoros suspiros.

—Está bien. —Esta vez fue Mack quien habló—. ¿Cuándo lo hacemos?

Isaac miró al sindicalista.

—Los pilotos prevén para hoy otra noche de niebla negra —les explicó.

—Esta noche —dijo Bell—. Los traeremos mañana.

—¡Cuidado! —susurró Wally Kisley—. La policía.

No era, por supuesto, la policía de Pittsburgh, ni siquiera la de las minas, sino Mary Higgins quien se dirigía hacia ellos, como bien sabían gracias al aviso de los servicios de seguridad Van Dorn. La joven irrumpió en la cabina del barco con las mejillas de un color subido. Lanzó una mirada fulminante a su hermano, a los demás y a Bell.

—¿Dónde están los hombres que estaban aquí?

—Se han ido de la ciudad por motivos de salud —respondió Mack Fulton.

—Están disfrutando de las aguas de Greenbier —añadió Wally.

—¿Qué haces tú aquí? —gritó, descargando toda su furia contra Bell.

—Vamos a tomar prestadas tus gabarras. Tienes suerte de que las hayamos descubierto nosotros en lugar de los detectives de Pinkerton o el ejército.

—¿Me estás pidiendo que os lo agradezca?

—Nos puedes dar las gracias no interfiriendo.

Ella se giró contra su hermano.

—¿Se lo has contado tú?

—Yo solo he confirmado lo que ellos averiguaron por su cuenta.

—¿Por qué?

—Para que no te maten ni te metan en la cárcel.

—Vete al infierno, hermano. Y tú también, Isaac Bell.

Bell salió a la cubierta detrás de Mary. Ella miraba el río envuelto en niebla, parpadeando para reprimir las lágrimas.

—Lo has estropeado.

—¿Mary?

—Déjame en paz.

—De lo que tú has hecho saldrá algo bueno. Esas gabarras salvarán la marcha de los mineros y salvarán vidas.

—¿Cómo?

—Tu hermano tiene la intención de trasladar sus tiendas a la Terminal Conjunta

del Carbón. Espera que podamos transportar a los mineros y sus familias en esas gabarras. Una vez allí, cree que ocuparán una posición más segura y firme.

—¿Tú crees eso?

—Creo que en este momento su situación no podría ser peor.

Mary asintió con la cabeza y dijo en voz queda:

—He visto el parque de tranvías esta tarde. No pueden quedarse allí... ¿Es verdad lo que ha dicho mi hermano?

—Jim no te ha traicionado. Solo ha confirmado lo que yo deduje.

—Eres muy listo haciendo deducciones, Isaac Bell.

—Era bastante predecible. No puede haber ningún motivo para hundir cien gabarras en el canal salvo para bloquear el transporte de carbón.

—Pero ¿cómo supiste que tenía intención de hundirlas?

—Me convertí en tu sombra. Te seguí hasta aquí, hasta este barco. Te escuché discutir con esos hombres.

—Pero miré detrás de mí. Me aseguré de que no me seguían. Hay detectives de Pinkerton por todas partes.

Bell sonrió y dijo suavemente:

—Te dije que los detectives de Van Dorn somos distintos.

—¿Más furtivos? —preguntó ella con un atisbo de sonrisa.

Le tomó las manos, y al ver que no se resistía continuó:

—Mary, una vez me dijiste que no basta con saber qué es lo correcto. Si sabes qué es lo correcto, tienes que hacerlo.

—¿Quién eres tú para juzgar lo que es correcto?

—Tengo ojos y oídos. Los manifestantes están abandonados. Tu hermano estaba tan desanimado que estaba dispuesto a sacarlos de McKeesport luchando. Habría sido una carnicería. Esas gabarras, tus gabarras, pueden salvarlos. Si tú no las hubieras reunido aquí, ni siquiera podríamos haberlo intentado. —Señaló a la oscuridad, donde el río estaba cubierto de gabarras—. Pero tengo que decirte que este destino es mucho mejor que el que tú tenías pensado darles.

Mary Higgins se volvió otra vez hacia Bell.

—Detesto abandonarlo. Detesto perderlo. Era un buen plan, ¿verdad?

—«Bueno» no es la primera palabra que me viene a la mente. Pero era muy ingenioso.

—Esperemos que tu plan sea igual de ingenioso —respondió ella.

—Rezo para que lo sea. Hay muchas personas.

—Les deseo suerte.

—¿Quién es el señor Claggart?

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, supo que debería haber esperado.

Mary se puso rígida.

—Una vez detective, siempre detective, ¿verdad?

—Me temo que no soy lo bastante furtivo para ser un buen detective.

—Con todo lo que estás practicando, no tardarás en mejorar.

Ella se apartó de él.

Ya no había escapatoria. Tenía que saber si Claggart era Henry Clay, y había una forma muy rápida de averiguarlo.

—¿Tiene los ojos amarillos?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque si es así, te está utilizando.

—Vete al infierno.

Eso responde a la pregunta, pensó Bell.

—¿Sabes que él también es un detective?

—Adiós, Isaac.

Mary bajó a la escalera de mano para descender a la gabarra.

—Su verdadero nombre es Henry Clay —dijo Bell—. Es un provocador. Está instigando a la violencia, poniendo a los obreros contra los patronos y a los patronos contra los obreros. Y te está utilizando a ti para su plan. Si hundes esas gabarras, Clay conseguirá exactamente lo que quiere. La culpa caerá sobre los trabajadores.

—No es su plan.

—¿Qué?

Mary negó con la cabeza violentamente.

—Nada.

Bell le agarró el brazo.

—¿A qué te refieres con que no es su plan?

—Suéltame.

—¿De quién es el plan? ¿Recibe órdenes de otra persona?

—No tengo ni idea.

—Pero sí que sabes que Clay responde ante alguien, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza. Estaba demasiado oscuro para verle los ojos, y más aún para descifrar su expresión. Bell trató de obligarla a que respondiera sinceramente—. ¿Quién ha pagado las cien gabarras?

—Eso es lo primero que le pregunté.

—¿Te contestó?

—Atracando bancos. Reunió el dinero atracando bancos.

—¿Dónde?

—En Chicago.

—¿Qué pensarías si te dijera que esos atracos fueron cometidos por distintas bandas, la mitad de las cuales han sido detenidas esta semana?

—Pensaría que estás practicando otra vez.

Mack salió de la cabina gritando en tono urgente:

—¡Isaac! Si insistes en intentar hacerlo esta noche, no hay tiempo que perder.

Un remolcador emergió de la niebla agitando el agua con sus paletas y chocó



contra las gabarras. Los mineros subieron a ellas con cuerdas y miraron a su alrededor, indecisos, esperando que alguien les dijera lo que tenían que hacer.

—Ahora o nunca, Isaac.

—Hablaré contigo mañana, Mary.

Ella bajó por la escalera a la gabarra y se dirigió a la orilla.

—¿Adónde vas?

—Tú no eres el único que tiene que hacer lo correcto.

—¿Tendrás cuidado? —gritó detrás de ella.

—¿Por qué habría de tener cuidado? Vas a seguirme.

—Esta noche no. Esta noche no puedo.

Señaló con un gesto de impotencia el buque de vapor y las gabarras.

—Entonces me arriesgaré.

—Clay es letal.

Mary se detuvo, se dio la vuelta y lo miró. De las chimeneas del remolcador brotaban chispas y llamas que iluminaban su piel pálida. Con los ojos brillantes y la barbilla en alto, le pareció absolutamente preciosa y llena de seguridad. Se preguntó cómo podía estar tan segura de sí misma en vista de su decepción. La respuesta fue como un carámbano clavado en su corazón.

—No es letal para mí.

La infame «niebla negra» de Pittsburgh era una mezcla oscura de la niebla natural que ascendía de los ríos y el humo del carbón y el hollín que salía de las fábricas, las fundiciones, las centrales eléctricas, las locomotoras y los buques de vapor. La niebla negra era densa y oleaginosa, producía dolor al aspirarla y era casi imposible ver a través de ella. Cuando el piloto del primer remolcador enfocó al frente con su faro de arco de carbón eléctrico para inspeccionar las gabarras vacías que estaba arrastrando, el haz rebotó hacia atrás en la timonera, como si se reflejara en un espejo.

—Las gabarras están ahí arriba, en alguna parte —dijo el piloto en tono de broma a Isaac Bell, que estaba a su lado.

Se trataba del capitán Jennings, un veterano con una barba bifurcada manchada de tabaco. Su barco era el *Camilla*, una embarcación baja con dos cubiertas de casi treinta metros y una rueda de paletas a popa de la misma anchura que el barco. La timonera de cristal, que a Bell le recordaba el mirador de un capitán de mar de Nueva Inglaterra, estaba encaramada en la segunda cubierta, detrás de las chimeneas, y les permitía ver las tinieblas delante, detrás y a los dos lados.

—El timón se nota distinto cuando el convoy se separa y te quedas tú solo con el barco, mientras las gabarras se van a la deriva por todas partes. Vamos bien, no se preocupe por nada. No tengo que ver lo que sé. —Escupió jugo de tabaco en una caja llena de serrín—. La mayoría de las cosas que no puedo ver las noto en el suelo, o si la rueda gira despacio. Al sentir los bancos de arena sé dónde estoy. Lo que no puedo ver ni notar, lo tengo guardado en la máquina de mi memoria.

Bell se preguntó cómo podía ver el piloto los otros remolcadores en una trayectoria de colisión con el suyo. La barba blanca de Jennings hacía pensar que había sobrevivido durante décadas en el río, pero le pareció que valía la pena preguntarlo.

—En caso de duda, toco la campana de emergencia —fue su lacónica respuesta.

Miró atrás y vio una luz tenue que podía ser la flota de gabarras. El hijo de Jennings la conducía. Los tres remolcadores situados detrás de ella eran invisibles. Bell había situado al sensato Archie Abbott, quien como él había crecido entre barcos de vela y yates de vapor, en la última embarcación, a Wally Kisley en la siguiente, y por último a Mack Fulton. Si había que dar gracias por algo era por la cegadora niebla negra.

Delante, una inquietante luminiscencia rojiza empezó a extenderse en la oscuridad. Aumentó de tamaño e intensidad a un ritmo constante.

—¿Qué es esa luz roja?

—Los altos hornos de Jones & Laughlin... Mire atentamente, verá algo que no olvidará nunca. ¡Allí!

Un desfile de bolas rojas parecía flotar en el aire a medida que cruzaban el río, muy por encima del agua. Al principio Bell se quedó desconcertado, hasta que su

aguda vista distinguió las vigas de un soporte de puntales.

—¿Es un puente?

—El puente de Metal Caliente.

Cuando las primeras gabarras que remolcaban pasaron por debajo, vio una locomotora que tiraba de unos vagones de plataforma entre los puntales. En cada vagón había una brillante masa de fuego roja.

—¿Qué transportan esos vagones?

—Crisoles de acero fundido de los hornos al taller de laminación. ¿A que es impresionante?

Después de pasar por debajo del puente, el piloto giró su gran timón de madera, que era de la misma altura que él, e hizo que el remolcador describiera una amplia curva. Había una luz blanca a la izquierda. Una ráfaga de viento disipó momentáneamente la niebla y Bell atisbó la punta de la Terminal Conjunta del Carbón. El lugar resplandecía con sus luces eléctricas mientras las cintas transportadoras sacaban carbón de las gabarras al descargador. Faltaban once kilómetros de río oscuro. Una hora como mínimo. Cargar a la gente, y otros once kilómetros de vuelta. La niebla negra se aclaró.

De pronto, percibió movimiento cerca. El foco del *Camilla* rieló en el pilar de un puente de mampostería. Pasaron lo bastante cerca como para ver el cemento entre las piedras.

—El puente de Brown —dijo el piloto—. Vamos por buen camino.

A medida que el humo se hacía menos denso, la niebla negra se disipó ligeramente debajo de la fundición de Homestead, justo a tiempo para distinguir un convoy de veinte gabarras totalmente cargadas que navegaba río abajo directo hacia ellos: una isla de carbón de una hectárea moviéndose a toda velocidad.

—¡Mecachis! —gruñó el piloto—. Es el capitán Andy. Teníamos que tropezarnos precisamente con su barco.

—¿Qué pasa?

Jennings escupió en la caja de serrín.

—El capitán Andy es dueño de tres buques de vapor, cosa que lo predispone hacia el bando capitalista. Para él, permitir lo que vamos a hacer por nuestros amigos obreros sería como meter un remo en un nido de serpientes de agua.

Tocó su silbato, y enseguida les llegó de vuelta el sonido del silbato del remolcador que se acercaba. Al cruzarse, los pilotos enfocaron el remolcador del otro y salieron de sus timoneras para saludarse.

—¿Adónde va? —gritó el capitán Andy, rumbo río abajo.

—¡A Gleasonburg! —chilló Jennings.

—Tenga cuidado con el hatajo de huelguistas de McKeesport. He oído que van a conseguir un cañón para disparar a nuestros remolcadores.

—¿De dónde van a sacar un cañón?

—Van a robarlo. Son huelguistas, ¿no?

Jennings le dijo adiós con la mano y le comentó a Bell:

—Espero que los muchachos de detrás le digan lo mismo.

Pasaron por debajo de otro puente de metal caliente, sobre el que circulaban los jugos ardientes del horno de Carrie y, poco después, por debajo de un puente de carros. Un tranvía con las ventanillas vistosamente iluminadas armó un gran estruendo en la plataforma de madera cuando el remolcador pasó por debajo.

La niebla negra siguió aclarándose. Bell podía ver el remolcador situado detrás del suyo y las luces de los otros dos que venían por detrás.

—Espero que nadie nos esté buscando —dijo el capitán Jennings—. Nos estamos dejando ver mucho.

A Isaac no le preocupaba tanto que los vieran. Mientras siguieran avanzando, ¿quién se fijaría desde tierra? Habían soltado las gabarras de la orilla del río al amparo de la niebla. Ahora no se distinguían del tráfico del otro río. Tampoco temía, ni por un instante, que Mary Higgins los traicionara. Su mayor preocupación era que «Claggart» hubiera vuelto a tiempo para ver que el último remolcador salía del puente de Smithfield. Pero de momento nadie los perseguía.

Salió de la timonera y bajó por un tramo de escalera a la galera, donde un curtido marinero de cubierta hablaba a una docena de mineros del carbón sobre los caimanes que se arremolinaban alrededor del barco cuando los marineros novatos se caían por la borda.

—Y creo que os habéis fijado en lo cerca que está la cubierta principal del agua. A veces esos bichos suben y se pasean buscando algo que comer.

—He estado toda mi vida en Virginia Occidental y no he visto ningún caimán en el Monongahela.

—Se reúnen en Pittsburgh.

El hombre le guiñó el ojo.

Bell se dirigió a los mineros.

—Ya casi hemos llegado al parque de tranvías. Cuando desembarquemos habrá mucha gente pululando. Espero que podáis mantener el orden mientras los subimos a las gabarras. Veréis a vuestra gente y...

—Yo no me preocuparía tanto por eso —dijo un minero con acento de Virginia Occidental—. El comité de huelga ha organizado comités para todo, del comité de agua potable al comité de cocina, el comité antitacos y el comité de defensa. Puedes apostar que a estas alturas habrá un comité de embarque en gabarras y un comité de desembarque de gabarras.

El marinero de cubierta aficionado a los cuentos chinos se levantó.

—Ahora mismo yo estoy organizando un comité de amarras. El capitán hará la mayor parte del trabajo atracando, pero quiero que todos vosotros estéis listos para saltar con una cuerda.

Veinte minutos más tarde, navegando a casi ocho nudos contra la corriente, el *Camilla* pasó rozando con su convoy una hilera de dragas que, según el capitán

Jennings, estaban construyendo esclusas y una presa en Braddock.

—Ya era hora. Por encima de aquí, en periodo de sequía, el Monongahela baja tanto que se puede arar.

Las dragas trabajaban por la noche. Un golpe de suerte, pensó, ya que sus luces ocultarían las de los remolcadores.

—Allí está el parque —anunció Jennings.

Bell ya había visto el alto círculo de la noria. Se recortaba contra el fulgor de la luz eléctrica que brillaba en las afueras de McKeesport. Si le quedaba alguna duda sobre lo acertado de su hazaña, se disipó cuando vio la masa de hombres, mujeres y niños que atestaban la orilla del río con fardos en las manos.

—¿Dónde está el comité de defensa? —gritó Isaac Bell desde la cubierta superior del *Camilla* mientras el capitán Jennings flanqueaba sus gabarras contra la orilla.

—En la verja.

—Defendiéndose contra los detectives de Pinkerton.

El foco de Jennings alumbró tierra adentro y Bell vio una imagen que no olvidaría nunca. Mary Higgins había calculado que diez mil personas se habían unido a la marcha desde que esta había arrancado en Gleasonburg. Era una cantidad difícil de imaginar hasta que la luz recorrió la ondulante masa de gente, hombres, mujeres y niños sentados sobre sus hombros, todos mirando hacia el río.

—Vuelva al río en cuanto sus gabarras estén llenas —le urgió al capitán Jennings—. Si yo no he vuelto, zarpe sin mí.

Bell bajó a toda prisa los dos tramos de escaleras hasta la cubierta principal y saltó a la embarrada orilla del río. Los mineros estaban desmontando un puesto de bebidas frías cerrado y cubriendo el barro con tablas. Se encaminó hacia el interior, a través de hectáreas de personas que transportaban sus pertenencias y palos de tiendas envueltos con lona. Anduvo bajo la noria y rodeó un lago. Había un tiovivo inmóvil, con sus caballos cubiertos con telas, y la barraca de fenómenos se hallaba tapada con tablas hasta después del invierno. Cuando finalmente la multitud disminuyó, consiguió llegar a la verja que separaba el parque de los garajes de los tranvías.

Mineros con rifles de palanca vigilaban la valla, que habían cerrado con barricadas hechas con tablas, traviesas y tramos de vía levantados de la estación. Los tiradores estaban de espaldas a la multitud que se alejaba y los focos de los remolcadores que atravesaban el cielo, concentrados en lo que había al otro lado de la verja.

—¿Dónde está Fortis?

El minero encargado del destacamento, un hombre de mirada torva de cuarenta y tantos años, se encontraba en la taquilla. Parecía que llevara mucho tiempo sin dormir.

—¿Señor Fortis? Soy Bell. Jim Higgins me ha dicho que usted cubría la retirada.

—Ya era hora. Fíjese en esos muchachos.

Miró a través de una rendija entre las tablas. Las luces de los garajes de los tranvías estaban encendidas y las enormes puertas abiertas. En el interior, montones de huelguistas armados con palos se habían resguardado de la lluvia. Un tranvía aparcado fuera del garaje le llamó la atención. Había veinte hombres con rifles Winchester sentados en su interior.

—¿Detectives de Pinkerton?

—En ese. Y policías de las minas en otro detrás del garaje.

—¿Dónde están los militares?

—De momento, el gobierno los reserva en McKeesport, pero uno de nuestros espías dice que los presos que han liberado están esperando para atacar a eso de las cuatro de la madrugada. Tengo miedo de que se precipiten cuando vean sus gabarras.

—Ellos también deben de tener espías.

—Esta noche hemos atrapado a tres. Una jugada triple. Ya no informarán a nadie.

—¿Qué les han hecho?

—Hemos ganado tiempo —fue la enigmática respuesta del hombre.

—Quiero estar seguro de que llegan al último barco.

—Estamos armados y listos para correr.

Bell ya se había fijado en las carretillas puestas en fila y cubiertas con lonas.

—¿Qué hay en esas carretillas?

—Rifles, munición y dinamita.

Preguntándose si habría llevado a la agencia de detectives Van Dorn a una guerra abierta, Isaac preguntó:

—¿Seguro que necesitan explosivos?

—Seguro que no nos pillan desprevenidos.

—Vendré a por ustedes cuando hayamos embarcado al último de los suyos.

De nuevo en el río, observó que el embarque se desarrollaba con lentitud. Cuando finalmente el *Camilla* apartó las gabarras de la orilla y zarpó río abajo, y el hijo del capitán Jennings situó la segunda flota al lado, el detective abrió su reloj de bolsillo. Al paso que iban, tendrían suerte si el último remolcador llegaba a la terminal antes de que la niebla matutina se disipara dentro de diez horas.

Henry Clay vio a un joven corredor de bolsa esperando bajo una luz en el lugar donde el *Vulcan King* hizo escala para repostar carbón en Wheeling, Virginia Occidental. Reconoció al tipo de empleado contratado por las sucursales de corretaje del medio oeste que el juez Congdon controlaba con su participación secreta. Cabello corto y peinado, traje planchado, cuello recién almidonado a pesar de la hora tardía, sonrisa esperanzada; el joven estaba deseoso de complacer a cualquiera que viniese de la sede de Nueva York.

—¿Señor Claggart? —preguntó, con los ojos muy abiertos ante el espectáculo del buque de vapor más grande que había visto en su vida alzándose por encima del muelle, ancho como una fundición y el doble de negro.

—¿Es usted de la oficina?

El disfraz de banquero del sur de Clay y su acento habían desaparecido. Se mostró brusco. Su levita oscura, severa como el recién pintado *Vulcan King*, y su caro sombrero de fieltro colocado en un ángulo sobrio, le otorgaban la apariencia de un hombre influyente obligado a viajar desde la gran ciudad para dirigir empresas demasiado importantes como para confiarlas a simples mortales.

—Un telegrama para usted, señor. Por la línea privada.

El joven le entregó un sobre y subrayó su importancia diciendo con voz entrecortada:

—Está en clave.

—En clave quiere decir que es privado —le espetó Clay—. Y privado quiere decir que no lo grite en un lugar público.

Era casi medianoche. El muelle estaba apartado, elegido por su distancia respecto al dique público, y desierto a excepción de los fogoneros del *Vulcan King* que transportaban carbón nuevo en carretillas por el desembarcadero. El joven corredor de bolsa se disculpó tartamudeando.

—Lección aprendida —fue la magnánima respuesta de Clay—. Espere por aquí hasta que le dé la respuesta que debe enviar.

Despachó al corredor con un frío gesto de cabeza y se movió bajo la luz, abrió el sobre con un cuchillo, y enseguida le empezaron a rechinar los dientes. Dentro del sobre encontró el mensaje estándar de la empresa:

IMPRESO A-14

TELEGRAMA PRIVADO RECIBIDO

THIBODEAU & MARZEN, CORREDORES DE BOLSA

WHEELING, OFICINA DE VIRGINIA OCCIDENTAL

En el espacio situado después de «El siguiente mensaje se recibió a la hora»: habían escrito «20.48h».

Después de «Enviado por»: habían escrito «Nueva York».

Y, por increíble que pareciera, después de «Para»: habían escrito «John Claggart».

—¡Joven!

—¿Señor?

Le hizo señas para que se acercara y murmuró con seriedad:

—Informe a su oficina que si el destino me trae otra vez a Wheeling, no usen su formulario habitual para mis telegramas privados, sino que introduzcan el mensaje cifrado en una hoja en blanco sin nombres.

Había aclarado ese punto en todas las sucursales, incluida la de Chicago, donde deberían saber lo que hacían. El único motivo por el que ninguno de aquellos idiotas había escrito «Juez James Congdon» después de por era que nadie sabía que Congdon era el dueño de Thibodeau & Marzen.

El mensaje en sí, escrito a mano, contenía varias secuencias de números de cuatro dígitos. Lo leyó con rapidez y descifró mentalmente los números. A continuación hizo una bola con el papel en su puño.

—¡Soltad amarras!

Recorrió a toda velocidad el embarcadero.

—¿Alguna respuesta, señor? —gritó el joven corredor.

—Envíe esto en clave inmediatamente: «La Punta. Nueve horas».

El juez Congdon estaba furioso. Sus espías en Pittsburgh habían visto a mineros levantando el campamento del parque de tranvías de McKeesport. Cuando estaba a punto de lanzar el telegrama estrujado al agua, Clay se acordó de la lección que acababa de dar sobre privacidad; alisó el papel, lo dobló repetidas veces y lo guardó en el fondo de un bolsillo interior reservado a sus tarjetas de visita.

—¡Soltad amarras, he dicho! ¡Recoged la pasarela de embarque!

Los fogoneros subieron corriendo. Los marineros de cubierta soltaron amarras. El torno de vapor levantó la pasarela de embarque del muelle y la retiró al interior del barco, y el *Vulcan King* se internó en el río poco a poco, dando marcha atrás.

Clay subió corriendo los cuatro tramos de escaleras hasta la timonera.

—¡Vamos! ¿A qué está esperando? ¡A toda máquina!

El piloto vacilaba, con el telegrama de la sala de máquinas en la mano.

—¿Adónde?

—¡A Pittsburgh!

—No sé si hemos repostado suficiente combustible.

Clay cruzó la suntuosa timonera en tres zancadas y empujó las dos palancas del motor a «Avante toda».

—Queme los muebles si no le queda más remedio. Llévenos allí.

Habían tardado un día y medio entero en recorrer seiscientos kilómetros desde Cincinnati. Les faltaban otros ciento cincuenta para llegar a Pittsburgh.



—¿Qué velocidad puede alcanzar?

El piloto se peleó con el timón revestido de latón y el buque de vapor se separó de la orilla.

—Con esta lluvia, el río corre con fuerza —dijo—. Nueve nudos.

Clay alisó el telegrama y volvió a leerlo. Qué estupidez. No había cambiado. ¿Cómo podía cambiar? Se lo guardó otra vez en el bolsillo.

Los ciento cincuenta kilómetros hasta Pittsburgh les llevarían diez horas a nueve nudos.

—Que sean diez nudos.

—No sé...

—Reduzca el agua de las calderas. Aumente la presión. Conseguirá vapor caliente más fácilmente con menos agua.

—También será más fácil que exploten.

—¡Vapor caliente! Haga lo que sea necesario. ¡Diez nudos!

Congdon tenía todo el derecho a estar furioso. Los huelguistas se estaban trasladando en gabarras. Las gabarras de Clay. Sabía Dios adónde iban, pero no podía ser algo bueno. ¿Había cambiado de opinión Mary Higgins? Era poco probable. Nada probable. No, eso olía a cosa de Isaac Bell.

El buque de vapor disponía de modernos tubos acústicos. Clay llamó al carpintero del barco, quien acudió rápido, frotándose las legañas de los ojos.

—Monte el cañón.

—¿Ahora?

—Y la ametralladora.

Mary Higgins sabía que Bell tenía razón. John Claggart, el hombre al que Isaac llamaba Henry Clay, no era un amigo. No de los huelguistas, traicionados por los eslóganes que les habían lanzado: «gobierno inútil» y «sanguijuelas capitalistas». Ni de ella, engañada con tanta astucia. ¿Qué podía haber más seductor para una mujer decidida a crear un nuevo mundo que oír que la anarquía era ridícula?

Pero Claggart no era el enemigo.

No le consolaba haber sospechado correctamente desde el principio que otro hombre pagaba las gabarras. No le había sorprendido cuando Isaac le había dicho que los atracadores de bancos no robaban por la causa de los trabajadores. Nunca había creído del todo la historia de Claggart. Pero había mantenido la esperanza y se había comportado como una borracha: borracha de la causa, borracha de fe, borracha de una convicción inquebrantable. Y como cualquier borracho, ciega a la verdad.

Juró que no permitiría que la esperanza y la fe volvieran a cegarla.

La ira contra Claggart era inútil, peor que inútil. La furia echaría por tierra la búsqueda del hombre que pagaba a Claggart. Él era el enemigo. Él era el provocador que sembraba la violencia para darles a la patronal y al gobierno el pretexto para

destruir el sindicato. Él era el enemigo de la igualdad al servicio de la justicia.

El furtivo Claggart no era el adversario. Un detective, nada menos, y uno sagaz. ¿Letal, había dicho Isaac? Sin duda era letal. Había visto de lo que era capaz. Pero letal para ella, jamás. Eso Mary lo sabía en el fondo. Él jamás le haría daño. Él no era el enemigo. Quería ser su amigo. Ella le dejaría serlo. Un amigo servicial que la llevaría hasta el enemigo.

Cuando la cuarta flota de gabarras se adentró en la oscuridad cargada con dos mil mineros en huelga, sus esposas y sus hijos, Isaac Bell se situó en el haz del foco del remolcador *Sadie* e hizo señas a Archie para que desembarcara. El capitán Jennings había dicho que el *Sadie* era la embarcación más vieja de todas, una reliquia de la guerra de Secesión que había castigado duramente a los confederados en Vicksburg, y cuando Archie descendió del casco bajo de la embarcación a las tablas que los mineros habían colocado para estabilizar la orilla, informó de que las bombas estaban funcionando a toda máquina para compensar las vías de agua de la quilla.

—No dejes que nadie suba a esa gabarra —Bell señaló la barcaza que tocaba la orilla más apartada del remolcador—. La reservo para la dinamita del comité de defensa.

Atravesó corriendo al oscuro y ahora desierto parque de tranvías hasta la verja.

Fortis, el jefe del comité de defensa, estaba agotado.

—Espero que lo tengan todo listo para nosotros. Los presidiarios están decididos a entrar.

Miró a través de una rendija en la verja. Veinte rompehuelgas transportaban un ariete fabricado con trozos de la vía. Cincuenta, como mínimo, se hallaban distribuidos detrás de ellos, todos armados con palos. Por su parte, los detectives de Pinkerton se apeaban ya de su tranvía y se desplegaban, ocupando posiciones con sus rifles.

—¿Dónde está la Policía del Carbón y el Hierro?

—Mire en el tejado.

Entonces los vio, tenuemente recortados contra la luz de McKeesport. Estaban agachados detrás de la cordillera formada por los tejados de los garajes, apuntando con los cañones de sus rifles hacia la verja.

—Tenemos que hacer algo mejor que enzarzarnos en una batalla para cubrir nuestra retirada.

Cuando habló, se dio cuenta de que había unido por completo su destino al de los mineros en huelga.

La dura respuesta de Fortis le recordó que había entrado en una guerra que ya estaba muy avanzada.

—Vamos a darle un recibimiento al ariete que nos hará ganar algo de tiempo... ¡Un momento! ¿Qué hacen ahora?

Un vagón de tranvía se deslizó desde la entrada de uno de los garajes y se detuvo en una curva donde la vía apuntaba directamente a la verja. Si la vía hubiera continuado hasta la valla, el vagón habría sido un ariete electrificado, pero los raíles se desviaban. Desconcertado, Bell observó con atención y de pronto se dio cuenta de que habían arrancado las ventanillas delanteras del vagón. En su lugar, los rompehuelgas habían instalado unos faros desmontados de otros vagones.

Volvió la espalda a la verja justo cuando todos los faros se encendieron al mismo tiempo. Los hombres que tenían la cara pegada a las rendijas de la verja gritaron, momentáneamente cegados. Bell le arrebató un rifle al minero más cercano, trepó a lo alto de la barricada, cerró el ojo izquierdo, entornó el derecho y disparó repetidamente a la deslumbrante luz. El cargador del rifle tenía cinco balas. Cuando se vació, dos faros seguían encendidos. Sacó rápidamente su Colt Army, apoyó el cañón en la parte superior de la verja y apretó el gatillo dos veces.

El parque de tranvías quedó otra vez a oscuras. Las sombras se elevaron desde el suelo y los rompehuelgas, que habían soltado el ariete para ponerse a cubierto, se apresuraron a recogerlo.

—¡Corred! —gritó Isaac—. ¡Corred!

Corrieron hacia las gabarras: veinte mineros empujando carretillas y otros diez disparando a ciegas detrás de ellos, mientras los rompehuelgas arremetían contra la verja. Bell, que cerraba la fila empuñando su pistola, oyó el ariete retumbar contra la verja. Una vez. Dos. Se apresuró en dirección contraria y esperó a que el tercer golpe abriera la verja.

Un fogonazo anaranjado iluminó la oscuridad, seguido de una sonora explosión y los gritos de los consternados rompehuelgas. Cuando los mineros prorrumpieron en vítores, Bell comprendió que el comité de defensa había minado la verja con dinamita y que esta había estallado cuando el ariete chocó contra un detonador.

—¡Así aprenderán esos hijos de puta! —gritó Fortis.

Y los militares tendrán una excusa para atacar, pensó Bell.

El remolcador *Sadie* saludó con su silbato a los hombres que corrían hacia él. El comité de defensa empujó con dificultad las carretillas entre el barro hasta las gabarras, de las que brotaban gritos de ánimo.

Isaac los adelantó a toda velocidad.

—Guarden toda la dinamita en la primera gabarra, lejos de la gente.

Las ruedas se pegaban a la orilla embarrada, y la gabarra en cuestión estaba lejos.

—Aquí estará bien —protestó Fortis—. En esta hay sitio. ¡Dejadla aquí, chicos!

—La dinamita se deteriora con la humedad y se vuelve volátil —respondió Bell—. La han estado transportando bajo la lluvia.

—¿Le vas a enseñar a un minero del carbón cómo manejar explosivos?

Agarró con firmeza el brazo del hombre mayor.

—Volátil quiere decir «bum», que estalla sola. Apártenla de esa gente.

—No voy a aguantar que un mequetrefe...

Levantó su Colt Army.

—Al primer hombre que ponga la dinamita en un sitio que no sea la primera gabarra le volaré la cabeza.

Isaac Bell montaba guardia delante de la timonera situada en la cubierta superior del

remolcador, deseando que la niebla del río fuera más densa. El *Sadie* pasó resollando lentamente por delante de la fundición de Homestead, y el descargador de la Terminal Conjunta del Carbón se alzó contra un cielo cada vez más luminoso.

Oyó gritos.

Una persecución, pensó, buscando una lancha rápida de la policía llena de hombres armados con rifles. Pero los gritos provenían de la primera gabarra, donde unos mineros habían decidido viajar con la dinamita, y parecía una pelea entre borrachos. Bajó corriendo a la cubierta principal y saltó a las otras gabarras, con intención de correr hasta la parte delantera del convoy para intervenir en la reyerta antes de que provocasen una explosión.

Un estruendo amortiguado le indicó que llegaba tarde.

Una columna de humo se elevó de la primera gabarra, mientras un géiser de agua salía disparado al cielo. Le dio la impresión de que un solo cartucho de dinamita había abierto un agujero en el casco. ¿Explotarían el resto antes de que el agua que comenzaba a entrar en la embarcación apagase los detonadores?

La gabarra de la dinamita se estaba hundiendo. Tres hombres subieron tambaleándose a la embarcación de detrás. A medida que la barcaza de los explosivos se hundía, comenzó a tirar con fuerza de las amarras que la sujetaban al resto de las gabarras del convoy. Sin previo aviso, las cuerdas se rompieron con un gran estallido. La gabarra de la dinamita se separó del grupo y el convoy la empujó hacia delante mientras se hundía y se hacía pedazos. Las siguientes gabarras pasaron por encima de tablas, maderas y cajas de dinamita.

Bell temió, con el corazón en un puño, que el resto de la dinamita explotara debajo de las gabarras cargadas de gente. A medida que cada gabarra pasaba haciendo ruido por encima de los restos, las tablas de las quillas se desfondaban, el agua entraba a raudales y la gente trataba desesperadamente de tapar los agujeros.

Sintió el crujido de la embarcación hundida cuando su gabarra pasó por encima. Después le llegó el turno al remolcador. El piloto giró el timón para desviar el convoy del profundo canal.

—¡Se está hundiendo! —gritó un marinero de cubierta—. Ha arrancado la quilla.

Por un instante, Bell se quedó inmóvil. He metido a toda esta gente en esto, pensó, y ahora sus vidas corren un peligro mortal. Por ese motivo Joseph van Dorn le había advertido que no tomara partido. Dos mil personas estaban a punto de ahogarse en un río gélido. ¿Qué demonios podía hacer para salvarlos?

Corrió hacia atrás y saltó sobre la cubierta principal del remolcador. Archie estaba asomado a la sala de máquinas. El agua le llegaba ya a la altura de las rodillas y seguía subiendo. Cuando ahogara el motor, la corriente arrastraría a los pasajeros más allá de la terminal de carbón mientras las gabarras deterioradas se hundían.

Saltó a la inundada bodega de carga y se dirigió hacia un torrente que indicaba la presencia de la brecha en las tablas. El agua le atenazaba las piernas como si fuera hielo. Archie se quitó la chaqueta, se la lanzó y echó a correr, gritando que iba a por

mantas. Bell se encaminó a la brecha, pisoteó la chaqueta de Archie para encajarla en el agujero, se quitó la suya y repitió la operación. A continuación hizo lo mismo con su camisa. Archie volvió con mantas, toallas y las preciadas chaquetas de la tripulación.

Isaac metió las prendas y las mantas en la juntura rota. La vía de agua disminuyó, pero no lo suficiente. El agua seguía subiendo. Escuchó un rumor de vapor. El agua había llegado al horno y estaba empezando a apagar el fuego. La presión del vapor descendía. El motor perdió velocidad y, justo cuando la rueda de popa dejó de girar, sintió que el casco se encallaba en el barro.

Las botas de los hombres que corrían por cubierta cargados de cuerdas resonaron ruidosamente.

—De acuerdo, ha tocado el fondo. No puede hundirse más. Guarda las mantas.

—Necesitarás una más —dijo Archie, lanzándosela—. Las mujeres ya han sufrido bastante. Ahórrales la imagen de su héroe en cueros.

Bell se cubrió con la manta y salió de la bodega. Para su sorpresa, durante el tiempo que había permanecido abajo, el sol había atravesado la niebla y brillaba con intensidad. En tierra, la suave pendiente de la Terminal Conjunta del Carbón se veía salpicada de las tiendas blancas montadas por quienes habían llegado en las primeras caravanas. Le llegó el olor a beicon frito y café recién hecho. A la sombra del descargador de carbón, unos niños jugaban un improvisado partido de béisbol.

—Qué vista más alegre, Isaac. Un sitio más seguro, y nadie se ha ahogado por el camino.

—Sería mucho más alegre si no estuvieran arrancando esa vía.

Mil mineros estaban levantando la vía sobre la que los trenes del carbón entraban en la terminal. Mil más volcaban vagones y bloqueaban los raíles de tranvía del Triángulo Dorado.

—Se están atrincherando —le explicó Archie—. No puedes culparlos de no dejar entrar a los detectives de Pinkerton.

—Ni a la policía.

Bell dirigió la atención del muchacho a la parte central de la lengua de tierra de la terminal.

Un contingente de agentes de Pittsburgh uniformados bajaron de un tranvía que había parado junto a un montón de traviesas y un hueco en la vía. Un segundo contingente pululaba alrededor de las vías bloqueadas del lado de Homestead. No formaron una fila ni atacaron. En el río, una lancha de vapor de la policía daba vueltas de un lado a otro agitadamente, como un pájaro incapaz de evitar que su nido fuese invadido. Los agentes en tierra volvieron a subir a sus tranvías y se marcharon.

Mientras observaba cómo los mineros fortificaban el lugar, tuvo que reconocer que Archie estaba en lo cierto. El lugar en el que se habían instalado era vulnerable hasta que cerraron los accesos con barricadas, pero eso le daba el aspecto sombrío de una guerra.

—Por lo menos, los exaltados han perdido la dinamita —comentó—. Tal vez ahora los dos bandos puedan sentarse a negociar.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Archie.

Contemplaba el río detrás de Bell; su expresión era una mezcla de perplejidad y asombro. Isaac se volvió para mirar.

Un enorme buque de vapor rodeaba la lengua de tierra, con sus chimeneas expulsando humo y la rueda a popa formando espuma. Era inmensamente largo y alto, y negro como el carbón.

—¿Eso de la cubierta de proa es un cañón? —preguntó Archie.

Bell se protegió los ojos con las manos y se centró en el arma.

—Un Hotchkiss de cinco centímetros —respondió—. Wish y yo abordamos un cañonero de la marina en Nueva Orleans que tenía unos iguales.

—¿De dónde demonios lo han sacado?

—Es más, ¿quiénes son y qué quieren?

—No veo su nombre.

—*Vulcan King*.

El gigante negro se acercó.

Uno tras otro, y luego por cientos, los hombres que levantaban barricadas y las mujeres que montaban tiendas interrumpieron lo que estaban haciendo. Diez mil personas se quedaron inmóviles, esperando que la negra aparición girase en medio del río y les apuntase con su cañón. Navegaba muy despacio, sin apenas remover el río con su gigantesca rueda, más y más cerca, a una velocidad no menos amenazante para su majestuosidad.

Se detuvo justo enfrente de la lengua de tierra, resistiendo la fuerza de la corriente. No se veía a nadie sobre la cubierta, ni un marinero, ni un fogonero. Las puertas de las calderas y la sala de máquinas estaban cerradas, y el piloto resultaba invisible detrás de un cristal en el que resplandecía el sol. Diez mil personas contuvieron el aliento. ¿Dónde he metido a esta gente? Se preguntó Isaac Bell una vez más.

Hubo un sobresalto general cuando el barco hizo sonar su silbato.

Entonces avanzó cortando la corriente río arriba, giró en el recodo de la fundición de Homestead y desapareció.

—¿Adónde va? —preguntó Archie.

—Yo creo que a recoger a los detectives de Pinkerton —respondió Bell—. Tendremos que averiguarlo. Si estoy en lo cierto, mientras que los mineros ocupen esta lengua de tierra, los patronos ocuparán el río. Y si esto no es el inicio de una guerra, no sé qué puede ser.

Una vez que se hubo secado y cambiado de ropa, Bell fue a buscar al piloto del *Camilla*.

Encontró al capitán Jennings y a su hijo en una taberna de Smithfield Street, subiendo la cuesta desde donde estaban atracados sus barcos. Los dos pilotos lo felicitaron por la travesía sin contratiempos de los huelguistas.

—¿Han visto el *Vulcan King*? —les preguntó.

—Era difícil no verlo —contestó el Jennings más joven.

—¿Quién demonios pintaría de negro un vapor? —añadió su padre.



—¿Quién es el dueño?

Los dos pilotos se encogieron de hombros.

—No lo había visto en mi vida. Ahora mismo nos estábamos preguntando si no nos confundiría el color negro. Pero incluso imaginándolo blanco, no me suena.

—¿De dónde creen que venía?

—No fue construido en Pittsburgh, o lo sabríamos con seguridad. Eso deja dos posibilidades: Louisville o Cincinnati.

—¿Ninguna más?

—Hizo falta un astillero enorme para construir un barco de ese tamaño. Como he dicho, Louisville o Cincinnati. Yo diría que Cincinnati, ¿no te parece, papá?

El Jennings mayor se mostró de acuerdo.

—Un astillero grande y con solera como Held & Court.

—¿Siguen en el negocio, papá?

—Son los únicos que quedan que hagan barcos como ese.

—¿Qué les parece el cañón? —preguntó Bell.

—Poca cosa —contestó el padre.

—Los barcos de río están hechos de materiales endebles —explicó su hijo—. El retroceso lo hará pedazos.

—¿Podrían reforzarlo para que aguantase el retroceso?

Los dos Jennings escupieron tabaco.

—Deberían.

—Insurrección. —El juez James Congdon dirigió una mirada glacial al comedor de paredes paneladas del club Duquesne—. Cuando me ofrecieron pronunciar un discurso ante los augustos miembros de este club, mi intención era titularlo «Nuevas economías en las industrias del carbón, el hierro, el coque y la siderurgia». Sin embargo, por motivos obvios para cualquiera que viva en esta asediada ciudad, el tema de mi discurso ha cambiado a «Insurrección».

Se llevó un vaso de agua mineral a sus labios arrugados, echó atrás la cabeza y se lo bebió de un trago antes de continuar:

«Casualmente, soy su orador invitado el mismo día que las fuerzas criminales del radicalismo y la anarquía salvaje se han apoderado de una empresa moderna en la que yo tengo participación, la Terminal Conjunta del Carbón. La terminal es un centro de distribución de carbón al este, el oeste, el norte y el sur. El invierno se avecina. Los ciudadanos se congelarán en sus hogares, las locomotoras se pararán y los hornos de las fábricas se quedarán sin combustible. Estarán de acuerdo conmigo en que la insurrección es un tema que, si bien no es uno de mis preferidos, nos toca muy de cerca».

Los miembros del club se rieron nerviosos.

«Si este ataque se produjera en Nueva York, desde donde dirijo mis negocios, no

me cabe duda de que el gobierno reaccionaría con contundencia y celeridad. Como no tengo la suerte de poseer una residencia en Pittsburgh, solo puedo aventurar la reacción de los concejales de su ciudad a este desafío. De momento, lo dejaré en sus manos, confiando en su lealtad a las instituciones estadounidenses, su decoro, sus principios y su valor para hacer frente a los obreros, que tienen demasiada influencia en el estado de Pensilvania.

»Pero a ustedes, los que han construido esta gran ciudad transformando los minerales que Dios depositó en las montañas de Pensilvania en la industria más poderosa que el mundo ha visto jamás, produciendo más hierro, acero y carbón de los que Gran Bretaña y Alemania podrían soñar, a ustedes, titanes, les digo que hay que meter a los obreros en cintura.

»Hay que enseñarles cuál es su sitio o destruirán todo lo que hemos luchado por construir. Si no dominamos a los obreros, futuras civilizaciones ilustradas nos contemplarán con lástima. “¿Qué es lo que no hicieron?”. “No lucharon”, será la respuesta. ¡Los hombres buenos no lucharon contra el mal!».

El juez Congdon dio un puñetazo en la mesa, observó con furia, una a una, las caras que lo miraban boquiabiertas, volvió la espalda y bajó del estrado airadamente.

Se hizo un silencio sepulcral, seguido del clamor de los aplausos.

—¡Vuelva! —gritaron, sin dejar de aplaudir—. ¡Vuelva! ¡Vuelva!

Congdon regresó al estrado con una sonrisa glacial.

—Espero que los hombres de Pittsburgh sepan quién es el enemigo y tengan el valor de enfrentarse a él —dijo—. A los que no lo tengan, a los que contemporizarían, a los que reprimirían a las fuerzas del orden, les digo: «Apártense y déjenos hacer nuestro trabajo».

El especial de James Congdon estaba esperándolo en un andén de Union Station reservado a trenes privados. La locomotora Atlantic 4-4-2, que acababa de salir, reluciente, de la rotonda circular, ya se había calentado, y el revisor se estaba organizando para despejar la vía con un jefe de sección de la línea de Pensilvania. El cocinero abría ostras de la bahía de Delaware, un camarero enfriaba el champán, y la actriz que lo acompañaba en el viaje a Nueva York disfrutaba de un baño caliente.

El propio Congdon alzó una copa de *brandy* en la biblioteca panelada que hacía las veces de despacho móvil y dijo:

—Nada sienta mejor en Pittsburgh que marcharse.

—Parece muy alegre para ser un hombre a cuyo negocio le han echado el guante los radicales —comentó Henry Clay.

—¡Pobres! —respondió Congdon entre risas—. Se han superado a sí mismos, y también le han superado a usted, seguro que no lo habría planeado mejor.

—Han sobrepasado mis expectativas —reconoció Clay—, incluso mi imaginación, pero me atribuyo el mérito de haber creado el ambiente que los ha

estimulado.

—Mérito concedido. Y ahora, ¿qué?

—Haremos explotar buques de vapor e incendiaremos sedes de sindicatos.

—¿Por ese orden?

—Al mismo tiempo.

Congdon observó atentamente al joven.

—Está haciendo un trabajo excelente, lo reconozco.

—Esperaba que lo dijera.

Pues claro que lo esperabas, pensó Congdon, pero solo dijo:

—Se lo merece.

Consultó el reloj dorado de la pared y abrió la persiana de palo de rosa. La ventanilla del tranvía daba al parque ferroviario y a las vías muertas que serpenteaban hasta los andenes privados.

—¿Existe mejor símbolo del capitalismo desenfrenado que un tren especial? —preguntó.

—Ninguno. Los yates palidecen a su lado.

—¿Ha considerado que los despiadados huelguistas destrocen un especial?

Clay se irguió en su asiento, alerta como un terrier.

—El gobernador no tendría más remedio que hacer intervenir al ejército y colgar a los huelguistas de las farolas.

—¿Está pensando en alguno en concreto?

—Ve mis intenciones como si fuera transparente. —Congdon sonrió, pensando, mientras Clay se iluminaba como un faro: Vaya, vaya, ¿eso te hace sentir orgulloso?, pensó—. Cualquiera serviría.

Mientras hablaba, apareció una locomotora arrastrando un bonito tren de cuatro vagones pintados con el color verde de la línea de Reading, con el ribete amarillo resaltado en dorado, como correspondía al presidente de la línea.

—¡Mire! Por ahí viene uno.

—Parece el de R. Kenneth Bloom.

—Creo que es el suyo.

—¿Dos pájaros de un tiro?

—¿A qué se refiere? —preguntó Congdon.

—El presidente Bloom se ha resistido a su oferta de compra de la línea de Reading.

—Supone usted demasiado. Tenga cuidado.

—Discúlpeme —respondió en tono arrepentido—. No me acuesto desde hace varios días. No pienso con claridad.

—Duerma —dijo Congdon. Acto seguido, para captar aún más la atención de Clay, esbozó una sonrisa cordial y añadió—: Tres pájaros, de hecho.

—¿Perdón?

—Resulta que el joven Bloom, que ha estado incitando a su padre a defenderse y

le ha infundido el ánimo que no tenía, va a hacer un viaje de ida y vuelta a Cincinnati. Cuatro horas de ida, una reunión secreta en el club Queen City con unos banqueros y cuatro horas de vuelta. Tendrá un invitado a bordo, un amigo de la familia al que ha pedido que lo acompañe. Se llama Isaac Bell.

Henry Clay se alegró y se asombró al mismo tiempo.

—¿Cómo lo sabe?

—La resistencia de Bloom me ha obligado a contratar espías.

Se puso en pie de un salto, olvidándose del sueño.

—Tres pájaros. Una jugada triple.

Isaac Bell no encontraba a Mary Higgins. Un nuevo inquilino se había instalado en su habitación y la patrona no tenía ninguna dirección de contacto.

Se dirigió al campamento en el tranvía de la Segunda Avenida hasta el final de la línea, donde los huelguistas habían arrancado la vía. Las expresiones de los hoscos policías de Pittsburgh que observaban a una manzana de distancia dejaban a las claras que temían lo evidente: entre los mineros que defendían el campamento había veteranos del ejército que habían participado en la guerra de España y en la de Filipinas, militares que conocían su oficio.

Habían instalado una verja de hierro cuya entrada tenía la anchura justa para permitir el paso a los hombres de uno en uno. Bell mostró un salvoconducto firmado por Jim Higgins y solo entonces lo dejaron entrar, y cuando cruzó, lo hizo bajo la atenta mirada de unos tiradores con rifles apostados estratégicamente. Había centinelas situados en lo alto del descargador de carbón, con vistas de la ciudad en tres direcciones. Cualquier movimiento de la policía o los militares se vería a un kilómetro y medio de distancia, mucho antes de que llegaran a la verja. Y en los bajíos del río, junto a la orilla, los huelguistas habían hundido las gabarras que los habían transportado hasta allí y habían formado un tosco rompeolas, como la muralla almenada de un castillo, que dificultaría el desembarque de las lanchas de la policía.

Dos mil tiendas dispuestas en ordenadas hileras, con paseos rectos entre ellas, transmitían todavía más un ambiente de campamento militar. En cambio, mujeres bien vestidas, miembros de las iglesias y organizaciones benéficas de Pittsburgh, se paseaban majestuosamente con largas faldas, dirigiendo la colocación de las tiendas de cocina y los grifos. La presencia de esas mujeres, pensó Bell, era lo que debía de estar refrenando a la policía, más incluso que los tiradores. Por no hablar de los concejales con los que estaban casadas. Resultaba divertido imaginar cuántos peces gordos de la burguesía dormirían en sus clubes hasta que la huelga se resolviese. Pero a pesar de las sólidas defensas, la competente administración y las organizaciones benéficas, el campamento de los mineros del carbón padecía una precariedad que una severa matrona a la que Bell escuchó de pasada expresó a la perfección:

—Todo está muy bien hasta que nieve.

Encontró a un atosigado Jim Higgins dirigiendo la operación debajo del porche de lona de una tienda. El hermano de Mary le dijo que no la había visto desde la noche que habían cogido sus gabarras. No tenía ni idea de dónde estaba. Reconoció que estaba preocupado y le pidió que, en caso de encontrarla, le comunicara que necesitaba desesperadamente su ayuda.

Cuando se disponía a marcharse para regresar al centro, alzó la vista y por un momento no pudo por menos que sonreír. Un pintor con sentido del humor estaba cambiando el letrero de la Terminal Conjunta del Carbón situado encima del descargador para que pusiera:

## TERMINAL CONJUNTA DE MINEROS

La sede del sindicato en el centro de la ciudad estaba desierta; solo un hombre mayor, casi un anciano, permanecía allí, aparentemente al mando. Tampoco él había visto a Mary Higgins ni había tenido noticias de ella.

Bell encontró a Mike y Terry al fondo, sentados alrededor de una estufa, bebiendo café.

—Os voy a dejar elegir, chicos. Ahora que Jim Higgins está escondido en la Terminal Conjunta del Carbón, podéis volver a Chicago como miembros de los servicios de seguridad o podéis trabajar en mi brigada.

—¿Hancock y Van Dorn están de acuerdo?

—Ya lo aclararé con ellos —aseguró Bell.

Les pagaría de su bolsillo si no le quedaba más remedio. Le vendrían bien.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Averiguad adónde se dirigió el gran barco negro. Tengo la corazonada de que deberíais empezar a investigar en McKeesport. De cualquier modo, quiero saber quiénes son y adónde van a ir ahora, porque no creo que ese trasto llegara aquí por casualidad.

Esperó a que dejaran sus tazas de café y se levantasen, pero se quedaron sentados.

—¿Hay algún problema, caballeros?

—La verdad es que no.

—Entonces poneos en marcha.

—Claro. —Se cruzaron miradas intensas y solemnes inclinaciones de cabeza—.

Solo un detalle.

—¿Y bien?

—Hemos oído que preguntabas por la señorita Mary.

—¿La habéis visto?

—Sí. Es decir, bueno...

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En los teatros. Junto al río.

—¿Con quién estaba?

—Estaba hablando con muchos tipos.

—Si volvéis a verla, seguidla. Mientras tanto, buscad el barco negro. Volveré mañana.

—¿Adónde vas?

—A Cincinnati. Si me necesitáis por una emergencia, enviadme un telegrama a nombre de R. Kenneth Bloom hijo, línea de Reading. Su tren tiene un pulsador telegráfico.

—¿Cómo es que conoces a un tipo que tiene su propio tren?

—Nos escapamos juntos al circo.

Henry Clay abrió la puerta de su casa. Las cortinas corridas oscurecían el ambiente. No había terminado de entrar y se disponía a darle al interruptor de la pared cuando percibió una presencia. Desprevenido, demasiado tarde para volver a salir, se lanzó de lado hacia la pared, activó el interruptor con la mano izquierda y sacó su Bisley con la derecha. La luz le mostró la figura sentada en un sillón a la que estaba apuntando.

—No voy armada.

Mary Higgins levantó las manos para mostrar que estaban vacías.

—¿Cómo me has encontrado?

—Cuando me enteré de que eras un detective —respondió tranquilamente—, me pregunté cómo podría seguirte la pista yo sola sin que me descubrieras. Pensé en contratar a otro profesional para que te encontrara.

—¡Bell!

—No. ¡No seas ridículo! Pensé en los guardaespaldas de mi hermano. Los servicios de seguridad Van Dorn se enorgullecen de ser más que guardaespaldas.

—Patanes. Ellos no podrían encontrarme.

—Eso mismo creí yo. Además, irían directos a contárselo a Bell.

—Entonces, ¿cómo me has encontrado?

—Recordé que los viejos colegas de la brigada de Bell me dijeron que los granujas que pusiste al cargo de las gabarras habían huido de la ciudad, pero no me pareció verosímil. ¿Por qué dejarían que un par de detectives de Van Dorn los echasen de su ciudad natal? Así que fui a buscar caras conocidas.

—¿Dónde?

—En casinos y teatros de variedades junto al río.

—Dios mío, te podrían haber matado, o algo peor.

—No he muerto. Ni siquiera me puse en peligro.

—Tuviste suerte. La gente que frecuenta esos sitios no dudaría en echar hidrato de cloral en la bebida de una chica inocente.

—Reconocería el olor de un somnífero en mi té —dijo lacónicamente.

—No se detecta tan fácilmente como la gente cree. Hay formas de componerlo para enmascarar el sabor y el olor.

—Sabes más del tema que yo —contestó intencionadamente—. Lo cierto es que conocí a algunos tipos muy caballerosos, incluido uno de tus granujas. Me indicó cómo encontrar al hombre que yo no creía que hubiera huido de Pittsburgh. Me recomendó que te buscara en esta calle de bloques de pisos. He sonreído a muchos porteros.

—Pero el casero no me conoce como Claggart.

—Oh, no le he dicho tu nombre. No te delataría de esa forma. Solo te he descrito.

—¿Cómo has abierto la puerta?

—No la he abierto. He subido por la escalera de incendios.

Aliviado, Clay guardó la Bisley en su pistolera. Una cosa era que una chica inteligente hiciera pesquisas, sobre todo si tenía una sonrisa encantadora, pero la extremadamente inusual habilidad de forzar cerraduras la haría mucho menos inocente de lo que él creía que era. Sin embargo, le preocupaba que hubiera estado sola en su piso. Tenía cuidado de no dejar pistas, pero hasta el hombre más precavido podía delatarse con un error nimio.

—¿Cuánto tiempo has estado esperándome?

—Lo suficiente para echar un vistazo. Vives bien. Es un piso caro.

—¿Quién te dijo que era detective? ¿Bell?

Ella asintió con la cabeza.

—Bell tergiversó la verdad. Fui detective en el pasado. Ya no lo soy.

—¿Qué eres ahora?

—Soy John Claggart.

—Isaac te llamó Clay. Henry Clay.

—Henry Clay ya no existe.

—¿Y qué eres tú, John Claggart?

—Soy un revolucionario.

—Me resultaba más fácil de creer cuando llevabas ropa de trabajador. Con una levita elegante y un sombrero de fieltro pareces un Morgan o un Vanderbilt.

—Si a ti te cuesta creerlo, con suerte al enemigo también le costará.

—¿Quién pagó las gabarras?

Estaba preparado para la pregunta.

—Atracos de bancos.

—Atraparon a los atracadores.

—¿Te lo dijo él?

Ella asintió de nuevo.

—Bell no sabe tanto como cree. No los atraparon a todos. El que escapó robó la mayoría del dinero, con diferencia. Y cuando necesita más, puede robar en otra ciudad. Entra en el despacho del presidente del banco vestido con una levita y un sombrero caro, se queda con él después de la hora del cierre y sale sin hacer ruido con un bolso lleno.

—Quiero creerte.

—Me conmueve profundamente oírte decir eso. —Era asombroso, pensó, pero ella le creía de verdad—. Me honras.

—Todo lo que hemos hecho no ha servido de nada. Ahora que las gabarras se han perdido, nuestro plan se ha ido al garete.

—Me gustaría hacerte una pregunta: ¿odias a Isaac Bell por robar las gabarras?

—Claro que lo odio. Él lo ha estropeado todo.

—¿Lo matarías? —prosiguió Clay.

—Jamás.

Mary respondió con vehemencia.



—¿Por qué no? La venganza puede ser dulce.

—Nunca mataría a una persona. Por ningún motivo.

—¿Quieres que lo mate yo?

La respuesta se hizo esperar. Él observó cómo sus ojos grises recorrían la habitación y sus caros muebles, hasta que volvieron a posarse en él.

—No. Sería un desperdicio de energía.

—¿Qué es lo que quieres?

—Lo que siempre he querido. Derribar a la clase capitalista, pararles los pies. Sigo pensando que la mejor forma de conseguirlo es deteniendo la producción de carbón.

—La huelga está sirviendo de mucho.

—No. Los esquirols extraen más de medio millón de toneladas a la semana. Los empresarios están recuperando el control de la producción, y ahora que los mineros tienen una base en la terminal, negociarán, y la huelga se resolverá con una miseria para los mineros y sin que el sindicato sea reconocido. Debemos hacer algo para evitarlo.

—¿Qué?

—No lo sé. Esperaba que tú lo supieras.

—Tengo planeados varios incidentes —reconoció—. Toda clase de disturbios.

—¿Qué disturbios?

Clay se quitó el sombrero y se hundió en el sillón.

—Discúlpame —dijo—. Hace tres días que no cierro los ojos ni me cambio de ropa. Necesito dormir para pensar con claridad.

—Volveré más tarde.

—No tienes por qué marcharte. Cerraré los ojos en este sillón.

—Sería mejor que me fuera —insistió ella remilgadamente.

—Claro.

La acompañó a la puerta y le estrechó la mano. ¿Estaba temblando?, se preguntó él. ¿O era la suya?

El primer paso había sido productivo, pensó Mary, pero necesitaba más. El registro de su piso, condicionado por el miedo a que él se diera cuenta, no había arrojado ninguna pista sobre la identidad del hombre para el que Claggart-Clay trabajaba, nada que la acercara un solo centímetro más al enemigo.

—Espero que entiendas que exijo más a alguien con quien uno mis fuerzas —le había dicho ella.

—¿Más qué?

—Más que vagas promesas de disturbios.

Claggart la sorprendió.

—Necesito dormir. Cuando despierte, tendrás más.

—¿Promesas?

—¿Recuerdas la jugada triple de Harry O'Hagan?

—¿Quién no la recuerda?

Mary asintió con la cabeza, impaciente. Había más información en los periódicos sobre el milagro del primera base que sobre la huelga.

—Te daré resultados —le aseguró—. Una jugada triple más grande que la de O'Hagan.

Incluso después de celebrarlo corriéndose una juerga que duró más días de lo debido, Court Held seguía sin poder creer la suerte que había tenido vendiendo el *Vulcan King*. Por eso le pareció inconcebible que otro hombre vestido de blanco, aunque más alto y joven, entrara en su despacho para preguntar si tenía algún buque de vapor grande en la propiedad.

—¿Cómo de grande, señor?

—Del tamaño de un palacio flotante.

—Me queda uno.

—Me dijeron que tenía dos.

—Así es. He vendido uno hace poco.

—¿Puedo preguntarle a quién?

—No puedo decírselo. Estoy obligado a respetar la privacidad del comprador.

Para sorpresa de Held, el joven alto, que era aproximadamente de su edad, se rio a carcajadas.

—Vaya, eso lo demuestra.

—¿Qué demuestra, señor? Creo que no lo entiendo.

—Cierta caballero acaudalado y yo participamos en competiciones amistosas. Empezamos en los negocios, comprando empresas el uno al otro, como fábricas, ferrocarriles o bancos, pero ahora hemos pasado a contiendas más agradables. Hicimos una carrera de yates a través del océano Atlántico. Él ganó, por los pelos. Después hicimos una carrera de trenes de San Francisco a Chicago. Le gané por cincuenta cuerpos. Ahora me ha desafiado a una carrera de barcos de vapor. De Pittsburgh a Nueva York, y vuelta.

—Me parece una idea estupenda.

—Sí, solo que es evidente que él lo ha planificado por adelantado y ha comprado el único barco disponible. Y ahora usted dice que tiene uno igual de bueno.

Court Held le guiñó un ojo.

—Le aseguro, señor, que él no compró el más rápido.

—No me diga.

—No. Aunque es el más resistente, el *Vulcan King* no es tan rápido como el *White Lady*.

—¿Por qué?

El empresario bajó la voz y echó un vistazo al astillero vacío, como si quisiera asegurarse de que estaban solos.

—Lleva mucho peso de más, ya que el gobierno quiso reforzarlo para que llevara un cañón.

—Entonces, ¿el *Vulcan King* es mucho más resistente?

—Las cubiertas, sí. Entre usted y yo, cualquier buque de vapor es más una idea de barco que un barco sólido. Tienen vidas breves. Los nuestros son los mejores que

puede encontrar, pero ninguno ha durado tanto.

Bell recordó el comentario del capitán Jennings sobre los materiales endeble de los buques de vapor.

—Antes de comprarlo, me gustaría estar seguro de que él ya ha comprado el suyo. También nos tomamos el pelo, ¿comprende? Hace poco le gasté una buena, y seguro que quiere vengarse. Así que quiero tener la certeza de que no me ha tendido una trampa para que compre un barco que no necesito.

—Siempre podría usarlo para viajar.

—¿Cuánto tarda en llegar de aquí a Pittsburgh?

—Ya le he dicho que es un barco rápido. Navegaría de Cincinnati a Pittsburgh en dos días.

—Mi tren especial me acaba de traer aquí en cuatro horas, así que no tengo intención de viajar en barco, pero sí de participar en la carrera, si finalmente la hay. Se lo volveré a preguntar: ¿quién compró el otro barco?

—Se llamaba Smith.

—¿Smith?

—Smith. Lo sé. Yo también me preocupé.

—No creo que yo aceptase un cheque de un forastero que se hiciera llamar Smith.

—Yo tampoco. No aceptaría dinero en efectivo de ningún hombre que se hiciera llamar Smith.

—Es mucho dinero para que un forastero lo lleve encima.

—Pagó en títulos al portador.

—¿Títulos al portador? Son una propuesta arriesgada. ¿Cómo garantizó que seguían siendo válidos?

—La agencia emisora era una compañía de corredores de bolsa. Thibodeau & Marzen. Me llevó directo a su sucursal de Cincinnati, en la calle Siete Este, y salí de allí con el dinero.

—¿Qué aspecto tenía?

—No tan alto como usted. Un poco más ancho. Pelo moreno, al menos el que pude ver debajo de su sombrero.

—¿Barba?

—Ni barba ni bigote.

Bell sacudió la cabeza.

—Tal vez se afeitó... Siempre le he hecho creer que le hacía mayor. Dígame, ¿de qué color tenía los ojos?

—Tenían un color raro. Cobrizo, como los de una serpiente. Me resultaban desagradables.

—Vaya. No es él.

—¿Qué quiere decir?

—Él los tiene azules.

Bell se levantó.

—Lo siento, señor Held. El muy canalla ha intentado engañarme para que comprara un barco que no necesito.

—Tal vez lo comprara en Louisville o Nueva Orleans.

—Si me entero de que lo hizo, volveré.

Se puso el sombrero y se dirigió hacia la puerta, sintiéndose un poco culpable por la decepción que lucía la cara de Held. Se le ocurrió una idea curiosa: un plan que podía cambiar drásticamente la situación en Pittsburgh y, con suerte, reducir la tensión.

—Señor Held, conozco a unos tipos que podrían estar interesados en un buque de vapor.

—Pues envíemelos y le daré una comisión.

—No podría aceptar una comisión entre amigos. El problema es que esos tipos no tienen mucho dinero.

—He invertido mucho dinero en ese barco.

—Lo entiendo. ¿Consideraría alquilarlo?

—Es posible.

—Les hablaré a mis amigos del barco. Mientras tanto, deje que le pague el carbón para que lo ponga en marcha mañana.

—¿Mañana?

Una luz glacial brilló en los ojos de Isaac Bell.

—Ahora que lo pienso, seguro que puedo tenerlo preparado —dijo Held—. Mañana por la mañana estará listo.

Le pagó el carbón y la mano de obra y subió a un tranvía de regreso al distrito comercial. Se apeó delante de una oficina de Western Union y envió un largo telegrama a Jim Higgins sobre el *White Lady*, recomendándole que reuniera a unos cuantos hombres con experiencia en buques de vapor. Se dirigió después a la calle Siete Este y encontró la sucursal de Thibodeau & Marzen en Cincinnati en la planta baja de un edificio de primera clase.

Se quedó fuera, leyendo las letras grabadas en pan de oro en la ventana, mientras pensaba cómo Wish Clark o Joseph van Dorn obtendrían información sobre «Smith» de aquellos importantes corredores —la principal agencia con sede en Nueva York que había en Cincinnati, a juzgar por el aspecto de la oficina—, y que tenían todos los motivos para no querer dársela.

Empezó ofreciendo una tarjeta de visita de Dagget, Staples & Hitchcock, una consolidada compañía de seguros de Nueva Inglaterra. Joseph van Dorn había llegado a un acuerdo para permitir que agentes seleccionados la utilizaran como tapadera comercial a cambio de realizar discretas investigaciones sobre oportunidades de seguros y pérdidas sufridas. Avisaron al mismísimo director de Thibodeau & Marzen. Detrás de la cordial sonrisa de hombre de negocios del corredor, Bell distinguió a un ejecutivo serio y sensato, un hueso duro de roer.

—¿Dagget, Staples & Hitchcock? Mucho gusto, señor Bell. ¿Qué le trae desde

Hatford, Connecticut?

—Los jefes me han enviado en misión de reconocimiento.

—Bueno, como los corredores de bolsa y las compañías de seguros son socios potenciales antes que adversarios, creo que ha empezado en el lugar adecuado. ¿Puedo ofrecerle un refrigerio en mi despacho?

Se tantearon el uno al otro mientras bebían *bourbon*: el director intentando averiguar el estatus de Bell en la venerable empresa de Hartford, y el detective dejando caer los nombres de algunos padres de compañeros de escuela que había conocido y hombres sobre los que había leído en los recortes de periódico de Grady Forrer. Rechazando la hospitalaria oferta de otra copa, dijo:

—Me han pedido que investigue unos títulos al portador que han desaparecido en Chicago.

—Los títulos al portador desaparecidos no son plato del gusto de nadie, dado que quien los posee puede cobrarlos y quien los ha perdido no puede. Claro que no hace falta que se lo diga a alguien que se dedica a los seguros.

—Dagget, Staples & Hitchcock no aspira a recuperarlos, ni las pérdidas, cosa que como usted señala sería imposible. Sin embargo, sí nos interesa mucho el hombre en cuyas manos acabaron.

—Si no es la primera vez que títulos al portador acaban en las manos de ese hombre —respondió lacónicamente el jefe de la sucursal—, no me sorprende que les interese.

De momento, pensó, el jefe de la sucursal lo estaba toreando diestramente, como si llevara el tiempo suficiente en el negocio como para adivinar lo que ese visitante, en apariencia despreocupado, iba a pedirle.

—No me sorprendería que tuviera usted una vaga idea de la pregunta que voy a hacerle —soltó el joven detective.

—Ni la más mínima sorpresa —respondió el director con una sonrisa fría.

—Los últimos que desaparecieron eran títulos ferroviarios. En documentos de veinticinco mil dólares.

—¿Puedo preguntarle de qué compañía?

—Pudieron ser muchas. El dueño, el anterior dueño, por así decirlo, tenía afición a los títulos ferroviarios y era propietario de una amplia gama, con distintas fechas de vencimiento e intereses nominales.

—Por supuesto.

—De los que fueron robados de su caja fuerte, nos interesan especialmente tres que fueron cobrados antes de terminar la semana en una sucursal de la agencia emisora.

—¿Mi sucursal?

—Le aseguro que no estamos insinuando ninguna incorrección por su parte, y desde luego tampoco por parte del señor Court Held.

—Supongo que no.

—Ciertamente no, en su caso. Pero sí que nos encontramos, en contadas ocasiones pero alguna que otra vez, que hombres de negocios que atraviesan malas rachas cometen todo tipo de estupideces, de modo que tengo muchísimo gusto en comunicarle que esto no tiene nada que ver con el señor Held, aparte del hecho de que el hombre que le dio los títulos en el curso de una transacción legítima podría, y subrayo la palabra «podría», ser el hombre que hemos estado investigando.

El director no dijo nada.

—Se llama John Claggart.

—No es el mismo hombre.

—A veces se hace llamar Henry Clay.

—No esta vez.

—¿Puedo describírselo?

—Adelante.

Isaac describió a Henry Clay, terminando por el color de sus ojos.

—Se hizo llamar Smith —reconoció finalmente el director de la sucursal de Thibodeau & Marzen—. Los títulos eran de la Compañía Ferroviaria de New Haven y vencían en 1908, con un interés nominal del 5 por ciento.

—Gracias.

A pesar de todo, Bell estaba decepcionado. Había abrigado la ligera esperanza de que el director tratase de proteger a Claggart. Con sucursales por todo el medio oeste, Thibodeau & Marzen sería una buena tapadera para un detective privado o un provocador fugado.

—Me pregunto si hay algo más de lo que deba informar sobre el señor Smith. ¿Quizá algo que pueda ayudarnos a averiguar su paradero? Espero haber dejado claro que la compañía lo considera un ladrón resuelto que volverá a atacar.

—Por fin se anda sin rodeos, joven.

—Algo. Cualquier cosa.

El director se levantó bruscamente.

—No, señor. Nada que yo recuerde.

Bell también se levantó. No le creía. Había tocado un tema delicado, y probablemente lo había puesto en una posición en la que no quería estar.

—El hombre que me enseñó mi oficio me dijo una vez que lo más difícil del mundo es conseguir que un hombre haga lo correcto por el motivo equivocado.

—¿Qué oficio es ese, señor Bell?

—Soy detective privado.

—Espero que no piense que me escandaliza su confesión. ¿De qué agencia?

—Van Dorn.

—Ah. Una compañía de confianza... Bueno, por fin es sincero. Me arriesgaré a ser sincero con usted. Smith me hacía sentir incómodo. En primer lugar, ¿quién demonios compra un palacio flotante hoy en día? En segundo... bueno, en segundo, alertó mi instinto. Por otra parte, no había ningún motivo válido para no hacer

efectivos los títulos y, en cambio, sí la obligación, ya que nuestra compañía era la agencia emisora.

—Si la validez de los títulos no estaba en duda, ¿qué había de extraño?

—Mientras estuvo aquí, llegó un mensaje para él por nuestro telégrafo privado.

Isaac Bell sintió una sacudida eléctrica. ¡Información de primera!



—¿Vio usted el telegrama?

Bell aparentó despreocupación, pero dudaba que lograra engañar al director.

—Estaba en clave. Eran solo números.

—¿Quiere eso decir que trabaja para su empresa?

—No. Estoy totalmente seguro de que no es así. Si por casualidad fuese un empleado de la firma, ¿no se habría presentado como tal cuando llegó?

—Entonces, ¿cómo consiguió usar su telégrafo privado?

—La empresa ofrece, en ocasiones, determinadas gentilezas a los buenos clientes, como cualquier corredor de bolsa. Por ley, los forasteros tienen prohibido usar líneas telegráficas alquiladas, pero todo el mundo las utiliza.

—Según tengo entendido —insistió Bell, esperando alentar su sinceridad—, son cosas de negocios.

Conocía bien las líneas privadas. De hecho, la agencia de detectives Van Dorn alquilaba una. Sin embargo, prefería ocultar sus conocimientos para intentar obtener la versión del director sin interferir con sus ideas preconcebidas. A ese hombre le preocupaba algo.

—Sí, cosa de negocios. Enviar un mensaje por una línea privada es menos caro que un mensaje comercial corriente, más rápido y desde luego más cómodo.

—Y más privado —añadió el detective.

—Desde luego, entre las ventajas de una línea privada cerrada están la economía, la rapidez de envío y la privacidad.

—¿Envió él una respuesta?

—Fue breve. Un acuse de recibo, supongo, pero también estaba en clave.

Formuló otra pregunta cuya respuesta conocía de antemano.

—¿Es poco corriente usar claves?

—Entre corredores de bolsa, no. Lo más prudente es ocultar las órdenes de compra y venta por si el telegrafista infringe su juramento de confidencialidad.

—¿Qué opina usted?

—Es un amigo de la compañía, si se me permite la expresión. Un cliente especial. De la compañía de Nueva York, quiero decir. Yo no lo conozco de nada, pero él conoce a alguien en Nueva York.

Isaac Bell se levantó y le ofreció la mano.

—Le agradezco su sinceridad. —¿Qué había dicho antes el director? «La empresa ofrece determinadas gentilezas... En ocasiones, tal vez más de lo que deberíamos»—. ¿Puedo preguntarle una cosa más?

—Adelante.

—Tengo curiosidad por saber el motivo.

—¿El motivo de qué?

—¿Qué le ha hecho sincerarse?

El director puso la espalda erguida.

—Mark Twain dice que no piensa venir a Cincinnati hasta el Día del Juicio Final porque vamos con veinte años de retraso. Me parece bien. Yo estoy chapado a la antigua. No me gustan los corredores de bolsa que pueden permitirse líneas privadas para anticiparse al que tiene que usar la línea pública. Y Thibodeau & Marzen tampoco era el tipo de compañía a la que le gustaban.

Bell se detuvo en una oficina de Western Union de camino a su cita con Kenny Bloom en el club Queen City y envió un telegrama a Grady Forrer:

INVESTIGA JEFES THIBODEAU & MARZEN.

Dudaba mucho que Henry Clay estuviera comunicándose por líneas privadas para anticiparse a la venta de acciones, como el director de la sucursal de Cincinnati sospechaba. En lugar de beneficios fraudulentos, un negocio con sucursales por todo el continente podía ofrecer comunicación directa con alguien en su oficina de Nueva York. En el caso de Smith, Claggart y Henry Clay, Isaac Bell apostaba a que ese alguien era el hombre que daba órdenes al provocador.

Encontró a Court Held en el bar del club Queen City. El heredero del imperio naval lo saludó como a un viejo amigo y los invitó a él y a Kenny a que se quedaran a cenar. A Kenny, que iba por el cuarto *whisky*, le pareció buena idea, pero Bell recordó a su amigo que, ya que había ido a Cincinnati a toda prisa para reunirse con sus banqueros de Ohio, sería buena idea volver a casa también a toda prisa, ya que ese era el motivo por el que había cogido el especial de su padre.

—Será mejor que cenemos en el tren.

—Llegaremos a Pittsburgh dentro de una hora —anunció el revisor del especial de Bloom. Se acercaban a la frontera de Ohio y se disponían a atravesar la franja norte de Virginia Occidental.

—¿Por qué tanto tiempo? —preguntó Kenny.

Se había dormido en el sofá del vagón que hacía las veces de despacho y salón, y se incorporó frotándose las sienes.

—Lo siento, señor Bloom, tenemos que parar a por agua en las afueras de Steubenville.

—¿Por qué en las afueras? Santo Dios, me duele la cabeza. ¿No podemos ir rectos?

—Como dije antes, el distribuidor tuvo que desviarnos alrededor de Steubenville para dejar pasar a un tren correo. No perdimos más de diez minutos.

—Pero ahora tenemos que parar a por agua.

—O podemos no parar y volar la locomotora.

Bell arrancó una sonrisa a Kenny.

—De acuerdo, de acuerdo. Llévenos allí.

El tren redujo la velocidad y paró junto a un oscuro apartadero con agua.

El revisor, que hacía las veces de guardafrenos, bajó de un salto a la vía para cambiar las agujas. Se llamaba Bill Kux y deseaba un trabajo en el semidirecto Twentieth Century de la línea central de Nueva York o, mejor aún, más al oeste en el semidirecto terrestre; ese viaje con el mocoso malcriado del viejo Bloom prácticamente le había ayudado a decidirse.

Kux cambió las agujas. El maquinista introdujo el especial marcha atrás en el apartadero para repostar agua. El fogonero subió a la locomotora y tiró de una cadena que hacía caer el chorro de agua en la máquina y, mientras, el maquinista bajó de la cabina para estirar las piernas.

—Nos haréis la vida más fácil a todos si podéis recuperar algo del tiempo perdido —dijo Kux.

El maquinista juró que haría lo imposible. El fogonero bajó y Kux se volvió para regresar a las agujas. Cuando se giró, se encontró mirando de frente la boca de una escopeta de cañón doble del calibre doce. Los gritos ahogados detrás de Kux le indicaron que al maquinista y al fogonero también les estaban apuntando con armas.

—Por aquí, muchachos, detrás de la torre de agua.

Allí había tres hombres con la cara cubierta con pañuelos que les inmovilizaron las muñecas y los tobillos con unas esposas de hierro. El fogonero recibió un golpe en la cabeza con la culata de una escopeta cuando intentó resistirse.

A Kux no le desagradaba del todo imaginarse al joven Bloom desprovisto de su reloj, sus gemelos, su alfiler de corbata y su billetera. Pero por lo que sabía del amigo de Bloom, Isaac Bell, el robo podía convertirse en un sangriento tiroteo, de modo que trató de disuadirlos.

—Si tenéis intención de robar a mis pasajeros, solo hay dos, idiotas. Habéis parado un especial.

—No vamos a robar a tus pasajeros. Vamos a robar tu tren.

—¿Conoces la compañía Thibodeau & Marzen de Nueva York? —le preguntó Isaac Bell a su amigo cuando el tren arrancó de nuevo.

—Los corredores de bolsa.

—Exacto. ¿Qué sabes de ellos?

—Creo que papá los ha contratado una vez o...

El tren dio una sacudida y a Bloom se le cayó *whisky* en la camisa.

—Maldita sea. Voy a despedir a ese maquinista.

—Hasta ahora ha demostrado tener muy buena mano con la locomotora. Me pregunto qué le pasará.

Kenny empapó el líquido derramado sobre su ropa con un pañuelo.

—Ese hijo de puta tiene un sueldo que no se merece. Probablemente haya estado bebiendo.

El tren ganó velocidad.

—¿Qué sabes de Thibodeau & Marzen? —insistió Bell.

—Que son unos vejetes chapados a la antigua.

—¿Son honrados?

Terminó de limpiarse la camisa y se sirvió otro *whisky*. Le hizo un gesto a Bell con la botella, que rechazó el ofrecimiento.

—¿Son honrados?

—Honrados hasta decir basta. Sinceramente, no sé cómo sobreviven en Wall Street.

Isaac miró sus reflejos en el cristal ennegrecido por la noche. Las luces de una granja pasaron a toda velocidad. ¿Viejos y honrados? ¿Habían accedido Clay y su jefe al sistema privado de Thibodeau & Marzen en secreto?

—Por fin ganamos tiempo —dijo Kenny—. A toda máquina y tomando las curvas sin contemplaciones. Puede que no lo despida.

—¿Qué? Ah, sí.

El tren atravesaba la noche como una bala, aunque apenas notaban la velocidad. Su vagón estaba enganchado entre un coche cama, que iba justo detrás del tender, y el vagón comedor situado en la cola del tren. Sujeto de esa manera el balanceo era mínimo, mientras que el grueso fieltro instalado entre los paneles y las paredes exteriores amortiguaba el ruido del viento y el procedente de la vía. Sin embargo, a Bell le sorprendió el rápido desfile de luces cuando pasaron por la estación de un pequeño pueblo.

Un repentino traqueteo interrumpió el silencio.

Kenny corrió al telégrafo. La señal del mensaje recibido había sido transmitida al tren desde los hilos que corrían paralelos a la vía, a través de un sistema de inducción electrostática patentado por Edison. Conocedor del alfabeto Morse desde su infancia, Kenny aguzó el oído y escribió furiosamente. Después, muy serio, entregó a Bell el papel garabateado. El detective, que había estado escuchando atentamente, conocía el motivo.

—Para ti.

—Les dije a los chicos que estaría en tu tren.

Lo leyó con el ceño cada vez más fruncido.

—Pinta mal —dijo Kenny.

—Fatal —reconoció Isaac.

LAMENTO EXPLOSIÓN REMOLCADOR CAMILLA.

CAPITÁN MUERTO.

LAMENTO INCENDIO SEDE SINDICATO.

GUARDAESPALDAS ACHICHARRADOS.

DISFRUTE DEL VIAJE.

JUGADA TRIPLE.



—¿«Disfrute del viaje»? —preguntó Kenny Bloom—. ¿Qué clase de broma es esta?

—Una broma cruel —reconoció Bell.

Lamentaba profundamente la muerte del capitán Jennings, asesinado por ayudar a los huelguistas, y de Mike Flannery y Terry Fein, a quienes había encargado una misión que excedía sus capacidades.

—¿Y qué significa «jugada triple»?

El suelo se sacudió, y las ventanillas reverberaron cuando el tren cruzó con gran estruendo un puente de pilares de hierro.

—¿Dónde está el revisor?

—No lo sé. Habrá vuelto al vagón restaurante.

—¿Estás seguro?

Bell se dirigió rápidamente al fondo del vagón y abrió la puerta que daba al vestíbulo cerrado. Las ruedas hacían un ruido atronador sobre la vía, y el viento pasaba rugiendo junto al diafragma de lona. Bell abrió la puerta del vagón restaurante y entró en el coche. El vagón se bamboleaba violentamente.

—¡Kux! ¡Revisor! ¿Está ahí?

El cocinero asomó la cabeza por la cocina.

—Vamos muy rápido. De hecho, nunca he visto este tren ir tan rápido.

—¿Dónde está el señor Kux?

—No lo he visto desde que paramos a por agua.

Bell corrió de regreso a su vagón, donde Kenny se estaba sirviendo otra copa.

—Vamos dando botes como una canoa en plena tempestad. ¿Qué demonios está pasando?

—Es lo primero que le voy a preguntar a tu maquinista.

Se dirigió al vestíbulo delantero, en dirección a la locomotora. La puerta del coche cama tenía el cerrojo echado. Era una puerta de acero de un vagón expreso, no había forma de abrirla sin dinamita.

—Cerrada.

—Algo se ha descontrolado —comentó Bloom—. Vamos a ciento cincuenta kilómetros por hora.

El tren tomó bruscamente una curva. Las pestañas de las ruedas chirriaron en los raíles.

—«Jugada triple» —repitió Isaac— significa que nosotros somos los siguientes. Ha secuestrado a los empleados y ha dejado el regulador al máximo.

—¡Voy a pararlo!

Kenny se abalanzó hacia la palanca roja del freno de seguridad situada en la pared de la parte delantera del vagón.

Bell se le adelantó y le interceptó la mano.

—Si activamos los frenos neumáticos a esta velocidad, lo haremos descarrilar.

—Tenemos que pararlo. ¿Notas eso? Sigue acelerando. —Dejó el vaso que todavía le acompañaba—. Nos dirigimos a Pittsburgh a ciento sesenta kilómetros por hora.

—¿Estás muy borracho?

—Estoy demasiado asustado para estar borracho.

—Bien. Ayúdame a salir por la ventanilla.

—¿Adónde vas?

—A la locomotora.

Bajó el bastidor de la ventana y dejó entrar una corriente de aire a ciento sesenta kilómetros por hora. Todos los objetos que no estaban clavados volaron por el vagón en un tornado de telas y papeles. Tiró de su chaqueta hasta quitársela y asomó la cabeza por la ventanilla. El aire veloz le golpeó como una riada. Sacó el torso arrastrándose, se sentó en el bastidor e intentó levantarse. El viento estuvo a punto de derribarlo.

—Yo te taparé el viento —gritó Kenny.

Bajó la ventanilla de al lado y se retorció en el hueco hasta conseguir sacar su abultado pecho y su barriga. Bell volvió a intentarlo. Con el cuerpo de Kenny bloqueándole el viento, consiguió plantar los pies en el alféizar de la ventanilla. Cuando se levantó, tuvo que echar mano de todas sus fuerzas para mantenerse en pie. Si soltaba cualquiera de las dos manos para subir al techo del vagón, el viento se lo llevaría volando. Bloom, que se aferraba con todas sus fuerzas, se dio cuenta de lo que pasaba y gritó:

—¡Espera!

Luchó por levantarse en el alféizar de su ventanilla para proteger la parte superior del cuerpo de Bell, de forma que pudiera llegar al techo.

—¡No lo hagas! —gritó—. Te caerás.

—Yo era tan buen acróbata como tú. Casi tan bueno.

Haciendo un esfuerzo hercúleo que le hizo poner los ojos en blanco, el corpulento Bloom se levantó.

—¡Vamos!

Isaac no tardó en subir al techo. Kenny había sido un acróbata muy bueno en el circo, pero eso sucedió cuando eran unos críos y desde entonces no se había ejercitado con nada más pesado que un vaso.

El viento soplaba todavía con más fuerza en el techo. Se deslizó boca abajo hacia la parte delantera del vagón, pasó por encima del armazón cubierto de lona de los vestíbulos, subió al coche cama y avanzó arrastrándose en medio de una avalancha de humo, vapor y cenizas calientes que salía de la locomotora. Cuando por fin llegó a la parte delantera del tren, encontró un espacio de casi dos metros entre el techo y el ténider. El carbón estaba amontonado en la parte delantera del vagón. La parte trasera, el depósito de acero para el agua, era lisa y más baja que el techo del coche cama.

El viento resultante de la travesía a ciento sesenta kilómetros por hora hacía

imposible cruzar de un salto esos dos metros. Juntó las manos y estiró los brazos, estrechando el cuerpo como si se fuera a tirar de un trampolín, y se lanzó. Saltó por encima de la parte trasera del tender, e intentó hacerse un ovillo cuando sus manos chocaron contra el depósito de acero. Cayó hacia delante, se deslizó sobre la superficie resbaladiza y alargó las manos frenéticamente en busca de un asidero.

Encontró uno en el borde, se arrastró hacia delante y cayó en el montón de carbón. Lo atravesó con dificultad y llegó a la cabina de la locomotora, completamente vacía e iluminada por las rugientes llamas del fogón que brillaban a través de una rendija de la puerta. Bajó por una escalera de mano hasta la parte delantera del tender y saltó a la cabina, un laberinto caliente y oscuro de palancas, válvulas, indicadores y tuberías.

Estaba familiarizado con las locomotoras en general gracias a sus ávidas lecturas infantiles, las visitas en edad escolar cortesía del padre de Kenny y una excursión a medianoche del club Yale Glee a la academia femenina de la señorita Porter en una Atlantic 4-4-0 «tomada prestada» del parque ferroviario de la Compañía Ferroviaria de New Haven. Dejó la palanca de transmisión en la posición central y buscó la válvula reguladora.

No consiguió moverla. Miró atentamente. Los sabotadores habían atornillado una abrazadera para mantenerla en la posición de máxima apertura. Desatornilló la abrazadera y ajustó la válvula reguladora hacia delante para detener la entrada de vapor en los cilindros. Decenas de miles de kilos de acero, hierro, carbón y agua siguieron avanzando. Activó con cuidado los frenos de aire automáticos de los vagones que tenía detrás y redujo unos tres kilos de presión, que pusieron en marcha también los frenos de la locomotora. El chirrido del acero y unas violentas sacudidas le indicaron que era suficiente. Añadió más presión de aire, soltó las zapatas de freno de las ruedas y probó a darle más suavemente. El tren empezó a ir más despacio hasta que llegó un punto, a unos ochenta kilómetros por hora, en que Isaac Bell se dio cuenta con gran alivio de que era él, más que el impulso, quien gobernaba la máquina.

Justo a tiempo. Había conseguido reducir la velocidad del tren hasta avanzar casi a paso de tortuga cuando distinguió una linterna roja delante. Un guardafrenos se hallaba en la vía agitando un letrero de «Stop». Un tren de pasajeros había parado por indicación del distribuidor y bloqueaba la vía.

—Retroceda lo más rápido que pueda —gritó el guardafrenos—. Menos mal que me ha visto. Si hubiera chocado contra nosotros a quince kilómetros por hora, alguien habría podido resultar herido.

—Ni en sueños —respondió Bell.

Mientras esperaba a que el tren se pusiera otra vez en marcha, consultó los indicadores de la presión de la caldera y el nivel del agua, inyectó más agua en el fogón y echó carbón al fuego con la pala. A continuación, siguió al tren de pasajeros hasta Pittsburgh, pegado a su cola para pasar por los mismos cambios de agujas. Al



cruzar el puente Allegheny vio fuego en la Punta: los restos del naufragio del buque *Camilla* seguían ardiendo. Un fuego mayor arrojaba llamas al cielo en el borde del Triángulo Dorado. Parecía que el incendio de la sede del sindicato se había propagado a los edificios de alrededor.

Wally y Mack esperaban en el andén de los especiales. Wally le echó un vistazo a la cara de Bell y dijo:

—Veo que ya te has enterado de lo que ha pasado.

—El propio Henry Clay me dio la noticia por telegrama. No pudo resistirse a darse bombo. Y acabo de ver los fuegos desde el puente. ¿Los chicos han muerto quemados?

—Los bomberos con los que he hablado creen que antes los golpearon en la cabeza.

—Debería haberos enviado a vosotros dos, lo habríais visto venir.

—No empieces a echarte la culpa —le cortó Mack—. Terry y Mike eran adultos.

—Para tu información, Isaac, encontraron otro cadáver, al parecer el del tipo que provocó el incendio. Según los papeles de su cartera, estaba en el comité de huelga.

—¿Cómo es que su cartera no se quemó?

—Todo indica que murió intoxicado por el humo —dijo Wally—. O eso dice la policía.

—Pasara lo que pasase, a los huelguistas se les va a caer el pelo por esto. Los periódicos van a sacar ediciones extra pidiendo sangre.

—¿Y el barco de Jennings?

—Una caso parecido. Los hombres del *sheriff* dispararon a un huelguista en un remolcador. Estaba cerca.

—Teniéndolo todo en cuenta, enviamos a Archie a vigilar a Jim Higgins —le explicó Mack.

—Pero Higgins está protegido por huelguistas armados —reflexionó Bell.

—Entonces también protegerán a Archie.

Isaac asintió con la cabeza.

—Claro. Tienes razón. Gracias por cuidar de Archie.

—¿Y ahora qué? —preguntó Wally.

—¿Alguna noticia del departamento de investigación?

—Un callejón sin salida.

Mack le entregó un telegrama de Grady Forrer.

DIRECTORES THIBODEAU & MARZEN ANÓNIMOS, DESCONOCIDOS, INESCRUTABLES.

Bell había depositado muchas esperanzas en que los corredores de bolsa lo llevaran hasta el jefe de Henry Clay. Estrujó el telegrama con el puño y lo lanzó. Mack lo atrapó al vuelo, alisó el papel y se lo devolvió.

—Guárdalo para más tarde. A veces los callejones sin salida dan la vuelta.

—¿Qué hacemos ahora? —insistió Wally.

—¿Dónde está el buque de vapor negro?

—Terry y Mike lo vieron amarrado detrás de una fábrica en McKeesport.

—Probablemente por eso han acabado muertos.

Sonó una campana. Una reluciente locomotora que tiraba de un semidirecto de Nueva York a Chicago entró en el cocherón para trenes. Bell echó un vistazo a los andenes, desiertos a esas horas de la noche. Quería saber dónde estaba Mary, pero preguntó:

—¿Dónde está Jim Higgins?

—Parapetado en la Terminal Conjunta del Carbón —respondió Mack—. Tiene bloqueados trenes, tranvías y calles, pero el barco negro los está poniendo nerviosos.

—La policía está rechinando los dientes.

—Y también el *sheriff* —añadió Mack—. Al menos, según mis fuentes. Tiene muchas ganas de hacer salir a los huelguistas de sus tiendas.

—Eso sería una carnicería.

—A los empresarios, a la policía de las minas, a los detectives de Pinkerton y a la milicia del estado no les importaría lo más mínimo que hubiera una carnicería.

—Pero el alcalde y algunas autoridades de Pittsburgh tienen miedo de que eso suceda, teniendo en cuenta todas las mujeres y niños que hay. Y con las mujeres religiosas y los progresistas atosigándoles, están insinuando que negociarán.

—Por lo menos hasta después del baile —dijo Wally.

—¿Qué baile?

—El baile de la alta sociedad de Pittsburgh. Un pomposo evento anual. Industriales haciéndose los refinados. Petimetres llegando en especiales. El alcalde sabe que los periodistas se lo pasarían en grande si los magnates bailaran sobre las tumbas de trabajadores, así que está tratando de reprimir a los exaltados un par de días más. Eso significa que tenemos dos días antes de que todo salte por los aires.

El semidirecto de Nueva York se situó junto al andén expulsando vapor, y un hombre con un voluminoso abrigo bajó de un salto antes de que se detuviera por completo.

—¡Cuidado, Isaac! Si creías que tenías problemas, ahí viene el jefe.

Joseph van Dorn vio que Bell lo saludaba con la mano desde el otro lado de la vía; entró con paso resuelto en el edificio de la estación y volvió sobre sus pasos hasta el andén privado en el que charlaban sus detectives. Agitó delante de sus narices la edición extra que había comprado por el camino a un repartidor de periódicos.

—No he podido evitar percatarme de que la ciudad está en llamas. Aquí dice que hemos perdido a dos hombres.

—Terry Fein y Mike Flannery —reconoció Bell—. Y un capitán de remolcador que arriesgó la vida por nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Van Dorn—. ¿Quiénes somos «nosotros»? ¿Detectives o huelguistas?

—Los dos. Hemos acabado en el mismo bando.

En lugar de reconvenir a su empleado, Joseph van Dorn preguntó:

—¿Empujados por Henry Clay?

—Los explosivos y los incendios premeditados tienen el sello de Clay. El remolcador del capitán Jennings era una embarcación fiable. Es muy poco probable que explotara sin ayuda. Y hasta la policía dice que el incendio de la sede del sindicato fue premeditado.

—Pero culpan oportunamente a un huelguista muerto —matizó Wally Kisley.

Van Dorn miró a Bell a los ojos.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué va a hacer ahora? —espetó Wally Kisley—. ¿No va usted a hacerse con el mando?

El veterano detective no apartó su dura mirada del rostro de Bell. Contestó en un tono que no invitaba a hacer más preguntas.

—Él nos ha metido en este lío. Cuento con él para que nos saque. ¿Qué va a hacer, detective Bell?

Mack Fulton protestó, ejerciendo su privilegio de empleado más antiguo de la agencia de detectives Van Dorn.

—Es demasiado para cargárselo todo a él, Joe.

—Hace falta un hombre experimentado con visión en perspectiva —terció Wally.

—¿Qué dices a eso? —le preguntó Van Dorn.

Los tres hombres lo miraban expectantes, y si albergaba alguna duda sobre su «visión en perspectiva» del caso del huelguista, cayó por tierra definitivamente cuando Kenny Bloom se apeó del tren, tambaleándose, agarrado del brazo del cocinero.

Los dos hombres sostenían unos vasos altos. Su amigo levantó el suyo, a modo de saludo.

—El hombre del momento. Caballeros, les presento a Isaac Bell, el héroe que ha salvado las vidas de un inútil plutócrata y su valioso cocinero. Pide lo que quieras y será tuyo.

—No cargaré solo con todo. Los tengo a ustedes. Esto es lo que quiero: Wally, Mack, seguid intentando localizar a Henry Clay.

—Yo localizaré a Clay —gruñó Joseph van Dorn.

—No —repuso—, usted puede hacer algo mejor que localizar a Clay.

—Yo soy responsable de ese hombre. Es mi monstruo. Yo lo creé. Yo lo mataré.

—No. Si no lo consigue, si Clay le da esquinazo aunque solo sea un momento, las vidas de diez mil personas correrán peligro. Usted tiene que hacer algo más... Tiene que ver al presidente.

—Teddy Roosevelt. ¿Qué pasa con él?

—¿Puede volver a verlo?

—No sería sencillo. Tendría que ir a Washington. Podría llevarme una semana.

¿Para qué?

—Vaya a Washington. Tenemos que impedir que los huelguistas y los rompehuelgas se maten entre ellos mientras alguien convence a los más sensatos de que negocien. Si nosotros no podemos detener a Henry Clay, el presidente será el único que pueda intentarlo.

—¿Quieres que trace un plan alternativo?

—Si todo lo demás falla.

Antes de que Van Dorn pudiera responder, Bell se giró hacia Kenny y su cocinero.

—¡Cocinero! Quiero un gran desayuno para veinte hombres. ¡Kenny! Quiero una locomotora nueva y personal ferroviario.

—¿Para qué?

—Voy a llevar de vuelta tu especial a Cincinnati.

—¿Por qué?

—Solo tenemos dos días. No hay un momento que perder.

Mary Higgins se llevó una petaca niquelada a los labios y echó la cabeza hacia atrás. Su brillante cabello negro se ondulaba bajo el tenue sol que horadaba el humo.

—No sabía que bebieras —dijo Henry Clay.

A ella le sorprendió que un hombre que podía ser tan brutal fuera tan remilgado.

—Mi padre tenía una taberna. Aprendí a beber cuando era pequeña.

—¿En su regazo?

Clay sonrió. Ella estaba preciosa, vestida con una chaqueta larga que había pedido prestada a su nueva patrona y un sombrero de ala ancha con plumas que él le había convencido para que aceptase después de que la mayoría de sus pertenencias ardieran en la sede del sindicato. Habían subido en funicular al monte Washington y estaban sentados en un parquecillo con una vista lóbrega del Triángulo Dorado y los ríos Monongahela, Allegheny y Ohio. Él llevaba ropa de oficina: levita, sombrero de fieltro y un bastón que ocultaba una espada.

—Mi padre siempre decía que una chica debe aprender a aguantar el *whisky*.

—¿No dijiste que tenía un remolcador?

—La taberna la tuvo en otra época, en otra ciudad. Siempre estaba cambiando de trabajo.

—¿Un hombre orquesta?

—Podía dominar cualquier cosa. Menos a la gente. Igual que mi hermano Jim. Le partía el corazón que existiera gente mala. —Se acercó la petaca a los labios de nuevo—. También decía: «Nunca bebas sola». ¿Te apetece un poco?

—Apenas es mediodía.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Toma.

Le pasó la petaca sonriendo. Henry Clay la sopesó, vacilante.

—Devuélvemela si no vas a beber.

Mary bromeó con una cálida mirada en sus ojos grises.

Clay la inclinó hacia ella a modo de brindis: «No dejes para mañana...», se la llevó a los labios y se la devolvió a continuación.

—Salud.

Mary bebió un buen trago.

Cuando la petaca estuvo vacía, Clay se ofreció a ir a que se la rellenasen.

—Oh, mi pobre cabeza. Ha sido una idea terrible. —La joven se masajeara las sienes con los dedos.

—¿A qué te refieres?

—Necesito café. Necesito litros de café. —Se levantó de un salto, se tambaleó un poco y añadió—: Vamos, prepararé un poco en casa.

Bajaron en el funicular y cruzaron el puente de Smithfield en un carruaje hasta su más reciente alojamiento temporal. Era un pequeño piso amueblado; salía más caro que una pensión, pero valía la pena pagar por un poco de intimidad extra. Mary había

mendigado el alquiler de los fondos para la huelga de su hermano.

Preparó café cargado en la pequeña cocina y lo llevó a la sala de estar. Confiaba en que la combinación del *whisky* que le había convencido para que bebiera y el café cargado con mucha azúcar enmascarase el sabor del hidrato de cloral.

Clay no solo no reparó en el somnífero, sino que pidió una segunda taza, la mitad de la cual derramó sobre sus pantalones cuando se desmayó súbitamente, con una expresión de ligera incredulidad en la cara.

Registró su cartera y sus bolsillos, pero no encontró ninguna pista sobre el hombre que le pagaba para que provocase actos violentos de forma que la patronal y el gobierno pudieran destruir el sindicato. Decepcionada e incrédula, lo examinó toda otra vez. De nuevo, nada. Hojeó sus tarjetas de visita, pensando que tal vez había metido una que le habían dado entre las suyas.

Encontró una hoja de papel que había sido doblada una y otra vez hasta caber entre las tarjetas. La desdobló. Era un telegrama enviado por línea privada a su alias John Claggart desde una compañía de corredores de bolsa de Nueva York. Lo tiró sobre el sofá. Todas las palabras estaban en clave. Era inútil.

Podía ir a Nueva York y acudir a los corredores de bolsa. Y luego, ¿qué? ¿Convencerlos para que se lo descifrasen? Si sabían quién era él, no se lo dirían.

La mano de Clay se cerró en torno a la bota de Mary.

Ella miró hacia abajo. Se había despertado y la observaba con los ojos entornados.

—¿Qué estás haciendo?

—Registrando tus bolsillos.

¿Qué podía decir, con su billetera sobre el regazo y el telegrama privado al lado?

—¿Por qué?

—Porque sigues sin querer decirme quién lo está pagando todo. ¿Te envió él este telegrama?

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque está tratando de acabar con nosotros.

—Oh, Mary, por el amor de Dios —masculló Clay.

Se dio cuenta de que el somnífero le estaba haciendo delirar.

Se sentó en el suelo a su lado y le tomó la mano entre las suyas.

—¿Cómo se llama?

—Tú no lo entiendes.

—Lo intento.

Miró sus extraños ojos. El hidrato de cloral lo había trastornado por completo. El farmacéutico le había avisado. Las reacciones variaban. La droga podía dormir a un hombre, hacerle delirar o retorcerse de angustia. ¿Sabía Clay que estaba despierto? ¿Recordaba su nombre? La reconocía a ella, la miraba fijamente, moviendo la boca.

—Mary, cuando termine, tal vez tú y yo... Yo financiaría iniciativas progresistas.

—¿Qué quieres decir?

—Los hombres importantes, los hombres pudientes, hacen eso por sus mujeres...

La voz se le fue apagando.

—¿Qué hacen por sus mujeres?

Tenía que conseguir que siguiera hablando.

—Los maridos de las reformistas pagan las facturas. Cuando termine, yo haré lo mismo.

—¿Terminar qué?

—Estoy haciendo algo muy importante.

—Sí, sí, lo sé.

—Quiero que lo entiendas.

—Lo intento... Lo entiendo.

—Seré un hombre consagrado.

—Claro.

—Tendré mucho que ofrecerte.

—Ya lo tienes. Eres extraordinario.

Por una vez, él hizo caso omiso de los elogios diciendo:

—Pero no podría hacerlo sin él.

Una repentina intuición le hizo meterse en su extraña mente y añadir:

—Él no podría hacerlo sin ti.

—Así es. Así es. A pesar de lo poderoso que es, el hombre más poderoso del país, no podría hacerlo sin mí.

—¿Lo sabe él?

—No quiere saberlo —respondió Clay amargamente—. Cree que no me necesita.

—¡Pero te necesita!

—Sí. Incluso él me necesita. El hombre más importante del mundo. Mary, es James Congdon. El hombre más importante de Wall Street. El hombre más poderoso de la industria del acero, el carbón y los ferrocarriles. Pero me necesita.

Dios mío, pensó, Clay había ido directo a lo más alto. O a lo más bajo. El juez James Congdon hacía que Frick pareciese un carnicero de un economato que cobrase de más por la panceta.

Él la observaba, esperando.

—James Congdon tiene suerte de contar contigo.

—Gracias —susurró él—. Gracias por decirlo.

Cuando volvió a dormirse, Mary metió su revólver Bisley en su bolso y se marchó, temblando.

Podría haberme matado, pensó. Pero no lo ha hecho.

Fue directa a Union Station y compró el billete de tren más barato a Nueva York con el dinero que le quedaba. En el tren escribió una carta a su hermano y otra a Isaac Bell, y echó las dos al buzón cuando el tren paró en una estación en mitad de

Pensilvania y cambió de locomotora para subir los montes Allegheny.

El tren estaba lleno. El asiento era duro. Su reflejo en la ventanilla oscurecida por la noche revelaba las facciones de su padre. Su frase favorita siempre había sido «Solo te arrepentirás de aquello que no hayas hecho».



Henry Clay conducía un carro estrecho y cerrado con dos ruedas altas en la parte trasera y dos más cortas en la delantera. El carruaje era mucho más pesado de lo que parecía, sobre todo porque las palabras «Panadería Hazelwood» pintadas en los laterales y las hogazas de pan amontonadas en la esquina delantera izquierda, detrás de un cristal, hacían pensar en una carga voluminosa pero ligera. Fue necesario el esfuerzo conjunto de dos recias mulas para subirlo por las colinas.

Clay caminaba al lado, con las riendas en las manos. En el asiento del cochero, junto a las hogazas, había una mujer madura de aspecto afable que sujetaba una biblia. Tenía las mejillas redondas y sonrosadas, el cabello recogido en un púdico moño y los ojos alerta.

—Policías —avisó.

—Haga lo que le he dicho y no pasará nada.

No estaba preocupado. Ella era sensata y había hecho frente a muchas huelgas en las cuencas mineras.

Los agentes, tiritando con sus sucios uniformes azules del departamento de policía de Pittsburgh, estaban apostados delante de una barricada que los huelguistas habían levantado con tranvías volcados para proteger su campamento. Estaban helados y mojados por culpa de los chubascos que castigaban la lengua de tierra de la terminal, además de aburridos y hambrientos. La mujer de cabello canoso y mejillas sonrosadas les lanzó unas hogazas de pan todavía calientes.

Los policías arrancaron unos buenos pedazos y los masticaron.

—No podemos dejarla pasar, señora.

—Es de parte de nuestra iglesia. En ese campamento hay niños, y tienen hambre.

—¿No pueden darles un respiro? —añadió Henry Clay.

—Tenemos órdenes. Nada de armas ni de comida.

Clay ató las riendas al carro, hizo una señal con la cabeza al policía al mando para que se apartase y sacó una botella de *whisky* casi llena de su chaqueta.

—No deje que ella la vea, pero me imagino que deben de tener frío —susurró.

El policía echó un trago.

El olor le dio arcadas. El hidrato de cloral con el que Mary lo había drogado le había revuelto el estómago, le había causado un terrible dolor de cabeza y le había provocado extraños sueños. Pero por más que lo intentaba, no lograba recordar lo que había ocurrido entre ellos en el piso. Lo único que sabía con seguridad era que ella se había marchado después de robarle la Colt Bisley. Lo que pretendía solo podía suponerlo. ¿Lo había drogado por Bell? Pero ella lo odiaba. Además, si lo hubiera hecho por Bell, los detectives de Van Dorn lo habrían esposado mientras estaba inconsciente. El policía le estaba hablando.

—Este *whisky* es bueno.

—Quédeselo.

—Debe de querer mucho a los de la huelga.

Clay señaló con la cabeza a la mujer sentada en el asiento del cochero.

—Es mi hermana mayor. Cuidó de mí cuando era un crío. ¿Qué voy a hacer? Quiere traerles pan.

—De acuerdo. De acuerdo. Yo tampoco quiero que los niños se mueran de hambre. Pase, pero no vuelvan por aquí. Salgan por otro lado, por si viene el sargento.

—Gracias, amigo.

Los policías se hicieron a un lado. Henry Clay dio unos golpes en la barricada. Veinte hombres arrastraron un vagón para apartarlo y las mulas hundieron sus espuelas, tiraron del peso por encima del montículo que había en el camino y pasaron por la abertura. En cuanto colocaron el vagón de nuevo, el jefe del comité de defensa, Jack Fortis, saludó a Henry Clay llamándole John Claggart, y condujo el carro al campamento.

La mujer del asiento del cochero lanzó pan a la gente acucillada en sus tiendas, pero se le acabó rápidamente. Bajó sin decir palabra y se marchó con paso cansado bajo la lluvia. El carro siguió avanzando, pasó entre las tiendas y subió por una colina embarrada hasta la base de mampostería del descargador de carbón.

—Ponlo allí —dijo Fortis.

Clay asintió con la cabeza. Los huelguistas habían elegido bien. El sitio dominaba el recodo entero del río.

Desengancharon a las mulas y se las llevaron. Unos carpinteros y un herrero llegaron con palancas, martillos, llaves inglesas y escoplos y desmontaron rápidamente el carro de pan. Se llevaron los lados, el techo, el asiento del cochero, el salpicadero, los ejes y un improvisado enganche. Desprendieron las ruedas delanteras y se las llevaron rodando.

Observó cómo los carpinteros, el herrero y sobre todo los hombres del comité de defensa elegidos por Fortis, todos veteranos de la guerra hispano-estadounidense, contemplaban con gran satisfacción lo que quedaba: un cañón de un metro veinte de largo capaz de disparar un proyectil explosivo a tres kilómetros de distancia. Era un cañón de montaña Hotchkiss montado en su propia cureña, que había hecho las veces de ruedas traseras del falso carro de pan. La caña, las ruedas de acero y la munición pesaban trescientos kilos. Portátil y preciso, el modelo había demostrado su valía a lo largo de una generación, masacrando a salvajes en las guerras contra los nativos americanos y a españoles en las lomas de San Juan; en la actualidad, se lucía bombardeando a insurgentes filipinos con proyectiles de metralla.

Fortis alzó la voz.

—Gracias. Esto nivelará la situación. Eres un auténtico amigo de los trabajadores.

—Ojalá hubiera podido traeros más munición —respondió—. Solo treinta balas, pero cuando tengáis a tiro al *Vulcan King*, deberíais hacerle suficientes agujeros para hundirlo antes de que pueda disparar muchas veces. Mejor aún, volad una caldera.

Recordad que las calderas están justo debajo de la timonera. Si conseguís darle a una caldera, la explosión se llevará por delante toda la parte delantera del barco, de la timonera a la línea de flotación, y sepultará sus cañones.

—Y a la milicia del estado.

—Y a los detectives de Pinkerton —añadió Clay—. Y a la policía de las minas. Buena suerte, chicos. Que Dios os acompañe a todos.

Un alguacil subió a bordo del transbordador de ferrocarriles de Jersey City a Cortlandt Street con un preso sujeto con esposas y grilletes. El hombre, que reconoció a Mary Higgins como miembro del sindicato, apartó la vista para no causarle problemas. Ella acababa de comprar un sándwich en la terminal. Se acercó y le preguntó al alguacil:

—¿Puedo darle esto a su prisionero?

La sonrisa de Mary lo persuadió y le dio permiso.

Había un breve paseo desde la terminal del transbordador hasta Wall Street. Mary se detuvo en el cementerio de Trinity Church y volvió a pararse para contemplar los ventanales de Thibodeau & Marzen. Parecía un banco.

Cerca encontró el edificio Congdon, el más alto de la manzana. El portero observó su chaqueta prestada y el sombrero que Henry Clay le había comprado y le preguntó educadamente a quién venía a ver. Le falló la voz. Se acobardó y se marchó a toda prisa mientras tartamudeaba algo ininteligible. Tomó un tranvía a las afueras, aferrando el revólver en su bolso, caminó un poco y regresó en el ferrocarril elevado de la Tercera Avenida. Los porteros habían cambiado de turno. El nuevo empleado también se mostró educado e igual de impresionado por su chaqueta y su sombrero.

—Querría ver al señor Congdon, por favor.

—Último piso.

Le señaló el ascensor.

El ascensorista, un niño desgarrado que en un mundo mejor todavía estaría en el colegio, le preguntó a qué planta iba y, cuando se lo dijo, preguntó:

—Por favor, ¿cómo se llama, señorita? Tengo que avisar al piso del señor Congdon.

Su plan para sorprender al gran hombre en su guarida acababa de irse al traste.

—Mary Higgins.

El ascensorista llamó por el intercomunicador, dijo el nombre de ella y escuchó.

—Quiere saber quién es usted.

—Una amiga del señor Clay.

—Dice que suba.

El ascensor la llevó hasta un pequeño vestíbulo con un mostrador de recepción. Una mujer de mediana edad situada detrás le señaló una serie de habitaciones conectadas unas con otras.

—Por allí. Cierre cada puerta al pasar, por favor.

Cruzó la primera puerta, la cerró y entró por la segunda. Cada habitación era más silenciosa que la anterior. En la tercera encontró una puerta cerrada y llamó.

Escuchó una fuerte voz de hombre:

—¡Entre!

Atravesó la puerta, la cerró detrás de ella y se quedó boquiabierto.

—Es *El beso*, de Auguste Rodin. ¿Le gusta?

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Apartó la vista del mármol blanco para mirar a través de la estancia a Congdon, de pie tras su escritorio. Parecía mayor que en los dibujos de los periódicos, pero más vigoroso. Era muy alto y se tenía bien en pie.

—Adelante. Puede mirarla. Tóquela. Tiene un tacto maravilloso.

Ella se acercó con reverencia. La seguridad con la que el brazo izquierdo de la mujer atraía a su amante hacia ella era la imagen más erótica que había visto jamás.

—¿Qué quiere?

—Quiero un mundo en el que todo el mundo pueda ver esta preciosa estatua.

—Ni hablar —respondió Congdon fríamente.

Su despacho tenía ventanas dobles. Ningún sonido de la calle las traspasaba. En las paredes había cuadros colgados, la mayoría de las mujeres desnudas sutilmente veladas, al estilo academicista francés. En su mesa, Mary descubrió una estatuilla de bronce, otra mujer desnuda.

—Mi esposa. Adelante, puede tocarla, si quiere. El mármol me atrae mucho.

Posó la mano en el brazo de la escultura.

—¿Qué más quiere? —insistió Congdon—. ¿Para qué ha venido?

—Quiero que se mantenga al margen y que deje que los mineros del carbón se organicen, y quiero que les pague un sueldo justo.

—¿Higgins? Por supuesto. Usted es la hermana de Jim Higgins, ¿no es cierto? El sindicalista.

Mary asintió con la cabeza.

—Aunque quisiera, y no es el caso, se ha equivocado usted de hombre. Yo no soy dueño de minas de carbón.

—Usted las controla mediante los precios que paga por el carbón que los mineros extraen y con las tarifas que sus ferrocarriles cobran para transportarlo. Y, por favor, no insulte mi inteligencia. Aunque no sea oficialmente dueño de esos ferrocarriles, los controla a través de sus finanzas. Si hay una sola persona en el país que puede permitirse un sindicato y pagar a los mineros un sueldo justo, es usted.

—Supongamos, por un momento, que pudiese. ¿Qué sacaría yo?

—El bienestar conseguido cuando la igualdad produce justicia.

—La igualdad produce mediocridad en el mejor de los casos, y chusma en el peor.

—Si se niega, haré público su plan para fomentar la violencia en las cuencas

mineras.

—¿Y cómo lo hará?

—Convenceré a Henry Clay de que confiese todo lo que ustedes dos han hecho, y todo lo que planean hacer.

El juez la observó con una sonrisa pensativa. Finalmente dijo:

—Caramba... No me cabe ninguna duda de que lo haría. Sospecho que es usted una joven extraordinaria. No me sorprendería en absoluto que hubiera adquirido conocimientos sobre Clay que le permitieran controlar sus frágiles emociones.

—Usted y yo nos parecemos —prosiguió Mary.

—¿En qué sentido?

—Los dos somos perspicaces y listos.

—Lo tomaré como un cumplido. Pero nos diferenciamos en aspectos más importantes. Yo construiría; usted derribaría. Usted ama a la humanidad; yo no la soporto. Yo soy viejo; usted es joven. Y muy pero que muy hermosa. —Recorrió su cuerpo con la mirada—. ¿La he ofendido con mi comentario?

Mary paseó otra vez la vista por sus cuadros. Se detuvo en la estatuilla. Él le frotaba los pechos con el pulgar.

—¿Y bien? ¿La he ofendido?

Mary rodeó a la pareja de mármol con los brazos.

—Considerando su debilidad por las mujeres en cueros, me habría ofendido que no se hubiera fijado en mí.

—¡Bien! Vayamos al grano. Le haré una oferta, jovencita. No le pediré que finja que encuentra atractivo a un hombre mucho mayor que usted. No me importa resultarle atractivo a usted ni a nadie. Me importa poseer. Y no tengo ningún inconveniente en pagar por poseer. Es la recompensa más tangible del éxito. A cambio, usted vivirá lujosamente en comparación con la inmensa mayoría de las mujeres. Yo decidiré si me quedo con usted o no. Si no, recibirá una generosa pensión, basada, por supuesto, en el tiempo que me haya quedado con usted.

—¿Cómo de grande sería esa pensión comparada con la de sus empleados?

—No hay comparación. Pocos reciben pensiones. Solo los contados que no acaban nadando en la abundancia.

—¿Cuánto, si decidiera quedarse conmigo?

—No le faltará de nada.

—¿Un automóvil?

—Por supuesto.

—¿Un piso en la Quinta Avenida?

—Siempre que yo tenga la única llave.

—¿Podría venir a ver su estatua?

—Todas las noches.

—¿Podría tener un yate?

—Un yate exigiría un esfuerzo extra por su parte.

—Esperaba que dijera eso.

Una amplia sonrisa alisó el rostro de Congdon.

—Eso me hace pensar que nos entendemos a la perfección. Y deje que la tranquilice en un aspecto. Prácticamente puedo garantizarle que cuando se encuentre entre sábanas de seda, un hombre mayor podría sorprenderle más de lo que imagina.

—Solo me han sorprendido una vez en la vida y no fue entre sábanas de seda.

—¿Dónde fue?

—En un tren de mercancías. Váyase al infierno.

Congdon, visiblemente desconcertado, palpó su mesa y posó la mano en la estatuilla de bronce de su esposa desnuda.

—Pero acaba de decir que esperaba...

—Esperaba que usted dijera algo que me infundiera el suficiente valor, o el odio, para dispararle. Y lo ha hecho, gracias.

Sacó el revólver de Henry Clay de su bolso y lo apoyó sobre *El beso*.

Las venas del dorso de la mano del juez se hincharon al agarrar la estatuilla con repentina intensidad.

—¿Ha sido por el yate?

Ella trató de contestar, pero no pudo. En cambio, susurró:

—Supongo que todos tenemos nuestros límites.

—¿A qué se refiere?

—No puedo matar a otro ser humano, ni siquiera al peor del mundo. —Bajó la pistola—. No puedo hacerlo.

—Yo sí.

Congdon movió la estatuilla hacia abajo, saltó hacia atrás, temeroso de que seis metros de separación no fueran suficientes, y observó de lejos.

El vapor bramó. Unosafiladísimos chorros calientes cayeron del techo, subieron desde el suelo y envolvieron a Mary Higgins en una abrasadora nube blanca. Ella gritó una sola vez. El juez se sorprendió. Había esperado que hiciera falta más tiempo con una joven fuerte, pero había muerto en un abrir y cerrar de ojos. Se acabó el dolor, pensó. La chica murió en un suspiro. Probablemente no se había enterado de nada.

Volvió despacio a su mesa y levantó con cuidado la palanca. Estaba fría al tacto, tan concentrados estaban los chorros. Dejó de salir vapor. Las ventanas estaban empañadas, notaba las mejillas húmedas y vio una capa de rocío en su mesa encerada. La nube que había envuelto a Mary y *El beso* ya se había disipado. Deseó haberlo planeado con antelación. Normalmente lo hacía; normalmente imaginaba las consecuencias. Pero no se le había ocurrido tener una sábana cerca: algo, cualquier cosa, para arrojarlo sobre el cadáver.

El *White Lady* se escoró en una curva cerrada del río, a la altura del indicador del kilómetro 40, y se dirigió retumbando hacia Pittsburgh, expulsando columnas de humo negro por sus chimeneas y dejando tras de sí una estela blanca.

—¡Ya huele el cobertizo! —dijo el piloto del río Ohio.

Bell había contratado dos pilotos en Cincinnati, junto con un ingeniero jefe famoso por su temeridad y por aprovechar al máximo el potencial de las calderas.

—Más rápido —exigió Bell.

El piloto llamó a la sala de máquinas.

Los forzados ventiladores del horno rugieron. Los mineros de Jim Higgins siguieron arrojando carbón con sus palas mientras el ingeniero manipulaba las palancas de las calderas, tentando a la suerte al bombear agua en unas planchas al rojo vivo para aumentar la presión.

A la altura del indicador del kilómetro 15, vio que el humo de la ciudad oscurecía el horizonte. Apenas unos rayos de sol conseguían atravesar los nubarrones que habían aparecido. Empezó a caer una fina llovizna que niveló las furiosas corrientes del río crecido.

Pronto las colinas de Pittsburg se encorvaron en el cielo sombrío. Altos edificios surgieron del humo. El *White Lady* salió del río Ohio y enfiló el Monongahela, dejó atrás la Punta y pasó por debajo de los puentes del Triángulo Dorado. Cincuenta y cinco minutos después del indicador del kilómetro 15, según el reloj de Isaac, a cuarenta y cuatro horas de Cincinnati, el inmenso buque de vapor dio marcha atrás a las paletas de su rueda.

Los tubos de escape expulsaron el vapor sobrante emitiendo un rugido que apagó el repique de la campana, y la embarcación atracó lentamente al pie del campamento de los mineros del carbón en la Terminal Conjunta del Carbón. Los mineros reclutados como marineros de cubierta levantaron la pasarela de embarque sobre un muelle temporal que los huelguistas habían improvisado sacando una de las gabarras que el comité de defensa había hundido para fortificar la lengua de tierra con un rompeolas almenado.

Mineros del carbón, sus esposas e hijos, mujeres de la iglesia, reformistas y periodistas que garabateaban en sus cuadernos los observaban. Isaac Bell les devolvió la mirada, igual de asombrado. La última persona que esperaba que recorriera la pasarela arrastrando su largo bolso era Aloysius Clarke, ataviado con sombrero de copa y frac.

—Bonito barco.

—¿Qué haces fuera del hospital?

Wish soltó su bolso con un ruido metálico y recobró el aliento.

—No podía perderme el cotillón en el club Duquesne.

—¿Has venido hasta Pittsburgh por el baile?

—Vaya juerga. Todo el mundo importante asistió. Hasta conocí al coronel J. Philip Swigert, de la milicia del estado de Pensilvania. Un caballero muy hablador, sobre todo después de tomar unas cuantas copas.

—¡Bien hecho!

Bell alargó el brazo para darle a Wish una palmada en el hombro, pero el veterano detective lo detuvo con un gesto.

—No me arranques los puntos.

Bell se paró en seco.

—¿Estás bien?

—Estupendamente.

—No lo parece... ¿Qué dijo el coronel?

—Has llegado justo a tiempo —respondió Wish muy serio—. La milicia de estado, los detectives de Pinkerton y la policía de las minas van a subir a bordo del *Vulcan King* esta misma mañana. Se dirigirán río abajo a toda velocidad. Cuentan con rodear la fundición de Homestead dentro de dos o tres horas, dependiendo de lo rápido que carguen. Después, su cañón abrirá una brecha en estas gabarras y todo el grupo desembarcará.

Bell gritó a los mineros que se ocupaban de los hornos del *White Lady*.

—Échenle carbón y den de comer a los muchachos. Vamos a volver a la faena.

La aparición de Jennings, el capitán del desaparecido *Camilla*, fue todavía más inesperada. Por un instante pensó que estaba viendo un fantasma. Pero el viejo piloto no era un fantasma, solo un padre afligido.

—Esa noche cambiamos de barco. Asesinaron a mi chico.

—Lo siento mucho, capitán.

—Yo pilotaré su barco. Conozco este tramo del Monongahela mejor que sus amigos de Cincinnati.

—Es mucho más grande que el *Camilla*.

Jennings empezó a subir la escalera de la timonera.

—Los barcos son iguales. Los ríos, no.

—Ha llegado una carta para ti —Wish sacó un sobre de su chaleco—. Letra de mujer.

Se apartó para dejar que la leyera con intimidad.

La rasgó para abrirla. Era de Mary. Solo contenía cuatro líneas.

Querido Isaac:

Lo que voy a hacer es algo que debo hacer.

Espero con toda mi alma que un día estemos juntos en un mundo mejor.

La leyó una y otra vez. Al final, Wish se acercó.

—Pareces muy bajo de moral para estar a punto de librar una batalla naval.

Bell le enseñó la carta de Mary.



—Contéstale.

—No sé qué decirle. No sé adónde enviarla.

—Escribe de todas formas. Si no lo haces, desearás haberlo hecho. Ahora tienes un momento, antes de que se desate el infierno.

Se apartó mientras los fogoneros transportaban carbón en carretillas y trató de escribir una carta de respuesta en su libreta. No encontraba las palabras. Observó el atestado campamento. Habían colgado una desafiante bandera roja en lo alto del descargador. La gente estaba mirando al río, preparándose para el ataque. Vio a Archie Abbott corriendo por la pendiente, haciendo señas con las manos para llamar su atención. En ese preciso instante supo qué escribir.

Querida Mary:

Quando dices que esperas que estemos juntos en un mundo mejor, confío en que te refieras a un mundo transformado en la tierra, y que no tengamos que esperar al cielo, porque es lo que parecen decir tus palabras. Esté donde esté, para mí será un mundo mejor si tú estás a mi lado. Si no es suficiente para ti, ¿por qué no hacemos algo aquí y ahora para arreglarlo juntos?

Se detuvo, tratando de pensar con claridad. Archie había llegado casi a la pasarela y estaba llamándolo. Bell acercó de nuevo su pluma al papel.

Lo que quiero decir es que vuelvas.  
Con todo mi cariño.

—¡Isaac! —Archie recorrió la pasarela dando saltos, sin aliento. Hablaba en voz baja y con tono urgente—. Los mineros tienen un cañón.

—¿Qué?

—He oído que alguien les ha dado a los huelguistas un cañón. Es de suponer que ha sido nuestro amigo, el señor Clay. Lo he encontrado. Es un cañón de montaña Hotchkiss del calibre uno sesenta y cinco. Dispara rápido y es preciso. Mira allí arriba, justo al pie del descargador. Acaban de retirar la lona que lo tapaba.

Enfocó la vista en el lejano emplazamiento. Era un cañón sobre ruedas, oculto en gran parte tras unos sacos de yute con carbón y la gruesa mampostería de la base del descargador.

—El primer disparo que los mineros hagan contra el *Vulcan King* dará a los militares la excusa que necesitan para desembarcar pegando tiros... a menos que tengan suerte y lo hundan al primer disparo, cosa muy poco probable. Y aunque lo lograran, eso no haría más que alargar lo inevitable y empeorar las cosas.

—¿Qué vas a hacer?

—Eh, Wish, ¿tienes un puro? —pidió Bell.

—Claro —Wish sacó un habano de su frac—. ¿Qué hombre de buen vivir asiste a un baile sin puros?

Bell lo apretó entre los dientes.

—¿Quieres fuego?

—Todavía no. ¿Tienes una recortada en el bolso para Archie?

Wish le hizo señas al joven y le dio el arma.

—Asegúrate de que no hay inocentes en la dirección del viento.

—Creía que a los aprendices no se les permitía...

—Has sido ascendido temporalmente. Métetela debajo de la chaqueta. No te acerques a mí a menos que te llame.

Bell avanzó resueltamente por la pasarela de embarque y cruzó a toda prisa la lengua de tierra hasta el polvorín que los mineros habían levantado lejos de las tiendas; allí guardaban la dinamita que habían conseguido introducir de contrabando durante la noche. La vigilaban de cerca, recordando, sin duda, la explosión accidental que había estado a punto de hundir el *Sadie* y la mitad de sus gabarras. El comité de pólvora también recordaba al alto detective que había recomendado —a punta de pistola— que la dinamita viajara en su propia gabarra, separada de la gente, y lo saludaron efusivamente.

—Qué barco tan bonito nos ha traído, señor Bell. ¿Qué podemos hacer por usted?

—Necesito un cartucho de dinamita, un casquillo detonador y una mecha lenta y corta.

—¿Quiere que se lo monte?

—Se lo agradecería.

Observó cómo el minero trabajaba rápida pero meticulosamente.

—¿Cómo de corta quiere la mecha?

—Deme diez segundos.

El minero lo miró.

—Espero que corra rápido.

—Lo suficiente. —Bell se metió el grasiento cartucho rojo en la chaqueta y señaló con su puro—. ¿Tiene fuego?

—Apartémonos del polvorín.

El minero prendió una cerilla y protegió la llama del viento y la lluvia hasta que el puro se encendió y brilló.

—Gracias.

—Le recomendaría que apartase la punta de la mecha.

Con el puro en la boca y dejando a su paso una aromática humareda, Isaac enfiló la pendiente hasta el emplazamiento del cañón. El Hotchkiss estaba engrasado y bien cuidado, sin una pizca de óxido en las ruedas ni en la caña, y los hombres que se ocupaban de él parecía que supieran lo que hacían. Habían visto llegar el *White Lady* y mostraron la misma gratitud que los hombres del polvorín.

Bell se dio la vuelta, fingiendo admirar el buque de vapor, que brillaba en las tinieblas de Pittsburgh, alto, largo y blanco como el mejor complejo turístico. Sopló la brasa candente de la punta de su puro, sacó la dinamita de su bolsillo, acercó el puro a la mecha y expulsó una nube de humo por la boca para distraer a la cuadrilla mientras se situaba de cara al cañón y deslizaba el cilindro de dinamita por la caña de

un metro y veinte centímetros.

—Pero ¿qué ha...?

Lanzándose cuesta abajo a grandes zancadas, gritó por encima del hombro en tono imperativo:

—¡Corran! Es dinamita. ¡Archie!

Cincuenta metros más abajo, miró atrás. La dinamita estalló con un repique amortiguado. El cañón saltó fuera de las ruedas y la recámara se abrió como si estuviera hecha de papel. La cuadrilla se reunió alrededor del arma destrozada. Unos hombres furiosos corrían detrás de Bell, gritando:

—¿Qué nos ha hecho?

Siguió andando rápido, haciendo señas a Archie para que no sacara la escopeta hasta que fuera realmente necesario.

—¿Por qué?

—¿Por qué nos lo ha hecho?

—Espero haberles salvado la vida —respondió.

—¿Cómo vamos a vencerles? ¿Cómo vamos a ganar?

Los gritos cesaron en sus labios. Todas las miradas se desviaron a lo alto del descargador. Un centinela gritaba, formando una bocina con las manos:

—¡Se acercan! El barco negro se acerca.

—¡Suelten amarras! —ordenó Isaac Bell.

Corrió junto a Archie por la pasarela de embarque y se reunió con Mack y Wally en la escalera de la timonera.

—Tenemos que mantenerlos a distancia.

La timonera se hallaba cinco cubiertas por encima del río, y desde ella Bell podía ver gran parte del campamento que se extendía en la lengua de tierra de la terminal. Al otro lado de las barricadas de vagones amontonados, una masa azul ondeante señalaba la presencia de la policía de Pittsburgh paseándose bajo la lluvia.

—Están deseando que se abra una brecha —murmuró Mack Fulton—. Se mueren de ganas de romper cabezas.

El capitán Jennings, serio y concentrado, se mantenía en pie, con las dos manos en el timón revestido de latón de un metro ochenta de altura. Por orden de Bell, llamó a la sala de máquinas para que se dirigieran a babor, giró ligeramente el timón para introducir la popa en la corriente y separó el casco de noventa metros del improvisado muelle.

Un destacamento del comité de defensa armado con hachas subió en tropel a la gabarra que habían sacado a flote para hacer el muelle, abrió agujeros en la quilla y volvió a hundirla para formar un muro de protección con el resto de las gabarras medio sumergidas en el lodo.

—Sitúenos entre ellos y la lengua de tierra.

Jennings introdujo el barco en el río y giró corriente arriba. Uno de los altos hornos de la fundición de Homestead bloqueaba la vista detrás del siguiente recodo. Por unos momentos que parecieron interminables, la lluvia pareció salpicarles solo a ellos.

—¿Le has escrito a Mary? —preguntó Wish.

—Debería habérselo dicho a la cara... ¡Allí vienen!

Las altas chimeneas del *Vulcan King* aparecieron primero, girando alrededor del sombrío obstáculo del horno de la fundición. Se movía rápido, volando con la corriente; lo tuvieron encima antes incluso de que el *White Lady* llegara a mitad. De repente, sin previo aviso, el cañón de su proa tronó.

Un proyectil aulló en el aire, rozó el río y explotó en una de las gabarras que bloqueaban la orilla. Las maderas salieron volando por los aires.

Se acercó al capitán Jennings.

—Ellos tienen un cañón y nosotros no. ¿Puede embestir contra él?

—¿Que arremeta contra esos canallas sanguinarios? Cómo no. Dícales a los muchachos de abajo que enciendan los ventiladores.

En cuanto gritó la orden a través del tubo acústico de la sala de máquinas, los ventiladores de tiro forzado rugieron en las chimeneas y atizaron los hornos hasta que estuvieron al rojo vivo.

El *Vulcan King* volvió a disparar, y una segunda gabarra explotó. El tercer disparo se pasó de alto y abrió un surco a través de una hilera de tiendas. La ladera pareció temblar cuando cientos de personas huyeron corriendo y gritando.

—¿Cómo puedo ayudar? —le preguntó a Jennings.

—Dígame si el piloto de ese barco es del Monongahela o de Cincinnati.

—No lo sé.

—Si es de Cincinnati, al girar en ese recodo podría meterse en el sitio equivocado. Cuando el río crece tan alto, se forma una contracorriente que le golpeará la popa y lo empujará a la orilla.

El cañón retumbó. Un cuarto proyectil hizo saltar por los aires las gabarras. Se suponía que tenía que detener esta guerra, pensó Isaac, no perderla.

Henry Clay estaba fuera de sí. ¿Por qué no devolvían los disparos los mineros?

El Hotchkiss que les había dado debería estar acribillando las cubiertas del *Vulcan King* a esas alturas. En cambio, los militares estaban al descubierto, aclamando cada disparo, y la policía de la compañía y los detectives de Pinkerton se daban palmadas en la espalda como si fuera un partido de béisbol.

Un sonriente policía del carbón y el hierro le palmeó en el hombro.

—Estamos ganando.

Pero el plan de Clay consistía en provocar una guerra, una batalla con tiros en ambos bandos, y hacer que continuara, no ganarla. Cogió los gemelos de un oficial, haciendo caso omiso de sus protestas, y enfocó el Hotchkiss. El cañón estaba allí, protegido con sacos de carbón al pie del descargador, pero no había nadie manejándolo. Cuando miró más de cerca, vio que la caña estaba torcida. Le había pasado algo, y era muy probable que ese algo respondiera al nombre de Isaac Bell.

—Devuélvame eso o haré que le arresten —gritó el oficial.

Clay, disfrazado con un uniforme de soldado, se abrió paso a empujones entre aquellos idiotas alborozados y se dirigió a la cubierta principal, donde estaban los hornos que alimentaban las calderas. Su disfraz incluía una mochila caqui: un modelo Merriam del ejército con un armazón externo sujeto con un cinturón. Dentro llevaba lo que a primera vista parecían unos pedazos de carbón irregulares que eran en realidad cartuchos de dinamita con detonadores y mechas de dos centímetros envueltas en gamuza teñida con negro de humo.

El *Vulcan King* era un barco con diez calderas, y los fogoneros se movían de una a otra, echando carbón con palas en los hornos abiertos. Alguien vio el uniforme de Clay y gritó:

—¿Cómo va todo arriba?

—¡Estamos ganando!

Cuando el fogonero se volvió para echar más carbón, Clay lanzó una de sus bombas al horno y corrió lo más rápido que pudo a la parte trasera del barco.

La contracorriente del Monongahela en la que el capitán Jennings había depositado sus esperanzas pilló desprevenido al piloto de Cincinnati que gobernaba el *Vulcan King*. Generada por la lengua de tierra que desviaba una marea extraordinariamente alta, la corriente alcanzó la popa del buque de vapor y anegó sus paletas. Antes de que el piloto pudiera reaccionar, la proa del barco negro empujaba contra la orilla. Su casco cruzó el canal y se situó justo en la trayectoria del *White Lady*, que Bell había puesto a toda máquina, listo para embestir.

El cañón del *Vulcan King* tronó.

Estaba vez ha sonado extremadamente más fuerte, pensó Bell. ¿Tenían un segundo cañón? ¿O finalmente habían recurrido a la ametralladora Gatling? Pero al mismo tiempo que un proyectil desviado se elevaba por encima de las gabarras y explotaba en la tienda de la cocina, vio que era el último disparo que el barco efectuaría contra el campamento de los huelguistas.

—Su caldera ha explotado —gritó el capitán Jennings.

Las chimeneas del buque de vapor se inclinaron hacia delante, se desplomaron de la cubierta superior y cayeron con estrépito sobre la proa. Después saltaron las maderas. Llovieron cristales y tablas. Desde la timonera hacia delante, el castillo del barco quedó arrasado.

—¡La caldera de esos canallas ha explotado!

—Ha recibido ayuda. —Isaac había visto esa misma situación dos veces en Gleasonburg—. No ha sido un accidente.

Pero ¿por qué Henry Clay volaría su propio barco?

—¡Han tenido lo que se merecían!

Jennings pidió más vapor.

Los ventiladores rugieron.

—Voy a acabar con esos hijos de puta.

La sacudida de la explosión esparció el carbón encendido del horno. Las cubiertas de popa del *Vulcan King* se incendiaron desde la destrozada timonera hasta la línea de flotación. Militares vestidos de caqui huyeron en desbandada de las llamas. Un hombre con el uniforme oscuro de la Policía del Carbón y el Hierro se lanzó al río. Los rompehuelgas soltaron sus palos y se zambulleron detrás de él, pidiendo auxilio.

—¡Pare! —exigió—. Dé marcha atrás a los motores.

—Isaac, ¿qué haces?

Wish, Wally y Mack estaban a su lado.

—Atracar al costado de ese barco para sacar a la gente. Dé marcha atrás a los motores, capitán Jennings. Todo a la banda.

—Primero embestiré contra esos hijos de puta.

—¡Dé marcha atrás a los motores!

—No puede dejar que ganen.

—Henry Clay no quiere que ganen. Quiere el caos. Y no se lo voy a dar.

Mack Fulton amartilló su Smith & Wesson y le dijo al piloto:

—El jefe dice que dé marcha atrás a los motores.

Una sola palanca de la sala de máquinas activó el mecanismo de cambio de marcha de los dos motores a la vez. Acoplados al mismo eje que la rueda de popa, cuando los motores se pararon, la rueda también se detuvo.

Los tubos de escape rugieron detrás de la timonera.

Bell rodeó con el brazo los hombros del piloto afligido.

—Ahora mismo solo son unos idiotas asustados. Como nosotros... Todo a la banda, capitán. Acerque el barco. Saquemos a esa gente.

Bell se volvió hacia su brigada.

—Disparad a cualquiera que intente subir un arma. Disparadle, sea rifle, pistola, porra o puño americano. Y estad atentos por si veis a Clay. Sobre todo hay militares, así que probablemente llevará uniforme.

Los condujo a la cubierta principal. El capitán Jennings dio la vuelta al barco y lo situó río arriba respecto al *Vulcan King*, donde podía utilizar las paletas, los timones y el potente Monongahela para maniobrar junto al barco en llamas.

Bell apostó a Wally, Mack y Archie donde los barcos podían tocarse. Wish Clarke repartió escopetas e insistió en quedarse a ayudarles, asegurando que protegería sus puntos de sutura con su recortada. Isaac subió a la cubierta de las calderas, donde podría observar desde arriba.

El fuego se estaba extendiendo, alimentado por la madera seca y la pintura reciente, y retrocedía desde la proa del *Vulcan King*, empujando a los hombres hacia la popa. En aquella masa caótica que no dejaba de retorcerse, Bell se percató de que la mayoría de los hombres llevaban uniformes militares: chaquetas cortas de color café con cuatro botones, gorras de campaña en la cabeza y cajas de cartuchos sujetas con el cinturón a la parte trasera del tronco. Sus armas eran una variopinta colección, como era habitual en la milicia del estado; había pólvora negra de la guerra hispano-estadounidense, rifles monotiro de recámara levadiza del calibre 45-70, rifles con cargador Krag-Jørgensen mejorados, e incluso unos Lee Navy de 1895, todos con las bayonetas fijadas.

La Policía del Carbón y el Hierro, fácil de identificar por sus uniformes oscuros y

sus insignias brillantes, llevaba pistolas y porras. Famosos por su brutalidad, parecían sin embargo aterrados, y muchos de los duros detectives de Pinkerton habían perdido sus bombines presas del pánico.

La brecha de agua que separaba los barcos disminuyó.

Los antiguos presos reclutados como rompehuelgas se aferraban desesperadamente a la barandilla.

Isaac Bell formó una bocina con las manos y gritó:

—¡Suelten las armas!

Rifles y picos cayeron a la cubierta con estrépito.

Wish Clarke apuntó al cielo con su escopeta y disparó un tiro atronador.

—¡Suéltelas!

Un detective de Pinkerton recogió una Colt automática y se la guardó en la chaqueta. Mack Fulton le disparó sin titubear. Cuando cayó, los hombres se apresuraron a voltear sus bolsillos para mostrar que estaban vacíos.

Los dos cascos se acercaron. Los hombres se prepararon para saltar.

—¡Arriba las manos! —gritaron los detectives de Van Dorn—. Las manos a la vista, bien arriba.

Las llamas se inclinaron hacia ellos sin previo aviso, empujadas por un cambio de dirección del viento.

Los cascos chocaron de tal forma que Bell a punto estuvo de caerse de la cubierta de las calderas. Cientos de hombres saltaron, dando patadas y luchando por ponerse a salvo. Isaac trepó a una barandilla para ver mejor. Los policías, los presidiarios e incluso los detectives de Pinkerton se habían convertido en una turba con un único objetivo: abandonar el barco en llamas, y era casi imposible distinguir rasgos individuales. Solo los disciplinados militares mantenían las manos en el aire, confiando en que si obedecían las órdenes, evitarían que les disparasen.

Sabía que Henry Clay era un experto en mezclarse con el entorno, motivo por el cual el alto detective estaba seguro de que se había disfrazado de militar. Pero incluso ellos avanzaron tan juntos al cruzar de una embarcación a la otra, que todos los soldados de caqui parecían iguales. Desesperado, trató de concentrarse en los soldados más corpulentos, los de constitución más parecida a la de Clay.

Por allí venía uno, con las manos en alto para mostrar que estaban vacías, saltando al *White Lady* con la cara inclinada hacia abajo mientras miraba dónde pisaba. En un abrir y cerrar de ojos subió a bordo, se apiñó con los que tenía delante y avanzó dando trapiés cuando otro detrás de él le dio un empujón en la mochila.

La mochila. En lugar de una caja de cartuchos, llevaba un petate Merriam lo bastante grande como para contener una bomba.

—¡Detened a ese hombre!



Wally Kisley se lanzó detrás de Henry Clay.

Tres hombres que huían desesperadamente de las llamas lo pisaron.

Bell vio que su traje a cuadros desaparecía en el tumulto. Brincó desde la barandilla a la cubierta y saltó a la cubierta principal, donde aterrizó sobre unos hombres caídos; se levantó dando patadas y echó a correr detrás de Clay, quien se dirigía a la popa a toda velocidad, utilizando sus brazos extendidos para apartar a los hombres que se cruzaban en su camino. De pronto, atajó por la cubierta de carga.

Giró bruscamente detrás de él.

Clay sacó una pistola y disparó tres balas sin perder el paso. Dos pasaron silbando junto a su rostro, y la tercera perforó el ala de su sombrero y se lo arrancó de la cabeza, haciéndolo girar. Bell se detuvo, apuntó cuidadosamente con su Colt Army y apretó el gatillo justo cuando Clay se giraba para disparar de nuevo. El provocador gritó cuando el disparo, dirigido a su cabeza, le rozó la mano al levantar la pistola. El arma salió volando. Sin embargo, la herida no le restó rapidez y subió la escalera de la cubierta de las calderas dando saltos, mientras se quitaba la mochila de los hombros y la agarraba por los tirantes.

Sabía que se dirigía a los hornos para colocar un explosivo en una caldera.

Lo vio desde lo alto de la escalera y apuntó otra vez con cuidado.

El Colt retumbó. El disparo dejó pasmado al fugitivo. Su brazo quedó colgando en un costado y la mochila se le resbaló de la mano, pero siguió adelante, veloz e indestructible. Recogió la mochila caída con la otra mano y se lanzó hacia el horno más cercano. Apuntó una vez más. Los fogoneros, asustados por los disparos y las balas que rebotaban, se dispersaron para ponerse a salvo y bloquearon el disparo de Bell. Henry Clay pasó corriendo por delante del horno abierto y arrojó la mochila sin apenas levantar el brazo, con un suave lanzamiento digno de un *pitcher* de béisbol.

Distinguió la nube de chispas que provocó la mochila al caer en el reluciente lecho de brasas rojo cereza. En el medio segundo que tardó en llegar a la puerta del fogón, la lona ya ardía con intensidad. Tenía que sacarla antes de que el fuego atravesara la lona y encendiera la mecha.

Cogió el rastrillo de un fogonero, lo metió en el fuego; atrapó un tirante y lo arrastró. El tirante se quemó y se rompió. Introdujo otra vez el rastrillo, atrapó esta vez el armazón de madera, que estaba ya envuelto en llamas, y lo sacó. La mochila cayó ardiendo a sus pies.

—Arranque la mecha —le gritó al minero más cercano, y salió como una bala detrás de Henry Clay, que corría hacia popa a través de la cubierta de carga.

El provocador se quedó sin sitio al que huir cuando llegó al punto en el que la cubierta se asomaba a la rueda de quince metros del *White Lady*. Bell lo alcanzó. La rueda lanzaba pequeñas gotas de agua a medida que las paletas salían del río detrás del barco, daban una vuelta en el aire y se sumergían otra vez para empujar. Henry

Clay se volvió con una sonrisa en el rostro y una Derringer en su mano buena y disparó. La bala abrasó la palma de la mano de Bell. Crispó los dedos y soltó la pistola, que cayó sobre la cubierta, rebotó y fue a parar a la estrecha ranura entre la parte trasera del barco y la rueda de popa.

La sonrisa de Clay se ensanchó con júbilo.

—He esperado mucho tiempo para esto.

Apretó el gatillo. Isaac ya había lanzado un golpe, confiando en que lo único que retrasaría al detective corrupto sería hablar demasiado. Antes de que la bala hubiera salido del cañón, su mano izquierda le asestó un puñetazo en la mandíbula.

El disparo erró el blanco.

Bell hizo una finta con la mano derecha herida y le propinó otro fuerte izquierdazo. El golpe dejó pasmado a Clay, que retrocedió tambaleándose hasta el borde de la popa.

—Ríndete —exigió—. Se acabó.

El provocador lo miró con incredulidad.

—Nunca se acaba.

Arremetió contra Bell, convirtiendo su mano izquierda en un fuerte puño. Trató de alzar la derecha herida, pero no pudo. Una luz airada brilló en sus ojos color ámbar, y miró furiosamente su brazo, como si le hubiera traicionado.

—Te voy a entregar a la policía —dijo Bell—. Si confiesas quién ha pagado esto, recomendaremos que te traten con clemencia. ¿Quién es tu jefe?

—Nunca se acaba —repitió a modo de respuesta.

Movió rápidamente el brazo bueno. Bell interceptó el puñetazo, absorbió el impacto y lanzó un contragolpe que hizo bambolearse a Clay sobre los talones.

—No puedes luchar contra mí con un solo brazo. Ríndete.

—Nunca se acaba —masculló de nuevo.

Lo vio apartarse mientras hablaba y comprendió que estaba tan desesperado por escapar que se arriesgaría a una muerte segura lanzándose al angosto estrecho de agua entre la popa del *White Lady* y su rueda giratoria. Sin Henry Clay, no tendría argumentos contra el hombre que lo respaldaba, ni forma de descubrir la identidad del auténtico asesino, el verdadero provocador.

Se abalanzó sobre él. Aunque su oponente fue muy rápido, el detective lo fue más. Agarró la guerrera militar con la mano derecha y empezó a apartarlo del borde. Esta vez fue al joven detective a quien le traicionó una herida. La bala que lo había desarmado había restado mucha fuerza a su mano. El pulgar y los dedos se abrieron. Clay se soltó y se zambulló en el agua borboteante.

Isaac Bell observó la estela expulsada por las paletas de la rueda, pero el cuerpo de Henry Clay no salió a la superficie de la interminable ola formada detrás del barco.

—Ojalá hubiera estado allí para ver cómo se ahogaba. —Joseph van Dorn hablaba con gran pesar—. Yo le enseñé a ese hombre todo lo que sabía. Nunca se me pasó por la cabeza que hubiera creado un monstruo hasta que fue demasiado tarde. —Sacudió la cabeza, se acarició el bigote pelirrojo y lanzó a Bell una mirada penetrante—. Hace que me pregunte si habré creado algún otro.

—Tranquilo, Joe —dijo Mack Fulton—. Isaac es solo un detective.

—Y será uno muy bueno —apostilló Wally Kisley— cuando domine el arte de entregar a los delincuentes vivos.

—O como mínimo un cadáver.

Los detectives de Van Dorn esperaban el tren en una taberna cerca de Union Station. El príncipe Enrique de Prusia regresaba a su hogar en el *Deutschland*, y el jefe los iba a llevar a todos a Nueva York para lo que prometía ser una juerga salvaje.

—¿Cuánto espacio había entre la rueda y el barco? —preguntó Archie.

—Casi un metro —contestó Bell—, pero para sobrevivir sin que yo lo viera, tendría que haber nadado por debajo de las paletas, haberse quedado bajo el agua y bucear muy lejos antes de salir a la superficie.

Bell había revivido mentalmente el salto de Clay una y otra vez, con la amarga conciencia de que si lo hubiera capturado vivo, le sería más sencillo identificar al auténtico provocador que se escondía detrás de Henry Clay.

Van Dorn fue magnánimo con sus palabras:

—Lo atraparemos un día de estos. El asesinato no prescribe. Por lo menos, la huelga ha terminado. Los mineros no están completamente satisfechos, pero vuelven al trabajo y sus familias vivirán en casas, y no en tiendas.

—Casas de la empresa para la que trabajan —añadió Bell.

—Sí, claro. ¿Ha aparecido ya tu joven dama?

—Todavía no.

No tenía ni idea de dónde estaba Mary.

Wish Clarke entró con su inseparable bolso.

—Tiene cara de haber perdido a su mejor amigo.

—O de que se le haya caído una botella —dijo Mack.

Wish no se sentó.

—¿Tienes un momento, hijo?

El veterano detective se dirigió a una mesa en el rincón del fondo. Bell lo siguió.

—Siéntate, Isaac.

—¿Qué pasa?

—Mientras dismantelaban los restos del *Vulcan King* han encontrado...

—¿El cadáver de Clay? Se fue a la deriva...

—Lo siento mucho. Han encontrado a tu chica.

—¿Qué?

—Murió escaldada cuando la caldera explotó. Parece que estuvo implicada en el sabotaje.

—No puede ser.

Su voz sonó entrecortada.

—Puede que no. Pero me enseñaste su carta. Puede que hiciera lo que pensaba que tenía que hacer.

—¿Dónde está...? ¿Dónde la tienen?

—Recuerda a Mary como era.

—Tengo que verla.

—No. La chica que conoces ya no existe. Quédate con la imagen que recuerdas.

Bell se volvió hacia la puerta, pero Wish le cerró el paso.

—Tranquilo —murmuró Bell—. Tengo que decírselo a su hermano.

—Jim ya lo sabe.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Se niega a creerlo. Asegura que ella le escribió diciéndole que se dirigía a Nueva York para enfrentarse al hombre que financiaba a Henry Clay.

—¿Quién?

—En la carta no lo decía.

—Lo encontraré, aunque me lleve hasta el último minuto de mi vida.

Wish Clarke apoyó la mano en el hombro de Isaac Bell en un gesto de consuelo.

—Ten presente, hijo, que si no te rindes, el tiempo se pone de tu parte.

# Epílogo

Una habitación llena de humo

1912

El ascensorista del edificio Congdon alargó la mano hacia el intercomunicador.

—¿Me dice su nombre, señor? Tengo que avisar.

—No avise —respondió el investigador jefe Isaac Bell.

Se abrió el abrigo para mostrar su placa de oro de la agencia de detectives Van Dorn y la culata de una automática Browning pulida por el uso.

En el despacho de James Congdon hacía calor y había mucho humo; los ceniceros estaban repletos de colillas de puro. El juez, con los ojos brillantes y eufórico por el triunfo, reconoció al detective que entró sin llamar, y le dio una calurosa bienvenida.

—Inspector jefe Isaac Bell. No lo veía desde que me desplumó jugando a póquer en el semidirecto terrestre en 1907.

—Si entonces hubiera sabido lo que ahora sé, le habría sacado más dinero.

—Yo la recuerdo como una partida amistosa... aunque cara.

—Juez James Congdon, queda detenido por asesinato en las cuencas mineras.

Congdon se rio del alto detective.

—No tengo tiempo para que me detenga. Mi tren va a llevarme al congreso de Chicago, donde cuento con los suficientes delegados para postularme como candidato a vicepresidente de Estados Unidos.

—Entonces lo he cogido justo a tiempo para salvarle la vida al otro candidato a vicepresidente.

Congdon volvió a reírse y se burló de él:

—¿No se rinde nunca? ¿Nunca? Sé que lleva años husmeando, pero jamás me relacionará con ninguno de los asesinatos de aquella huelga. La verdad es que si yo no hubiera intervenido ante los empresarios del carbón, ni hubiera convencido al presidente Roosevelt para que mediara, la huelga no habría terminado pacíficamente. Todo el mundo consiguió algo que quería: los mineros recibieron un pequeño aumento y los productores no se vieron obligados a reconocer el sindicato, y desde entonces no ha habido huelgas en el sector.

—Aunque esa mentira fuera cierta —contestó Bell con voz tranquila—, aunque salga impune de todos los asesinatos cometidos en los yacimientos de carbón, morirá por el asesinato de Mary Higgins.

—Mary Higgins murió mientras saboteara un barco de la compañía. No puedo permitir que esas acusaciones confundan a los votantes crédulos. —Alzó la voz y gritó a través de la puerta cerrada que daba al despacho contiguo—. ¡Señor Potter! ¡Le necesito!

Un hombre fornido de mediana edad con una barba entrecana entró cojeando en el despacho, blandiendo una Colt Bisley.

Bell lo miró.

—«Señor Potter», decepcionará a todos los que esperaban que Henry Clay se hubiese ahogado en el río Ohio.

—El señor Clay se convirtió en el señor Potter para que yo pudiera ayudarle a vivir con toda comodidad —explicó Congdon—, libre de la silla eléctrica.

—A cambio de matar a sus enemigos y rivales —añadió Bell.

—Me defrauda que no parezca sorprendido en absoluto. Esperaba que se quedase de piedra.

—Joseph van Dorn sospechó hace años que Clay tenía que ser su asesino. ¿Quién si no, preguntó, podía ser tan despiadado? Y lo describió a la perfección: un hombre lo bastante sabio para ver las dotes de Henry Clay, y lo bastante codicioso para utilizarlas.

La expresión del pistolero se endureció al oír el nombre de Van Dorn.

—El bulto de tu chaqueta donde antes llevabas una Colt Army y, más tarde, una Bisley, oculta ahora, según mi información, una Browning número dos. Déjala en la mesa del señor Congdon.

Bell entregó su pistola favorita desde hacía muchos años, una semiautomática de fabricación belga modificada para disparar balas de calibre 380 estadounidenses.

—Supongo que has sustituido el arma que llevabas en la manga y que te quité en Nueva York. Suéltala también.

Sacó la Derringer de su manga y la entregó.

—Y la pistola del bolsillo.

—Tienes mucha memoria.

—Me ha conservado con vida. Déjala en la mesa.

Dejó la pequeña pistola de un solo disparo en la mesa.

—Y la navaja de la bota.

—¿Quieres que la lance a alguna parte?

—Si todavía puedes, dale al borde de esa estantería.

La lanzó por encima de la cabeza. La navaja se clavó como un relámpago.

James Congdon gritó consternado. La hoja había perforado el retrato de su más reciente esposa, representada como una diosa de bonita figura envuelta en gasa rosa, y se clavó, vibrando, en la nariz de la mujer. Bell usó la distracción para deslizarse detrás de la reluciente estatua de mármol blanco de Rodin.

—Lo siento, he fallado.

Clay apuntó con su pistola.

—¿Y si no me das y disparas a la estatua favorita de tu jefe?

—Me acercaré tanto que no podré fallar —dijo mientras se encaminaba hacia él.

—¡Ten cuidado! —gritó Congdon.

Mientras Clay se volvía para tranquilizarlo, el detective sacó rápidamente su Derringer de dos disparos de debajo del sombrero.

—¡Suéltala!

Henry Clay se paró en seco. Su expresión sobresaltada parecía gritar: «¿De dónde demonios ha salido eso?».

Se encogió de hombros con una leve sonrisa cómplice e hizo lo que le habían

ordenado. Acto seguido miró al juez Congdon. El viejo acarició la estatuilla de bronce de su mesa.

—Se equivoca, inspector jefe. La estatua que está usted tapando no es mi favorita. Esta es mi favorita.

—No puedo creer que prefiera esa cosita a esta espléndida estatua de mármol. Como toda respuesta, el financiero tiró de la palanca del vapor.

Isaac Bell, Henry Clay y James Congdon alzaron al mismo tiempo la mirada hacia el techo.

Solo Bell sonrió.

Alargó la mano. Gotas de agua tibia cayeron sobre su palma.

—Parece que está lloviendo en su despacho. Se le está aguando la fiesta.

Congdon tiró otra vez de la palanca. No pasó nada. Movié frenéticamente la estatua una y otra vez, bajándola de golpe, sacudiéndola hacia arriba y bajándola de nuevo con fuerza.

—Me pareció prudente cerrar las válvulas de vapor conectadas a su despacho.

El cuerpo largo y delgado del anciano juez se encorvó y se dejó caer en su sillón.

—Pero ¿cómo lo ha sabido?

Bell avanzó rápidamente y tiró las armas de la mesa al suelo antes de que a Congdon o a Clay se les ocurriera cogerlas.

—Juez Congdon, queda detenido por el asesinato de Mary Higgins.

La expresión de Henry Clay pasó de confundida a sumamente perpleja.

—Antes estabas fuera del despacho, Clay. No me oíste acusar a tu jefe de asesinar a una joven en 1902.

—¿Estás loco?

—Ojalá —contestó tristemente—. Daría cualquier cosa por estar equivocado. Ella murió aquí mismo, en este despacho.

—Mary murió en Pittsburgh.

—Mary Higgins fue encontrada en Pittsburgh. A muchos les hicieron creer que murió escaldada ayudándote a volar el barco de la milicia.

Clay negó con la cabeza.

—Mary no me ayudó. Yo no tenía ni idea de que ella estaba a bordo. Debió de utilizar el disfraz de chico que se puso en Denver.

—Nunca estuvo a bordo del *Vulcan King*. Al menos, viva. Murió aquí, en Nueva York. El hermano de Mary juró que ella no pudo haber estado en Pittsburgh porque le escribió que iba a ir a Nueva York para enfrentarse al jefe del saboteador: tu jefe. Nadie creyó a Jim Higgins. Pero ¿por qué diría eso a menos que estuviera confundido por la pena o dijera la verdad? Así que hice unas averiguaciones. Resulta que yo no fui el único hombre que se enamoró de ella.

Clay escuchaba atentamente.



—Apuesto a que presumiste delante de ella, esperando impresionarla. Era la clase de chica por la que un hombre haría cualquier cosa para impresionarla. Alardeaste, ¿verdad? Alardeaste de que te habías asociado con el hombre más poderoso de Wall Street.

—Yo no alardeé.

—Tal vez se te escapó cuando ella te puso el somnífero.

—¿Cómo sabes eso?

—Fíate de los detectives de Van Dorn. El farmacéutico al que le compró el hidrato de cloral me lo contó. Le dijiste a Mary el nombre de Congdon, ¿verdad?

—Debí de hacerlo.

—Firmaste su sentencia de muerte.

Clay miró a Congdon, repantigado detrás de su mesa.

—¿Le hizo usted daño?

—Es una trampa, idiota —gruñó el juez.

El pistolero miró a Bell. Sus ojos, que se habían oscurecido hasta un azul acerado, observaban fijamente al detective corrupto.

—Nunca nos rendimos —murmuró—. Tú lo sabes mejor que nadie. Ha sido el lema del señor Van Dorn desde el principio, ¿verdad?

Clay lo miraba, hasta que bajó la vista y asintió con la cabeza.

—Sí, desde el principio.

—He tardado diez años en seguir sus pasos de Pittsburgh a Nueva York, a Wall Street, a este edificio y a este despacho. Ya sabes cómo es este oficio, sabes cómo funciona. Una palabra aquí, una pista allá, un recuerdo, un atisbo. Es más fácil cuando se trata de una chica guapa que llamaba la atención. Taquilleros. Revisores de trenes. Patronas. Un sindicalista liberado de la cárcel. Fragmentos. Retazos. Pedazos inútiles. De repente, tienes suerte con un empleado que devuelve el cambio en el ferrocarril elevado. Justo a la vuelta de la esquina. A treinta metros de este edificio. Luego vuelta a los fragmentos inútiles. Y, por fin, un golpe de suerte.

Bell se volvió hacia Congdon.

—La sociedad de bolsa Thibodeau & Marzen quebró con la crisis de 1907. Hubo docenas de pleitos. El nombre del juez Congdon salió a la luz en el tribunal. Resultó que usted era el dueño de la empresa de corredores de bolsa. Gracias a un viejo detective que una vez me dijo que los callejones sin salida a veces daban la vuelta, tenía en mis archivos una copia de un telegrama privado enviado a través de la línea telegráfica alquilada de Thibodeau & Marzen al alias de Henry Clay, John Claggart.

Se giró hacia el pistolero.

—Pero seguía sin tener una conexión irrefutable y demostrable. Hasta que una noche volví a tener suerte. Un ascensorista, un empleado temporal que aquella tarde realizaba una suplencia y que se fue de la ciudad al día siguiente, regresó diez años más tarde. Su tío era todavía el conserje del edificio. Las aspiraciones del sobrino no se habían cumplido y su tío le ofreció un trabajo.

Miró a Congdon durante un buen rato antes de centrarse de nuevo en Henry Clay.

—El afortunado detective pasó por el edificio, como hacía habitualmente, y esta vez encontró al nuevo ascensorista y lo identificó como el empleado temporal que había estado trabajando aquella noche, diez años atrás.

«Claro, me acuerdo de aquella chica. Era un bombón. Pero parecía muy cabreada».

A Bell se le empañó la voz.

—Le pregunté: «¿Cuándo la bajaste?».

«No la bajé», respondió. «No bajó en mi turno, y estuve trabajando casi diez horas seguidas». Y le volví a preguntar: «¿A qué piso la llevaste?».

«Al último. El piso privado del señor Congdon».

«¿Estás seguro?».

«Pues claro. Teníamos órdenes de avisar para ir al piso del juez. Avisé. El señor Congdon dijo: “Súbela”. Y la subí».

—Mary Higgins murió aquí mismo, en este despacho. Justo al lado de la estatua de tu jefe.

—¡Fue en defensa propia! —gritó Congdon.

—¿Qué?

Clay estaba atónito.

—No vino a enfrentarse a mí. Vino a matarme.

—Jamás dudé de que Mary Higgins fuera una mujer con la más elevada escala de valores —respondió Isaac—. Usted mismo acaba de confirmarlo al confesar que pensó que tenía intención de matarle.

—Yo no he confesado nada.

—Acabo de oírlo de sus labios.

—Es su palabra contra la mía.

—Y la de él.

Henry Clay, que escuchaba impertérrito, preguntó a James Congdon:

—¿Mató usted a Mary?

El juez sacó una pistola de su mesa. Clay la miró, el rostro encendido de reconocimiento.

—Ella me dijo que sería incapaz de matar a alguien. Yo la creí. Sigo creyéndola.

—Cambió de opinión. Estaba en su derecho como mujer.

—¿De dónde ha sacado esa pistola?

—Te lo explicaré cuando nos ocupemos del señor Bell.

—Es una Colt Bisley. Mary me quitó la mía.

El juez detectó la amenaza en la voz de su subalterno y se dio la vuelta sin soltar la pistola.

Clay se lanzó a la alfombra a una velocidad asombrosa, recogió la pistola que había entregado momentos antes, disparó y atravesó con dos balas el pecho del viejo. Congdon apretó el gatillo mientras se desplomaba hacia atrás. La bala alcanzó *El*

beso e hizo pedazos el mármol. El juez, afligido, clavó la vista en el destrozo.

Clay se alzó por encima de él.

—¿Cómo llevó el cadáver de Mary al barco de vapor de Pittsburgh?

El juez contestó con su último aliento.

—Tú no eras el único idiota ambicioso que trabajaba para mí.

Sus hombros se encorvaron, como habían hecho los de Congdon al ser derrotado. Consternado, movió la cabeza y se volvió hacia Isaac Bell.

—No te rendiste, y has atrapado al hombre que mató a Mary.

—Pero él no mató a Terry Fein, a Mike Flannery, al joven capitán Jennings, a Black Jack Gleason ni a otras incontables víctimas de tus planes. Henry Clay, quedas detenido.

Los ojos color ámbar estaban apagados, sin vida, derrotados, pero su pistola se elevó a una velocidad sobrehumana. Bell se la arrebató de la mano de un disparo. El arma cayó sobre el pecho de Congdon. Clay la observó un momento, apretando los dedos. Su mirada vacía se desvió a la Derringer, y sus ojos cobraron vida de nuevo.

—Parece un calibre veintidós —dijo—. Solo te queda un disparo. ¿Crees que puedes detenerme con una sola bala?

La puerta situada detrás de él se abrió de golpe, y una voz grave tronó:

—Isaac podría detenerte metiéndote una bala entre tus ojos de asesino, pero le he hecho jurar que yo haría los siete primeros disparos si nos dabas el más mínimo pretexto para apretar el gatillo.

Henry Clay lanzó una mirada por encima del hombro, recorrió con la vista el cañón de la semiautomática Colt M1911 de Van Dorn y levantó las manos.

—Coge ese teléfono y llama al tren de Congdon —ordenó el veterano detective.

—¿Al tren?

—Tienes una cita con la silla eléctrica —explicó Isaac Bell—. Sing Sing está camino de Chicago. Te dejaremos allí, bajo custodia, hasta tu juicio.

Marion Bell sabía por experiencia propia que cuando su marido resolvía un caso, le contaba todo lo que había pasado cuando se sentía preparado para hablar del tema. Pero esta vez era especial. Cuando Isaac cruzó Wall Street y subió silenciosamente a su automóvil, intuyó que quería contárselo, pero que no encontraba las palabras, y puede que nunca las encontrase.

Arrancó el Marmon, se apartó del bordillo de la acera, salió a la calle vacía, dobló la esquina y enfiló Broadway. Bell permaneció sentado en silencio, observando las bulliciosas calles de la ciudad a altas horas de la noche. Cuando llegaron a la calle Cuarenta y dos, Marion giró a la izquierda, hacia el río Hudson.

—¿Adónde vamos? —le preguntó su marido.

La residencia de Archie, donde se alojaban en Nueva York, estaba en el East Sixties.

—A casa.

Bell pensó en su respuesta a lo largo de un par de manzanas. Su casa estaba a cinco mil kilómetros, en San Francisco, donde se habían conocido seis años atrás, en la época del terremoto. Era un viaje de dos o tres meses en automóvil, dependiendo del tiempo y el estado de las carreteras, y un Marmon Speedster probablemente no lo aguantase. Por supuesto, Marion ya lo sabía, lo que significaba que tenía un plan. Se habían casado hacía dos años en el *Mauretania*, y a esas alturas él la conocía lo bastante bien como para saber que tenía un plan.

—Joe van Dorn no me dejará estar fuera tanto tiempo.

—Apuesto a que podríamos llegar al Mississippi en diez días.

—Dependiendo de las carreteras.

—Y diez noches.

—Nos quedaremos sin carreteras pasado el Mississippi.

—Entonces pondremos el coche en un especial en St. Louis. Llegará a casa en tren en cuatro días.

Bell se inclinó para ver los indicadores del coche.

—Has llenado el depósito de gasolina.

—Hay una cesta de pícnic en el maletero.

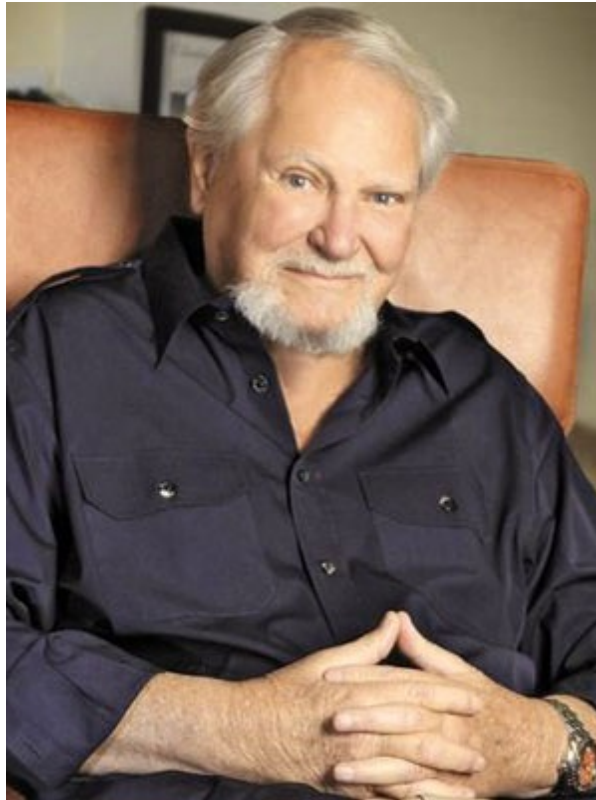
Marion embarcó el coche en el transbordador, subieron a la cubierta de pasajeros y se apostaron junto a la barandilla, contemplando las luces de Manhattan. En mitad del río, ella preguntó:

—¿Qué ha dicho Congdon?

—Ha confesado.

—¿Qué has dicho tú?

—Le he dicho adiós a mi vieja amiga Mary Higgins.



CLIVE CUSSLER (Aurora, Illinois, EE. UU., 1931). Vivió desde su infancia en Alambra, California, estudiando en el Pasadera City College hasta ingresar en las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, participando en la Guerra de Corea. Tras licenciarse, trabajó en publicidad, primero como redactor y después como director creativo en dos importantes empresas, llegando a obtener un León de Oro en el Festival Publicitario de Cannes. Aventurero y arqueólogo marino, había comenzado a escribir en 1965, fue en 1969 cuando presentó un libro sobre hechos reales como tesis doctoral en el Maritime College de la Universidad Estatal de Nueva York, siendo excepcionalmente aceptado y obteniendo un doctorado en Letras. Creador de la Nacional Underwater and Marine Agency (NUMA), es miembro del Explorer Club de Nueva York, La Royal Geographic Society de Londres y la America Society of Oceanographers.

Sus novelas, han aparecido en numerosas ocasiones en las listas de éxitos de *The New York Times*. Es autor de libros relacionados con el mar, y novelas de aventuras, también marítimas, protagonizadas por Dirk Pitt, un personaje a semejanza del autor, muy realistas y con gran despliegue de dispositivos tecnológicos.



JUSTIN SCOTT (Nueva York, EE. UU., 1944). Es un escritor e historiador norteamericano, autor de muchas novelas de aventuras y misterio. Scott también ha firmado numerosos libros bajo el seudónimo de Paul Garrison.